THE OXFORD LEGACY: LIBRO 3



SEAL MY FATE

SELLA MI DESTINO

Descubre la ardiente trilogía ambientada en el mundo académico, ideal para fans de ANA HUANG, EMILY MCINTIRE y LAUREN ASHER

ROXY SLOANE

HarperCollins
Dark Academia

SEAL MY FATE

SELLA MI DESTINO

ROXY SLOANE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

Seal My Fate. Sella mi destino
Título original: *Seal My Fate. The Oxford Legacy Trilogy 3*
© 2023 by AAHM, Inc./Roxy Sloane.
© 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
© De la traducción del inglés, Carlos Ramos Malavé

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Roxy Sloane
Imágenes de cubierta: © stock.adobe.com; © Getty Images
Ilustración de interior: © vectortatu/Stock.Adobe.com

ISBN: 9788410641228

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Agradecimientos
Si te ha gustado este libro…

A todos los lectores que saben que no existe eso de felices «para siempre» si no hay, además, un montón de chispa.
Os veo...

Capítulo 1

Tessa



—¿Dónde estás, maldita sea? —murmuro, mientras busco el móvil en la oscuridad del jardín.

Desnuda bajo el albornoz, con un hombre atractivo esperándome en la cama, lo último que quiero es estar a cuatro patas buscando entre muebles de jardín.

«Cuando podría estar a cuatro patas delante de él», pienso.

Sonrío, incapaz de contener el brillo que me ilumina el rostro. Irme a vivir con Saint es un paso importante, pero, con él, me siento como en casa. Y, después de todo lo que hemos pasado los últimos meses, después de todas las dudas y sospechas, supone un alivio poder al fin respirar tranquila, saber que todo está en orden y que…

Oigo de pronto algo que se mueve en el otro extremo del jardín, luego unos pasos acelerados que huyen. Me quedo paralizada.

Hay alguien.

—¿Hola? —grito, y trato de mantener la calma—. ¿Hay alguien ahí?

No hay respuesta cuando me acerco un poco más y miro hacia la oscuridad. Puede que un animal se haya quedado atrapado o haya construido una madriguera…

—Shhh, no grites. —Una voz emerge de la oscuridad, me resulta tan familiar que juraría estar sufriendo una alucinación.

No puede ser.

Entonces, el intruso abandona el refugio de las sombras, y el corazón se me sale del pecho.

—No… —susurro, allí parada, sin poder creérmelo.

—Sí. Soy yo, Tessa —responde el fantasma.

Aunque, por algún motivo, no se trata de un fantasma. No es un sueño. Porque a la mujer que tengo delante la conozco desde el día en que nací. La reconocería en cualquier parte, incluso merodeando entre las sombras con el pelo teñido y la mirada ansiosa, un año después de haber llorado en su funeral y de haberle dicho adiós por última vez.

No está muerta. Está aquí, frente a mí.

Mi hermana.

—¿Wren? —tartamudeo, los pies clavados al suelo. La sangre me palpita con fuerza en los oídos y siento que estoy a punto de desmayarme—. ¿Cómo? ¿Cómo es posible?

—¡Shh! —Me coge de la mano y me arrastra hacia las sombras, lanzando una mirada temerosa hacia la casa—. Baja la voz. No tenemos mucho tiempo.

—Pero es que… No lo entiendo…

Me quedo mirándola, sin saber aún si esto es real. ¿Cómo va a ser real?

—Estás muerta —le espeto, aferrada a su brazo. La sujeto con fuerza porque me fallan las piernas—. Moriste, Wren. Te metiste en el lago y dejaste una nota. Jamás regresaste. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo pudiste…?

—¡Te he dicho que no hagas ruido! —Vuelve a mandarme callar—. No podemos hablar aquí —me dice, apartándose ya de mí—. Lo

siento, sé que esto es demasiado fuerte, pero no tengo tiempo de explicártelo ahora. Reúnete conmigo mañana.

—¿Cómo? Wren, no… —Trato de aferrarme a ella, como si se tratara de un sueño del que estoy a punto de despertar, pero Wren retrocede.

—Lo siento, Tessa, pero debes confiar en mí —responde; mira de nuevo a su alrededor. Inquieta. Con miedo—. Mañana, a las dos en punto. Hay un *pub* en Hackney llamado Two Hearts. Te esperaré allí, te juro que te lo explicaré todo.

Me quedo mirándola con la boca abierta, paralizada aún por el estupor.

—Pero, Tessa, no puedes contárselo a nadie —me susurra con urgencia—. Ni siquiera a Saint. Menos incluso a él. Prométemelo.

—Wren, no —digo mientras sacudo la cabeza—. Esto es una locura. Entra en casa. Podemos hablar y…

—¡No! —El pánico le invade la mirada. Me coge por los hombros y me mira a los ojos con desesperación—. No puedes contárselo a nadie. ¡Prométemelo! Por favor.

Tartamudeo. Nunca la había visto así, ni siquiera en la peor época de su espiral autodestructiva, cuando apenas era capaz de controlar los nervios. Advierto en sus ojos algo descarnado y salvaje, como si fuera un animal enjaulado, dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de salvarse.

—Confía en mí, Tessie. —Su mirada se vuelve entonces suplicante —. Por los viejos tiempos. Te juro que te lo explicaré todo. Pero tienes que fiarte de mí. ¿Promesa de meñique? —Levanta ese dedo, como hacíamos siempre cuando éramos pequeñas.

Era una cosa de hermanas, algo único y especial que reservábamos solo para las promesas más importantes de todas, como cuando quise escaparme con mis amigas a un concierto de *rock* que había en el pueblo de al lado, o como cuando Wren rayó accidentalmente la pintura del viejo Honda de nuestros padres.

Me parece absurdo estar haciéndolo aquí, en las oscuras sombras del jardín de Saint, cuando mi hermana acaba de regresar de entre los muertos. Sin embargo, ese viejo gesto me saca de mi estupor,

también de mi confusión, y no puedo evitar levantar mi propio meñique y engancharlo al suyo.

—Te lo prometo —le digo, aún perpleja.

—Bien —responde con visible alivio, antes de volver a retroceder hacia las sombras—. Mañana —susurra—. Entonces, le encontrarás el sentido.

Luego se funde de nuevo con la oscuridad, como si nunca hubiera estado aquí, y me deja sola en mitad del jardín, con la cabeza llena de preguntas mientras trato de procesar lo imposible.

Ha vuelto. Wren está viva. Como si alguien hubiera respondido a mis plegarias. Llevo todo el año asediada por la culpa, atormentada por el dolor; habría hecho cualquier cosa por recuperar a mi hermana…

Y ahora la he recuperado.

¿Por qué, entonces, está tan asustada? ¿De qué —o de quién— ha estado escondiéndose?

¿Qué está pasando?

descargaepub.com

Capítulo 2

Tessa



Me paso toda la noche despierta en la cama, incapaz de dormir siquiera un segundo. La mente me va a mil por hora y mis emociones oscilan entre la alegría y la rabia, una y otra vez, sin detenerse.

¿Qué te ha pasado, Wren? ¿Por qué nos has hecho pasar por esto?

Nada más despuntar el alba a través de las ventanas, salgo de la cama y me voy al cuarto de baño, pero ni siquiera el impacto de una ducha helada logra sacarme de mi confusión. Wren se escondió de mí. Mintió. Todos lloramos su muerte; mi madre, mi padre y… Dios, ¿lo sabrán? ¿Cómo ha podido hacerles esto? ¿Por qué atormentarnos de esta forma, cuando durante todo este tiempo ha estado viva?

Cuando, durante todo este tiempo, he estado intentando vengar su muerte.

—Buenos días, cielo —me saluda Saint al volver a entrar en el dormitorio.

Está tumbado en la cama, con el cabello revuelto y esos labios carnosos dibujando una sonrisa. Cuando me ve, mojada después de la ducha y envuelta solo en una toalla, su sonrisa aumenta.

—Joder, si hubiera sabido que irme a vivir contigo sería así, lo habría hecho hace siglos.

Esbozo una leve sonrisa.

—Hace siglos no me conocías —le corrijo alegremente—. Y, si me hubieras pedido que viviéramos juntos el día que nos conocimos, las cosas no habrían ido muy bien que digamos. Aun así, estamos corriendo mucho —agrego.

Él estudia mi expresión, como si estuviese intuyendo mi estado de ánimo.

—Confío en que no te estés arrepintiendo ya.

—Qué va —contesto de inmediato, acercándome a la cama. Me inclino y le doy un beso en los labios—. En absoluto. Estoy encantada de estar aquí.

Al menos lo estaba hasta que anoche Wren puso mi mundo del revés.

—Me alegro. —Me dirige una sonrisa perezosa y estira el brazo para acariciarme la piel húmeda—. Porque no pienso andar cargando con más cajas tuyas, cariño. Así que me temo que te quedas aquí.

—¿Qué cajas? —bromeo—. ¡Si solo tenía un par de maletas! Viajo ligera de equipaje.

—Ya no. —De pronto me sienta en su regazo y me rodea con los brazos—. Ahora viajas conmigo —me promete, y roza con su boca ese punto tan sensible justo encima de mi clavícula—. Siempre en primera clase.

Me abre la toalla y empieza a recorrerme el cuerpo con las manos mientras su boca reclama la mía con un beso lento y tórrido. Mi cuerpo reacciona al instante, como sucede siempre, pero tengo la mente a años luz de aquí, centrada aún en los misteriosos comentarios de Wren.

«No puedes contárselo a nadie. Ni siquiera a Saint. Menos incluso a él».

¿A qué se refiere? ¿Por qué nadie puede saber que está viva?

¿Cómo puedo ocultarle esto a Saint?

Por suerte, empieza a vibrarle el móvil sobre la mesilla, interrumpiéndonos.

—¡Deberías contestar! —le espeto, y me zafo de sus brazos.

Saint suelta una carcajada irónica, pero mira la pantalla.

—Es del trabajo. Ahora me cuentas —añade antes de responder.

Rápido me meto en el inmenso vestidor y me arreglo para encarar el día con unos vaqueros buenos y una camisa. Para cuando vuelvo a salir, él está a punto de colgar.

—… Enseguida estoy ahí.

—¿Alguna emergencia en Ashford? —pregunto alegremente mientras se levanta de la cama y se estira.

Incluso nerviosa como estoy, no puedo evitar admirar la imagen de su cuerpo, atlético y poderoso, cincelado como una de las mejores obras maestras de Rodin, y capaz de llevarme a las más altas cotas de placer una y otra vez.

—Últimamente, todo es una emergencia —responde Saint, poniendo los ojos en blanco con gesto teatral. Me acerca a él para darme otro beso rápido antes de buscar algo de ropa—. Todos tienen que arrimar el hombro —me informa mientras se viste—. Al parecer, los resultados de la revisión por pares sobre los ensayos del medicamento contra el alzhéimer se publicarán en cuestión de días. Y nuestras fuentes en la junta de evaluación dicen que hay buenas noticias.

—¡Qué bien! —exclamo, parpadeando.

Wren trabajó en una fase inicial de los ensayos del medicamento, y sé que la empresa de la familia de Saint, Ashford Pharmaceuticals, lo ha apostado todo a su éxito.

—¿Bien? Va a suponer un enorme cambio para la medicina moderna —comenta Saint con entusiasmo—. No solo para los millones de familias que no tendrán que ver cómo sus seres queridos se van apagando, sino más allá de eso, los caminos que abren para tratar otras enfermedades neurológicas… —Parece emocionado—. ¿Sabes? Todo este tiempo he estado resistiéndome a aceptar el legado de mi familia, negándome a comportarme como el hijo y

heredero obediente, pero ahora… Ahora me siento orgulloso de que Ashford pueda marcar una diferencia semejante. Haciendo algo bueno. Y, por supuesto, con tremendos beneficios económicos, como sin duda se encargará de recordarme mi padre —agrega con una sonrisa irónica.

—No podemos olvidarnos de esa parte —convengo.

Es una noticia asombrosa, y me gustaría poder estar más presente para celebrarla con él; sin embargo, parte de mí ya mira el reloj con nerviosismo, contando las horas que quedan para mi encuentro con Wren.

—¿Quieres salir a comer? —me pregunta—. Seguro que puedo escaparme un rato para poder brindar contigo.

—Pues… —Trato de buscar una excusa, aún distraída.

Saint se da cuenta. Se acerca más a mí y me acaricia la mejilla con ternura mientras me examina el rostro.

—¿Te encuentras bien? —pregunta preocupado—. Has estado muy callada desde la fiesta de anoche. Confío en que no te resultara una experiencia demasiado abrumadora. Estaban todos de broma, hablando de la vida doméstica y aburrida —añade—. Te prometo que nuestra convivencia no tendrá nada de aburrido.

Me obligo a reírme.

—Ya lo sé. Estoy bien —miento, y aparto la mirada—. Es que he vivido muchos cambios importantes últimamente, todavía me cuesta acostumbrarme. Dejar mis estudios en Oxford, mudarme aquí a vivir contigo, empezar a trabajar a jornada completa en Ambrose Foundation…

—Y renunciar a tu búsqueda de venganza por Wren —concluye Saint con tono suave.

Asiento con brusquedad y me siento más culpable que nunca por ocultarle este secreto. El motivo por el que Wren entró en una espiral de autodestrucción, el motivo por el que pensaba que se había suicidado, fue una agresión brutal y retorcida que tuvo lugar el año pasado en Oxford. Juré que encontraría al responsable, y Saint ha estado a mi lado a cada paso del camino mientras yo buscaba al agresor de Wren. Lo ha arriesgado todo para investigar a sus amigos y ayudarme a hacer justicia por la muerte de mi hermana.

Y ahora resulta que no está muerta… Ardo en deseos de contárselo.

Pero se lo he prometido a Wren. Con el meñique, además.

Hasta que no sepa qué está pasando —cómo ha podido darse esta situación imposible—, le debo lealtad a mi hermana, aunque me esté devorando por dentro.

—No tardaré en acostumbrarme —le digo alegremente, y mi interpretación debe de resultarle convincente, porque sonríe y me suelta.

—¿Y si vamos de compras este fin de semana? —me sugiere mientras se abrocha la camisa—. Podemos escoger juntos algunos muebles y cosas para esta casa.

—Pero si ya está amueblada —respondo con el ceño fruncido, mirando a mi alrededor. La casa adosada que posee Saint en Kensington es el culmen del lujo sutil, lleno de obras de arte *vintage* y preciosos elementos textiles.

—Quiero que te sientas como en casa —me dice, sonriente—. Que sea nuestro hogar, no solo el mío.

—¿Aunque quiera pintar el salón de rosa chicle y sustituir tu preciado tocadiscos por una máquina de *pinball*? —bromeo, conmovida por su empeño en abrir su vida a mí.

Saint ha sido un mujeriego desenfrenado y salvaje durante tanto tiempo que creo que nunca antes se había parado a pensar en las preferencias de una mujer en lo tocante al diseño.

—Lo que tú quieras, cariño —se ríe—. Un gallinero en el jardín de atrás. Un columpio sexual en la biblioteca. Aunque, pensándolo mejor, esa última idea me parece imprescindible para nosotros… —agrega con mirada pícara, y no puedo evitar sonreír.

—Te quiero —le digo en voz baja, pese a la culpa que me corroe.

—Bien —responde con una juguetona sonrisa de suficiencia.

—Menudo arrogante estás hecho —murmuro entre risas, y le doy un manotazo cariñoso en el brazo cuando me abraza.

—Lo que estoy es agradecido. Muy, muy agradecido… —Me da un beso lento, hasta que noto que me tiemblan las piernas y el corazón se me acelera—. Y, esta noche, pienso demostrártelo —añade con la voz rasgada—. Una pista: tiene que ver con esas corbatas de seda

que me niego a llevar a la oficina. Porque creo que a ti te sentarían mucho mejor. Te imagino atada y tumbada en esa cama como una buena chica, mientras me como ese coñito apretado hasta hacerte ver las estrellas.

Me despido de Saint con un último beso tórrido antes de que se vaya a la oficina; después, contemplo la casa con una sensación de inquietud. Aún quedan horas para reunirme con Wren y sé que, si me quedo aquí metida con todas mis preguntas, me volveré loca, de manera que cojo el abrigo y el portátil y tomo el metro hasta Shoreditch, donde se ubica la sede central de Ambrose Foundation.

—Tessa, me alegro de verte —me saluda con una sonrisa Priya, mi jefa en el Departamento de Recaudación de Fondos, cuando entro en el almacén reconvertido, que es un hervidero de actividad y conversaciones—. Y, según he oído, a partir de ahora te veremos más.

Asiento con la cabeza. Antes trabajaba a media jornada, en su mayor parte en remoto, compaginándolo con mis estudios en Oxford, pero, ahora que vivo con Saint en Londres, la idea era trabajar también a jornada completa.

—Confío en que no suponga un problema —le digo a Priya.

—¡Desde luego que no! —responde con una sonrisa afectuosa—. Tu campaña de los *influencers* va muy bien. Estamos ansiosos por lanzarla después de Año Nuevo. Y tengo varios proyectos más en los que me encantaría contar con tu participación. Ahora tengo una llamada, pero ¿qué te parece si me paso luego por tu despacho para hablarlo con más calma?

—Quizá sea mejor vernos en el tuyo —replico—. El mío está un poco caótico. —Señalo con la cabeza el escritorio situado en mitad de la planta diáfana en la que he estado trabajando. Solo que hoy, en mi lugar, hay otra persona sentada. Así que me detengo.

—Ay, ¿no te lo ha dicho Hugh? —comenta Priya con una carcajada —. Ahora tienes tu propio despacho.

—¿Ah, sí? —pregunto, emocionada.

—Por aquí. —Priya me conduce hasta una elegante estancia de la segunda planta que incluye un escritorio, macetas con plantas y una ventana con vistas a la bulliciosa calle de abajo—. Vik va a pasar los próximos meses en Islamabad, supervisando los programas de educación que tenemos allí —explica—. Así que este es todo tuyo. Con una condición: que no se te mueran las plantas —agrega con una sonrisa.

—¡Desde luego! —exclamo, radiante, mirando a mi alrededor—. Gracias, es fantástico.

Priya consulta su reloj.

—Luego te veo —me dice antes de marcharse a toda prisa y dejarme sola asimilando mi nuevo espacio privado.

En la esquina, hay un sofá de aspecto cómodo, de las paredes cuelgan coloridas obras de arte, además de fotos con diversos miembros del personal de Ambrose Foundation por todo el mundo, trabajando en sus proyectos. Sonrío, satisfecha de formar parte del equipo y, con suerte, poder contribuir también a generar impacto.

Me instalo con mi portátil, decidida a concentrarme y trabajar un poco.

Pero dicha concentración me dura cinco minutos como mucho. Haga lo que haga, siempre acabo pensando en Wren.

¿Cómo es posible que haya ocurrido esto?

Los primeros días tras su desaparición, mis padres, mejor dicho nuestros padres y yo nos aferrábamos a la improbable esperanza de que siguiera viva. Dejó una nota de suicidio, que encontraron junto con su bolso y sus zapatos en la playa, además de un frasco vacío de pastillas con receta. Pero, incluso después de que la Guardia Costera inspeccionara las aguas circundantes, nunca hallaron su cuerpo.

Era posible, pues, que hubiera logrado sobrevivir.

Sin embargo, conforme los días se convirtieron en semanas, nuestras esperanzas se desvanecieron. Nadie la había visto ni había tenido noticias suyas, no había indicio alguno de que hubiera conseguido salir con vida de aquella playa. Ya antes, había mostrado una actitud errática y suicida, y quedó claro que la policía pensaba que había vuelto a hacerlo, solo que esta vez lo había conseguido.

Cancelaron la búsqueda, cerraron el caso y, poco después, todos aceptamos la devastadora verdad.

Wren nos había dejado.

Ahora, sentada aquí, trato de encontrarle sentido a esta nueva realidad, una en la que Wren ha estado viva todo este tiempo. ¿Estaría escondida? ¿Cómo consiguió desaparecer sin dejar rastro? ¿Por qué iba a quedarse tanto tiempo en silencio?

¿Qué sería lo que la había llevado a tomar una decisión tan drástica en un primer momento?

Por muchas vueltas que le dé al asunto, no consigo encontrarle el sentido, y tampoco entiendo por qué apareció de pronto anoche en el jardín de Saint, después de todo este tiempo. Estaba asustada. ¿Estaría metida en algún lío? Pero ¿a qué venían todo ese secretismo, la peluca y el disfraz? Además de eso, me exige que mantenga en secreto su regreso, en particular de cara a Saint.

Me estremezco, asustada. La Wren que yo conocía jamás habría hecho pasar a su familia por una experiencia tan traumática, así que está claro que no conozco a Wren ni la mitad de bien de lo que pensaba.

¿Qué querrá de mí?

—¿Se puede? —Oigo unos golpecitos en mi puerta y veo entrar a Hugh—. ¿Te adaptas a tu nueva guarida?

—¡Es fantástico! —exclamo, tratando de dejar a un lado mis elucubraciones sobre Wren—. Me encanta esto. Pero ¿seguro que el despacho no le vendría mejor a otra persona? A alguien más importante, quiero decir.

Hugh se ríe.

—Créeme, con la buena pinta que tiene tu campaña con los *influencers*, ahora mismo tú aquí eres VIP.

—Qué va. —Y pongo los ojos en blanco, sonrojada, pero él insiste:

—Lo digo en serio. Priya me ha mostrado el plan para el lanzamiento y algunos de los nombres que has fichado para que participen. Es impresionante —comenta—. Aunque, claro, yo no tengo ni idea de quiénes son LadyJaneLocks o BeastMode, pero, según me cuentan, son auténticas celebridades entre la gente joven.

Sonrío, más relajada. Me resulta mucho más fácil hablar con Hugh ahora que lo he tachado de la lista de sospechosos que podrían haber sido responsables de la agresión a Wren. Aquel fin de semana, se encontraba en Estocolmo, dando una charla TED, de modo que ya no tengo motivos para desconfiar de él o estar en guardia.

—LadyJane es una *influencer* sobre el cuidado capilar —le explico —. Tiene dos millones de seguidores en Instagram y TikTok. Y BeastMode es un *gamer*, tiene una amplia comunidad en Twitch. Vi que publicaba muchas cosas sobre su perro, así que pensé que sería apropiado para una de las campañas de protección de animales.

—Twitch, Beast… ¿A veces no te pasa que te sientes vieja antes de tiempo? —pregunta Hugh con una sonrisa.

—A todas horas —respondo riéndome—. Estos *influencers* son adolescentes y ya tienen más voz que muchas estrellas del deporte, o que Beyoncé. —Me quedo callada unos instantes—. Bueno, más que Beyoncé no.

—Y, dado que no podemos ficharla a ella para promocionar los proyectos de la fundación, diría que estás confeccionando una lista fantástica —conviene Hugh—. ¿Te apetece un café?

—Me encantaría.

Bajamos hasta la zona de la cocina, charlando sobre algunos proyectos inminentes de la fundación.

—Llevo tiempo con muchas ganas de expansión —me confiesa Hugh mientras pone en marcha la carísima máquina de expresos—. Y no solo una expansión en escala, sino también en la clase de proyectos que defendemos. Quizá resulte inapropiado decir esto, pero es más fácil conseguir que la gente done dinero para los huérfanos que se mueren de hambre en algún país lejano que lograr que presten atención a los problemas que tienen lugar en sus propias calles. Confío en que, con los años, podamos centrarnos en asuntos que suceden en Inglaterra: desintoxicación para drogadictos, bancos de alimentos, en fin, las metas benéficas que resultan menos sexis.

—¿Y qué opina tu padre al respecto? —le pregunto sin poder evitarlo. Lionel Ambrose, el padre de Hugh, se presenta a las elecciones para convertirse en el próximo primer ministro británico.

Y parece que cuenta con los votos necesarios, según las encuestas —. Me refiero a que le gusta idealizar un poco la imagen del país, nada más. Al menos, a juzgar por sus discursos de campaña.

Recuerdo cuando lo vi en el evento de Ashford Pharma, seduciendo a todos los asistentes en su papel de político digno de confianza.

Hugh me dedica una sonrisa burlona.

—Mi padre y yo tenemos prioridades muy diferentes —responde, y por suerte no parece ofendido por mi comentario—. Pero sí que nos parecemos en algo: ambos tenemos visión de futuro. Para este país. Y esa visión es lo único que importa.

Parpadeo, sorprendida por la gravedad de su tono. Pero entonces me sonríe.

—Y, si BeastMode y LadyJane nos ayudan a conseguirlo, me apunto —añade—. Aunque me hagan sentir como un viejo de cien años.

Me río, y me relajo de nuevo.

—Le pediré a uno de los becarios que te haga una chuleta —sugiero—. Para que no confundas GoPro con GoJo.

—Sí, por favor. —Hugh deja reposar el expreso mientras cae, después añade con pericia leche evaporada formando un remolino—. Y *voilà*. Si todo esto falla, siempre puedo mudarme a Roma y hacerme barista —agrega con una sonrisa.

—Me dejas impresionada. —Doy un sorbo—. Y está muy bueno.

—Annabelle me suplicó que formara al personal para su desayuno de boda —me explica Hugh, divertido—. Según parece, quiere que sus iniciales y las de Max aparezcan dibujadas en la espuma de todas las tazas.

—Muy típico de Annabelle —me río.

—¿Tienes ya el itinerario? —pregunta.

—¿Qué itinerario?

—El de los eventos de la boda. Empiezan la semana próxima y está todo programado al minuto —me dice con una seriedad fingida —. Creo que incluso ha incluido las pausas para ir al baño.

—Tendré que hablarlo con Saint —comento, asombrada. Después hago una pausa—. No creerás que Annabelle hablaba en serio

cuando dijo que yo sería dama de honor, ¿verdad?

Hugh sonríe con suficiencia.

—No solo hablaba en serio, sino que te apostaría cien libras a que ya ha pedido que adapten las medidas al vestido de dama de honor y está encargando una corona de flores personalizada para ti. Mejor dicho, estarán con ello sus pobres subalternos.

—Ay, madre —me río—. ¿No es un poco raro que yo forme parte de la boda? ¡Si acabo de conoceros!

—Pero ya eres parte de la familia, ¿no? —me dice—. Me refiero a que Saint es como un hermano para nosotros, y si él es feliz…, nosotros también.

Emocionada, le devuelvo la sonrisa.

—Más le vale ser feliz —respondo, entonces me doy cuenta de que eso ha sonado con más doble sentido de lo que pretendía—. Me refiero a que todo va como la seda en Ashford —añado apresuradamente, y Hugh se ríe.

—Sí, he oído los rumores. Me alegro. Hay mucha gente que depende en gran medida de la fortuna de Ashford Pharma…, incluida nuestra fundación.

—¿A qué te refieres? —le pregunto, confusa.

—Nuestro capital está invertido en el mercado de valores —me explica Hugh—. No estoy al tanto de los detalles, pero, como se organizó todo antes de que yo tomara las riendas, doy por hecho que una importante suma estará vinculada a las acciones de Ashford. A mi padre le gusta mantener cerca a sus amigos, y más cerca los beneficios.

—Ah. —Parpadeo, sin saber bien cómo procesar esa información.

Otro ejemplo más de lo entretejido que está el destino de todas estas poderosas familias. Pero, antes de poder responder adecuadamente, me vibra el teléfono a causa de una alarma. Ya es la una y media de la tarde. ¡Tengo que ir a reunirme con Wren!

—¿Tienes una cita ardiente? —me pregunta Hugh mientras aclaro a toda prisa mi taza de café en el fregadero.

—Voy a reunirme con otra *influencer* —miento sin pensar—. No sé si será adecuada, pero he pensado que sería mejor conocerla cara y cara y ver qué impresión me da antes de mencionar nada.

—Buen trabajo. —Hugh sonríe—. Ya me dirás si la cosa sale bien. Confiamos en ti.

Vuelvo a mi despacho a por mis cosas y después salgo otra vez. Shoreditch se encuentra en la zona este de Londres, a unos veinte minutos andando de la dirección que me proporcionó Wren, y camino deprisa, más nerviosa a cada paso que doy.

¿A qué viene este numerito de intriga y misterio? ¿Por qué no podía sentarse a charlar anoche? Estaba ansiosa. Asustada. Se comportaba como si pudieran descubrirla de un momento a otro… Y ahora me pregunto si pensaba que alguien la seguía.

Camino un poco más rápido, mirando a mi alrededor, pero las calles están llenas de gente y nadie me presta atención. Van quedando atrás las cafeterías modernas y las *boutiques* de moda para dar paso a una zona ligeramente más sórdida de Londres, el East End de los bares cutres, los supermercados con descuento y las tiendas tapiadas. Dista mucho de los sitios glamurosos y exclusivos que frecuentan Saint y sus amigos. Nadie a quien conozca esperaría encontrarme por estos lares.

Pero está claro que de eso se trata.

El *pub* Two Hearts está situado en la esquina, es un mugriento bar local de moqueta desgastada y una camarera de aspecto cansado detrás de la barra. Siendo primera hora de la tarde, el establecimiento se encuentra tranquilo, únicamente hay algunos clientes sentados solos a la barra, o con las cabezas inclinadas sobre los resultados de las carreras de caballos.

Y Wren. Ya se ha recluido en un reservado que hay al fondo, medio escondido del resto del local, pero con vistas a la puerta.

Me encamino hacia allí, aliviada de comprobar que ha acudido a la cita. Si volviera a escapárseme, no tendría forma de encontrarla. No tendría forma siquiera de demostrar que ha estado aquí y me ha enseñado su rostro.

—Wren —la saludo, sonriendo a pesar de todo. Solo ver su cara me llena de emoción, pese a que su semblante luzca cansado y

demacrado, con unos ojos que se mueven nerviosos escudriñando el establecimiento.

—No me llames así en voz alta —me corrige a toda prisa, tirando de mí para sentarme a la mesa frente a ella. Está bebiendo un refresco y me ha pedido otro a mí—. ¿Le has dicho a alguien que ibas a reunirte conmigo?

—No.

—¿A nadie? —insiste, agarrándome la mano—. ¿Ni siquiera a Saint?

—Ya te dije que no se lo contaría —respondo, apartando la mano. Empieza a asustarme, tan intensa y misteriosa, pero este encuentro no tiene ningún sentido—. No soporto mentir, pero te hice una promesa y la he cumplido. Ahora te toca a ti cumplir tu parte del trato —continúo, mirándola fijamente—. Dime qué está pasando. Wren…, quiero respuestas. ¡Merezco saber la verdad!

Ella deja escapar el aliento. Mira de nuevo a su alrededor, aunque nadie está prestándonos la más mínima atención. Por fin, relaja la postura y asiente con la cabeza.

—Tienes razón. Siento andarme con tanto misterio, pero enseguida verás que solo intento protegerte. Todo esto ha sido para protegerte a ti.

—¿De qué estás hablando? —me estremezco—. Empieza por el principio —añado; necesito encontrarle el sentido a esto—. Fingir tu muerte, la nota de suicidio… ¿Lo planeaste todo? ¿Fue todo mentira? ¿Nunca pretendiste suicidarte?

Wren asiente despacio.

—No vi otra manera de hacerlo. Verás, pocas semanas después de regresar de Oxford, empecé a recibir cartas amenazantes.

—¿Qué clase de amenazas? —pregunto, confusa.

—Decían que debía guardar silencio, u ocurrirían cosas malas. No solo a mí, sino también a papá y a mamá, y a ti. —Wren traga saliva y advierto el miedo en su rostro—. Tenían fotos, Tessa. Habían estado siguiéndote, en ese trabajo benéfico que tenías. O cuando salías a correr por las mañanas. Dibujaron una diana en la foto.

—Dios mío —murmuro—. ¿Quién te las enviaba? ¿Qué quería?

—No vi otra salida —repite Wren, sin responder a mi pregunta—. Todo se estaba yendo a pique, tú ya estabas muy preocupada por mí y… yo estaba perdiendo los nervios. No sabía qué hacer. Pensé que, si desaparecía sin más, os dejarían en paz a vosotros. Así estaríais a salvo.

—¿Quién? —pregunto de nuevo—. ¿Quién es esa gente? ¿Qué querían de ti?

Wren traga saliva antes de responder.

—Hay algo que no te conté, algo que sucedió cuando estaba en Oxford…

—¿Relacionado con la agresión? —digo.

—Se trata de otra cosa —responde sacudiendo la cabeza—. Algo importante…

Se queda callada, visiblemente aterrorizada por lo que sea que sabe, eso que hizo que esa gente fuera detrás de ella.

—Puedes confiar en mí, Wren —le aseguro, y me incorporo en el asiento—. No permitiré que nadie vuelva a hacerte daño.

Me dedica una sonrisa vaga y, por un momento, vuelvo a ver en sus ojos una chispa de la antigua Wren. Mi adorada hermana. Mi mejor amiga.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Pegarles con tu raqueta de tenis como hiciste con Marcy Littleton cuando me llamó empollona engreída cuando estábamos en el campamento de verano? —bromea.

—Pues si es necesario, sí —prometo. Le cojo la mano y se la aprieto—. Ahora estamos juntas en esto. Por favor, Wren, sea lo que sea lo que esté pasando, no tienes por qué enfrentarte sola a ello.

—Ya lo sé —responde, devolviéndome el apretón—. No me gusta nada arrastrarte a esto, pero no puedo quedarme callada, porque ahora estás con él.

¿Con él? ¿Se refiere a Saint?

—Traté de advertirte que dejaras de husmear —añade—. Te envié aquella nota…

—¿Fuiste tú? ¿Por qué? —La miro confusa, con el ceño fruncido, cuando toma aliento y prosigue con su explicación.

—Fue durante mi investigación en Ashford Pharma. Me topé con algo que jamás debería haber visto. Se trata del medicamento para

el alzhéimer, Tessa —explica, tiene el semblante afligido—. Los resultados de los ensayos clínicos se falsearon. El medicamento no funciona.

—No… —respondo, perpleja, casi sin voz.

Pero ella asiente y dice:

—Por eso me amenazaban, para que no dijera nada. Me dijeron que… —Se le quiebra la voz, pero se obliga a continuar, con urgencia —: Me dijeron que, si alguna vez revelaba la verdad, irían a por ti. Te mostrarían el interior de aquella celda, como hicieron conmigo. Y, además, no utilizarían las drogas. Se asegurarían de que recordaras hasta el último detalle.

Capítulo 3

Tessa



No me lo puedo creer.

Me quedo sentada en el mugriento reservado del fondo, sin apartar la mirada de Wren.

—Pero… es que no lo entiendo —tartamudeo, atónita por sus revelaciones.

¿Ashford Pharma está falseando los resultados de su medicamento milagroso contra el alzhéimer? Todo ese trabajo para nada, toda la emoción y la esperanza de Saint…

En ese momento, asimilo el resto de lo que acaba de decirme: que me harían a mí lo mismo que le hicieron a ella.

—¿Por qué iban a amenazar con eso? —pregunto—. ¿Cómo estarían al tanto de los detalles de tu agresión? A no ser que…

Horrorizada, dejo la frase a medias.

—A no ser que estuviera relacionada con lo que descubrí en los laboratorios de Ashford —concluye Wren por mí—. Eso es lo que

creo. Descubrí los datos falsos una semana antes de que sucediera. Al principio no me di cuenta de lo que había encontrado. Pensé que tal vez el archivo estuviera corrupto, o que habían introducido mal los datos por error. Las cifras no tenían ningún sentido. Lo denuncié a los superiores del laboratorio y no obtuve respuesta. Entonces tuvo lugar la agresión y ya no pude pensar en otra cosa. Pero, cuando empecé a recibir las cartas amenazantes, me hizo pensar que ambos sucesos estaban relacionados. Que tal vez la agresión fuera una especie de advertencia —me dice—, o una venganza, o un plan para meterme miedo y que hiciera las maletas, abandonara la beca de investigación y regresara a los Estados Unidos. El caso es que funcionó —añade con gesto adusto—. No quería tener nada más que ver con aquel lugar.

Me quedo allí sentada, tratando de asimilar toda esta información. Mientras le doy vueltas a la cabeza, un grupo de gente entra en el *pub.* Se trata de unos chicos jóvenes, vestidos con camisetas de fútbol, y armando jaleo.

Wren se pone tensa.

—Vamos a dar un paseo —me sugiere, y se pone en pie.

Quiero rebatirle, pero ¿qué puedo decir? ¿Que está comportándose como una paranoica? Ya ha sido víctima de una agresión brutal y de amenazas contra su seguridad.

Si estuviera en su lugar, yo también me asustaría hasta de mi sombra.

Asiento, recojo mis cosas y la sigo hasta la bulliciosa calle. Wren mira a su alrededor.

—Por aquí —me indica, y echa a andar a toda prisa, mientras esquiva a los viandantes antes de aventurarse de pronto a cruzar la calle.

—¡Eh, espera! —Corro tras ella, tratando de alcanzarla—. Parece que huyes de alguien —le digo—. Ve más despacio, no pasa nada.

Wren afloja el paso, solo un poco, pero me doy cuenta de que está preocupada.

Nos adentramos en un pequeño parque con zonas verdes y algunos niños que dan patadas a un balón. Bordeamos la linde y ella

sigue vigilando nerviosa el entorno; yo, por mi parte, trato de idear un plan.

Esto está muy por encima de mis capacidades. Ensayos farmacéuticos falseados, amenazas violentas… Y, si verdaderamente esa es la razón que hay detrás de la agresión que sufrió, me pongo enferma solo de pensar en ello.

—Tenemos que contárselo a Saint —le digo—. Podrá ayudarnos.

—Pero ¿tú te has vuelto loca? —Wren se vuelve para mirarme—. Él es uno de ellos. Joder, si es la empresa de su familia, su apellido es el que figura encima de la puerta. Ashford Pharma. Hasta donde nosotras sabemos, podría estar detrás de lo que me sucedió.

—No es cierto —le aseguro de inmediato—. ¡Podemos confiar en él!

Wren sacude la cabeza y dice:

—Podría ser peligroso, Tessa, ¿no te das cuenta? Por eso lo he arriesgado todo para regresar: para advertirte.

—¿Sobre Saint?

—Me dije a mí misma que jamás podría contarte la verdad, que tendría que seguir muerta para siempre, pero entonces vi fotos vuestras en las redes sociales de Max Lancaster —explica mi hermana—. No sabía que estuvierais juntos. Que fueseis en serio, ni que siguieras investigando mi agresión. Es peligroso, Tessie —insiste—. Saint es peligroso.

—Te equivocas —le respondo con calma. Incluso sumida en el caos y en la confusión, sé que Saint es lo único de lo que puedo estar segura—. Puedo confiar en él. Me lo ha demostrado en numerosas ocasiones. Ha estado ayudándome. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para encontrar al hombre que te agredió.

—¿Y te lo crees? —me pregunta.

—Sí. —Le sostengo la mirada—. Confío en él… le confiaría mi vida. Lo que sea que está sucediendo en Ashford Pharma no tiene nada que ver con él. Ni siquiera se implicó en la empresa hasta hace unas pocas semanas.

Aun así, Wren menea la cabeza.

—¡No puedes confiar en ellos! —repite, cada vez más nerviosa—. Pensé que conocía a mis amigos de Oxford, a mis compañeros, que jamás serían capaces de hacerme daño… Y mira lo que me pasó. Me equivoqué… ¡Y desde entonces he tenido que vivir cada día con las consecuencias de aquello!

—Shh, no pasa nada —trato de calmarla, pero ha empezado a sollozar e intenta tomar aire entre sonoros hipidos.

—No puedes decírselo. ¡Por favor, Tessa, no lo hagas!

—¡De acuerdo! —accedo al fin, desesperada por tranquilizarla—. No se lo diré a Saint. Al menos de momento. Pero tenemos que decidir qué hacer, y cuanto antes.

—Estoy en ello —responde con una afirmación de cabeza, y se aleja como si estuviera a punto de desaparecer de nuevo.

—¡Espera! —le grito, presa del pánico—. ¿Dónde te alojas? ¿Cómo puedo ponerme en contacto contigo?

Se detiene con gesto reticente.

—La confianza debe ser mutua —le recuerdo—. Hicimos una promesa de meñiques, ¿o no?

—¿Llevas encima el teléfono? —pregunta, un poco más relajada.

Lo saco, ella lo coge e introduce un número.

—Puedes localizarme en ese número —me dice al devolvérmelo.

Veo que el nombre que ha escrito es Birdy, pajarillo, un apodo de la infancia que solía usar nuestro padre.

—¿Seguro que estarás bien? —le pregunto, algo temerosa—. Si quisieras volver conmigo, podrías quedarte con nosotros; ya encontraríamos la manera de…

—Estaré bien —me interrumpe—. Hablaremos pronto. Pero, por favor, ten cuidado con Saint. Lo que acabo de decirte sobre los resultados del medicamento… es una información por la que alguien estaría dispuesto a matar. —Se gira sobre sus talones y se aleja antes de que yo pueda articular palabra. La veo marchar y se me encoge el corazón por el miedo y la confusión.

¿Volveré a verla?

Una parte de mí desea seguirla y asegurarme de que no corre peligro, pero sé que no puedo arriesgarme a romper la frágil

confianza que tenemos ahora. Ha llegado hasta aquí, así que no me queda otro remedio que confiar en que sepa cuidarse sola.

De manera que me doy la vuelta lentamente y emprendo el camino a casa. Regreso andando hasta la estación de metro como si me hallara en una nube y, al llegar a Kensington, voy tan ensimismada que casi se me pasa la parada. Para cuando recorro las arboladas calles del barrio y llego hasta casa de Saint, a un millón de kilómetros del ruido y del bullicio de la zona este de Londres, la tarde que he pasado con Wren se me antoja un sueño lejano.

—¿Hola? —Oigo la voz de Saint cuando entro en casa.

—Soy yo —respondo, y sigo el sonido de su voz escaleras arriba hasta uno de los dormitorios de invitados.

Se encuentra en la tercera planta, bajo los aleros abuhardillados de lo que antes era el ático. Miro a mi alrededor con curiosidad. Nunca había subido aquí, pese a la insistencia de Saint en que folláse mos en todas las estancias de la casa para celebrar mi llegada.

—¿Qué sucede? —le pregunto.

La cama que antes ocupaba casi todo el espacio se halla ahora desmontada en el rincón, contra la pared hay un escritorio y un cómodo sillón delante de la ventana. Saint está montando librerías en una pared, hay piezas y herramientas desperdigadas por el suelo a su alrededor.

Se incorpora con una sonrisa y a punto está de golpearse la cabeza con la parte más baja del techo.

—Llegas temprano —me dice, y me saluda con un beso—. Ignora el desastre. Quería darte una sorpresa.

—¿Con qué?

—Con tu nuevo despacho —anuncia con orgullo—. Barra biblioteca, barra habitación de sexo guarro. Lo que tú quieras.

—¿Esto es para mí? —pregunto.

Se me derrite el corazón al volver a mirar a mi alrededor. La estancia es acogedora y está bañada por el sol; me imagino acurrucada aquí con el portátil o un buen libro.

—Todo tuyo —confirma Saint—. Abajo ya tenemos sitio de sobra para invitados, y yo tengo mi despacho, así que ¿por qué no ibas a

tener tú también tu propio espacio? Podemos decorarlo como quieras —añade—. Rosa chicle y eso. Aunque puede que nos cueste lo suyo subir dos tramos de escaleras con una máquina de *pinball* —agrega sonriente, recordando mis bromas previas sobre la gran remodelación de la casa.

—Es perfecto tal y como está —respondo sacudiendo la cabeza. Y lo digo en serio. El cuarto de invitados ya lucía un bonito papel pintado clásico de William Morris, y ahora, con el mullido sillón aterciopelado y una lámpara de pie *vintage*, ha quedado un rincón de lectura ideal—. Gracias.

—Ha sido un placer —me dice, acercándome a él para darme un beso.

Me dejo envolver momentáneamente por el calor de su abrazo, pero enseguida me asfixia el sentimiento de culpa por lo de Wren.

No me gusta tener secretos con él, en especial cuando se trata de algo tan importante, que además afecta a su vida y a su familia.

Me aparto, hundo el rostro en su pecho y lo abrazo con fuerza. Saint parece sorprendido, pero me devuelve el abrazo y me acaricia con cariño el pelo mientras trato de recomponerme.

—Perdón —murmuro, dando un paso atrás.

—No pasa nada. —Me mira con ternura—. Creo que ya sé lo que está ocurriendo.

—¿Lo sabes? —Me quedo callada, convencida de que debe de haber visto la culpabilidad escrita en mi frente.

—Es por Wren, ¿verdad?

Lo miro, llevada por el pánico. ¿Cómo lo sabe?

—¿A qué te refieres? —le pregunto, casi sin voz, deseando poder sincerarme. Que este secreto no se interpusiera entre nosotros cuando lo único que deseo es abrazarlo con fuerza.

Saint me retira un mechón de pelo de la cara, mostrándose igual de comprensivo que siempre.

—Sé que debe de ser difícil seguir adelante —me explica—. Has pasado meses obsesionada con descubrir a su agresor. Es normal que te sientas un poco perdida y desorientada al carecer de ese propósito que te guiaba.

—Claro —respondo, y dejo escapar el aliento, aunque la culpa me asfixia más que nunca—. Tienes razón.

—Todo irá bien —me asegura—. Sé que han sucedido muchas cosas terribles y que una parte de ti siempre llorará esa pérdida. Pero te mereces ser feliz. La vida es corta, también tienes muchas cosas que celebrar.

Me quedo mirándolo y me doy cuenta de que lleva razón. Claro que tengo algo que celebrar: Wren está viva.

Me he sentido tan invadida por el miedo que rodea su regreso que no me había parado a asimilar lo que significa este hecho tan increíble. Mi hermana está viva. Esa esperanza que albergaba, por la que rezaba, por la que habría dado cualquier cosa… Ha sucedido. Es real.

El resto —las amenazas, el misterio, el incierto futuro—, todo ello no es nada en comparación con esa gran verdad milagrosa.

Wren está viva y, suceda lo que suceda, nada podrá arrebatarme ese regalo inesperado. Ya encontraremos la solución, con el tiempo. Pero ¿ahora mismo?

He recuperado a mi hermana.

Dibujo una gran sonrisa y le rodeo el cuello con los brazos. Me abalanzo sobre él, lo beso con pasión, necesito celebrar este increíble giro del destino. Él pierde el equilibrio y se ríe antes de sujetarme con más firmeza.

—¿A qué ha venido eso? —me pregunta con una sonrisa.

—A que estoy feliz —respondo, radiante—. Por… lo del despacho. Gracias.

—Pues espera a que haya terminado de montar estas librerías empotradas —me dice con una sonrisa tórrida—. Entonces, sí que vas a querer darme las gracias, durante toda la noche.

—Deberíamos celebrarlo —me río con el corazón desbocado—. Como tú mismo has dicho, la vida es corta. Quiero atesorar cada victoria. —Y que mi hermana haya vuelto de entre los muertos es la mayor victoria que podría imaginar.

—De acuerdo, entonces. —La expresión de Saint se torna juguetona—. Una ocasión especial, mmm…

Me recorre el escalofrío de la expectativa. Las ocasiones especiales de Saint siempre implican alguna aventura nueva y excitante; a juzgar por el brillo de sus ojos, lo de hoy no supondrá una excepción.

—Se me acaba de ocurrir una idea perfecta —me dice—. Ve a vestirte para la cena y yo haré un par de llamadas. Ah, Tessa —agrega mientras me dirijo hacia la puerta.

—¿Sí?

—Esta noche, ponte un vestido —me pide, su mirada se vuelve voraz—. Una falda suelta. Y tirantes.

—¿Vas a decirme por qué? —le pregunto con el pulso acelerado.

—¿Y qué tendría eso de divertido? —responde con una sonrisa engreída—. No tardarás en averiguarlo. Si te comportas como una buena chica, claro.

Corro abajo a vestirme, llevada por la emoción. Porque sé que ser una buena chica con Saint siempre implica portarme muy muy mal.

Y me muero de ganas.

Capítulo 4

Tessa



Después de vestirme para la cena —y seguir las instrucciones de Saint al pie de la letra—, cruzamos en taxi la ciudad hasta llegar a un romántico y encantador club de *jazz* que hay oculto bajo un tramo de escaleras, resguardado de las luces y del bullicio de los teatros de Shaftsbury Avenue.

—Me encanta este sitio —comento con una sonrisa mientras contemplo el sótano.

Se trata de un local discreto, de luz tenue, con reservados de cuero curtido y mesitas dispuestas en torno al escenario, donde un trío de *jazz* toca una sensual melodía.

—Parece sacado de una película.

—Aquí preparan los mejores martinis de la ciudad —me asegura Saint, retirando una silla para que me siente mientras, con un gesto, llama al camarero—. ¿Con aceituna y piel de limón?

Digo que sí con la cabeza y ocupo felizmente mi asiento mientras él pide las bebidas y una ración de patatas fritas para compartir. Es decir, para mí.

—Aprendes rápido —le digo entre risas cuando pide las patatas—. Ya sabes que no puedo beber con el estómago vacío.

—Bueno, es que tengo grandes planes para esta noche. —Cuando me guiña un ojo, mi sonrisa aumenta—. No puedo permitir que empieces a quejarte antes incluso de que haya comenzado la velada.

—¿Voy a necesitar mucha energía? —pregunto, coqueta.

—Puede ser —responde con una sonrisa pícara—. Y nada de vértigo.

Interesante… No tardan en traernos las bebidas, y yo me acomodo en el asiento y me dejo envolver por la música. Todo lo sucedido con Wren me parece lejano, es un alivio poder aparcar por una noche mis preguntas y mis miedos, además de celebrar en privado su regreso.

—Salud —digo con la copa alzada.

—¿Por qué brindamos? —Saint enarca una ceja; está increíblemente guapo con una camisa oscura y unos vaqueros negros, su uniforme habitual en veladas informales.

—Por nosotros —respondo, mirándolo a los ojos con una sonrisa —. Y por las alegrías inesperadas.

—Brindo por eso. —Choca su copa contra la mía y da un sorbo—. Contigo todo es inesperado, Tessa Peterson.

No sabe hasta qué punto, pero me limito a sonreír.

—Lo dice el hombre que guarda un disco de Taylor Swift escondido al fondo de la caja. Sí, lo he encontrado —añado con una sonrisa de suficiencia—. Vas a tener que esforzarte un poco más por esconder tus placeres culpables, ahora que vivimos bajo el mismo techo.

—¿Culpables por qué? —replica Saint, y advierto el júbilo en el brillo de su mirada—. Ya me conoces, cariño. Acepto por entero todos mis placeres. Y que conste que el folclore es un clásico infravalorado.

—Herramientas, música pop… —comento riéndome—. Estoy descubriendo muchas cosas nuevas sobre usted, profesor —bromeo.

—¿Y qué me dices de ti? —me pregunta Saint con una mirada penetrante—. ¿Qué es lo que me estás ocultando?

«A Wren», pienso.

Me guardo mi mayor secreto y, en su lugar, finjo pensar.

—Pues… tendrás que descubrirlo por ti mismo, ¿no te parece? Se te da de perlas descubrir mis secretos más íntimos —agrego con una mirada procaz—. A veces, creo que me lees el pensamiento. Pareces saber lo que estoy pensando, lo que deseo, mejor incluso que yo misma.

Aquella primera fiesta, sentada en la oscuridad con las piernas abiertas para él y mi mirada clavada en la suya… Y en el club, aprisionada bajo su cuerpo mientras una boca suave y desconocida me lamía hasta volverme loca… O tumbada bocarriba en aquel laberinto de setos, corriéndome sin parar bajo las estrellas…

Sin saber cómo, Saint ha dado vida a los deseos con los que solo me atrevía a soñar, ha hecho realidad mis fantasías más íntimas. Me ha hecho a mí misma más real: una mujer que persigue su propio placer y lo acepta sin avergonzarse, ayudándome a ir descubriendo más y más mis deseos sensuales a cada día que pasa.

Lo miro a los ojos por encima de la luz de la vela que ilumina la mesa y disfruto de la química que inunda el aire que nos rodea.

—¿En qué estoy pensando ahora? —le pregunto, pícara.

Saint dibuja una sonrisa voraz.

—En cosas que harían que nos echaran de este sitio antes incluso de que nos trajeran la comida.

—Correcto.

Se inclina hacia delante y tira de mí para darme un beso lento y tórrido.

—Todo a su debido tiempo, cielo —me dice en voz baja—. La noche es joven. Y tengo una cosa para ti.

Me pongo recta por la expectativa, preguntándome si se tratará de algún juguetito nuevo. Sin embargo, Saint se saca una cajita aterciopelada del bolsillo de la chaqueta, la deposita sobre la mesa y la empuja con la mano hacia mí.

—Ábrela —me pide, y yo parpadeo perpleja.

La caja parece cara: de un azul oscuro y discreto.

—Saint… —empiezo a decirle, sintiéndome insegura—. Ya me has regalado muchas…

Pero él vuelve a empujar la caja. Así que la cojo y levanto la tapa.

Me quedo sin aire.

Dentro hay un precioso collar: una delicada cadena de platino con un colgante que representa un pajarito, engastado con diamantes y esmeraldas. Al sacarlo de la caja, el colgante oscila y las joyas reflejan la luz de la vela como si el pájaro fuese a alzar el vuelo.

—Saint… —susurro, sobrecogida—. Es precioso.

—El pájaro es por Wren —me explica—. Para que puedas llevarla contigo, siempre.

Aflora de nuevo mi sentimiento de culpa, pero queda eclipsado por el afecto que me invade al pensar que Saint se ha tomado la molestia de buscarme un regalo que significa tanto para mí.

—Me encanta —le juro—. Te quiero. Gracias.

Saint se levanta y rodea la mesa para ayudarme con el delicado cierre del collar. El colgante queda acomodado sobre mi escote, reluciente.

—¿Ves? He decidido dar a la gente más excusas para mirarte el pecho —murmura, juguetón, y yo me río, satisfecha de que se suavice el ambiente.

—Que miren, pero esta noche tú eres el único que puede tocar —le digo con picardía—. De hecho, los diamantes me encantan, pero esta noche creo que prefiero que me resbale otra cosa entre las tetas.

Saint deja escapar un gemido ahogado y me recorre con la mirada. Mi cuerpo entero se tensa en respuesta, a la espera de que diga la palabra mágica y nos larguemos de aquí para estar a solas. De rodillas. Con la boca abierta y dispuesta a tragarme su polla…

Pero, cuando me tiende la mano, no es para sacarme del club.

—Más tarde, cielo. Primero…, me apetece bailar.

—¿Bailar? —repito, sorprendida. De todas las veces que he salido con Saint, no recuerdo haberlo visto nunca acercarse a una pista de baile.

—Vamos. —Me conduce hasta la pequeña pista de baile que hay frente al escenario.

Aún es temprano y el club no está muy concurrido. No hay nadie más bailando, pero a mí no podría importarme menos cuando Saint me estrecha entre sus brazos.

—Tocad algo lento, chicos —les dice a los músicos con una sonrisa, estos se ríen y, para darnos el capricho, comienzan a tocar una lánguida melodía que me hace pensar en húmedas noches de verano.

Apoyo la cabeza en el hombro de Saint y nos balanceamos. Estoy tan cerca que alcanzo a notar los latidos de su corazón y me pierdo en la calidez de su abrazo. Disfruto de su cuerpo firme pegado al mío, con sus brazos enredados en mi cintura y las yemas de los dedos posadas en la base de mi columna. Me acaricia con suavidad a través del tejido de seda del vestido, arriba y abajo, arriba y abajo…

Crece el calor dentro de mí, gracias únicamente a esa caricia sutil.

Me acerco más a él y la respiración se me acelera. Saint sigue meciéndonos, sin perder el ritmo.

—Anoche soñé contigo —murmura, y noto su aliento cálido en la oreja—. Estabas desnuda con ese collar, en una playa tropical.

—Cuéntame más —me estremezco.

Emite una carcajada grave y seductora.

—Estábamos tumbados a la sombra de unas palmeras y tú me… me suplicabas que te dejara correrte.

Aprieto los muslos.

—Serían unas vacaciones divertidas —susurro, tratando de aparentar serenidad incluso mientras se me enciende la sangre.

—Pero yo no te dejaba —continúa en voz baja, entonces me muerde el lóbulo de la oreja—. No hasta que me comías la polla como una buena chica y te ganabas el orgasmo. Y te la metiste entera en la boca, cariño. Hasta el último centímetro.

Me esfuerzo por no dejar escapar un gemido, tan excitada ya que debería ser ilegal en un lugar público. Pero, claro, eso no hace sino calentarme más, verme rodeada de gente mientras Saint me susurra guarradas al oído.

—Saint —le digo, con las piernas temblorosas—. Por favor…

—¿Cómo dices, cielo? ¿Lista para irnos? —me pregunta, divertido, y, al levantar la cabeza para mirarlo, veo en sus ojos el atrevimiento.

—Ya sabes que sí —le digo con una sonrisa, encantada con este tonteo y con el hecho de que sea capaz de ponerme a cien en el transcurso de una canción lenta.

—Pues, entonces, vámonos.

Saint paga la cuenta, me saca del club y me mete en un taxi; sin embargo, en lugar de dar la dirección de nuestra casa, hace al taxista cruzar la ciudad hasta una iglesia histórica, en perfecto estado de conservación, que se alza en el centro de Londres. Para cuando nos bajamos del coche, está poniéndose el sol y el lugar se encuentra abarrotado. Los turistas van y vienen por el patio exterior; Saint me conduce entre la multitud hasta una pequeña puerta situada en una de las paredes de la torre.

«Prohibida la entrada al público», reza el letrero, pero Saint empuja la puerta y me hace pasar.

—No podemos entrar —protesto, contemplando a mi alrededor las históricas estancias en penumbra—. Está prohibido.

—Le he pedido un favor a un amigo —me responde con un guiño —. Quería hacerte una visita privada.

—¿En serio? —pregunto, más relajada. Dentro, nos hallamos en una serie de cámaras antiguas, donde se han conservado las chimeneas originales y hay expositores que explican el significado histórico del lugar—. ¿Y qué sitio es este, señor guía turístico?

—Estamos en Freshfield Tower —responde Saint animosamente mientras me conduce hasta una angosta escalera de caracol, por donde empezamos a subir—. Es un sitio muy antiguo, construido por… alguien, en algún momento… de un pasado muy remoto.

—Qué visita tan instructiva —comento con una sonrisa, tratando de seguirle el ritmo.

—Ah, pero lo importante no es lo que hay dentro —continúa según ascendemos—, sino lo que nos espera en lo alto.

Tras otro tramo de escaleras, ya voy sin aliento, pero entonces Saint alcanza el último escalón y me abre la puerta, y al salir… me

quedo sin aliento por un motivo bien distinto.

—Madre mía, es precioso —exclamo, y admiro el lugar.

Nos encontramos en el tejado de la torre, con solo una balaustrada de piedra que nos separa de las vistas. Y menudas vistas… La puesta de sol colorea el cielo londinense y, desde aquí arriba, en lo alto de la torre, alcanzo a ver la ciudad entera a nuestros pies, desde Hyde Park hasta el río y el Parlamento.

—Me daba la impresión de que podría gustarte.

Cuando me doy la vuelta, Saint está mirándome, de pie junto a una mesa plegable y dos sillas; sobre la mesa hay dispuestas una cubitera con champán y una cesta de pícnic.

—La cena —anuncia con una sonrisa mientras saca el champán y lo descorcha con un pop.

Yo me río, encantada.

—Qué romántico —le digo, luego me acerco para darle un beso—. Una cita de diez.

—¿Ahora vas a ponerme nota? —Me sonríe con suficiencia.

—Eso depende… —Doy un sorbo al champán, directamente de la botella. Me encanta sentir el cosquilleo de las burbujas en la lengua —. ¿Qué estás dispuesto a hacer para asegurarte esa nota perfecta?

—Bueno, se me ocurren algunas ideas… —Me quita la botella y da un trago.

No puedo evitar acercarme de nuevo a la balaustrada y admirar las vistas. A nuestros pies, el patio va vaciándose conforme se acerca la hora del cierre, y la multitud se va dispersando hasta que solo quedan unos pocos rezagados.

Saint se coloca detrás de mí y apoya las manos en mi cintura.

—Dicen que el rey Enrique VIII utilizaba esta torre para sus citas privadas —murmura, noto su cuerpo caliente contra el mío.

—Menudo escándalo —comento con una sonrisa.

—Seguro que se traía aquí a sus mujeres para disfrutar de las vistas… —Me echa el pelo hacia un lado y me da un beso electrizante en la curva del cuello—. Además de disfrutar de algunas otras cosas…

Lentamente va levantándome la falda del vestido y desliza los dedos hacia la parte delantera de mis bragas.

Dejo escapar un grito ahogado y el deseo se me enciende de golpe.

—Es una vista impresionante —logro responder, admirando la ciudad.

Vuelve a acariciarme con los dedos, vacila un instante por debajo de la cinturilla elástica, entonces los desliza, ardientes, sobre mi piel desnuda.

Entierra los dedos entre mis muslos y emite un gemido profundo al hundirlos en mis pliegues húmedos.

—Estás mojada, cariño. Empapada.

Respondo con un gemido suave y echo la cabeza hacia atrás, apoyándola sobre su hombro mientras él, lentamente, empieza a jugar: me rodea el clítoris con caricias lentas y dulces que me hacen jadear. Con la otra mano se agarra a la balaustrada de piedra, que me doy cuenta de que tiene la altura perfecta para ocultar sus pecaminosos tocamientos.

—Todas esas personas —murmuro, casi sin aliento por el placer—. No tienen ni idea de lo que me estás haciendo. Si miran hacia arriba, parecemos solo dos personas que están disfrutando inocentemente de las vistas.

Saint se detiene un instante.

—Tienes razón —me dice—. Deberíamos hacer algo al respecto.

De pronto, me baja los tirantes del vestido y tira también del corpiño hacia abajo. Ahogo un grito. No llevo sujetador; de repente, me hallo medio desnuda, cubierta solo con el colgante de diamantes, los pechos desnudos bajo el aire fresco de la tarde, sabiendo que cualquiera podría mirar hacia arriba.

—Saint… —empiezo a protestar, e instintivamente me aparto del balcón, pero él se muestra firme y me aprisiona allí.

—Así está mejor —murmura, con la voz áspera de deseo.

Entonces, me mete la mano por debajo de la falda y retoma sus caricias perversas, rodeándome el clítoris con un movimiento rápido y decidido que derrite en un instante mi resistencia y me hace jadear.

Ay, Dios.

Vuelvo a mirar hacia abajo, siento que me invade una excitación nueva y descarada. Cualquiera podría mirar hacia arriba. Cualquiera podría vernos.

—Saint —jadeo, empujando ansiosa contra su mano.

Él se ríe en mi oreja.

—Dios, me encanta esta faceta exhibicionista tuya —murmura con evidente satisfacción—. Noto cómo aprietas el coño solo con imaginar todas esas miradas fijas en ti.

Yo también lo noto; cuando levanta su otra mano para palpar y acariciarme los pechos, tengo que contener los gemidos. Es increíblemente agradable, demasiado incluso, pues ya me doy cuenta de que me encamino hacia el clímax, pero Saint es capaz de interpretar las señales de mi cuerpo como si este fuera un libro abierto, y sabe cuándo parar.

Dejo escapar un leve gimoteo a modo de protesta.

—Shhh —me reprende, divertido—. Sé una buena chica y quítate las bragas.

Hago lo que me ordena y me las bajo ansiosa, aunque me dejo el vestido arrugado alrededor de la cintura. Observo su expresión mientras lo hago, y la mirada de voracidad que veo en sus ojos me deja sin aliento.

Dios, cómo me gusta verlo así.

Cierto, su faceta tierna y atenta me alegra el corazón, y su lado juguetón y bromista me alegra la vida, pero ¿este Saint?

Este es el que me vuelve loca de deseo. El Saint confiado. Experto. El que domina mi placer como nadie más ha hecho nunca. Y como nunca podría hacerlo.

Y es todo para mí.

Vuelve a darme la vuelta, de modo que quedo mirando hacia fuera, inclinada sobre la balaustrada.

—¿Quieres hacer un poco de ruido para tu público, cielo? —me sugiere entre risas, susurrándome al oído. Entonces tira de mis caderas hacia atrás, me separa las piernas y me penetra con un movimiento rápido y decidido.

Dios mío.

Me tapo la boca para no gritar, perdida en el placer que me provoca su polla al hundirse en mí, aprisionándome contra la balaustrada. Hasta el fondo. Es una sensación increíble, empujo hacia atrás, recibiendo sus embestidas conforme hallamos un ritmo rápido y sucio, y el calor empieza a aumentar…

Entonces se detiene. Cuando estoy jadeando, pidiendo más en silencio, con el cuerpo en tensión y todo mi mundo reducido únicamente al roce ardiente de su polla en mi interior, tan cerca del clímax que casi puedo saborearlo…

Va y se detiene.

¡No!

Me muerdo el labio para no chillar, intentando empujar hacia atrás para mantenerlo dentro de mí. Pero Saint me sujeta con fuerza de las caderas, manteniéndome presa, y va saliéndose poco a poco, hasta que solo queda la punta de su polla presionando contra la entrada de mi vagina, y yo me quedo temblorosa, ansiando volver a tenerlo dentro. Que me llene del todo, tal y como debe ser. Tal y como necesito.

—Saint, por favor… —murmuro con deseo.

—Eso es, cielo. —Percibo la satisfacción en el tono rasgado de su voz—. Si quieres mi polla, vas a tener que suplicar.

Me retuerzo, jadeante, tratando de mirarlo, pero Saint se limita a sonreír con suficiencia y vuelve a girarme hacia las vistas. El patio. Y las pocas personas que siguen pululando por abajo. En estos momentos, son ajenas a este juego sexual que nos traemos, aunque, si grito, si alzo la voz lo más mínimo, nos oirán.

Mirarán hacia arriba y nos verán.

Me verán.

Con los pechos al descubierto, medio desnuda, inclinada sobre la balaustrada mientras me follan fuerte.

Dios mío.

Me invaden el pánico y la excitación, que se mezclan con el deseo que ya inunda mi torrente sanguíneo. No puedo. Aquí no. Joder. No estamos en un baile de máscaras, ni en la intimidad del club. Se trata de un lugar público a plena luz del día. Bueno, al caer el sol.

Aun así, es más salvaje y desvergonzado que cualquier otra cosa que hayamos hecho antes.

No puede estar hablando en serio.

¿O sí?

—Por favor —murmuro en voz baja—. Saint, por favor…

—No te oigo, cariño. —Desliza los dedos por mi espalda, arañándome suavemente, y hace que se me estremezca el cuerpo entero, que ansía sentir de nuevo la fricción en lo más profundo, donde más lo necesito.

—Por favor —susurro de nuevo—. Por favor, fóllame.

—Lo siento, cielo. Tienes que hablar más alto. —Me da un azote juguetón en el culo y yo suelto un grito—. Joder —gruñe mientras se hunde en mí, solo un poco—. Te gusta, ¿eh? Ya noto que estás apretando el coño.

Me azota de nuevo y yo trato de empujar hacia atrás, porque necesito más. Joder, solo unos centímetros más. Estoy a punto, justo al borde del precipicio de un orgasmo épico, desesperada por dejarme caer.

Pero Saint me mantiene ahí atrapada, con la piedra áspera contra mi vientre y una mano firme sobre mi espalda desnuda, sin apenas llenarme.

—Ya sabes a qué estoy esperando —me recuerda, empujando, solo un poco. Lo suficiente para hacerme gimotear—. Pídelo como es debido. Bien alto, y te daré lo que necesitas. Te la meteré hasta el fondo.

Suelto un gemido, atrapada ahí, en el precipicio del placer. Mi cuerpo entero es un cable de alta tensión, tenso de deseo, y hasta el más mínimo movimiento de su polla dura dentro de mí parece amplificarse, provocando una fricción intensa que me vuelve loca.

Pero todavía hay personas en el patio, a nuestros pies. Gente que me oiría…

Entonces, Saint vuelve a deslizar la mano entre mis piernas y me roza el clítoris con la más leve de las caricias.

Ya no aguanto más. Y estallo.

—¡Por favor! —Las palabras me salen con un grito extático—. ¡Por favor, dame más!

—Más alto. —Saint vuelve a frotarme el clítoris y yo gimo, perdida ya la cabeza.

—¡Por favor! ¡Joder, fóllame, por favor!

—Más alto, cariño.

—¡Saint! —Mi voz resuena con fuerza, ¡joder, con demasiada fuerza!, cuando Saint al fin me agarra las caderas, tira de mí hacia atrás y se hunde hasta el fondo en mí con un gemido rasgado.

Oh, Dios mío.

Grito, y mi voz se extiende cargada de placer por todo el patio. Alguien se vuelve y mira hacia arriba. Una mujer, observo, mientras la excitación, la vergüenza y el placer me inundan como un maremoto; entonces, Saint da un empellón con las caderas y vuelve a embestirme, más profundamente esta vez, joder, y yo me dejo llevar por este subidón ilícito. Cierro los ojos con fuerza y me entrego al momento, sin importarme nada más allá de las embestidas de su polla, de sus guturales gemidos de placer y del ritmo incansable que me llena, me posee, me hace saltar al vacío.

Exploto, alcanzo el clímax con un aullido que juro que habrán oído en todo Londres, el placer sacude mi cuerpo y me vacía la mente.

—Joder, cariño… —Saint sigue follándome mientras me corro, con movimientos frenéticos conforme grito y me estremezco entre sus brazos—. Apriétame la polla, así. Buena chica. ¡Joder! —Se corre con un rugido gutural, fusionando su clímax con el mío, y nos dejamos caer juntos hacia delante, sudados y jadeantes contra la balaustrada.

Trato de tomar aire y por fin logro volver a abrir los ojos.

El patio está vacío. La mujer se ha ido.

Madre mía.

Dejo escapar una risa ahogada de satisfacción y percibo el rumor de las carcajadas también en Saint.

—Dios mío —murmuro, pletórica. Mi cuerpo ha quedado inundado por el placer, se eleva y se enciende de alegría—. ¿Qué ha sido eso?

—Ha sido tu fetiche con el riesgo, cariño. —Sale de mí y se sube la cremallera antes de darme la vuelta para quedar de cara a él.

Parece demasiado tranquilo y altivo para ser un hombre que acaba de hacerme perder la cabeza, pero ni siquiera puedo odiarlo por ello,

no cuando me da un beso suave, tan cariñoso ahora como exigente se mostraba su cuerpo hace unos instantes. Me derrito en sus brazos, sin apenas poder respirar.

Me siento de maravilla.

—Ni siquiera sabía que tuviera ese fetiche —admito, radiante.

—Claro que sí —se ríe—. Es un fetiche bueno. La puerta abierta del despacho… La gente en el jardín ahí fuera… El riesgo de que entre alguien y nos pille, que te descubran mientras te la meto.

—Me gusta —confieso con un escalofrío.

El corazón me late encabritado en el pecho y sé que no es solo por él. Los momentos que pasamos a solas son de por sí alucinantes, pero ¿esto?

Esto ha sido algo extraordinario.

—Entre eso y tu lado exhibicionista…, me vas a mantener muy ocupado —murmura dándome un beso en la frente—. Ocupado y con la polla dura como una piedra.

Me río, a punto de acurrucarme entre sus brazos, cuando de pronto oímos pasos que suben por la escalera.

¡Viene alguien!

Me entra el pánico. Una cosa es el riesgo de que me descubran, pero que me pillen de verdad medio desnuda en un lugar público…

—Relájate —me ordena Saint con cariño.

Con un movimiento rápido, vuelve a subirme el vestido y me conduce hasta la mesa de pícnic, donde me sienta sobre su regazo y me pone una copa de champán en la mano, de manera que, cuando el anciano guardia de seguridad sale a la azotea, entre jadeos por el esfuerzo provocado por las escaleras, nos encuentra allí sentados, tomando una copa romántica.

La viva imagen de la inocencia.

—¿Va todo bien? —pregunta Saint con serenidad, como si hace tan solo un minuto no hubiera estado allí metiéndome la polla hasta el fondo, follándome hasta hacerme perder el sentido.

Como si, bajo el vestido, yo no tuviera los muslos pegajosos por su semen.

—Pues sí, eso creo. —El hombre mira a su alrededor, visiblemente confuso—. Nos han alertado de un ruido. Una mujer que gritaba…

Trato de no atragantarme con el champán.

—¿En serio? —Saint me aprieta la cadera, pero no vacila—. Pues no hemos oído nada, ¿verdad, cariño?

Sacudo la cabeza, por miedo a que, si abro la boca, empiece a reírme tontamente.

—Habrán sido los pájaros —sugiere Saint—. A veces arman un jaleo impresionante.

—Pues sí… —El guardia vuelve a mirar en torno a sí, abatido al haberse perdido algún tipo de drama—. Perdón por interrumpir, señor St. Clair.

—No pasa nada —responde Saint alegremente—. La seguridad es lo primero, y eso. Tenga una galleta por las molestias —agrega, ofreciéndole una caja de la cesta de pícnic.

—Muchas gracias —responde, satisfecho, el guardia.

Saca una galleta y regresa por donde ha venido, dejándonos solos.

Por fin dejo escapar la carcajada que estaba aguantándome.

—¡No sabía que hubiese guardias patrullando! —me quejo, golpeándolo con cariño.

—¿Por qué? —pregunta Saint con una sonrisa—. ¿Eso te habría puesto más cachonda?

—Es probable —confieso tras una pausa.

—¿Es por el uniforme o por…?

—¡Saint! —Me río de nuevo, y él levanta la botella de champán.

—Por las alegrías inesperadas, ¿eh? —murmura, repitiendo mi brindis de antes.

Le sonrío y me acurruco contra él. La vida con Anthony St. Clair es siempre una vida inesperada.

No me queda otra que confiar en que a él le gusten las sorpresas tanto como a mí.

Porque hablaba en serio cuando le prometí que no le ocultaría más secretos. Me toco el colgante engastado que luzco en el cuello. El pájaro que alza el vuelo. Wren. Él deseaba que la tuviera cerca, pero lo cierto es que ahora está más cerca de lo que jamás imaginé.

Y, cuando se lo diga, sé que todo podría cambiar.

Capítulo 5

Saint



Podría acostumbrarme a esto…

Me despierto en la cama, con Tessa tumbada y desnuda junto a mí. Está profundamente dormida, tranquila, en paz. Me gusta pensar que he tenido algo que ver con eso, habiéndola saciado anoche con mis manos, mi lengua y mi polla.

Sonrío, viéndola dormir, con el pelo alborotado formando un halo en torno a su cabeza y los pechos desnudos, que solo con verlos me la ponen dura por debajo de las sábanas. Joder, qué mujer… Es un torbellino de contradicciones y nuevos y divertidos descubrimientos, y pese a haberme pasado la vida entera en busca de aventura e innovación, sé que apenas he alcanzado a rascar la superficie de su imaginación depravada y sexi.

Y ahora está aquí. No solo en mi cama, sino también en mi casa. Su ropa en el armario, sus libros y cuadernos mezclados con los míos en las estanterías. Su marca favorita de galletas estadounidenses en la despensa y su champú en la repisa del cuarto de baño. Desde que se mudó, llevo temiendo el momento en el que

empiece a arrepentirme —la reacción natural de un hombre que se ha pasado la vida viviendo según sus propias normas—; en cambio, las dudas no se me han pasado por la cabeza. Solo sé que soy…

Feliz.

No lo cuestiono, no le doy vueltas a la cabeza sin cesar, tan solo siento una satisfacción placentera que me llega hasta los huesos y que hacía años que no sentía. Como si, al fin, todas las piezas hubiesen encajado y ahora ya supiera cuál es mi lugar en el mundo, tras pasarme la vida en una búsqueda incansable.

Ya no soy el decepcionante segundo hijo, tampoco el heredero rebelde, ni el profesor descarriado.

Solo soy su hombre.

Por fin salgo de la cama y voy a darme una ducha. El trabajo en la sede de Ashford últimamente está siendo muy estresante, y sé que están todos pendientes de la publicación del análisis de los resultados del ensayo, que tendrá lugar cualquier día de estos. Por fin un tratamiento para combatir el alzhéimer… Me ilusiono solo con pensar en ello, también en el cambio que eso supondrá, en las mejoras que aportará a la vida de mucha gente. Puede que me haya pasado la vida huyendo del apellido familiar; sin embargo, ahora —he de admitirlo— me enorgullece el trabajo que han estado haciendo. Por supuesto, su motivación siempre han sido los beneficios, no el progreso, pero esta vez el resultado final será el mismo.

Ojalá Edward, mi hermano mayor, siguiera vivo para compartir este momento. Se alegraría muchísimo de saber que la familia St. Clair está dejando una impronta positiva en el mundo, siguiendo su generoso ejemplo y su compromiso de ayudar a la gente, y empleando nuestro privilegio y nuestra riqueza en algo bueno. Ya empiezo a adelantarme a los acontecimientos; pienso en otras formas en las que utilizar los resultados para emprender otras investigaciones en campos relacionados, en enfermedades neurológicas degenerativas como el párkinson o la enfermedad de Huntington.

Yo podría encabezar todos los proyectos. Entrar en el redil de Ashford, como siempre han querido mis padres, pero con mis

condiciones. Y con Tessa junto a mí, que llevaría a cabo su propio trabajo filantrópico en la fundación…

Puede que este sea el comienzo de un nuevo capítulo para todos nosotros.

Sigo sonriendo mientras me visto y vuelvo a salir al dormitorio, donde encuentro a Tessa despierta, haciendo algo con su teléfono. Me ve y enseguida lo esconde y me dedica una sonrisa somnolienta y satisfecha que me llega directa al corazón.

—Buenos días —me dice.

—Desde luego que lo son. —Y me acerco para darle un beso. Su cuerpo está cálido y se amolda al mío como si estuvieran hechos para encajar el uno con el otro.

—He tenido ese sueño que dijiste —comenta, estirándose de nuevo.

—¿Cuál? —le pregunto, distraído por la curva de sus nalgas. Joder, esto sí que parece un sueño. El preludio de uno especialmente erótico…

—El de la playa tropical —aclara, y se incorpora para dedicarme una mirada de lascivia—. Tú y yo, cócteles con sombrillitas, sexo salvaje vacacional…

—¿En serio? —Enarco una ceja con una sonrisa—. ¿Y qué tiene de especial el sexo vacacional?

—Los cocos —responde Tessa con una sonrisa juguetona.

Me río y la acerco a mí para darle un beso de verdad, esa clase de exploraciones lentas y sensuales que hacen florecer su cuerpo y le nublan la vista. Pero, antes de poder recostarla de nuevo sobre las almohadas y demostrarle que no necesito fruta tropical para hacerle ver las estrellas, se aparta de mí.

—Tengo demasiada hambre para eso. Estoy famélica —agrega, y me mira batiendo las pestañas.

Sé captar una indirecta, sobre todo cuando me la suelta la mujer desnuda que se ha apoderado de mi corazón.

—Entonces, a desayunar —convengo, sonriente.

Vuelve a vibrarle el teléfono y mira la pantalla.

—Enseguida bajo —me dice.

Voy a la cocina, donde pongo algo de música mientras saco huevos y verdura para preparar un revuelto sencillo. Hace un día triste y gris, típico del mes de noviembre en Londres, y no puedo evitar pensar en esa playa tropical de la que hablábamos… La boda de Max y Annabelle es dentro de una semana, y por nada del mundo me perdería el momento en el que mi viejo amigo dará el «sí, quiero», pero, después de eso, no veo motivo para no llevarme a Tessa a tomar el sol. Y a comer cocos…

Estoy poniéndole una tostada en su plato cuando entra con las mejillas sonrosadas después de la ducha, vestida con unos vaqueros cómodos y un jersey *overside.*

—*Le petit dejeuner* está servido —anuncio, dejando el plato sobre la mesa con una reverencia. Sin embargo, veo que se detiene en el umbral y se muerde el labio—. ¿Qué sucede? Te prometo que he quitado todos los trocitos de cáscara —añado.

Me sonríe, pero parece reticente.

—Tengo algo que contarte —me dice.

—¿No te gustan mis huevos? —bromeo.

Sacude la cabeza y se pone más seria aún.

—Sé que no debería haberlo mantenido en secreto —añade con palabras atropelladas—. Pero se lo prometí, y no quería asustarla tan pronto, así que…

Antes de poder preguntarle de qué coño está hablando, suena el timbre.

Tessa parece aliviada.

—Te lo explicaré todo —me tranquiliza, antes de desaparecer por el pasillo para ir a abrir.

Pocos segundos más tarde, oigo voces, otra mujer que habla con ella mientras ambas se aproximan a la cocina.

—¿Estás segura de que no volverá…?

Entonces, llegan hasta el umbral de la cocina y la desconocida frena en seco y me mira con cara de pánico.

—¡Me has dicho que había salido, que podíamos reunirnos aquí! —grita, y Tessa se apresura a calmarla.

—No pasa nada, te lo prometo. Podemos confiar en él.

—¡Tessa, no! —Lleva la melena castaña recogida bajo una gorra de béisbol y va envuelta en un abrigo sin forma, con una bufanda alrededor del cuello.

—Por favor, cálmate y escúchame un momento —le implora Tessa —. Lo necesitamos si queremos averiguar cómo ponerle fin a esto. Cinco minutos, nada más. Por favor, Wren…

¿Wren?

Mientras discuten, me quedo mirando a la desconocida con incredulidad. Tessa me ha mostrado fotografías de su hermana; ahora, si miro con atención, me percato del parecido: los mismos ojos despiertos e inteligentes, la misma mandíbula, incluso bajo el pelo revuelto y el maquillaje corrido.

Es ella.

Pero ¿cómo es posible?

—¿Le importaría a alguien decirme qué está pasando? —pregunto al fin. La voz me sale mucho más tranquila y mucho más razonable de lo que en realidad me siento, habida cuenta de que me hallo frente a un fantasma.

Un fantasma cuya muerte ha atormentado a Tessa desde que la conozco, llevándola a decisiones inimaginables.

—Hay algo que debes saber —responde Tessa, coge aliento y se gira hacia Wren—: Cuéntaselo —le ordena con firmeza a su hermana.

—No. —Wren se dispone a rebatirle, pero Tessa la mira con dureza.

—Sí. Ha llegado el momento, Wren. Cuéntale todo lo que me has contado a mí sobre Ashford y los ensayos con el medicamento. No pienso ocultarle esto. Le quiero y tiene que saber la verdad.

Y así, sin más, todo mi mundo se vuelve del revés.

Diez minutos más tarde, estoy sentado a la mesa con Tessa y con Wren, atónito por la noticia: Wren nunca ha estado muerta, y el motivo de su desaparición me deja atónito.

—Lo siento mucho —me dice Tessa, que me coge la mano—. Apareció el viernes por la noche, después de la fiesta. Yo quería

contártelo, pero me hizo prometer que no diría nada.

—No te preocupes —la tranquilizo.

Dios mío, volver a ver a Wren debe de haber sido una alegría tremenda para ella. Incluso ahora, en mitad de todo este drama, me doy cuenta de que no puede evitar sonreír cuando mira a su hermana. Haberla recuperado después de pensar que la había perdido para siempre…

Sería incapaz de enfadarme, sabiendo que significa tanto para ella.

—Yo ni siquiera sabía lo que ocurría hasta que volvimos a vernos y me lo explicó todo —añade.

Sus palabras me devuelven a la realidad. Cuando dice «todo», se refiere al enorme fraude perpetrado por la empresa de mi familia… Y al hecho de que puede que secuestraran y agredieran a Wren para asustarla y disuadirla de revelar la verdad.

—¿Falseados? ¿Cómo es posible? —exijo saber, porque no quiero creérmelo.

¿Nuestro medicamento contra el alzhéimer, el futuro de toda la empresa, no es nada más que un timo?

Wren suspira. Aún me mira con recelo, salta a la vista que no confía en mí, aunque Tessa asiente y la anima a continuar:

—Explícamelo a mí también. En plan básico —añade—. No empieces con terminología científica.

—El medicamento que estábamos desarrollando estaba diseñado para evitar que en el cerebro se formaran determinadas placas. Habían hecho pruebas con ratones, que es la fase previa a los ensayos en humanos —nos cuenta Wren—. Cuando llegué, habían terminado esa fase y los resultados eran tan buenos que deseaban acelerar con los ensayos en humanos.

Asiento lentamente. Hace unas semanas hojeé la documentación al respecto.

—Pero… estaba haciendo una modelización con los resultados del ensayo y me topé con ciertas anomalías —prosigue Wren—. Los datos que estaba utilizando no coincidían con los resultados oficiales. Los marcadores clínicos eran bastante decepcionantes en comparación con los resultados publicados.

—¿El medicamento no funcionaba? —traduce Tessa.

Su hermana asiente con la cabeza.

—No funcionaba según los requisitos para proseguir la investigación. Y, desde luego, no lo suficiente para pasar a los ensayos en humanos. Pensé que tal vez los datos estuvieran corruptos, o que se trataba de resultados desactualizados, de modo que alerté a mi superior en el laboratorio. Entonces, sucedió todo… —dice, con rictus sombrío—. En ese momento supe que no se trataba de un error. Habían falseado los resultados, habían pasado a realizar ensayos en humanos, y querían que me estuviese callada.

Me levanto y empiezo a dar vueltas de un lado a otro, tratando de encontrarle el sentido. Dios, esto es una pesadilla. Todos los pacientes y familiares esperanzados que han estado esperando un milagro, aguardando a que Ashford publicase los resultados del nuevo ensayo…

Me detengo, invadido por una súbita esperanza.

—Incluso aunque lo que estés diciendo sea cierto y las pruebas con animales estuvieran falseadas, ¿cómo sabemos que los ensayos en humanos no han funcionado? —pregunto, trato de aprovechar ese agujero en su relato—. ¡Esos resultados podrían ser auténticos!

Wren menea la cabeza.

—Si ese protocolo del medicamento no funcionó en ratones, ¡no puede haber funcionado en seres humanos! Los resultados no mostraban mejoría en el desarrollo de las placas, tampoco mejora de la función cognitiva. Es imposible. La ciencia no funciona de ese modo.

—¿Y por qué querrían ir a por ella? —me pregunta Tessa con los ojos muy abiertos—. ¿Por qué iban a amenazarla, estando al otro lado del Atlántico? A nadie le importa lo que les había pasado a unos ratones de laboratorio un año atrás. A no ser que… —No termina la frase.

No es necesario.

A no ser que el fraude haya continuado. A no ser que la siguiente tanda de ensayos con el medicamento también se hubiera visto alterada.

A no ser que el futuro de Ashford esté construyéndose sobre una mentira.

—Lo que no entiendo es cómo creen que pueden salir impunes con esto —reflexiona Tessa con el ceño fruncido—. Cuando lancen el medicamento al mercado, la gente se dará cuenta de que no funciona.

Wren sacude la cabeza y explica:

—Incluso si un medicamento solo ofrece, pongamos por caso, una mejoría del diez por ciento en algunos pacientes, en ocasiones eso basta para justificar que esté disponible para todo el mundo. Y en una enfermedad como el alzhéimer, que no tiene ningún otro tratamiento demostrado, la gente se pondrá como loca con esa probabilidad, por escasa que sea.

—Por esa razón, Ashford ha invertido tanto en la investigación —convengo, perplejo—. Quien descubra algo que funcione, aunque solo sea un poco, copará todo el mercado. Sin competencia. Y, tratándose de una enfermedad degenerativa como esta, es difícil hacer un seguimiento del progreso de una persona. Podrían argumentar que un paciente habría sufrido una degeneración aún más rápida sin el medicamento.

—Razón por la cual los ensayos controlados son tan importantes —responde Wren con firmeza—. Esos datos son la única prueba real de que el medicamento funciona.

La magnitud de las mentiras resulta increíble. Lanzar un medicamento que saben que no funciona a millones de personas de todo el mundo…

—Algo como esto… Lo de los resultados falseados. La cortina de humo. ¿Quién de Ashford podría estar al corriente? —pregunto, aunque me dan náuseas solo de pensarlo.

—No tendría por qué saberlo mucha gente —explica Wren negando con la cabeza—. Podrían haber introducido las modificaciones nada más recibir los resultados. Lo que pasa es que se les olvidó borrar el archivo original del servidor de datos. Y mis compañeros jamás lo habrían tolerado —defiende con ferocidad—. Los datos no se falsean. Es un pecado capital de la ciencia.

—El superior a quien alertaste en el laboratorio —sugiere Tessa—. ¿Podría ser el responsable de los cambios?

—La superior —aclara Wren, y asiente con la cabeza—. El proyecto era la niña de sus ojos. Valerie estaba en todo. La doctora DeJonge —explica.

Tessa y yo nos miramos.

—¿Qué ocurre? —pregunta Wren.

—La doctora DeJonge murió hace un par de semanas. En un accidente tráfico —respondo con cautela, mi presentimiento va de mal en peor.

Wren se queda de piedra.

—Así que también han ido a por ella —comenta.

Abro la boca para informarle de que fue por conducir bajo los efectos del alcohol, un trágico accidente, pero me detengo, sobrecogido hasta la médula.

¿Cómo puedo saberlo con certeza?

Recuerdo las conversaciones que oí de pasada, retazos en la habitación del hospital de mi padre.

—Mi padre le pagaba, en negro —les confieso—. Valerie amenazaba con revelar algo. Yo pensé que se trataría de una aventura; en cambio, tal vez fuera un chantaje.

Si Valerie estaba chantajeando a mi padre, amenazando con revelar la verdad sobre el proyecto…, entonces se había convertido en un lastre. Un obstáculo más en el camino de Ashford hacia el éxito.

¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar mi padre para proteger la empresa y el apellido familiar?

Vuelvo a sentarme. A juzgar por la expresión atribulada de Tessa, está pensando lo mismo que yo.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta, y tardo unos segundos en darme cuenta de que está preguntándomelo a mí.

—Pruebas —respondo al cabo, ya más sereno—. Necesitamos pruebas del fraude con el ensayo antes de plantearnos cualquier otra cosa. ¿Wren?

—Yo no tengo nada —responde ella, sacudiendo la cabeza con gesto frustrado—. Ya te he dicho que se lo conté a Valerie. Me

revocaron el acceso al sistema justo después, ella lo achacó a un error técnico y dijo que lo solucionarían, pero entonces llegó la fiesta… Cuando volví a trabajar, mi acceso al servidor estaba restringido, para entonces ya me daba igual. Tenía otras cosas en la cabeza —admite, taciturna.

Tessa estira la mano y le aprieta el brazo con cariño. Recuerdo de nuevo los extremos tan brutales a los que ha llegado alguien a fin de encubrir este fraude.

Agresión, amenaza, quizá incluso homicidio…

¿De qué más será capaz esta gente?

—Tienes que permanecer escondida —le digo a Wren—. Ahora mismo, eres la única persona que puede destapar lo que está pasando. Tienen que pensar que sigues muerta.

Asiente con la cabeza, mirándome aún con cierta desconfianza.

—Hablas en tercera persona, pero sigues siendo uno de ellos —me reta—. Eres un St. Clair. El heredero de todo esto.

—Wren… —interviene Tessa, pero la interrumpo.

—Sí, soy uno de ellos —admito—. El apellido que figura encima de la puerta es el mío. Y eso me convierte en tu mejor baza para destapar la verdad.

A Wren no le gusta esa idea, me doy cuenta; sin embargo, no le queda más remedio que reconocer la lógica de mi planteamiento.

—¿Puedes conseguir pruebas?

—Puedo intentarlo —respondo—. Los datos originales, esas pruebas que encontraste, ¿crees que seguirían conservándolos?

—Supongo —conjetura—. Unos datos así no se borrarían. Los necesitarían para seguir modelizando actualizaciones similares con resultados posteriores.

—Sin tener en cuenta la ciencia —replico meneando la cabeza—. ¿Dónde puedo encontrarlos?

Wren se queda callada.

—No creo que sigan en el servidor de Oxford, después de que yo me topara con ellos —responde entonces con cautela, y noto que ha puesto a trabajar su brillante cerebro, barajando las distintas posibilidades—. La sede central de Ashford, aquí en Londres —decide—. Los laboratorios VIP cuentan con las mejores medidas de

seguridad posibles. Solo los visité en un par de ocasiones, e incluso entonces no me perdieron de vista ni un segundo. Oí a un compañero mencionar las copias de seguridad de los servidores que tenían allí. Ahí es donde estarán los datos originales del ensayo. ¿Tienes acceso a ellos? —me pregunta.

—Es probable —contesto tras una pausa—. Nunca he puesto un pie en el sótano, así que podría levantar sospechas, pero… Ya se nos ocurrirá algo llegado el momento.

—Phillip puede ayudarnos —sugiere Wren—. Incluso podría indicarnos la región exacta del servidor.

—¿Phillip? —pregunto.

—Trabajaba conmigo en el equipo de investigación —me explica Wren—. Le espantaría saber que están tergiversando los datos de esta forma. Puede facilitarnos el acceso.

—Es un buen tío —conviene Tessa—. Y lo necesitamos.

—No lo tengo claro —respondo reticente—. No sabemos en quién podemos confiar.

—Ni siquiera sé si puedo confiar en ti —me espeta Wren; yo le sostengo la mirada con calma.

—Quiero a Tessa. Haré lo que sea por protegerla, lo que ella quiera —enfatizo con vehemencia—. Y ella me quiere a mí. Razón por la cual permito que estés sentada en mi casa insinuando que estoy implicado en esta trama. Que sería capaz de respaldar el fraude y la mentira, incluso el asesinato.

—Saint… —intenta protestar Tessa—. Wren no pretende insinuar que…

—Sí lo pretendo —contraataca Wren, evaluándome con los párpados entornados.

Le devuelvo la mirada sin dejarme intimidar. Y lo que sea que ve en mi rostro debe de serle suficiente, porque por fin exhala y dice:

—De acuerdo. Puede que seas totalmente ajeno a lo que ha estado sucediendo delante de tus narices.

—Vaya, pues gracias —respondo con sequedad.

—Chicos —interviene Tessa—. No tenemos tiempo para esto.

Lleva razón.

—De acuerdo. Tú organiza el encuentro con ese tal Phillip y yo me encargaré de mantener escondida a Wren —propongo.

Saco el teléfono, salgo por la puerta de atrás y doy una larga bocanada del aire gélido de noviembre.

Tengo que pensar con claridad. No sé si Wren y Tessa son conscientes del riesgo que supone esto que estamos planteando, pero yo sí.

Lo que significa que debo mantenerlas a salvo.

Llamo a mi prima Imogen.

—Necesito pedirte un favor —le digo en cuanto responde a la llamada.

—¿Qué fue de las muestras de cortesía? —bromea—. ¿Qué tal estás? ¿Cómo va el trabajo? ¿Te fue bien en la cita con el tío del club de tenis?

—Un hombre que juega al tenis los fines de semana jamás podría estar a tu altura —respondo a toda prisa—. Esto es serio, Immie. Necesito que me prestes tu casa del campo durante un tiempo.

—Sin problema —responde, notablemente sorprendida—. En cualquier caso, tengo que quedarme en la ciudad las próximas semanas por trabajo.

—Bien. —Respiro hondo de nuevo, pensando con rapidez—. ¿Qué medidas de seguridad tienes?

—Nada del otro mundo —contesta tras una pausa—. Tengo cámaras Ring y una aplicación en remoto para las alarmas. ¿Por qué? —pregunta, pero después se lo piensa mejor—: ¿Sabes qué? Prefiero no saberlo. Te enviaré por *email* las claves de seguridad y un enlace para compartir los vídeos.

—Siempre he dicho que eres mi St. Clair favorita —le digo, agradecido.

—Tampoco es que tenga mucha competencia —comenta entre risas—. La cosa estaba entre el primo Miles, tu hermano o yo. —Cuelga el teléfono, pero yo me quedo allí de pie unos segundos más al darme cuenta de lo que ha dicho.

Mi hermano. Robert. Joder. Ha estado trabajando en Ashford, esforzándose todo lo posible por convertir el lanzamiento en un

éxito. Se quedará destrozado cuando sepa la verdad de lo que está ocurriendo. Y mi madre también.

Pero no puedo pensar en eso ahora mismo. Debo centrarme en lo más importante de todo: proteger a Tessa y mantener a su hermana a salvo. No sé quién estuvo detrás de la agresión a Wren ni de las amenazas, pero quienquiera que sea ha dejado claro que está dispuesto a hacer daño a Tessa.

No permitiré que eso suceda. Mientras me quede un hilo de vida.

Se abre la puerta y sale Tessa. Al principio no dice nada, solo camina directa hacia mí, me rodea con los brazos y hunde la cara en mi pecho.

Yo la abrazo con fuerza. Por muy sorprendido que me encuentre ahora mismo, no puedo ni imaginar la montaña rusa de emociones que debe de haber experimentado ella en el transcurso de los últimos días.

—Lo siento mucho —me dice al cabo, levantando la cabeza.

—¿Qué sientes? —repito—. ¿Por qué tienes que sentirlo tú? Si se trata de mi familia. Son nuestros delitos. Mi padre… —Dejo la frase inacabada, incapaz aún de decir las palabras en voz alta.

El semblante de Tessa se nubla con un gesto de cariñosa compasión.

—¿De verdad crees que es capaz de estar detrás de todo esto? —me pregunta con suavidad—. Falsear los datos del ensayo es una cosa, pero ir detrás de Wren…, el supuesto accidente de Valerie…

Fraude. Violencia. Asesinato.

Las acusaciones quedan suspendidas en el aire como nubes de tormenta. Busco en mi corazón excusas o explicaciones, pero al final no me queda más remedio que asentir con resignación.

—No es ningún maestro del crimen. —Pienso en el hombre que me crio. Moralista, desde luego. Ausente y testarudo, qué duda cabe. Pero ¿un asesino a sangre fría? Ni hablar—. Lo que le pasa a mi padre es que es débil —suspiro—. Codicioso. La reputación de Ashford lo es todo para él, y puedo llegar a entender cómo podría haber perdido el control de la situación. Si los ensayos iniciales fueron un fracaso y él intentó enmascararlos… Tal vez pensaba realmente que los ensayos en humanos serían diferentes, o puede

que, para entonces, ya hubiera invertido demasiado en el éxito de este medicamento en concreto… Me imagino la facilidad con la que se acumularían las mentiras.

—Pero ¿qué me dices de la agresión que sufrió Wren? —me recuerda Tessa con serenidad—. ¿Y la muerte de Valerie?

No me imagino a mi padre con las manos manchadas de sangre. No puedo ni imaginarlo.

—Quizá no sea el único que está metido de lleno —conjeturo—. Hay otros inversores que se lo juegan todo con el lanzamiento de esta medicina. Gente poderosa. Con los contactos necesarios para que sucedan cosas malas.

—Como Cyrus Lancaster —dice Tessa—. El padre de Max es uno de los grandes inversores de Ashford, ¿no?

—Sí —convengo, sobrecogido—. Y también el padre de Hugh. Lionel Ambrose ha apostado su reputación política a Ashford Pharma. Sus posibilidades de ganar se irían a pique si saltase un escándalo semejante.

Tessa traga saliva.

—Entonces no es para tanto —comenta con ironía—. Nuestra lista de sospechosos solo incluye a los hombres más poderosos del país.

Personas poderosas que no se detendrán ante nada con tal de mantener ocultos sus secretos.

—Prométeme que tendrás cuidado —le pido, asiéndola por los hombros. La miro entonces a los ojos con urgencia—. Hablo en serio, Tessa. Quienquiera que sea esta gente, no se anda con gilipolleces. Están en juego miles de millones de libras. Comparado con eso…

—Todos somos prescindibles —concluye Tessa, pálida de pronto.

—Todo saldrá bien —le prometo, y la estrecho de nuevo entre mis brazos. La abrazo, impulsado por un nuevo instinto. El de protección.

Pase lo que pase, no permitiré que nadie le haga daño.

Es mía, me aseguraré de que no corra peligro. A cualquier precio.

Capítulo 6

Tessa



—¿Seguro que ese utilitario rojo no te resulta familiar? —pregunta Wren. Está asomada a la ventanilla, visiblemente nerviosa, mientras el conductor atraviesa la ciudad para llevarnos a ver a Phillip—. Creo que lo he visto antes aparcado cerca de casa de Saint.

—No estaba allí —le digo tras comprobarlo.

—Estoy segura —insiste con el ceño fruncido—. Podría estar siguiéndonos.

—En la matrícula pone GRANDOTE —señalo con una sonrisa—. Si están tratando de pasar inadvertidos…, ese coche no me parece la mejor manera de lograrlo.

Wren se recuesta en el asiento y juguetea nerviosa con el puño deshilachado de su gigantesca parka. Pese a que aún se le nota la tensión, no puedo evitar sonreír solo con mirarla.

Mi hermana, viva otra vez.

—¿Qué pasa? —pregunta al darse cuenta de que la miro.

—Nada, es que… me encanta tu nuevo *look* —bromeo, en referencia a su disfraz—. Muy chic. ¿Cómo lo llaman? ¿*Grunge* elegante? Y el lápiz de ojos igual. Muy atrevido.

Wren me dedica una sonrisa fugaz.

—He tenido que correr para salvar mi vida —señala, y se toca el cabello teñido y descuidado—. No me daba tiempo a ir a la peluquería.

—Qué va, si me gusta. —Sonrío—. He oído que esta temporada se lleva el cardado.

—No todas podemos permitirnos tratamientos de belleza en el *spa* ni llevar una vida a todo tren —me espeta—. Últimamente eres la viva imagen de la mujer mantenida.

—¡No es verdad! —protesto.

—Desde luego que sí —insiste con una sonrisa de suficiencia—. Bonita choza la de tu futuro duque. Rico, guapo… Dime que la tiene pequeña e intenta compensarlo con otras cosas; de lo contrario sería muy injusto.

Le dedico una sonrisa despreocupada.

—Una dama no va por ahí hablando de su vida privada. Solo diré que… Saint está dotado. En todos los sentidos.

—Zorra —me dice Wren riéndose.

—Gracias —respondo, radiante, envuelta en una nube de nostalgia y cariño.

Cuántas noches nos quedábamos levantadas hablando de chicos. Cuántas veces di por sentadas nuestras charlas, dando por hecho que siempre estaría ahí.

No volveré a darla por sentada.

—Confías de verdad en Saint, ¿verdad? —me pregunta Wren, con un gesto que denota la misma nostalgia que yo siento—. Se nota en tu forma de mirarlo.

—Le quiero —confirmo con gesto afirmativo—. Me ha apoyado desde el principio. Incluso cuando sospechaba que sus mejores amigos pudieran haber sido los responsables de tu agresión, no dudó en ayudarme y hacer lo correcto. Puede que comenzara como una aventura de sexo salvaje, pero… ahora le confiaría mi vida.

Wren me ofrece una leve sonrisa.

—Creo que nunca te había visto así por un hombre —me dice—. Tan feliz y cómoda con él.

—¿A pesar de las conspiraciones y las amenazas, quieres decir? —respondo con ironía.

—Detalles sin importancia —comenta con una sonrisa, y no me queda otra que reírme.

Sé que nos encontramos en una situación difícil y peligrosa, pero estar aquí hablando con ella… me llena de alegría el corazón. Por algún motivo, tengo la impresión de que todo saldrá bien.

Desciende entonces la mampara de separación de cristal que hay entre nosotras y el conductor.

—Ya hemos llegado —anuncia este, y se detiene frente a un edificio pijo de apartamentos en el corazón de Spitalfields, un bullicioso distrito comercial de una zona histórica, lleno de *boutiques* y restaurantes caros.

Confusa, miro a mi alrededor cuando nos bajamos del coche. Este sitio apesta a dinero; por lo poco que conozco a Phillip, él es más de los que calzan deportivas gastadas y visten jerséis deshilachados.

Wren debe de estar pensando lo mismo, porque se detiene en la acera y me pregunta:

—¿Seguro que esta es la dirección correcta?

—Es la que me envió —respondo encogiéndome de hombros.

En nuestros mensajes, no le dije a Phillip nada sobre Wren, solo mencioné que tenía que hablar con él lo antes posible. De modo que entramos, atravesamos el deslumbrante vestíbulo de mármol y pulsamos el botón del ascensor para subir a su planta.

Conforme ascendemos, me pregunto qué dirá al ver a Wren. Me dio la impresión de que le gustaba cuando trabajaban juntos, de manera que sé que se alegrará increíblemente de volver a verla.

Aunque decir que se alegra sería quedarse corta.

—¿Qué…? ¿Cómo…? —La mira boquiabierto cuando abre la puerta.

Wren le da un gran abrazo a su viejo amigo y después un empujón cariñoso.

—¿Desde cuándo llevas trajes de marca? —bromea.

Phillip se queda petrificado.

—Esto es imposible —susurra, con cara de haber visto un fantasma.

Cosa que, técnicamente, así es.

—Tú eres el científico —le dice Wren con una sonrisa—. ¿Y si nos dejas pasar y empiezas a analizar los datos sensoriales? —Le pellizca el brazo a Phillip, y este se echa a un lado, visiblemente perplejo.

Una vez dentro, permito que mi hermana le cuente todos los detalles de lo ocurrido. Él la escucha del mismo modo que Saint: ojiplático y con gesto de incredulidad.

—Imposible. —Sacude la cabeza—. Valerie jamás pondría en riesgo la investigación de ese modo. ¡Si era el trabajo de su vida!

—Un trabajo que no arrojó resultados satisfactorios —le recuerda Wren con delicadeza—. Estaba convencida de que ese protocolo era la solución a todo, apostó a ello su reputación. Y también el futuro de Ashford Pharma. Si fracasó…, ¿no crees que quizá ayudó a ocultar los resultados reales para darnos más tiempo a todos?

Phillip deja escapar el aliento lentamente.

—Es posible —admite con cierta reticencia.

—Entonces, ¿nos ayudarás? —pregunto, ansiosa—. Necesitamos a alguien que tenga acceso a la investigación y los datos para que busque pruebas de lo que descubrió Wren. Y, ahora que eres jefe del departamento, es mejor aún. Puedes consultar todos los registros.

Nos mira alternativamente.

—No sé de qué utilidad puedo ser —confiesa; está nervioso—. La fase de investigación terminó hace mucho tiempo. Todos los datos originales estarán archivados, ¿quién sabe dónde? Yo solo estoy de jefe temporalmente, hasta que encuentren a otra persona y…

—Phillip, por favor. —Wren se echa hacia delante y le estrecha la mano—. Necesitamos tu ayuda. Te necesito. —Se queda mirándolo, Phillip parece derretirse bajo su mirada.

—Claro que te ayudaré —promete, mirándola también a los ojos —. En cuanto llegue hoy al trabajo, empezaré a buscar. ¿Dónde crees que pueden estar almacenados? Los archivos de Valerie son un desastre —añade—. Ya sabes cómo era en lo tocante a la organización.

Mientras hablan sobre registros de servidores y conjuntos de datos, yo me acerco a la ventana. Se trata de un apartamento lujoso y elegante con toda clase de aparatos tecnológicos y unas impresionantes vistas a la ciudad.

—¿Dónde están mis modales? —De pronto, Phillip se pone en pie de un brinco—. No os he ofrecido nada de beber. ¿Té? ¿Café? ¿La Croix? —añade mirando a Wren, y ella se ríe, evidentemente se trata de una broma privada.

—Ya que me lo ofreces…

Se dirige a la reluciente zona de la cocina y abre un frigorífico enorme, perfectamente organizado y lleno de refrescos y productos caros.

—¿Qué fue de aquello de sufrir en nombre de la ciencia? —bromea Wren, visiblemente contenta de volver a ver a su antiguo amigo.

Phillip le entrega un refresco con gesto avergonzado.

—Es alquilado por la empresa. Los gastos corren a cargo de Ashford. Me necesitaban en Londres a toda prisa, para que tomara las riendas como investigador jefe cuando Valerie… Cuando, bueno…

Cuando murió. Posiblemente asesinada.

—¿Estarás a salvo? —le pregunta a Wren, preocupado de pronto —. Dios mío, si la muerte de Valerie no fue accidental…

—Estaré bien —lo tranquiliza ella—. Nos marchamos de Londres de inmediato, para refugiarme en un lugar seguro del campo. No creo que me meta en ningún lío estando en Farleigh-Under-Lyme —añade con una sonrisa, refiriéndose al pequeño pueblo donde se ubica la casa de campo de Imogen.

Phillip asiente, claramente aliviado.

—Mantenedme al tanto —nos pide—. En cuanto tenga alguna información, te llamaré, Tessa.

—Bien —digo con gesto afirmativo—. Y gracias, Phillip. Sé que lo que te pedimos no es fácil, pero lo único que intentamos es descubrir la verdad.

Él me dedica una sonrisa, pese a que alcanzo a ver el conflicto en su mirada.

—Por Wren, lo que sea.

Saint nos recoge en el edificio de Phillip y nos ponemos en carretera; solo nos detenemos a comprar provisiones y a recoger una bolsa de viaje con las pertenencias de Wren en la mugrienta pensión donde se alojaba.

—Nunca te había visto viajar tan ligera de equipaje —bromeo cuando mete la bolsa en el asiento de atrás—. ¿Qué fue de tu mascarilla acondicionadora, tus libros de texto, tus cinco novelas distintas…?

—He aprendido a vivir con poco y a moverme rápido —responde.

Por el espejo retrovisor, alcanzo a ver un destello de su mirada distante y atormentada cuando volvemos a ponernos en marcha. Se me encoge el corazón. Lleva huyendo todo este tiempo, siempre mirando por encima del hombro, escondida entre las sombras.

Y todavía no puede salir de su escondite.

—Bueno, estoy segura de que Imogen tendrá su casa bien surtida —comento con cariño—. Me parece la clase de mujer que tiene lo mejor de lo mejor. De hecho, te apuesto diez pavos a que tiene por lo menos cinco tipos distintos de mascarillas faciales y exfoliantes.

Saint resopla junto a mí.

—Diez —calcula.

—Hecho.

Enseguida dejamos atrás la ciudad y emergemos a campo abierto; la autopista da paso a carreteras serpenteantes de doble sentido, llenas de barro, y las viviendas del extrarradio son sustituidas por extensiones de campo vacío, bosques y algunos pueblecitos con encanto. Transcurrida en torno a una hora de viaje, Saint se mete por un sendero con más baches aún, hasta que por fin detiene el vehículo frente a una casita de campo pintoresca, enclavada entre los árboles. Se halla bien lejos de la carretera, escondida de las miradas curiosas, en mitad de la nada.

El lugar perfecto para esconderse.

Nos bajamos del coche e incluso Wren parece más relajada cuando toma una bocanada del aire fresco del campo.

—Esto es fantástico —le digo a Saint con una sonrisa—. Gracias.

—Imogen me ha enviado todos los detalles sobre las medidas de seguridad —explica mientras introduce un código para abrir la puerta y nos conduce al interior.

La casa está decorada con un estilo campestre elegante, con muchos muebles tapizados y estampados florales. Las estancias son pequeñas y acogedoras, de techos bajos e históricas vigas de madera, pero con todos los toques de modernidad que esperaría de Imogen.

—Hay alarmas en las puertas, también un par de cámaras —aclara Saint mientras echamos un vistazo a la casa—. Aunque me ha advertido que, a veces, se activan con los animales. Zorros y conejos del bosque. Así que, si te llega una alerta, no entres en pánico.

Wren asiente y, con una sonrisa amarga, dice:

—Me temo que, últimamente, estoy demasiado nerviosa para entrar en pánico.

—Ay, mira, tiene televisión de pantalla plana, chimenea de leña… —anuncio alegremente, para relajar el ambiente—. Puedes acurrucarte en el sofá con una copa de vino y ver todas las adaptaciones de Austen de la BBC que se te antojen. Me dan ganas de quedarme aquí contigo —añado, y lo digo en serio. No me gusta la idea de que Wren se quede aquí sola. Ni aquí ni en ninguna otra parte.

Lleva demasiado tiempo sola.

Pero ella parece recuperar la compostura enseguida.

—No puedes quedarte —me dice—. Tienes que regresar a Londres y seguir haciendo tu vida normal. No sabemos hasta qué punto te tienen vigilada, sobre todo estando tan cerca del gran anuncio. La tensión será mucha.

Pienso en todas las advertencias que he recibido para que abandonara mis investigaciones sobre Wren. Ella deseaba que dejara de husmear, pero no era la única. El hombre que me agredió en Oxford… Los ruidos sospechosos que oí frente al apartamento de Saint.

La sensación de que alguien me observaba.

—No sé —respondo, reacia aún a dejarla sola—. Saint puede cubrirme. ¿No estaría más segura aquí contigo?

—La despedida de soltera de Annabelle es mañana —me recuerda Saint—. Sabes que pondrá el grito en el cielo si no apareces. Y, si te quedas, entonces yo tampoco me iré —añade, decidido.

Maldita sea. Saint es quien más normalidad debe aparentar… y emplear su puesto en Ashford para descubrir todo lo que pueda.

—De acuerdo, volveré a Londres —accedo a regañadientes—. Pero escríbeme cada hora —le ordeno a Wren—. Mejor cada media hora.

—Relájate —me dice ella poniendo los ojos en blanco—. La hermana mayor soy yo, ¿recuerdas? Me toca a mí echarte sermones para que tengas cuidado. Además, tengo televisión y vino. Para mí serán como unas vacaciones. Sabe Dios que las necesito.

Sé que solo está intentando hacer que me sienta mejor. Emocionada, la estrecho entre mis brazos.

—Acabo de recuperarte —le digo, con la voz amortiguada contra su melena—. No puedo volver a perderte.

—No me perderás. —Se aparta y asiente con la cabeza para tranquilizarme—. Nadie sabe que estoy aquí. Es el lugar más seguro en el que podría encontrarme. Y vosotros deberíais iros ya. —Me empuja suavemente hacia el recibidor—. Voy a darme una ducha de una hora y a lavarme el pelo.

—Entonces, no pienso interponerme en tu camino —respondo, sorbiéndome la nariz, mientras trato de recomponerme—. Te quiero, hermana, ¡pero lo necesitas!

Regresamos a Londres sumidos en un agradable silencio. De pronto me noto agotada después de toda la emoción y el drama de los últimos días; está claro que Saint se da cuenta, porque, nada más llegar a su casa de Londres, me coge de la mano y me conduce hasta la serenidad que se respira en el cuarto de baño principal.

—Siéntate —me pide con delicadeza mientras me acomoda en el sillón situado en el rincón.

Luego, abre los grifos de la inmensa bañera de patas, comprueba la temperatura y agrega un bote entero de aceite de baño de lavanda, hasta que se forman burbujas y la estancia queda envuelta en una aromática nube de vapor.

—No te muevas —me ordena, antes de volver a desaparecer escaleras abajo.

No podría moverme ni aunque lo intentara.

La reaparición de Wren, sus sorprendentes revelaciones… Ha sido todo un torbellino de emociones, eso sumado a mi decisión de abandonar Oxford y trasladarme a vivir con Saint, llevando nuestra relación al siguiente nivel. Sin embargo, aquí sentada, exhausta, aún disfruto de una sensación de paz en lo más hondo de mi corazón. A pesar de todo, sé que estoy justo donde tengo que estar.

Con él.

Saint regresa con una bandeja cargada con mis tentempiés favoritos y una tetera humeante.

—He traído provisiones —me dice con una sonrisa cariñosa.

—Eres un sol —respondo, devolviéndole la sonrisa—. Aunque es posible que tengas que llevarme hasta la bañera, porque no puedo mover ni un músculo.

—¿Y desnudarte? Mmm, qué ardua tarea —bromea mientras deja la bandeja sobre un taburete que hay junto a la bañera.

Entonces hace justo eso: me quita la ropa lentamente hasta dejarme desnuda, y después me sumerjo en el agua caliente con un suspiro de alivio.

—Qué maravilla… —murmuro, recostándome sobre las burbujas.

—Me alegro. —Saint se arrodilla junto a la bañera y alcanza un guante de baño suave—. Necesitas relajarte. Debes de haber tenido la adrenalina por las nubes desde que apareció Wren. El cuerpo no puede seguir ese ritmo sin colapsar —añade mientras humedece el guante y me lo pasa delicadamente por los hombros.

Me dejo acariciar y noto cómo el estrés abandona mi cuerpo con cada pasada lenta y deliberada. Me masajea la espalda y los brazos, recorriendo mis extremidades con el guante empapado hasta casi convertirme en líquido.

No obstante, no soy capaz de deshacerme de las preocupaciones que me atormentan.

—No soporto tanta mentira y misterio —le confieso en voz baja—. Nos acabábamos de trasladar a esta casa, donde iba a dejarlo todo atrás y a empezar un nuevo capítulo; ahora, en cambio…, es todo

más complicado que nunca, y encima eres tú quien va a tener que mentir.

Saint me dedica una sonrisa triste.

—Lo sé, cielo —me dice, sentándose junto a la bañera—. Mentiría si dijera que estoy deseando ir a trabajar mañana a Ashford y mirarlos a todos a los ojos. Preguntarme qué saben. Quién está detrás de todo esto… Pensé que la empresa por fin estaba haciendo un buen trabajo —agrega—. Cambiando el mundo a mejor. Pero ahora… resulta que es todo mentira.

Se me encoge el corazón por él. Estamos hablando de su familia. Sangre de su sangre.

—Lo he echado todo a perder —susurro, consumida por la culpa.

Si no hubiera puesto su mundo del revés…, si nunca nos hubiéramos conocido…

—No —responde Saint con ferocidad, acariciándome la mejilla con la mano ahuecada—. Tú me has salvado, Tessa. Estaba matando el tiempo, entreteniéndome con distracciones sin sentido. Pensaba que sería suficiente con desvincularme de las estupideces de mi familia, pero tú me has demostrado que hay algo más que eso. Algo real. Esto importa, lo que estamos haciendo —añade con determinación —. La verdad importa. Hacer lo correcto y tomar una posición, cueste lo que cueste.

Se me encoge de nuevo el corazón. Me incorporo hacia él y lo beso con pasión, siento su boca ardiente que explora la mía y deslizo los dedos por su cabello ensortijado mientras enredo la lengua con la suya.

Saint gime contra mi boca, ese sonido reverbera por todo mi ser. Es el sonido del deseo desgarrado. Me aparto, me pongo en pie y dejo que el agua me resbale por el cuerpo desnudo.

Él levanta la mirada hacia mí por un instante, una mirada llena de reverencia, y noto el hormigueo del poder. Cuando me mira de esa forma, me siento el centro del universo. Invencible. Extiendo la mano, sin aliento ya por el deseo que me consume.

—Tómame —le digo con descaro—. Saint…, esta noche te necesito entero.

Él se levanta también y su expresión se torna oscura, voraz.

—¿De verdad, cariño? —Me estrecha la mano y me ayuda a salir de la bañera. Todavía desnuda. Todavía mojada… y cada vez más—. ¿Y cómo me quieres exactamente? —murmura, pasándome una toalla por los hombros antes de acariciar con las manos las curvas húmedas de mi cuerpo—. ¿Me quieres de rodillas? ¿Quieres que te lama el coño como te mereces? ¿O prefieres que me tumbe bocarriba y vea cómo te rebotan las tetas mientras me ordeñas la polla?

Dejo escapar un gemido al imaginar esas escenas tórridas y me dejo hacer por sus manos cálidas. Desliza los dedos entre mis piernas y los roza ligeramente contra mi clítoris empapado. Emite un suspiro de satisfacción.

—Estás empapada y lista para mí, ¿a que sí? Voy a hacerte ver las estrellas… Pero, primero, tengo que probarlo. —Retira la mano, se la lleva a los labios y lentamente va lamiéndose los dedos sin dejar de mirarme a los ojos.

Me da un vuelco el estómago. Joder, qué cachonda me pongo viéndole saborearme como si fuera el más delicado de los vinos.

—Tu turno. —Lleva los dedos a mi boca y, despacio, introduce uno en el interior.

Me estremezco con un escalofrío prohibido, saboreándome en su piel cuando cierro los labios en torno a sus dedos y succiono.

Saint suelta un gemido.

—Esa boca que tienes va a ser mi perdición. Lo supe desde el momento en que me contestaste en clase —añade, mientras lentamente recorro la yema de su dedo con la lengua—. Me estabas cantando las cuarenta y yo solo podía pensar en lo guapa que estarías arrodillada con mi polla en la boca.

Dejo escapar un gemido, mareada y jadeante ya. Dios, siempre tiene las palabras adecuadas. Sabe cómo provocarme, cómo despertar en mí el fuego del deseo.

—Y ese cuerpo que tienes… —Deja caer la toalla, da un paso atrás y me recorre el cuerpo con la mirada—. Un día pienso atarte y correrme en cada centímetro de tu piel. Me voy a pasar el día haciéndote chillar de placer, masturbándome sobre tus tetas

perfectas, hasta dejarte cubierta con mi semen. Te voy a marcar para que seas mía.

Ahogo un grito y noto que la sangre se me acumula en las mejillas, y más abajo. Lo dice como si tal cosa, como si estuviera sugiriendo un pasatiempo cualquiera, pero sus palabras hacen que me sonroje y tiemble solo con imaginarlo.

Atada. A su merced. Suplicándole más y más…

Emito un gimoteo, él se ríe y vuelve a mirarme a la cara.

—Te encanta, ¿a que sí? —me dice con asombro—. Las fiestas, los clubes. Poner a prueba los límites. —Recorre la curva de mi cuello con los dedos y yo dejo escapar un grito ahogado—. Descubrir hasta dónde puede llegar tu placer.

Me da un beso en el hueco de la garganta mientras, con la mano, sigue bajando, me acaricia el pecho y hace que me tiemblen las piernas cuando empieza a dibujar círculos alrededor del pezón.

—… Descubrir hasta dónde estás dispuesta a llegar para alcanzar el orgasmo.

—Sí —gimo, la voz rasgada por el deseo.

En respuesta, Saint aumenta la presión de los dedos, y yo grito al sentir el exquisito placer del pellizco sobre la piel sensible.

—Me encanta hacerlo contigo —añado, mirándolo a los ojos—. Todo eso es por ti, Saint. Eres tú quien me lo ha enseñado todo. Has desbloqueado esta parte de mí con la que antes solo había soñado. Pero es por ti.

Advierto la pasión en sus ojos, entonces se me echa encima: me besa con fruición, me levanta del suelo, me da la vuelta y me deja frente al tocador, con las palmas de las manos apoyadas en el frío mármol y las piernas separadas, doblada a la altura de la cintura.

—Joder, mírate, cariño —murmura, sin apartar los ojos del espejo. Desliza las manos por mis pechos y me estremezco, viendo cómo me toca; me tortura, juguetea con mis pezones hasta hacerme gemir—. Tan guapa. Tan perfecta —gruñe, y entonces se desnuda.

Hago intención de darme la vuelta, ansiosa por ayudarlo a desvestirse, pero vuelve a capturarme las manos y las deja presas en su lugar.

—No, cariño. Quédate donde estás. No te muevas ni un centímetro.

Y no lo hago. Permanezco con las piernas separadas, desnuda para él, temblorosa por la expectativa, viendo su reflejo mientras se deshace de la ropa a mi espalda. Su cuerpo aparece cincelado como el mármol a la luz tenue del cuarto de baño; su polla se yergue enhiesta, gorda y dura.

Mía.

Tenso los músculos de la vagina al recordarlo penetrándome hasta el fondo. Mi cuerpo ya sabe que no hay recompensa más dulce.

—Un día de estos, soy yo la que te va a atar a ti —le digo, sin aliento—. Te voy a usar para mi placer, te voy a cabalgar una y otra vez hasta que me pidas clemencia.

—Joder, cariño, cuando quieras. —Me mira de nuevo a los ojos a través del espejo—. Moriría feliz con la polla hundida en tu dulce coño. —Entonces desliza las manos por mis caderas, empuja con la polla contra mi vagina y lentamente, muy lentamente, se hunde en mí.

Oh…

Nuestros gemidos de placer se mezclan y reverberan en el cuarto de baño mientras sigue penetrándome centímetro a centímetro, inclinándome sobre el tocador hasta dejarme completamente apoyada en el mueble, empalada por su polla hasta el fondo.

Joder.

Ahogo los gritos, dilatada y temblorosa, y alcanzo a oír sus blasfemias de placer.

—Dios mío, cariño… —Hunde la mano en mi pelo y, despacio, me levanta la cabeza hasta que me quedo mirándome de nuevo al espejo—. Mírate —gruñe, sujetándome así. Sin moverse. Llenándome entera, como si estuviera hecha para acoger su polla. Para dejarme follar por él—. Mira lo buena chica que eres, con mi polla dentro de ti.

Me estremezco, sobrecogida por la sucia y lúbrica imagen que proyectamos: Saint colocado detrás de mí, con la mano enredada en mi cabello como un ronzal, y yo doblada hacia delante, dejando

escapar gritos ahogados por el delicioso placer que me provoca sentir su polla abriéndose paso dentro de mí.

Y me lo noto en la cara, Dios mío, me noto el deseo animal y primario que me recorre, me veo jadeante, sonrojada, empujando ya contra él, en busca de, codiciosa, ese par de centímetros extra.

Parezco sucia. Depravada. Inmoral.

Parezco libre.

Entonces, Saint echa las caderas hacia atrás y me embiste. Muy adentro. Hasta el fondo. Joder.

Aúllo de placer y mi cuerpo entero se empotra contra el tocador por la fuerza de sus empellones.

—¡Sí! —grito cuando vuelve a hundirse en mí hasta el fondo—. ¡Sí, Saint, joder!

Me rodea con un brazo y eleva mi torso hasta colocar mi espalda contra su pecho.

—La quieres bien dentro, ¿verdad, cariño? —Me penetra en este nuevo ángulo y me hace chillar—. Quieres tener bien dentro esta polla, la notarás dentro durante días. Recorrerás las calles pensando en cómo te follo. Te tomarás el café y te mojarás al recordarlo. Tendrás que excusarte para salir de esa reunión importante —murmura, moviendo esos dedos perversos entre mis muslos, acariciándome el clítoris con cada una de sus potentes embestidas —. No puedo dejar de acariciarte el coño, porque necesita que lo acaricie. Te esconderás en tu despacho y te masturbarás tapándote la cara con un cojín para intentar no emitir ningún sonido. Pero te oirán de todos modos. Lo sabrán todos. No puedes evitar gritar pidiendo clemencia cuando recuerdas lo que sabe hacer mi polla.

«Joder».

Alcanzo el clímax con un grito, sacudiéndome descontrolada entre sus brazos mientras el placer me ahoga y un torrente de adrenalina inunda mis venas. Pero Saint no se detiene ni un segundo. Se sale de mí, me da la vuelta, me sienta en el borde del tocador y quedamos frente a frente.

Me separa los muslos, me besa con pasión y, esta vez, cuando vuelve a penetrarme, lo hace infinitamente despacio.

Dios mío…

Mi cuerpo sigue tembloroso por la fuerza del primer orgasmo; sin embargo, siento que estoy a punto de correrme otra vez. Joder, es una sensación abrumadora, el lento progresar de su polla dentro de mí, abriéndose camino mientras su lengua me invade la boca. Me envuelve una oleada de sensaciones, cada terminación nerviosa de mi cuerpo se enciende al notar el suyo pegado a mí, pecho con pecho, y sus caderas ejercen presión sobre mi clítoris con cada embestida, mientras su polla…

Dios, su polla me dilata y me abre, avivando con la fricción un fuego que comienza a crecer en la base de mi columna, un fuego que con sus llamas me alcanza el torrente sanguíneo. El mundo entero arde alrededor. No hay dónde esconderse. Estamos solos los dos, y Saint por todas partes, rodeándome, dentro de mí, conduciéndome al paraíso.

—Dilo otra vez —me ordena y, cuando abro los ojos, lo encuentro mirándome con una desesperación animal. Un hombre aferrado al borde del autocontrol—. Di que soy el único.

—Eres tú —grito mientras vuelve a embestirme. Dios mío—. Eres tú y solo tú. ¡Saint, te quiero!

—Tessa… —ahoga mi nombre, penetrándome más rápido ahora, con una fuerza animal que nos devora a ambos—. Joder, eres mía. Eres mía, cariño. Te juro que nunca dejaré que te hagan daño. Nunca…

Las llamas se convierten en un infierno, engulléndolo todo a su paso mientras el clímax me parte por dentro. Me corro con un grito desinhibido y Saint responde con un rugido, enterrándose en lo más profundo de mi cuerpo mientras me convulsiono de placer. Nuestros orgasmos simultáneos nos consumen y nos convierten en un solo ser.

Pero solo cuando el placer empieza a disminuir me paro a pensar y me doy cuenta de lo que estaba diciéndome.

El peligro es inminente.

Y puede que debiera estar más asustada, pero ahora mismo, perdida en el abrazo de Saint, con el cuerpo saciado de placer, tratando ambos de recuperar el aliento, creo que nunca me he sentido más a salvo.

Porque sé que este es el único lugar al que pertenezco. Aquí, con él.

Para siempre.

Capítulo 7

Tessa



Con todo lo que ha estado sucediendo últimamente, la despedida de soltera de Annabelle es el último lugar donde deseo estar.

—No estoy de humor para pasarme el día en un *spa* —le advierto a Saint mientras me visto esa mañana.

En la invitación decía «día de glamur y chicas»… A saber qué significa eso.

—Y por esa razón lo necesitas. Ya lo hablamos, tenemos que seguir como si nada —me recuerda él mientras selecciono un conjunto en color crema atravesado por sutiles hilos dorados; todo lo deslumbrante que alcanza a ser mi armario—. Y, en este caso, seguir como si nada implica acudir a una fiesta. No podemos permitir que nadie sepa que Wren ha vuelto, o que ha cambiado algo respecto a la semana pasada.

—Ya lo sé —respondo, reticente, con un suspiro—. Pero ¿has visto el itinerario que ha enviado la ayudante de Annabelle? Está

plastificado y reluciente, con «descansos para champán» cada media hora.

—A mí me parece divertido —comenta con una sonrisa irónica—. ¿Qué otra cosa ibas a hacer? ¿Pasarte el día en casa de brazos cruzados, preocupándote? —añade.

—Sí —mascullo.

—Vas a estar comiendo *cupcakes* y dejándote agasajar, mocosa afortunada —me dice entre risas—. Mientras tanto, yo tengo que ir a la oficina y fingir interés por los desgloses presupuestarios.

—¿Aún no has sabido nada de Phillip? —pregunto, nerviosa.

Saint sacude la cabeza.

—Dijo que quizá tardaría unos días hasta poder localizar los servidores ocultos. No queremos levantar sospechas en Ashford —agrega, yo asiento y suspiro.

—Ojalá pudiéramos dejar atrás tanto secretismo.

—Deja que hoy me ocupe yo de eso —me sugiere Saint antes de darme un beso en los labios—. Hoy, tu misión es pasártelo genial.

Le lanzo una mirada irónica.

—Bueno, si no genial, por lo menos razonablemente bien —se corrige, sonriendo—. Pero, por lo menos, puedes consolarte sabiendo que servirán una comida excelente.

Y así es como acabo en medio de un *spa* de lujo con Annabelle y una docena de sus amigas más íntimas, embadurnadas en mascarillas faciales, con albornoces a juego con monograma y bebiendo champán.

—¡Por Belle! —brindan, chillando como locas. Es uno de muchos brindis, y solo son las cuatro de la tarde—. ¡Por la futura señora de Max Lancaster!

—¡Por mí! —corea Annabelle, radiante.

Además de su albornoz, que lleva bordadas a mano su inicial y la de Max metidas en un corazón diminuto, calza unas suaves pantuflas rosas y luce una tiara deslumbrante que puede incluso que no sea falsa.

—No puedo creerme que por fin vaya a pasar. ¡Es el fin de una era, chicas! —vocifera, agitando su copa.

—Y no solo para ella —murmura Imogen, junto a mí. También viste un albornoz y lleva en la cara un potingue rosa, pero, por alguna razón, consigue parecer mucho más elegante que el resto de nosotras, bebiendo champán mientras me dedica una sonrisa cómplice—. Miedo me da pensar en lo que estará haciendo Max para celebrar sus últimos días de libertad.

—Saint me ha dicho que la despedida de soltero será el fin de semana, justo antes de la boda —le informo.

—Muy listo —responde Imogen—. Así no podrá hacer demasiado daño. Ni irse demasiado lejos —agrega—. De lo contrario, acabaría en un barco en el Pacífico Sur, navegando hacia la libertad.

Selecciono un bocado de entre los refrigerios que nos han servido en el *spa*, un surtido de fruta tropical.

—¿Crees que podría intentar escaquearse de la boda? —le pregunto, súbitamente preocupada por Annabelle.

Por muchas reservas que tenga en relación con la boda, me doy cuenta de lo emocionada que está, riéndose como loca mientras posa con sus amigas para las fotos.

—¿Max? Qué va, allí estará, frente al altar, en cuerpo y alma —dice Imogen con seguridad en sí misma—. Jamás avergonzaría de esa forma a su padre, después de todo el esfuerzo que ha supuesto la organización del evento. Cyrus adora a Annabelle. O, mejor dicho, adora su título y su educación. Es la mujer perfecta para ser la esposa de un magnate. Me sorprende que no intentara casarse él con ella —agrega con un brillo malicioso en la mirada—. Pero, claro, Max es mucho más encantador. Y no lleva implantes de pelo.

—¡Imogen! —Me río, más relajada.

Me preocupaba un poco sentirme fuera de lugar, dado que Annabelle y las demás se conocen desde hace años; sin embargo, todas se han mostrado muy amables y simpáticas conmigo.

Casi me permite olvidarme de la crisis que acecha fuera de los elitistas confines del *spa*: Wren, escondida en mitad del campo, matando el tiempo mientras Saint recorre los pasillos de Ashford en busca de pruebas que demuestren sus delitos. Y aquí estoy yo, jugando al «yo nunca», escuchando los planes para la luna de miel

mientras remojo los pies en agua caliente para que me hagan la pedicura.

Supongo que Saint lleva razón y que debería aprovechar la distracción mientras pueda.

La calma antes de la tormenta.

Vuelvo a consultar el móvil. Tengo un mensaje de Wren, tal como acordamos: «¡Sigo aquí y estoy bien! Estoy haciendo pan, ¿te lo puedes creer? Supongo que tengo que matar el tiempo de alguna forma».

Me envía también una foto suya posando con un cuenco de masa de pan.

—¿A mi primo le preocupa que te llevemos por el mal camino? —me pregunta Imogen.

Y yo me apresuro a guardar el teléfono.

—¿Qué? ¿A Saint? Qué va —respondo con premura—. Él sabe que lo que pasa en una despedida de soltera se queda en la despedida de soltera.

—Dios mío —interrumpe una de las demás mujeres, una rubia desgarbada—. Ya sé de qué te conozco. ¡Eres la que le ha echado el guante a Saint!

—Están viviendo juntos —anuncia Annabelle a voz en grito—. Él se lo pidió. De hecho, ¡insistió!

Todas reaccionan.

—¡Dios mío! —exclama una con los ojos como platos—. ¿Has conseguido atarlo en corto? ¿Cómo lo has hecho?

—Sí, cuéntanos tus secretos —conviene otra, Fiona, creo que se llama, que luce una lustrosa melena castaña y un maquillaje elegante y sutil—. ¡Yo llevo siglos esperando a que Dickie me ceda uno de sus cajones! Hay que fastidiarse, en el ático cuenta con cinco habitaciones de invitados, ¡y yo sigo teniendo que cargar con la plancha para el pelo en mi bolso de Longchamp cada vez que me quedo a pasar la noche en su casa!

—Eh… Pues… —Parpadeo, confusa y desconcertada por la súbita atención que me prestan todas. Estas mujeres adineradas y glamurosas me miran de pronto con interés, atentas a mis palabras, como si yo fuera una especie de modelo a seguir—. Me temo que no

tengo ningún secreto —consigo responder—. Estamos enamorados, nada más.

—¿Enamorados? —Fiona parece desilusionada—. A mí eso no me sirve. Dickie no reconocería el amor ni aunque le aporreara con él en la cabeza.

—Tessa está siendo muy modesta —comenta Annabelle con un guiño—. Lo tiene comiendo de su mano.

—El gran Anthony St. Clair postrado a tus pies… —interviene la mujer que tengo al lado con un suspiro melancólico—. ¡Menuda estampa!

Desde luego que sí. He disfrutado de la estampa esta misma mañana, mientras me lamía sobre la mesa de la cocina hasta dejarme sin sentido, antes de servirme un plato de tortitas. «Para que empapes todo el alcohol que vas a beber», me ha dicho.

Toso, agradecida de que la mascarilla facial impida que se me note el rubor.

—Hablan como si se tratara de una celebridad —le susurro, sorprendida, a Imogen.

—En estos círculos…, lo es —responde ella con una sonrisa irónica —. A ver, es que no abundan los futuros duques solteros. Por lo general, si quieres un título, tendrás que tolerar dientes postizos y exmujeres celosas. Y el título de Ashford… —emite un silbido— es de los más antiguos y pudientes que existen. Las tierras, la empresa, las cuentas… Y Saint lo heredará todo.

Un escalofrío me recorre la columna.

He estado pensando en las consecuencias emocionales que tendrá todo esto para Saint: la lealtad dividida hacia su familia, las mentiras y los secretos, la idea de acabar en un juicio o un escándalo cuando encontremos las pruebas del fraude en el ensayo del medicamento.

Ahora me doy cuenta de que puede que eso no sea lo único que nos llevemos por delante.

Su futuro. El lugar que ocupará su familia en la historia. Uno de los apellidos más antiguos y prestigiosos de la aristocracia británica.

El legado de Ashford. El futuro legado de Saint.

Trago saliva.

Siempre ha dicho que no quería tener nada que ver con eso. Se ha pasado los últimos diez años huyendo en dirección contraria: holgazaneando en Oxford, formando parte del ámbito académico, tomando vinos caros y acostándose con mujeres para pasar el rato. Sin embargo, el resultado final nunca estuvo realmente en duda. Con el tiempo, todo sería suyo: las tierras, la riqueza y el título; lo quisiera o no.

El duque de Ashford.

Pienso en los terrenos y en las torrecillas de Ashford Manor, en los adustos retratos familiares que flanquean el gran salón, remontándose siglos en el tiempo. En teoría, Saint iba a ser el siguiente en la línea de sucesión, salvaguardando sus logros para las generaciones venideras; en lugar de acabar con todo ello.

¿Con qué se quedará cuando destapemos el escándalo de Ashford Pharma? ¿Se estará dando cuenta de lo que hay en riesgo?

—Tendríais que ver cómo la mira —declara Annabelle, que sigue parloteando sobre Saint y yo—. Está coladito por ella. Es monísimo. Seguro que son los próximos en dar el «sí, quiero».

Fiona resopla.

—Perdón, pero no me lo imagino —responde con engreimiento—. A fin de cuentas, la cabra siempre tira al monte.

Antes de poder abrir la boca para defender a Saint, Imogen se me adelanta.

—¿Como Dickie, quieres decir? —pregunta con dulzura.

Fiona le lanza una mirada gélida, pero enseguida la disimula con una risotada.

—Claro, para ti nunca ha sido un problema conseguir que te pidieran matrimonio, ¿verdad, Immie? —pregunta con suficiencia—. Sabes que aquí mi amiga es una novia a la fuga, ¿verdad? —me pregunta—. ¿Cuántos van ya? ¿Cinco compromisos rotos?

—Tres —aclara Imogen como si tal cosa, y sigue ahí tumbada, bebiendo champán como si no se diese cuenta de que están sacando las uñas en torno a ella.

Parpadeo. Imogen nunca ha hecho mención alguna a su vida sentimental, pero supongo que no debería sorprenderme que tenga hombres por doquier.

—Es difícil llevar la cuenta —prosigue alegremente Fiona—. Es que es incapaz de decidirse. Tengo entendido que el pobre Harold sigue destrozado. Don Harold Caruthers tercero —explica—. El tío está forrado y es un encanto de hombre, además de estar coladito por ella. Pero nuestra querida Imogen le partió el corazón.

—Me pidió matrimonio en la tercera cita —comenta Imogen con parquedad—. Ya se le pasará. De hecho, ¿por qué no llamas al pobre Harold? —añade con ingenuidad—. Me da a mí que está más preparado que Dickie para el compromiso. Como mínimo, te cederá un cajón para las bragas.

A Fiona se le encienden los ojos, pero, antes de poder decir ninguna otra maldad, Annabelle interviene.

—Se me están arrugando los dedos de los pies —anuncia—. ¡Creo que ha llegado la hora de la merienda! Cyrus nos ha reservado la terraza interior en Sketch. ¿A que es genial?

—¡Supergenial! —responden las otras al unísono y, por suerte, evitamos llegar a una pelea de gatas.

Tras ducharnos y cambiarnos en el *spa*, volvemos a reunirnos para que la flota de Rolls Royce alquilados nos lleve hasta el próximo destino de la despedida de soltera. Yo voy en el coche con Imogen y me quedo pegada a ella cuando ocupamos nuestros asientos en el salón de té, donde nos sirven un apabullante y fastuoso banquete a base de pasteles, sándwiches y, por supuesto, más champán. Se trata de un restaurante moderno y elegante, y la estancia entera es más una instalación de arte, decorada como si fuera una cañada boscosa, con musgo de verdad en el suelo y ramas que se entrecruzan sobre nuestras cabezas, salpicadas con flores de verdad. Annabelle está en el paraíso e insiste en que nos hagamos una sesión de fotos que dura media hora, posando por los diferentes rincones de la sala.

Yo me quedo atrás, picoteando la comida.

—Fiona parece tenerla tomada contigo —le susurro a Imogen, viendo cómo las demás mujeres se acicalan y miran su reflejo en los espejos.

—¿Fifi? Bueno, me guarda rencor desde el internado, cuando le robé el papel de Lady Macbeth en la obra de verano. —Pone los ojos en blanco—. Todo el mundo sabe que Dickie está dándole largas. Al final entrará en razón y se casará con ella, tampoco es que tenga muchas más opciones, pero Fiona no olvidará la humillación que supone para ella tener que esperar.

—La receta perfecta para un matrimonio largo y dichoso —bromeo, e Imogen se ríe.

—Ya sé que, desde fuera, debe de parecer todo tremendamente mercenario. Hace generaciones que dejamos atrás los precontratos y los matrimonios concertados, pero en muchos aspectos las cosas no han cambiado. Siguen educándonos para casarnos con alguien de la misma esfera social, con la familia adecuada, para seguir con la estirpe familiar.

—Pero tú no lo has hecho —señalo—. Aunque está claro que has tenido ofertas.

—No, no lo he hecho —responde con un suspiro—. Todavía. Puede que solo esté posponiendo lo inevitable, aunque me gusta pensar que en la vida me espera algo mejor que don Harold Caruthers.

—Tercero —puntualizo con ironía, y ella sonríe.

—¿Cómo olvidarlo? No, en serio, prefiero levantar mi propio imperio a quedarme de brazos cruzados esperando a que un hombre herede el suyo.

—Tu empresa de organización de eventos —comento.

—Sí. Eso.

Advierto una fugaz sonrisa misteriosa en su rostro, pero enseguida se borra cuando Annabelle se reúne con nosotras y se sienta en el banco corrido agitando su copa de champán vacía.

—¡Más champán, por favor! —exclama.

—Todavía es temprano —la reprende Imogen con cariño—. ¿Por qué no comes algo de tarta?

—¡Es mi fiesta y bebo si quiero! —insiste Annabelle, con las mejillas arreboladas. Ya parece algo perjudicada.

—Bueno, como quieras. —Imogen le rellena la copa—. Pero no pienso sujetarte el pelo cuando vomites al final de la noche.

—Que me lo sujete Tessa —dice Annabelle apoyándose en mí—. Es la mejor. ¿Sabes lo bien que le vienes a Saint? —me pregunta, y me mira con los ojos muy abiertos—. No se ha follado a nadie más desde que llegaste tú, y eso nunca ocurre, porque Saint es el más mujeriego de todos. Ups. —Se ríe con picardía—. Me refiero a que…

—No pasa nada —la tranquilizo—. Estoy al tanto de su reputación.

—Según parece, tiene una polla milagrosa —dice Annabelle con un susurro teatral—. ¡Una superpolla!

No me queda otra que reírme.

—Bueno, mejor desaparezco. —Imogen se levanta y sonríe—: Pero vosotras divertíos hablando de la polla de mi primo.

Se va a charlar con las demás y Annabelle se acomoda con gesto dramático en el banco aterciopelado.

—Qué suerte tienes —dice con un suspiro—. Saint nunca te haría daño. Seguro que haría cualquier cosa por ti.

Yo me río. Está borracha, y eso sin duda condiciona sus palabras. Pero también distingo en su voz un tono melancólico.

—Max y tú os divertís juntos —trato de animarla.

—Claro. Nos divertimos. —Annabelle da un sorbo a su copa—. Siempre y cuando yo haga la vista gorda. Si me dieran una libra por todas las cosas que he fingido no ver… Bueno, entonces no tendría que casarme con Max, supongo. —Se ríe de sus propias palabras, con gran estruendo, pero antes de poder preguntarle nada más, dos de sus amigas se acercan para mostrarle una publicación de la fiesta en redes sociales, y después se la llevan.

Pero me quedo observándola el resto de la tarde. Interpreta bien su papel: la aristócrata dicharachera que parlotea mientras come *cupcakes* y admira los artículos de fiesta personalizados, pero yo sé que Annabelle es más lista de lo que aparenta.

Se merece algo más que un matrimonio tenso y angustioso con Max Lancaster y su polla inquieta, eso desde luego. Pero recuerdo entonces que me contó que Cyrus Lancaster había invertido en el negocio de su padre y le había ofrecido un trabajo a su hermano. Todo está conectado, del mismo modo en que los vínculos de la

familia de Saint parecen extenderse por toda la aristocracia, con favores y antiguas deudas.

Ya no podría echarse atrás con la boda ni aunque quisiera. Y, conforme avanza la velada y nos trasladamos a una discoteca de moda a tomar cócteles y bailar, me doy cuenta de que ella también lo sabe.

—No le quites ojo de encima, ¿vale? —me susurra Imogen, me señala con la cabeza a Annabelle, que está bailando con ebrio abandono en mitad de la pista de baile, con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás mientras berrea al ritmo de una canción de Kylie —. Yo tengo que marcharme porque mañana temprano tengo una reunión, y no me fío de estas zorras, que son capaces de dejarla en el asiento trasero de un taxi… con alguien con quien no debería estar.

—Me aseguraré de que llegue a casa sana y salva —le prometo, consciente de las miradas insistentes que le dedican los tíos de la discoteca, intentando acercarse a ella.

—Gracias. Nos vemos pronto. —Imogen me da un beso en cada mejilla y después se despide educadamente de las demás antes de escapar de allí a toda prisa.

La envidio. A mí también me encantaría escabullirme y volver a casa temprano para acurrucarme con Saint; en cambio, ahora que soy la niñera oficial, sé que eso no va a pasar. Le envío un mensaje, luego vuelvo a sentarme con un refresco en la mano y observo la situación mientras Annabelle y sus amigas se ponen como una cuba. Para cuando dan las doce, ya estoy más que harta de oír hablar de trivialidades como la nueva reforma de casa de Binky y el recién nacido de Vivi.

—… Y, claro, no podríamos haberlo hecho sin la cuidadora que se queda por las noches, y sin la *au pair*, y, claro, la antigua niñera de Norris, que se ha quedado con él todo este tiempo…

Miro en torno a mí y me doy cuenta de que he perdido de vista a Annabelle en la concurrida discoteca.

—¡Fascinante! —interrumpo a voces—. Enseguida vuelvo. ¡Voy al lavabo!

Me bajo de la zona elevada reservada a los VIP y escudriño la pista de baile. No la veo por ninguna parte y…

Allí. Alcanzo a vislumbrar su melena rubia y su vestido rosa, y me apresuro a abrirme paso entre la multitud. Annabelle se encuentra en el angosto pasillo que conduce a los cuartos de baño, acorralada por un tío presuntuoso que viste un traje de diseño. Se inclina hacia ella, tomándose demasiadas confianzas, y al acercarme me doy cuenta de que Annabelle tiene la tiara torcida y va tan borracha que apenas se tiene en pie.

—Venga, cielo. —El tipo la agarra del brazo y le lanza una mirada lasciva al escote—. Vámonos de aquí. Podemos ir a un sitio tranquilo…

—¡Muy buena idea! —le interrumpo, gritando, mientras me interpongo entre ellos—. Vámonos, Annabelle. Venga, andando —añado al ver que gimotea a modo de protesta—. Es hora de irse a casa. Sola —puntualizo, mirando al hombre con evidente desprecio.

Este retrocede con gesto apesadumbrado.

—Quiero quedarme… —responde Annabelle arrastrando las palabras, después bosteza—: Quiero bailar.

—Ya has bailado bastante —le digo amablemente, alejándola de allí—. Es hora de irse a casa e hidratarse.

—Una buena hidratación es muuuimportante —murmura asintiendo con la cabeza—. Para la elisti… elassssti… elasticidad de la piel.

—Eso es. —Recojo nuestras cosas y consigo que una de sus amigas me dé la dirección de Annabelle, antes de meterla en un taxi.

Nos pasamos el trayecto con las ventanillas bajadas, y yo rezando para que aguante todo el camino sin vomitar, aunque, por suerte, el apartamento en el que vive con Max no queda lejos de allí. Se trata de un edificio moderno y lujoso, donde el portero me ayuda a subirla al ascensor y a pasar la tarjeta de seguridad para ascender a la planta del ático.

—Gracias —le digo, aliviada—. Se le ha ido un poco la mano con la celebración, nada más.

—Desde luego, señorita. —Él inclina la cabeza en señal de respeto antes de dejarnos subir.

El ascensor abre directamente al apartamento, un alucinante ático que ocupa la totalidad de la décima planta. Se trata de un espacio ostentoso y moderno que parece sacado de una revista. Justo lo que esperaría de alguien como Max. Sin embargo, al echar un vistazo a mi alrededor, no veo ningún detalle que atestigüe la presencia de Annabelle en las estancias sobrias y monocromáticas. Desde luego, no hay ni rastro del color rosa.

—Bueno, venga, vamos a beber un poco de agua —le digo, dejándola con cuidado sobre el impoluto sofá blanco. Lleno un vaso con agua y me saco una aspirina del bolso—. Y tómate esto.

—Qué buena eres —balbucea Annabelle, y obedientemente se toma el agua—. Y Saint es muy malo. Eso puede ser divertido, pero espero que no te ponga los cuernos. Al final todos acaban poniendo los cuernos, por mucho que te esfuerces en…

—Hora de irse a la cama —le digo, compadeciéndome de ella.

Pero sacude la cabeza con vehemencia.

—No. Tengo hambre… ¿Sabes lo que quiero? —pregunta emocionada, mientras se deja caer sobre los cojines del sofá.

Tengo mucha experiencia tratando con compañeras de piso borrachas después de una fiesta universitaria, de manera que le quito los zapatos y la tapo con una manta mientras ella bosteza sin dejar de parlotear.

—Una *baguette* de beicon con *brie.* —Y suspira con ojos soñadores—. Dios, cuando estaba en Oxford las comía a todas horas. En la ciudad había un sitio, Harry's Caff, que servía los mejores bocadillos grasientos…

Se recuesta, pensando en el desayuno perfecto, pero algo de lo que ha dicho resuena en el fondo de mi mente.

Harry's…

He oído antes nombrar ese lugar. ¿Saint me habrá llevado allí?

—… Tostaban los panecillos con mantequilla. Luego lo fundían todo por encima, estaba de…

Entonces caigo. Harry's. Ese es el sitio donde Jamie Richmond me contó que su fuente anónima solía dejarle información sobre la

Sociedad Blackthorn. Estaba investigando a la sociedad para publicar una exclusiva en el periódico y alguien de dentro le suministraba los detalles. Nunca supo la identidad de la fuente, pero utilizaban la cafetería como lugar de entrega de información.

Me quedo mirando a Annabelle mientras encajo mentalmente las piezas del rompecabezas.

—Eras tú —le digo perpleja—. Tú le dabas información a Jamie. La foto de Cyrus y los demás. Estabas intentando acabar con la Sociedad Blackthorn.

Annabelle se queda mirándome con cara de tonta durante unos segundos, y después suelta una risilla.

—Ups —exclama, tapándose la boca con la mano—. ¡Me has pillado!

—Pero… ¿por qué? —La miro con la boca abierta, tratando de encontrarle el sentido.

Nadie sospecharía que *lady* Annabelle DeWessops estaba llevando a cabo una rebelión secreta. Ni siquiera yo soy capaz de entenderlo ahora.

—Porque no es justo… —dice con un bostezo, acurrucándose bajo la manta—. Siempre salen impunes. Y pensé que alguien podría detenerlos… Lo que le hicieron a tu hermana…

Me quedo de piedra.

Wren.

—¿Qué sabes de eso? —exijo saber, pero se le empiezan a cerrar los ojos—. Annabelle —insisto, alzando la voz—. ¿Sabes lo que le ocurrió a Wren?

—Alguien se la llevó… —balbucea—. Estaba oscuro. No vi quién fue. Lo siento… Por eso te invité. Pensé que podrías pillarlos…, pero no puedes —añade en voz baja—. Nadie puede detenerlos. Así son las cosas… —Se da la vuelta y, con un ronquido amortiguado, se queda dormida.

Dios mío.

Me quedo sentada en el sofá, totalmente perpleja. Annabelle ha sido mi confidente misteriosa desde el principio. Fue ella la que me envió a aquella fiesta de la Medianoche al poco de llegar a Oxford, con la intención de descubrir a los agresores de Wren. Debió de ver

de pasada que se llevaban a mi hermana en la fiesta de Blackthorn y dio por hecho que estaría relacionado con la sociedad secreta…, igual que me pasó a mí.

Estaba intentando ayudarme a encontrar las respuestas, a pesar del riesgo.

Siento hacia ella una oleada de cariño y la arropo bien bajo la manta antes de ir a rellenarle el vaso de agua. El ático está inmaculado, lleno de trofeos caros: un estante para licores con el mejor *whisky* escocés que se pueda imaginar, un grafiti de Banksy sobre un trozo de hormigón, una camiseta firmada del Mundial de Fútbol del 66 en una vitrina… Prueba, todo ello, del alcance del poder y de los recursos de Max. En la pared hay fotos suyas estrechando la mano a reyes y presidentes del Gobierno… También en un avión privado con Saint y Hugh… Y navegando en un yate con algunos amigos que reconozco de la fiesta de la Sociedad Blackthorn.

Son intocables. Tal como ha dicho Annabelle.

Y puede que algunos de ellos estén detrás de la conspiración de Ashford.

Me recorre un escalofrío provocado por el miedo. Quienquiera que esté intentando acallar a Wren ya ha demostrado que no se detendrá ante nada con tal de eliminar a quien se interponga en su camino.

¿Qué harán, entonces, cuando se den cuenta de que estamos acercándonos a la verdad?

Capítulo 8

Tessa



Me despierto con resaca, pese a no haber bebido ni la mitad de lo que lo hicieron anoche Annabelle y las demás.

—Madre mía, para lo que hemos quedado… —comento quejumbrosa, al entrar arrastrándome en la cocina, donde Saint ya está vestido y sentado, leyendo el periódico mientras se toma el café —. Antes podía pasarme la noche entera de fiesta y luego levantarme por la mañana como una flor.

—Son cosas de la edad —responde divertido—. Ya no tienes veintidós años.

—Y, por lo general, no desearía volver a tenerlos, pero… ¡Ay! —Me dejo caer sobre una silla y Saint me da un beso en la frente.

—Beicon con huevos, eso es lo que necesitas. Un clásico desayuno inglés —anuncia alegremente, luego abre el horno para sacar el plato que me estaba calentando. Lo coloca sobre la mesa y me llena

también la taza de café. Emito un quejido lastimero—. Confía en mí, que esto empapará el alcohol —insiste.

Cojo un trozo de tostada y doy un bocado con cautela.

—¿Por lo menos lo pasaste bien? —me pregunta, observándome con una sonrisa irónica—. Las fotos son geniales.

—¿Hay fotos? —Trago saliva.

—En todas las redes sociales de Annabelle. Nada demasiado vergonzoso —añade para tranquilizarme—. De hecho, parecen de una sesión fotográfica profesional. —Me las enseña en su móvil y, al ojearlas, compruebo con gran alivio que no soy más que una mancha al fondo de las radiantes fotos grupales.

Me viene entonces el recuerdo de la confesión que me hizo anoche Annabelle cuando iba borracha. No tiene ni idea de que la agresión a Wren no fue un incidente aislado de universitarios borrachos, no sabe que la conspiración que estamos investigando va mucho más allá de las elitistas fiestas de la sociedad secreta.

Es, sin duda, bastante más peligroso.

Consulto el móvil y veo que ya tengo un despreocupado mensaje de Annabelle: «Dios mío, menuda nochecita. ¡No me acuerdo de NADA! ¡¡Hidratación, señoras!!».

También tengo un mensaje de buenos días de Wren. Decido hablar con ella por FaceTime, así que la llamo.

—Atención, ¡firmes! Aquí estoy para pasar revista —bromea Wren, pero entonces contempla la pantalla con los ojos entornados—. ¿Qué te pasa?

—El champán —murmuro—. Mucho. Demasiado.

—Prueba los polvos esos con electrolitos —se ríe—. Palabra de científica, te ayudarán a resucitar.

—Creo que tengo de eso —comenta Saint alzando la mirada.

Se va a investigar mientras charlo con Wren y le ofrezco una versión resumida de los acontecimientos de anoche. Se ríe cuando le cuento lo de los regalitos de diseño, incluido un collar de oro con el nombre de cada una y una cajita de recuerdos grabada con una foto enmarcada de Max y Annabelle.

—Max tiene pelotas, eso hay que reconocerlo —dice poniendo los ojos en blanco—. Fue a saco conmigo y casi me lo trago… hasta que

me enteré de que ya tenía novia.

—¿Cómo vas? —le pregunto antes de dar un sorbo al café—. ¿Todo sigue tranquilo por allí?

—Todo va como la seda —me asegura ella—. La verdad es que es agradable poder respirar tranquila. He pasado de hornear pan a un rico bizcocho de manzana y avena. —Me muestra el bizcocho, que está enfriándose sobre una rejilla en la acogedora cocina.

—Si pareces Martha Stewart —le digo entre aplausos.

—Mejor llámame Nigella Lawson, por favor —responde, y le sonrío.

Me doy cuenta de que ya tiene mejor aspecto. Las ojeras van desapareciéndole gracias a unas cuantas noches de descanso reparador, y ese brillo tan familiar ha regresado a su mirada. Sé que no le resultará tan sencillo dejar atrás el trauma de lo que le ha sucedido, pero no puedo evitar albergar esa esperanza e interpretar estas pequeñas mejorías como un indicio de que, con el tiempo, tal vez sea posible. Cuando terminemos con esto. Y con muchísima terapia.

—En fin, será mejor que siga con mi ajetreada jornada —bromea Wren—. A mediodía hay una radionovela en la BBC y, si escampa, puede que incluso salga a dar un paseo.

—Pero no te alejes mucho —le recuerdo, preocupada.

—Por aquí cerca, no te preocupes —me tranquiliza—. Luego te escribo. ¡E hidrátate! —Cuelga y Saint regresa entonces con la mezcla para la resaca, pero apenas he conseguido dar un sorbo cuando vuelve a sonarme el teléfono.

—Qué popular —dice Saint con un guiño.

Miro la pantalla y me detengo.

—Es mi madre —anuncio; noto que ya me invade de nuevo el sentimiento de culpa. Miro a Saint a los ojos—. No lo sabe. Lo de Wren. Aún cree que está muerta.

—Mierda.

Nos quedamos paralizados mientras el móvil sigue vibrando sobre la mesa. Wren y yo hablamos del tema brevemente y decidimos que, por ahora, sería mejor no decirles nada. Hay demasiadas cosas que explicar para hacerlo con una llamada de teléfono, y, como aún hay

tanta incertidumbre, no tiene mucho sentido dar al traste con la estabilidad que tanto les ha costado recuperar y volver a sumirlos en el estupor y la incredulidad.

Pero decidir no contárselo y ver la foto de mi madre a la espera en la pantalla del teléfono son dos cosas totalmente diferentes.

Dejo que salte el buzón de voz, después le envío un mensaje: «¡Estoy ocupada con el trabajo! Hablamos pronto. Besos».

—Me siento fatal —le confieso a Saint, notando cómo me corroe la culpa en la boca del estómago.

—Lo lamento —responde y me rodea con los brazos.

—No puedo hablar con ella, no sería capaz de mentir —añado—. ¿Qué le voy a decir? Perdió a su hija y lloró su muerte. ¡Sigue en duelo! ¿Cómo voy a hablar con ella como si no pasara nada, sabiendo la verdad: que nunca ha hecho falta que pasara por todo ese dolor?

—Lo sé, pero lo único que estás haciendo es intentar protegerla —me dice Saint con suavidad—. Lo mismo que hizo Wren al mantenerse alejada todo este tiempo.

Lo miro y mi culpa empieza a transformarse en otra cosa, el sentimiento encendido de la rabia.

Dios, he estado tan absorta en el alivio y la alegría de volver a ver a Wren que ni siquiera me había parado a pensar en el resto. En todas las preguntas sin respuesta que, de pronto, afloran en mi cabeza.

—No tenía por qué pasar por esto —repito lentamente—. Ni ella ni nosotros. Joder, ¿fingir su propia muerte? ¿Quién hace algo así? —pregunto—. Wren podría haber acudido a mí, haberme explicado lo que ocurría. ¡Y la habría ayudado! Habría hecho cualquier cosa por ella. Como mínimo, podría haberme enviado algún tipo de señal de que estaba bien. En su lugar… ¡En su lugar, tuvimos que vivir un infierno pensando que la habíamos perdido para siempre!

Aprieto los puños al recordar el dolor negro y profundo que sentí. Tan interminable, tan incesante que algunos días apenas lograba levantarme de la cama.

—Me culpé a mí misma —le digo a Saint, acalorada—. Me pasé meses preguntándome si podría haberlo impedido… En caso de

haber reconocido las señales exactas. ¡Me odié a mí misma por no haberla salvado! ¿Cómo ha podido hacernos esto? ¿En qué coño estaba pensando?

Saint espera paciente a que termine mi arrebato furioso y después me ofrece un abrazo de cariño.

—Ella es la única que puede responder a eso —me dice, apretándome con fuerza—. Tienes que hablar con ella si quieres respuestas.

—No puedo —respondo, frustrada, mientras me aparto—. Hoy tengo reuniones en la fundación. Tenemos que seguir como si nada, ¿recuerdas?

—Yo te cubro —me dice, sacudiendo la cabeza—. Vete a casa de Imogen y habla con Wren. Le diré a Hugh que estás durmiendo la mona después de la despedida de soltera, seguro que lo entiende.

—No puedo ir a verla estando así de enfadada —le digo tras reflexionarlo.

—¿Por qué no? —me pregunta—. Tienes todo el derecho del mundo a estar enfadada con ella. Y no te hará ningún bien dejar que se te enquiste. Tenéis que hablar. Te lo debe —añade, y yo le digo que sí con la cabeza.

Es verdad. Me lo debe.

Quiero a mi hermana y sé que solo estaba intentando protegerme, pero, joder, me rompió el corazón. Y necesito saber por qué.

Meto algunas cosas en una bolsa de viaje y me pongo en carretera al volante del preciado Aston Martin de Saint, aunque mi frustración y mi rabia van en aumento a cada kilómetro que recorro. Para cuando llego a Farleigh-Under-Lyme, estoy a punto de explotar de resentimiento por todo lo que nos ha hecho pasar Wren.

—Tessa —exclama mi hermana, sonriente, al abrir la puerta—. Llegas justo a tiempo. Acabo de meter una remesa de bollos en el horno —agrega mientras la sigo al interior de la casita de campo—. Aunque puede que haya confundido el bicarbonato con la levadura, así que no te hagas muchas ilusiones. Qué ironía, soy capaz de llevar a cabo una reacción química compleja en el laboratorio sin

despeinarme; en cambio, la repostería supone para mí un desafío total.

Entro en la acogedora cocina y la observo mientras se afana en preparar el té.

—¡No he venido a comer bollos! —exploto al fin—. ¿Qué cojones te pasa, Wren?

Ella me mira visiblemente sorprendida.

—Fingiste tu propia muerte —exclamo, alzando la voz llevada por la rabia—. ¡La Guardia Costera se pasó una semana rastreando el lago! Nos levantábamos todas las mañanas preguntándonos si ese sería el día en el que encontrarían tu cuerpo; a partir de ahí todo fue a peor. Tuvimos que enterrar un ataúd vacío. Papá estuvo un mes sin decir palabra y se pasaba el rato bebiendo. Y mamá… se quedó destrozada, Wren. Totalmente deshecha. No pensé que fuese a recuperarse jamás. ¿Tienes idea de lo que nos has hecho pasar?

Se hace el silencio. El golpeteo de la lluvia resuena ligeramente contra las ventanas de la casa, entonces Wren retuerce el rostro y se le llenan los ojos de lágrimas.

—Lo siento —dice en voz baja—. No soportaba la idea de hacerles daño.

—¡No solo a ellos! —le grito—. ¿Qué pasa conmigo? ¿Crees que yo no me hundí también? Te perdí, Wren. ¡Desapareciste! Y, cada día que pasaba, se me rompía de nuevo el corazón al pensar que jamás volvería a verte, que te había decepcionado, que debería haber sabido que… —Se me quiebra la voz y me disuelvo en un mar de sollozos e hipidos, consumida por el recuerdo de esa terrible culpa.

Wren se acerca y me rodea con los brazos. Trato de apartarla, furiosa aún, pero ella me abraza con fuerza.

—Lo siento, Tessie. Lo siento muchísimo.

—¡No me sirve de nada que lo sientas! —lloro—. ¿Cómo has podido hacernos esto? ¿Cómo has podido hacerme esto a mí?

—No vi que hubiera otra salida —me responde; cuando la miro, veo su expresión de súplica—. Has de entenderlo; no pensaba con claridad. Tras la agresión, ya estaba fuera de control, y cuando empezaron las amenazas… Estaba deprimida y jodida, muerta de miedo; no sabía qué hacer. Pensé que todo sería más fácil si

desaparecía. Que todos estaríais más seguros sin mí. Una vez hecho, una vez dejé aquella carta en la playa y me marché…, ya no había vuelta atrás. Por mucho que lo deseara. Pero yo también os echaba de menos —se defiende, llorando también—. Todos los días. Estaba sola, sin mi familia, y no hacía más que repetirme a mí misma que merecía la pena con tal de evitar que os hicieran daño.

Mi rabia se diluye. ¿Cómo podría seguir enfadada cuando ella también ha sufrido tanto? Este último año también ha sido un infierno para ella: siempre escondida, mirando por encima del hombro, alejada de sus seres queridos. En realidad, no es ella quien merece mi ira.

Qué va, esa es mejor reservarla para los verdaderos responsables de todo este dolor.

Quienquiera que la secuestró. Quienquiera que me amenazó.

Quienquiera que esté intentando que guardemos silencio sobre los ensayos clínicos de Ashford Pharma.

Al fin le devuelvo el abrazo y mezo su delgada figura. Demasiado delgada. Otra prueba más de todo el estrés y la ansiedad a los que ha estado sometida.

—Sé que pensabas que era la mejor opción —susurro entre lágrimas—. Es que no soporto que haya sucedido.

—Yo tampoco… —Al cabo, me suelta y se sorbe la nariz—. Vaya dos —comenta, secándose las mejillas con una sonrisa amarga—. Nadie pensaría que estamos luchando por delatar a una empresa multimillonaria.

—Bueno, si nos subestiman, problema suyo —respondo, tratando también de secarme las lágrimas y sorberme la nariz—. Por cierto, esos bollos que mencionabas…

Wren se ríe y, tras consultar el reloj, responde:

—Estarán listos en unos diez minutos. ¿Quieres ser ambiciosa y tratar de preparar también una crema de limón?

—Me parece justo el tipo de plan tranquilo y relajado que necesitamos.

Me lavo la cara con agua fría y me reúno con Wren, que está tamizando, removiendo y mezclando. Preparamos la crema y sacamos del horno los bollos, que solo han quedado un poco hundidos.

—No está mal para ser mi primer intento —decide Wren.

—Saben de maravilla —le informo, y nos llevamos el té al acogedor salón y nos acomodamos allí junto al hogar de la chimenea.

Entonces, habiéndome deshecho ya de la rabia y del estupor, sin dramas que nos interrumpan, hablamos sin más. Durante horas, sobre mis investigaciones en Oxford tratando de descubrir a su agresor, sobre cómo ha logrado mantenerse escondida durante todo este tiempo.

—Resulta que es fácil conseguir un carné de identidad falso —me dice, acurrucada al otro extremo del sofá de estampado floral—. Me paseé por las residencias estudiantiles de la Universidad de Chicago, fingiendo que necesitaba algo con lo que entrar en los bares. Y conseguí bastantes —añade—. Cambiaba de identidad transcurrido un mes, me alojaba en pensiones de mala muerte y trabajaba cobrando en negro como camarera y atendiendo la barra.

—¿Tú… atendiendo una barra? —pregunto, incrédula. Durante la universidad, Wren apenas pisó los bares de la zona, estaba demasiado ocupada estudiando y pasándose la noche en vela en el laboratorio.

—Ya lo sé —responde, sonriente—. Pero aprendo rápido. Ya sé preparar un martini. Y a ti te seguía la pista en las redes sociales —explica—. Cuando vi que te habías ido a Oxford… En fin, tuve que hacerme también con un pasaporte falso. Sabía que estabas cometiendo una estupidez al volver allí.

—Así soy yo —respondo alegremente—. Cabezona y alimentada por la sed de venganza para localizar al hombre que te había agredido.

—Gracias —contesta con una sonrisa—. Por intentarlo, al menos. Yo también he estado volviéndome loca con eso.

—¿Sigues sin haber recuperado la memoria? —le pregunto.

Sacude la cabeza y dice:

—No sé si considerarlo una bendición o una maldición. Lo que recuerdo es horrible, y sé que no supone ni la mitad de lo que ocurrió.

La celda sin ventanas. Los grilletes en muñecas y tobillos.

El hombre que, en el muslo, lucía un tatuaje que se asemejaba a una serpiente enroscada en una corona.

Me estremezco al pensarlo.

—Ya era horrible cuando pensábamos que había sido un psicópata que te había agredido solo por diversión, pero ahora… Alguien lo hizo por un motivo. Para cerrarte la boca y asustarte.

Fue algo planeado. Calculado.

Y todo para beneficio del futuro económico y de la reputación de Ashford Pharma.

Wren se da cuenta de lo que estoy pensando.

—¿Cómo lo lleva Saint? —pregunta, y percibo que sigue sin confiar plenamente en él.

La comprendo. Saint tiene tanto que perder como el resto de su familia si logramos destapar sus delitos.

—Está tratando de husmear en Ashford, en la medida de lo posible, sin llamar la atención —explico—. Pero sé que no debe de serle fácil —suspiro—. Nunca se ha llevado bien con su padre, pero una cosa es no estar de acuerdo con los planes que tiene para tu vida, y otra bien distinta tener que aceptar que tal vez esté detrás de este tipo de fraude. Su hermano mayor también murió. Hace diez años. Eso nos unió más. Él entendía lo que estaba pasando al haberte perdido.

No es de extrañar que Saint me animara a hablar del asunto con Wren. Probablemente él daría cualquier cosa por volver a tener la oportunidad de hablar con Edward.

Eso me hace valorar más aún el momento, las dos acurrucadas en el sofá, tomando té y bollos, la primera de las que espero que sean muchas tardes como esta.

—¿Te quedarías? —me pregunta Wren con gesto de curiosidad—. Me refiero a cuando todo esto termine. ¿Te quedarías en Inglaterra, con él?

—Eso creo… —No puedo contener la sonrisa que asoma a mis labios al pensar en un futuro con Saint—. Me gusta mucho mi trabajo en la fundación y me veo construyéndome una vida aquí. Con él. Claro, todo eso depende de que delatemos a los cabrones que te hicieron daño y les impidamos seguir adelante y lanzar el medicamento —aclaro—. Muy sencillo.

—Sencillísimo —conviene Wren con una sonrisa amarga—. A veces soy incapaz de asimilarlo —me dice meneando la cabeza—. Yo soy una científica empollona, y lo más atrevido que has hecho tú en tu vida ha sido enamorarte de artistas tóxicos.

—¡Oye! —protesto entre risas.

—Es cierto. ¿Cómo hemos acabado aquí?

—Porque intentaste hacer lo correcto —respondo sin más—. Y eso es importante. Piensa en todas las personas que se verían perjudicadas si siguen adelante con el medicamento defectuoso contra el alzhéimer, toda esa esperanza puesta en algo que jamás los ayudará.

—Y ya no es solo la gente que se aferra a un milagro la que saldría perjudicada —explica Wren frunciendo el ceño—. Es también el futuro del campo de la medicina. Los científicos y otras empresas farmacéuticas pasarían a trabajar empleando las mismas suposiciones, los mismos protocolos que demostró Valerie. O que fingió demostrar. Eso podría retrasar años el hallazgo de un verdadero tratamiento. Décadas, incluso.

Nos quedamos calladas, reflexionando sobre todo lo que está en juego. Pero, mientras que Wren está pensando en la medicina, yo estoy pensando en ella. En cómo mantenerla a salvo y protegida de esos monstruos. Por ahora, puede que no corra peligro, aislada aquí en mitad del campo, pero no podrá seguir escondida para siempre.

Algún día tendrá que volver a la vida de forma oficial.

—¿Más té? —me pregunta, y se pone en pie cuando mi teléfono empieza a vibrar sobre la mesita de centro.

Es Saint, llamará para ver cómo estamos.

—Creo que ya no puedo tomar más Earl Grey —respondo con una sonrisa—. ¿Y si nos pasamos al vino?

—Creí que no ibas a volver a beber nunca —bromea mientras recoge los platos.

—Un sorbo o dos no me harán daño. Así se me pasará la resaca —argumento antes de responder a la llamada de Saint—: Hola, cariño —saludo, y Wren se ríe.

—«Hola, cariño» —me imita ella.

—¡Cállate! —Le doy un empujón cariñoso y la sigo hacia la cocina mientras charlo con Saint.

—Parece que las cosas van bien por ahí —me dice él.

—Pues sí. Gracias por hacerme venir —respondo—. Hemos tenido una bonita conversación. Ahora ya me siento mucho mejor.

—Me alegro —comenta—. ¿Volverás esta noche o quieres quedarte allí?

Miro a mi alrededor. Ya ha oscurecido y el viento arrecia en el bosque.

—Creo que me voy a quedar —decido—. No quiero conducir con este tiempo. No vaya a ser que le haga un arañazo a tu preciado coche.

Wren hace un gesto con los pulgares hacia arriba.

—Hay comida de sobra —me dice ella, sonriente—. Puedo preparar mis famosos macarrones con queso.

—Tus famosos y asquerosos macarrones con queso —bromeo.

—¡No te pases!

Saint se ríe al otro lado de la línea.

—Me alegra que tengáis la oportunidad de pasar algún tiempo juntas —me dice—. Aunque esta noche te echaré de menos en la cama…

—Ya te lo compensaré —le prometo, y le oigo hacer un ruido de aprobación.

—Me muero de ganas.

De pronto, se dispara una alarma aguda que atruena por toda la casa. Wren se sobresalta y deja caer un plato en el fregadero. Se parte al golpear la porcelana y se hace añicos.

—¿Qué sucede? —pregunta Saint.

—No lo sé —respondo, y miro a mi alrededor con el corazón desbocado—. Acaba de saltar la alarma.

Wren me mira a los ojos, aterrorizada.

—Seguramente sea un zorro —le digo, y a la vez me lo digo a mí misma—. Imogen comentó que a veces activan la alarma.

—Ve a mirar las cámaras —me ordena Saint—. Tiene las imágenes conectadas a su televisión. Dime lo que ves.

Corro al salón seguida de Wren. Me tiembla la mano cuando cojo el mando a distancia; mientras, la alarma sigue emitiendo su pitido ensordecedor.

—Aquí está —anuncio al conseguir abrir la aplicación de las cámaras de seguridad. Hay cuatro planos distintos, ubicados en diferentes puntos de la casa—. Parece todo despejado. No veo nada.

Saint deja escapar un suspiro de alivio.

—Falsa alarma —me dice—. Los puñeteros zorros.

Pulso unos botones y la alarma se detiene.

—Uf, drama. —Le dedico a Wren una sonrisa tranquilizadora, pero entonces su rostro se ve invadido por el miedo.

—Tessa… —Señala de nuevo la pantalla.

Me vuelvo justo a tiempo de ver una figura que camina en las sombras hacia una de las cámaras. Lleva la cara cubierta con un pasamontañas y viste ropa de camuflaje. Se queda un instante ahí parado y estira la mano hacia la cámara. Entonces, la imagen se corta y solo vemos interferencias en la pantalla.

El resto de las cámaras se apagan también.

—¿Qué está pasando? —pregunta Saint por teléfono, pero no puedo responder.

Wren y yo nos miramos, paralizadas por el pánico.

Alguien la ha encontrado. Está aquí.

En ese momento, nos llega el ruido de los cristales rotos en el recibidor y Wren deja escapar un grito de terror.

Capítulo 9

Tessa



Entra en pánico. El grito de Wren me saca de mi estupor, esto está ocurriendo de verdad.

Alguien ha venido a por ella.

—¿Qué está pasando? —me pregunta Saint desde el otro lado de la línea—. ¿Tessa? ¡Tessa!

—¡Un intruso! —consigo gritar, mirando a mi alrededor con frenesí.

El ruido de los cristales provenía de la parte delantera de la casa. De la puerta principal. ¿Qué coño hacemos ahora?

—¡Salid de ahí! —grita Saint, y oímos entonces unos pasos decididos que entran en la casa.

Wren me agarra la mano y me arrastra en dirección contraria, hacia la estrecha escalera que conduce al piso de arriba. Me tropiezo en los escalones de madera y se me cae el teléfono al intentar

asirme al pasamanos. Joder. Cae escaleras abajo, fuera de mi alcance, y me detengo con la intención de recuperarlo.

¡PUM!

Junto a mi cabeza, salta por los aires un trozo de yeso. Me vuelvo y, horrorizada, veo al hombre enmascarado al final del pasillo, con una pistola en la mano. Vuelve a levantarla…

Wren tira de mí hacia arriba.

—¡Vamos! —me grita, justo cuando vuela otra bala, y el disparo resuena como un trueno en el silencio de la casa.

Dios mío.

Corro tras ella escaleras arriba y entramos en un dormitorio. Miro desesperada a mi alrededor.

—¡El armario! —grito, señalando la alta vitrina que hay junto a la puerta, llena de objetos de porcelana.

De inmediato, Wren entiende lo que quiero decir y, juntas, empujamos y arrastramos hasta volcarlo para bloquear el acceso.

Segundos más tarde, el hombre se lanza contra la puerta emitiendo un golpe sordo. El armario se estremece, pero no cede; al menos, por ahora, aunque no sé cuánto tiempo aguantará. Examino la habitación en busca de algo, cualquier cosa que utilizar como arma; sin embargo, solo veo una cama rústica de sábanas con estampados florales y decoración *vintage*.

—Tenemos que salir de aquí —exclamo, aterrorizada y con el corazón desbocado.

¡PUM!

Una bala atraviesa la puerta de madera, astillándola, y pasa volando frente a nosotras hasta estrellarse contra una lámpara. Wren ahoga un grito.

Corro hacia la ventana. Estamos a casi cinco metros del suelo, sin nada que amortigüe la caída, pero no tenemos otra opción.

—¡Por aquí!

Abro las hojas de la ventana y emerjo al aire frío de la noche. Recuerdo vagamente una charla informativa del departamento de bomberos, cuando estaba en el colegio. «No saltéis, dejaos caer». De modo que me descuelgo con cuidado hasta quedar agarrada solo con los dedos, entonces me suelto.

ZAS.

El suelo llega enseguida, pero, al aterrizar, consigo rodar hacia un lado sobre la hierba húmeda. Wren va detrás de mí y se asoma por el alféizar de la ventana.

—¡Deprisa! —le grito; oigo los fuertes golpes del intruso, que intenta echar la puerta abajo.

Wren se queda allí colgada unos instantes, visiblemente atemorizada. Entonces, se deja caer.

—¡Ayyy! —suelta un grito de dolor al aterrizar de mala manera y quedarse hecha un ovillo en el suelo—. ¡El tobillo!

—¡Tenemos que irnos! —Trato de incorporarla, pero grita de nuevo, le cuesta ponerse en pie.

¡PUM!

Otro disparo, demasiado cerca. El intruso ha accedido ahora a otro de los dormitorios y está asomado a la ventana, apuntándonos directamente.

—¡Vamos! —le grito a Wren y consigo levantarla.

Corremos hacia el bosque en penumbra. Wren va gimoteando de dolor, cojea con el tobillo lesionado, pero le paso un brazo por los hombros y logro sostener su peso mientras nos alejamos, medio corriendo medio tropezando, de las luces de la casa y nos sumergimos en la oscuridad.

—Por allí —digo entre jadeos, señalando las siniestras sombras que se alzan frente a nosotras: el bosque que rodea la casa de campo—. No podemos correr más que él, así que tenemos que escondernos.

Se oye otro disparo. Wren aprieta la mandíbula y sigue avanzando, pero me doy cuenta de que sufre con cada paso que da. Avanzamos a trompicones por el campo de atrás hasta alcanzar al fin la linde del bosque; allí nos refugiamos entre la maleza. Notamos las hojas y el barro bajo los pies, enseguida los árboles bloquean cualquier luz procedente del exterior, envolviéndonos en la más absoluta oscuridad.

Da mucho miedo, y ni siquiera tenemos una linterna o un móvil con el que iluminar el camino. Pero eso está bien, me recuerdo,

porque significa que seremos más difíciles de encontrar. Porque no me cabe la menor duda de que va a venir a por nosotras.

Ese hombre estaba disparando con la intención de matarnos.

Trato de controlar el pánico y pensar con claridad.

—Creo que la carretera principal está por ahí —anuncio, señalando hacia la izquierda, esforzándome por recordar—. El pueblo se halla a unos tres kilómetros. Si conseguimos encontrarnos con alguien, pedir ayuda…

Wren asiente con lágrimas en los ojos.

—Vamos —le digo, y aguzo el oído para saber si el hombre nos persigue—. Le llevamos ventaja, pero vendrá a por nosotras, y sin perder tiempo.

Seguimos avanzando, tambaleándonos a ciegas entre la oscuridad de los árboles, hasta que el bosque nos engulle, y ya no se oye nada salvo nuestra propia respiración entrecortada, el murmullo amortiguado de nuestros pasos al arrastrarse por el barro y los latidos desbocados de mi corazón, que me palpita en los oídos con tal ímpetu que debo esforzarme para estar atenta a cualquier otro ruido.

Es una tortura. A cada paso que damos, me pregunto si será el último. A la espera de oír otro disparo que altere el silencio del bosque.

¿Es así como termina?

Contengo un sollozo. ¡Es demasiado pronto! Acabo de recuperar a Wren. Acabo de conocer a Saint. Tengo por delante la vida entera, llena de posibilidades, pero, en su lugar, me encuentro consumida por el terror, caminando a tientas en la oscuridad tratando de huir de un asesino.

Pese a todo, me obligo a continuar. Un pie delante del otro, adentrándonos cada vez más en la oscuridad. Sin embargo, Wren se apoya cada vez con más abandono sobre mi hombro y, pasado un rato, no puedo aguantar más su peso.

—Tessa… —gimotea, camina cada vez más despacio—. Por favor, me duele. Tengo que descansar.

—No. —Tiro de ella hacia delante—. Tenemos que seguir. Nos encontrará.

—No puedo. —Se derrumba, cae al suelo y a punto está de arrastrarme con ella. Se queda allí tumbada, sollozando de dolor—. No puedo dar un paso más. Lo siento. Tienes que irte sin mí.

—¿Cómo? ¡Ni hablar! —Tiro de ella para volver a ponerla en pie, pero intenta zafarse.

—No lo conseguiré con el tobillo en este estado. Lo único que haré será entorpecerte.

—No pienso dejarte aquí —le aseguro.

—Puedes ir a buscar ayuda —argumenta—. Corre hacia el pueblo. Yo me esconderé, luego vuelves a por mí…

—Te he dicho que no. —Me esfuerzo por no alzar la voz, temblorosa como estoy por el miedo y la rabia—. Ya te perdí una vez, Wren. No pienso dejarte aquí tirada. Sobrevivimos juntas o no sobrevivimos.

—Pero, Tessa…

—¡Shh! —le chisto de pronto y me doy la vuelta. He oído un ruido a nuestra espalda—. ¿Has oído eso? —susurro.

Vuelve a oírse el ruido. Algo que se arrastra y que bien podría ser un animal… Hasta que, a través de los árboles, alcanza a oírse una voz que suelta un taco.

Joder.

Wren pone los ojos como platos y a mí también me entra el pánico. Miro desesperada alrededor y distingo un árbol caído contra unos arbustos. Señalo y ambas nos encaminamos hacia allí sin hacer ruido.

Trepo hasta detrás del tronco y me hago un ovillo entre los arbustos, sin prestar atención a las ramas que me arañan la piel. Wren se arrastra detrás de mí, hasta quedar las dos escondidas en el sotobosque, invisibles.

Poco a poco, el ruido de nuestro perseguidor va intensificándose, entonces surge un leve haz de luz. Se trata de la linterna de un teléfono móvil, que se mueve entre los árboles.

Buscando.

Dios mío.

Me llevo un dedo a los labios sin hacer ruido. Wren asiente y guardamos las dos silencio, aterrorizadas.

El individuo se acerca. Ahora alcanzo a oírlo con mayor claridad, haciendo crujir las ramas, sin molestarse en pasar desapercibido. El haz de luz oscila y luego se detiene enfocado hacia el suelo.

Está intentando seguir nuestras huellas.

El instinto me dice que retroceda y me adentre más aún en los arbustos; que huya, que corra por mi vida, pero no puedo arriesgarme a emitir un sonido. No puedo dejar atrás a Wren.

En silencio, mi hermana encuentra mi mano y me la aprieta. Yo le devuelvo el apretón, con el corazón acelerado conforme el hombre se acerca… Cada vez más…

… Y nos pasa de largo.

Wren y yo nos quedamos paralizadas. Apenas respiramos, nos limitamos a esperar, muertas de miedo, mientras el intruso sigue avanzando y aprieta el paso. La luz de la linterna sube y baja, adentrándose más en el bosque, hasta que la perdemos de vista.

Se ha ido.

Wren deja escapar el aliento, una mezcla entre exhalación y suspiro de alivio.

—Shh —susurro de inmediato—. Todavía no estamos a salvo.

Se lleva la mano a la boca para amortiguar el sonido de su respiración entrecortada, y yo me quedo allí acuclillada, aguzando el oído. No se oye a nuestro perseguidor, tan solo los siniestros crujidos y susurros propios del bosque, pero no me lo creo.

—Tessa… —me dice Wren en voz baja, rompiendo al fin su silencio —. Creo que se ha ido.

—Podría ser una trampa —respondo, también en un susurro—. Podría estar dando la vuelta. O pidiendo refuerzos. No sabemos nada.

No sabemos quién es el hombre de la pistola ni cómo nos ha encontrado.

Pienso en mi teléfono móvil, tirado, inservible, al pie de la escalera, y suelto un taco. Si al menos pudiéramos enviar un mensaje, o llamar a alguien ahora mismo. Seguro que Saint está volviéndose loco de preocupación tras oír los disparos.

Saint.

Pienso en él y, al hacerlo, el terror afloja la presión sobre mi corazón. Saint vendrá a por mí. Sé que lo hará.

La única pregunta es si conseguirá llegar a tiempo.

Aguardamos.

No podemos hacer otra cosa más que quedarnos acurrucadas, juntas, bajo el manto protector de la oscuridad, atentas a cualquier peligro que aceche en el bosque. Cambio de postura para sentarme en el suelo al empezar a notar el frío de la noche húmeda y fría. He salido huyendo de la casa vestida con unos vaqueros y una sudadera con capucha, pero no bastan para protegerme del desapacible clima, de modo que nos acercamos la una a la otra para darnos calor mutuamente. Wren lleva un reloj de pulsera antiguo, y vemos pasar los minutos, que avanzan infinitamente despacio.

Desearía estar en cualquier lugar del mundo menos aquí. En esa playa tropical con la que fantaseaba Saint, holgazaneando a la sombra de una palmera junto a las aguas someras, seca y calentita, sin temer por mi vida… Me dejo llevar por esa fantasía, hasta que Wren me tira de la manga.

—Ha pasado una hora —susurra—. No creo que vaya a volver.

Respiro hondo y pienso deprisa. No podemos quedarnos aquí eternamente; si queremos intentar escapar, deberíamos hacerlo antes de que el frío y el cansancio nos lastren demasiado. Si logramos llegar al pueblo, o a algún lugar con teléfono…

—¿Qué tal tu tobillo? —le pregunto—. ¿Crees que puedes caminar?

Wren estira el pie y se masajea el tobillo con cuidado.

—No está roto, solo es un esguince. Ahora que ha descansado…, creo que puedo intentarlo.

Poco a poco salgo arrastrándome de entre los arbustos. Es una experiencia aterradora, y una parte de mí espera encontrarse al intruso esperándonos, preparado para atacar, pero, al salir al claro, no hay nadie.

—No hay peligro —le susurro a Wren—. Vamos.

Sale arrastrándose detrás de mí, despacio se pone en pie y mueve el tobillo para ver cómo está.

—Lo noto un poco mejor —anuncia, con visible alivio en la mirada —. Puedo caminar.

Gracias a Dios.

—El hombre de la pistola se ha ido por allí —le digo, mirando a nuestro alrededor—. Y la casa está por allí detrás…

—Entonces, vamos por aquí —sugiere Wren, y señala en una dirección distinta—. A lo mejor tenemos suerte y encontramos la carretera principal. Dios, lo que daría por tener una brújula ahora mismo…

—O un mapa. O agua. O un móvil —agrego—. Si nunca conseguí la insignia de exploradora en las Girl Scouts fue por algo.

—¿En serio? Pensé que fue porque te dio miedo hacer la acampada nocturna, te asustaste por un mapache y tuviste que llamar a mamá para que fuera a recogerte —me dice Wren con una sonrisa burlona.

Está fingiendo que no tiene miedo, igual que yo.

—Por lo menos lo intenté —respondo en voz baja, agarrándola del brazo para que no pierda el equilibrio—. Tú estabas demasiado ocupada catalogando tipos de rocas como para mirar hacia fuera. Empollona.

—Tarada.

—Idiota.

Comenzamos a caminar todo lo rápido que a Wren le permite el tobillo lesionado.

—Creo que veo un sendero —anuncia conforme nos adentramos en el bosque—. Mira.

Lleva razón. Por entre la maleza, medio visible, alcanza a verse un camino que serpentea a través del bosque. El corazón me da un vuelco.

—¿Deberíamos seguirlo?

—Tiene que llevar a alguna parte, ¿no?

¡PUM!

Oímos un disparo a nuestra espalda y la bala se incrusta en el tronco de un árbol. ¡PUM!

Ha vuelto.

—¡Corre! —grita Wren, agarrándome la mano.

Corremos por el sendero, huyendo de más disparos y del ruido de unos pasos acelerados que nos siguen. Dios mío. Ahogo un grito de pánico, resbalo con las hojas mojadas y los troncos de los árboles, y me aferro a la mano de Wren para no caer. Ya ni siquiera intentamos guardar silencio, lo único que importa es escapar.

—¡Lo tenemos justo detrás! —anuncia mi hermana tras mirar un instante por encima del hombro.

Otra bala pasa silbando a nuestro lado a medida que zigzagueamos por el sendero.

—¡Ahí delante! —grito al ver que los árboles empiezan a espaciarse y alcanzo a distinguir la superficie negra y lisa de la carretera—. ¡Vamos! ¡Vamos!

Al salir corriendo del bosque, vemos los faros de un coche que se aproxima a gran velocidad. Aminoro la marcha un segundo, preguntándome ya si el vehículo será amigo o enemigo. ¿Y si se trata de un cómplice? ¿Y si no podemos…?

¡PUM!

Noto una intensa quemazón en el hombro, pero no hay tiempo para detenerse, ni siquiera para pensar. Sigo corriendo, con Wren a rastras, subo con dificultad por el terraplén y me lanzo hacia la carretera, justo delante del vehículo que se acerca.

—¡Pare! —chillo, agitando las manos frente a la luz cegadora de los faros.

En un instante terrorífico, creo que llego demasiado tarde y que al coche no le dará tiempo a detenerse, pero entonces oigo el chirrido de los frenos y el vehículo derrapa hasta detenerse por completo.

De dentro sale acelerado el conductor. Y veo que se trata de Saint.

Gracias a Dios.

—¡Tessa! —Corre hacia nosotras y agarra a Wren antes de que esta caiga al suelo—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Estáis bien?

—¡No hay tiempo! ¡Ya viene! —exclamo—. ¡Lleva una pistola!

A Saint le cambia la cara.

—Montaos en el coche —ordena, y entonces me doy cuenta de que él también va armado; lleva un pequeño revólver de color negro

que se ha sacado de la cinturilla del pantalón—. ¡Vamos!

¡PUM!

Otra bala nos pasa silbando y veo en ese momento la sombra oscura del hombre enmascarado al salir de la linde del bosque.

Saint abre fuego y dispara una ráfaga de balas que obligan al enmascarado a volver a guarecerse entre los árboles. Después, retrocede hacia el coche sin dejar de disparar.

—¡Venga!

Wren se acurruca en el asiento trasero y yo ocupo el puesto de copiloto mientras Saint dispara una última ráfaga de balas. Luego, se sienta al volante y arranca el motor.

—¿Estás herida? —pregunta mientras nos alejamos, acompañados del chirrido de los neumáticos—. Tessa, ¿estás herida?

—Estoy bien —respondo de manera automática, con el corazón aún desbocado. Lo miro y me siento abrumada de amor—. Sabía que vendrías. Sabía que si aguantábamos lo suficiente…

Entonces le cambia la cara y dice:

—Estás sangrando.

—¿Cómo? —Miro hacia abajo y veo que la sangre va empapando la manga de la sudadera.

—Tessa, ¿te ha alcanzado? ¿Te ha disparado? —Su voz reverbera, teñida de pánico, en el interior del vehículo. Estira la mano para tratar de revisarme el brazo y, sin querer, da un volantazo.

—¡Saint! —grita Wren, inclinándose hacia delante—. Nos vas a matar a todos. Los ojos en la carretera. Yo me encargo de ella.

Saint maldice entre dientes y conduce a gran velocidad por la serpenteante carretera secundaria mientras Wren me ayuda a quitarme la sudadera.

—No me duele mucho —les digo.

—Es por la adrenalina, pero no tardarás en notarlo. —Wren me revisa la herida y me limpia la sangre—. Es solo un rasguño —anuncia—. La bala apenas la ha tocado. Con vendas y un antiséptico, quedará como nueva. Todo en orden.

«Todo en orden», pienso.

Me quedo sentada en el asiento del copiloto, temblando de alivio y de estupor. Le agarro la mano con fuerza a Wren; no puedo creerme

que haya estado a punto de volver a perderla.

De perderlo todo…, incluida mi vida.

Capítulo 10

Saint



Estoy tan furioso que apenas logro ver con claridad. Vuelvo a Londres a toda velocidad, con los nudillos blancos de tanto apretar el volante, y después llevo a Tessa en brazos hasta el interior de la casa, pese a sus inútiles protestas.

—¡Puedo caminar sin problema! Wren es la que necesita ayuda…

—No es verdad —responde su hermana mientras deposito a Tessa en el sofá, y de inmediato voy a conectar el sistema de seguridad. Alarmas, cámaras…

Joder, ¿dónde hay un misil tierra-aire cuando lo necesitas?

Podría haberla perdido.

Si hubiese ido conduciendo un poco más despacio, si la bala hubiera pasado cinco centímetros más a la derecha…

—No pasa nada, Saint —insiste Tessa cuando me reúno con ellas y le pongo un botiquín a Wren en las manos.

Su hermana se afana en limpiarle la herida, la puta herida de bala, a continuación se la venda, mientras Tessa suspira y refunfuña. Sigue pálida y temblorosa después del incidente, tiene la cara

manchada de tierra y ramitas en el pelo, pero sigue tan cabezona como siempre.

—¿Lo ves? —me dice, mostrándome el hombro—. ¡Solo es un rasguño!

—¡¿Un rasguño?! —vocifero, mis gritos resuenan con fuerza en la quietud de la noche.

Wren nos mira a ambos alternativamente.

—Bueno —anuncia alegremente—, estoy agotada. Esto de huir a la desesperada te deja sin energía. ¿Dónde está el cuarto de invitados? —me pregunta.

Señalo con la cabeza en dirección al pasillo.

—¡Fantástico! Pues voy a tomarme una pastilla para dormir, me pongo los auriculares con cancelación de ruido y me voy a la cama mientras vosotros… hacéis lo que tengáis que hacer.

Wren se escabulle y me deja a solas con Tessa.

—Tienes que ir al hospital a que te miren eso en condiciones —le ordeno.

—Lo que tengo que hacer es darme una ducha de agua caliente y dormir bien. ¿Por qué no pones agua en el hervidor y preparas una infusión? —sugiere, antes de pasarme de largo y dirigirse al piso de arriba.

¿Una infusión? ¡¡Una infusión!!

Trato de no perder los nervios. Sé que esta noche ha vivido una situación extrema, aunque esa forma que tiene de restarle importancia hace que me hierva la sangre. ¿Es que no entiende el peligro que ha corrido? Cuando me las imagino a las dos solas y asustadas en mitad del bosque, con un psicópata persiguiéndolas…

Un psicópata con una pistola.

Ashford no se anda con tonterías.

Corro escaleras arriba detrás de ella.

—¿Te das cuenta de lo que ha sucedido esta noche? —le pregunto cuando la encuentro en el cuarto de baño.

—Estoy bien —insiste de nuevo, y a mí se me acaba la paciencia.

—¡Deja de decir eso! —le grito—. ¡No puedes estar bien! Cuando he oído los disparos por teléfono y luego has dejado de responder… ¡Pensaba que habías muerto! ¡Podría haberte perdido!

—Pero no he muerto. —En un abrir y cerrar de ojos, Tessa me rodea fuertemente con los brazos. Me tranquiliza con la suave presión de su cuerpo y con esa sonrisa plácida y seductora—. Estoy aquí mismo.

—No puedo perderte, cielo. —Me aferro a ella como un hombre a punto de ahogarse, invadido por una mezcla abrumadora de pánico, alivio y desesperación—. Joder, no puedo prescindir de ti.

—No tienes por qué —me asegura ella. Ladea la cabeza y me mira con los ojos brillantes y llenos de lágrimas—. Mira, yo también he pasado miedo esta noche. Estaba aterrorizada. Pero lo que ha evitado que perdiera la cabeza ha sido saber que vendrías a buscarme. Sabía que vendrías, Saint. Y esa certeza me ha permitido seguir adelante.

—Tessa… —le digo con la respiración entrecortada—. Mi amor…

—No pienso irme a ninguna parte, te lo prometo. Voy a quedarme aquí, contigo.

Se pone de puntillas en busca de un beso. Joder, sé que jamás podría negárselo. Mi boca se funde con la suya, y todo el estrés y el miedo de la noche dan paso a un ansia desesperada.

La necesito.

Siempre.

—Saint… —gimotea contra mí mientras devoro su boca y la exploro con la lengua.

Trato de mostrarme tierno, sé que debe de estar alterada después de todo lo que ha pasado, pero sus besos son voraces y apasionados. Se aferra a mis hombros y arquea el cuerpo contra el mío, exigiendo más.

Y yo se lo doy.

Siempre se lo daré todo. Hasta el día en que me rompa y me vacíe, incluso entonces le daré mi último aliento.

Porque esta mujer… esta mujer lo es todo para mí. En el fondo de mi alma, ya lo sabía, pero, tras haber estado a punto de perderla esta noche, me ha quedado clarísimo.

Nada volverá a separarnos jamás.

Transcurrido un momento largo y acalorado, Tessa se aparta, jadeante.

—Estoy hecha un desastre —se queja amargamente—. Llevo la mitad del bosque en el pelo, y la otra mitad… —Mira hacia abajo y hace un puchero al verse la ropa manchada de barro.

—Estás preciosa —le juro.

Tessa abre el grifo de la ducha y el cuarto de baño no tarda en llenarse de vapor.

—¿Me ayudas a…? —me pregunta, señalándose la ropa.

Como si alguna vez yo hubiese necesitado una excusa para desnudarla.

Con cuidado, la ayudo a quitarse la sudadera y los vaqueros, después le quito también la ropa interior, hasta dejarla desnuda. Radiante incluso embarrada y magullada como está.

—Tu turno —me dice con una sonrisa, y me llama con la mano mientras se sitúa bajo el chorro de la ducha.

Sacudo la cabeza, pese a que mi cuerpo se tensa al verla allí desnuda, con el agua caliente resbalando por sus suculentas curvas…

Joder, lo que daría por hundirme en su dulzura y sentir su cuerpo apretado mientras gime. En cambio, aprieto los puños contra los costados y no muevo un solo músculo.

—Esta noche no, cielo —le digo con cariño—. Ya has tenido bastante por hoy.

—Y he sobrevivido. —Tessa me mira, empecinada y perfecta—. He sobrevivido, Saint. Estoy viva. Ambos lo estamos. Contra todo pronóstico. No pienso desperdiciar ni un valioso segundo, y nada hace que me sienta más viva que cuando me tocas…, cuando me follas, Saint. —Se lleva las manos a las caderas. Desnuda. Mojada. Sacando los pechos hacia fuera, dejando que el agua dibuje riachuelos sobre sus pezones puntiagudos y duros.

A la mierda.

Me lanzo sobre ella con un gemido encendido y me coloco justo debajo del chorro de la ducha.

—¿Por qué te gusta tanto mojarte la ropa? —bromea ella mientras la empujo con suavidad contra la pared y la beso con pasión, sin pararme a coger aire.

Ella gime contra mis labios.

Joder, ese sonido me la pone durísima… Mis manos ya han empezado a deslizarse por su cuerpo, explorando cada rincón húmedo y delicioso. Rodeo sus pechos con las palmas de las manos, aparto la boca de la suya y le lamo y succiono los pezones erectos.

—¡Saint! —Tessa echa la cabeza hacia atrás, llevada por el placer, y presiona con vehemencia contra mi boca.

Dios, su sabor es como una droga. Y no he hecho más que empezar.

Agarro el jabón de ducha y me echo un poco en la palma de la mano. Después, acaricio cada centímetro de su cuerpo, frotando su piel desnuda hasta formar espuma, luego dejo que el agua caliente elimine todas las manchas y marcas provocadas por los acontecimientos de esta noche.

Casi todas.

—Las vendas —digo al caer en la cuenta—. Se están mojando.

Tessa me mira, sonrojada ya, jadeante.

—Pues ya pondremos otras.

No me queda otra que reírme.

—¿Cómo he acabado con una mujer tan cachonda y testaruda? —bromeo, y me dedica una sonrisa engreída.

—Has tenido suerte. —Tira de mí para darme otro beso y, con los dedos, manipula mis prendas empapadas.

Después, coloco una mano entre sus muslos y mis dedos encuentran su clítoris y lo acarician, haciendo que se estremezca.

—Eso es… —murmuro con satisfacción, notando cómo su cuerpo se relaja y se derrite. La acaricio de nuevo, con un ritmo preciso que sé que le vuelve loca, siempre—. Así le gusta a mi chica.

—Sí —responde con un grito ahogado y los ojos encendidos. Tiene la boca abierta. Jadea pidiendo más—. Sí, Saint, por favor…

Me encanta ver cómo pierde el control, es una auténtica obra de arte.

—No lo entiendes, cariño —murmuro casi sin darme cuenta, mientras hundo un dedo, después otro, en sus pliegues húmedos y calientes—. No puedo perderte, porque soy adicto. Siempre te encontraré. Siempre te mantendré a salvo. Porque no hay nada en el

mundo como este coño tan delicioso. —Me arrodillo frente a ella, le separo más las piernas y hundo la cara entre sus muslos.

Tessa grita mi nombre cuando empiezo a lamerla, deslizando la lengua sobre su clítoris una y otra vez, hasta que le fallan las piernas y se derrumba contra los azulejos de mármol. Pero eso no me detiene, ni por un segundo; me limito a levantarla con los hombros, sosteniendo su peso mientras yo, codicioso, doy lametones al dulce elixir que tiene entre las piernas.

Es mía, toda mía.

Joder, es incomparable a cualquier otra cosa. La tengo dura como una piedra y podría correrme ahora mismo, solo con su sabor y con el placer salvaje que transmiten sus gemidos.

—Saint… —Ha empezado a sollozar, y yo vuelvo a introducir los dedos en su coño apretado, muy apretado, noto que estoy a punto de perder todo el control y follarla hasta hacerle perder el sentido; sin embargo, incluso envuelto en la neblina del deseo animal, lo único que me importa es su deseo. Sentir las sacudidas desatadas de su orgasmo.

Cambio de ángulo los dedos y empiezo a bombear, frotando su interior al ritmo de mi lengua hambrienta.

—¡Dios mío! —grita Tessa. Todo su cuerpo ha empezado a temblar. Se estremece de deseo—. ¡Joder, no pares! ¡Así, sí! ¡Ah! —Se agarra con fuerza a mi pelo para no caer mientras yo me doy un festín con su coño.

Muevo la lengua en círculos. Le doy lametones en el clítoris. Flexiono los dedos en su interior, llenándola entera, y disfruto de sus gemidos de placer, con el cuerpo tembloroso como si estuviera perdiendo el control.

Más vale que su hermana se haya puesto los auriculares con cancelación del ruido, porque, joder, esta noche mi chica va a tirar la casa abajo con sus gritos.

—¡Sí! ¡Sí! —Tessa tiene los muslos tan apretados en torno a mi cuello que podría asfixiarme, pero ¿quién necesita oxígeno en un momento así?

Cierro los labios alrededor de su clítoris hinchado y succiono. Con fuerza.

Ella alcanza el clímax con un grito, y todo su cuerpo se convulsiona cuando el placer la invade.

Con un único movimiento, me echo hacia atrás, apoyando el peso sobre mis talones, y dejo que la gravedad y mis manos fuertes la sienten sobre mi regazo. Le separo más las piernas, me coloco y embisto su coño, todavía palpitante, llenándola con la polla.

Joder.

Tessa emite otro grito de placer, apretando los músculos alrededor de mi polla mientras la follo cuando aún está convulsionándose tras su primer orgasmo. Y es solo el primero, porque estoy seguro de que, a juzgar por lo mucho que disfruto viéndola correrse, no pararé nunca.

—Saint… —Se aferra a mí, con los ojos vidriosos, mientras la embisto—. Joder, sí.

—Eso es, hasta el fondo. —La animo a seguir, cambiándola de postura hasta dejarla sentada a horcajadas encima de mí—. Móntame, cielo. Sé una buena chica y enséñame cómo te rebotan las tetas.

Se le encienden las mejillas al oír mis órdenes libidinosas y me mira con los ojos brillantes mientras obedece: se agarra con fuerza a mis hombros y empieza a moverse.

Estoy en el cielo.

Esta mujer sabe bien cómo hacérmelo: eleva las caderas y después se deja caer para recibir en su interior hasta el último centímetro de mi polla; aprieta los músculos de sus paredes internas en torno a ella y me la exprime. Tiene la cabeza echada hacia atrás por el placer, y sus pechos se agitan y rebotan.

Dios santo, solo con verla se me ponen duras las pelotas, ansioso como estoy por correrme. Suelto un gemido y la agarro con más fuerza, animándola a seguir moviéndose.

Entonces Tessa levanta la cabeza. Me mira a los ojos, aminora su ritmo salvaje y se inclina hacia delante, hasta hacerme sentir la caricia de su aliento cálido contra mis labios con cada gemido y grito ahogado.

—Me encanta sentirte dentro de mí… —me susurra, hundiéndose para recibir mi polla una vez más—. Dios, Saint, es perfecto. Eres

perfecto.

Contengo un gruñido. Joder. Sé que se equivoca. Estoy lejos de ser perfecto; toda mi vida siempre he sido la oveja negra. La decepción. Pero, cuando me mira de esta forma, cuando me ama de esta forma, con nuestros cuerpos fusionados mientras grita mi nombre como si fuera una oración…

Me da la impresión de que podría llegar a serlo, con su amor.

Estoy ahogándome, consumido por las olas de su pasión; noto cómo se me tensa el cuerpo, ansiando alcanzar el orgasmo. Pero no puedo dejarme llevar, no sin antes arrastrarla conmigo. Arrebatado, meto la mano entre nuestros cuerpos y con los dedos le rodeo el clítoris, haciendo que su cuerpo se retuerza y estremezca. Está a punto. Ya casi…

Y sé perfectamente qué hará que salte al vacío.

Le levanto la barbilla, la miro a los ojos y le digo:

—Sé una buena chica y córrete.

Su cuerpo se rompe con un gemido de placer y los espasmos de sus músculos alrededor de mi polla suponen mi perdición. Me corro y exploto dentro de ella con un aullido.

Capítulo 11

Tessa



—¿Cómo nos encontraron?

Nos reunimos por la mañana en torno a la mesa de la cocina con café, tostadas y un sinfín de preguntas sin respuesta. Me encuentro mucho mejor, gracias a la noche que he pasado en los brazos de Saint… y a su ducha. El rasguño provocado por la bala solo me palpita un poco bajo las vendas nuevas y la crema antiséptica, pero, habiendo dejado atrás el pánico inicial, es hora de encarar la terrorífica realidad de lo que sucedió.

Alguien iba a matar a Wren. Sabía que estábamos allí escondidas.

Pero ¿cómo?

—¿Crees que alguien me siguió desde Londres? —pregunto, rememorando el último par de días—. Tu coche no es que pase desapercibido, precisamente —le digo a Saint—. Si tenían vigilada esta casa, podrían haberme seguido hasta la casita de campo…

—Ha sido Phillip —anuncia Saint con gesto sombrío, levantándose para servir más café.

—¿Cómo? —dice Wren—. ¡Ni hablar!

—Es su amigo —intervengo yo.

—Le confiaría mi vida —asegura Wren.

—Ya lo has hecho —responde Saint—. Y mira lo que ha pasado. A las pruebas me remito: además de los que estamos ahora mismo en esta habitación, Phillip es la única persona que sabe que sigues viva.

Veo que a Wren le cambia la expresión.

—Además, lo han ascendido en Ashford… —digo lentamente, dándome cuenta de que tiene mucho sentido—. Ha sustituido a Valerie como responsable del proyecto. No es moco de pavo, ya has visto el ático en el que vive. Seguro que cuenta con una buena remuneración.

—Participación accionarial, bonificaciones por conseguir lanzar el medicamento… —conviene Saint—. A Ashford le gusta asegurarse de que todo el mundo esté implicado en su éxito. Lo que significa que tiene mucho que perder si logramos destapar el fraude.

—¡Y le dijiste dónde íbamos a esconderte! —Estoy sobrecogida—. ¿Recuerdas que hiciste el chiste sobre Farleigh-Under-Lyme? Estoy segura de que, en cuanto nos fuimos de su casa, se lo contó todo a su jefe en Ashford.

—Dios mío. —Wren se queda callada, con el gesto compungido—. Tenéis razón. Pero Phillip no era el que estaba en el bosque —añade con el ceño fruncido—. El tipo de la pistola era más ancho y más atlético. Phillip no podría correr un kilómetro ni aunque le fuera la vida en ello, y jamás ha tocado un arma.

—Ashford no enviaría a su valioso científico a ejecutar un trabajo como ese. —Saint sacude la cabeza—. Enviarían a alguien de confianza. Alguien acostumbrado a mancharse las manos.

Me doy cuenta de que Saint sigue diciendo que «Ashford» está detrás de todo esto, en lugar de nombrar a Alexander St. Clair. Quizá le resulte más fácil pensar que ha sido la empresa y no su propio padre quien ha planeado el asesinato de Wren.

A sangre fría.

—La pregunta es qué hacemos ahora —anuncio.

—¿Además de acabar con Phillip por estar a punto de hacer que os mataran a las dos? —pregunta Saint, y por el brillo furibundo de su mirada sé que no está hablando en broma.

—No deberíamos hacer nada —dice Wren de pronto.

Cuando la miro sorprendida, advierto su expresión reconcentrada; está pensando con rapidez.

—¡Pero si te ha traicionado! —protesto.

—Exacto. Ahora sabemos que está informando a sus jefes de todos nuestros movimientos. Pues vamos a usarlo a nuestro favor —propone—. Cuando vuelva a ponerse en contacto con nosotros, nos comportamos como si aún confiáramos en él.

—Podríamos incluso darle información falsa para que la transmita —sugiero—. Decir que vamos a abandonar el plan. Puede que, si Ashford cree que vamos a olvidarnos del tema, se relaje.

—¿Qué opinas? —le pregunta Wren a Saint, que se ha quedado en silencio con su café.

—Opino que Ashford no se va a relajar mientras tú sigas siendo un lastre para ellos. Puede, no obstante, que eso nos conceda algo de tiempo —agrega con gesto afirmativo—. Quizá eso evite que envíen más hombres armados.

—Escríbele ahora —me pide Wren—. Dile que tenemos que reunirnos con él lo antes posible.

—Pero ni se te ocurra pensar que te voy a perder de vista —me dice Saint con fiereza.

—Tú no puedes venir —le rebato—. Eso asustará a Phillip. Ya se siente bastante intimidado por ti, porque eres el jefe, ¿recuerdas?

Saint aprieta la mandíbula con fastidio.

—De acuerdo, no me reuniré con él, pero estaré allí vigilando. Te cubriré las espaldas.

Contengo una sonrisa. ¿Es raro que me excite esa faceta protectora suya? Sé que todos hemos vivido muchas cosas en las últimas veinticuatro horas, pero verlo tan decidido a protegerme hace que se me derrita un poco el corazón.

También otras zonas del cuerpo.

Le envío el mensaje a Phillip y enseguida recibo una respuesta.

—Puede quedar hoy a la hora de comer —anuncio—. Ha propuesto una cafetería que hay cerca del río.

Saint conoce el sitio y asiente con la cabeza.

—Siempre está abarrotado, con muchos turistas. Nadie intentaría atacarte allí.

—Vale… —Contesto a Phillip, confirmando la cita, después miro a Wren. Me doy cuenta de que sigue intentando asimilar la traición de Phillip—. ¿Podrás comportarte como si aún fuerais amigos? —le pregunto, preocupada—. Si se percata de que vamos tras él…

—Me las apañaré —responde ella con tensión—. Aunque me entren ganas de arrancarle las uñas por ponernos en peligro.

—Pues tendrás que ponerte a la cola —murmura Saint con cara de pocos amigos—. Y las uñas no son la única parte del cuerpo que le voy a arrancar a ese cabrón.

Los miro a ambos, furiosos y amenazantes. Tienen más cosas en común de las que pensaban.

—Siempre y cuando tengamos todos las cosas claras —digo con una sonrisa irónica—, ¡la comida será divertida!

Cogemos el metro hasta la zona de Southbank, a orillas del Támesis. Wren aún tiene la paranoia de que nos siguen; tras lo que nos ha ocurrido en el campo, ahora yo también. Así que permanecemos bien pegadas: Wren escondida bajo una gorra de béisbol y unas gafas de sol, con Saint siguiéndonos a unos seis metros de distancia, atento a cualquier detalle sospechoso.

La cafetería que ha sugerido Phillip está conectada al National Film Theater, un gran complejo con proyecciones cinematográficas y auditorios. Hay muchísima gente por aquí, y respiro aliviada al ver a los guardias de seguridad apostados en los rincones. Nadie sería tan estúpido como para intentar atacar a Wren en un lugar como este.

Aunque lo hiciera, me tranquiliza ver que Saint ocupa su posición sentado a una mesa al otro extremo del establecimiento. Se esconde tras un periódico, pero sé que lo está observando todo.

Protegiéndonos.

—¿Lista para ver a tu mejor amigo? —le pregunto a Wren.

A una parte de mí le preocupa que no sea capaz de guardar las apariencias, pero, cuando Phillip nos saluda con la mano y se acerca con una bandeja de bebidas, Wren se limita a sonreír.

—¿Qué se siente siendo el gran jefazo al mando? —bromea.

—Es un estrés —responde él mientras se sienta—. En general, consiste en montañas de papeleo.

—Lo que más te gusta. «Inquieta vive la cabeza que lleva una corona» —comenta Wren con una sonrisa.

—¿Has podido echar un vistazo a los servidores? —le pregunto a Phillip, echándome hacia delante con aire misterioso. No me creo ni por un segundo que vaya a darnos información útil, pero finjo que sí.

—Pues sí —contesta, como era de esperar—. Lo he revisado todo —le dice a Wren—. Dos veces, incluso. Todos los datos de ensayos en humanos, desde el principio. He buscado las incongruencias de las que me hablaste, pero no he encontrado nada. Está todo limpio.

—Oh. —Wren finge decepción.

—¿Qué significa eso? —pregunto yo, haciéndome la tonta—. ¿Solo hubo un problema con los primeros ensayos en ratones, pero estos otros están bien?

Phillip asiente con la cabeza.

—Fuera lo que fuera lo que sucedió antes, Valerie debió de aprender de los errores y se aseguró de que todo estuviese en orden con el ensayo principal. Es todo legítimo.

—Qué buena noticia —finjo alivio—. ¿A que es genial, Wren?

—Pues sí. —Está mirando a Phillip con tensión, y me doy cuenta de que cree que está mintiendo como un bellaco.

—Sé que te preocupaba que los ensayos se hubieran visto comprometidos —añade Phillip—. Pero está todo bien. El medicamento funciona.

—¡Qué alivio! —me alegro.

Wren sigue sin decir nada.

Mierda. Le doy una patada por debajo de la mesa; entonces reacciona:

—Es un gran alivio, sí —conviene—. Solo deseaba asegurarme de que la ciencia lo respaldara. Hay mucha gente que depende de esta investigación.

—Claro. —Phillip tose y parece nervioso.

Culpable.

—Pero, si los ensayos son auténticos, ¡entonces ya no tenemos que preocuparnos! —exclamo en voz alta—. Podemos olvidarnos de los otros datos y seguir adelante con nuestras vidas.

—Eso está bien —se apresura a responder Phillip—. Seguir adelante es siempre buena idea.

—Sí, ¿verdad? —le dice Wren con una sonrisa forzada—. Quiero que sepas que estoy orgullosa de ti. Hacerte cargo del proyecto, dirigir a todo el equipo. Debe de ser asombroso saber que vas a cambiar el futuro de la medicina.

—Pues sí. Es… muy emocionante —replica Phillip, después de tragar saliva.

—He de admitir que estoy celosa —continúa Wren, ensanchando la sonrisa—. Echo de menos la vida en el laboratorio —agrega con un tono melancólico—. ¡Y la nueva sede central de Ashford! Menuda diferencia con el laboratorio de Oxford, ¿eh? Se acabó eso de perderse en el almacén cada vez que necesitamos una nueva placa de Petri.

—Es una locura —dice Phillip, que ahora parece un poco más relajado—. La tecnología que tienen allí… Tienen un nuevo cromatógrafo de líquidos que me vuelve loco.

—¡No! —exclama Wren entre risas—. ¿Cuánto tiempo estuvimos suplicando para que nos dieran uno?

—Demasiado —responde él, sonriente.

—¿Estáis todos juntos y apretados, como estábamos nosotros? —pregunta ella con aire inocente antes de dar un sorbo al café—. Está en el sótano, ¿verdad?

—Así es. Pensé que extrañaría la luz natural, pero tenemos bastantes lámparas de luz diurna y, siendo sincero, es más sencillo para el entorno estéril.

—Algunos experimentos se ven afectados por la luz —me explica Wren.

—Ah, vaya —respondo, y emito un murmullo genérico de fingido interés. No sé bien adónde quiere llegar Wren con tanta cháchara, pero sé que tiene un plan.

—El entorno es increíble —prosigue Phillip—. Ojalá pudieras verlo. Una planta entera de micromanipuladores y centrifugadoras, también salas de reuniones… Ahora incluso tengo mi propio despacho, justo al lado de la sala de servidores —agrega con orgullo —. Con una neverita y todo.

—Así que se acabaron las peleas cuando Mickey te roba el almuerzo —comenta Wren con una sonrisa.

—Eso es. —Phillip le devuelve la sonrisa—. ¿Y qué vas a hacer ahora cuando te olvides del asunto? —pregunta—. Porque vas a olvidarte del asunto, ¿verdad?

—Desde luego —le asegura Wren—. Al fin y al cabo, ya no hay nada que destapar. Me has dejado bastante tranquila. Pues… no sé qué me deparará el futuro.

—Tal vez podrías regresar a los Estados Unidos —sugiere Phillip, algo nervioso—. Para estar cerca de tu familia, digo. Seguro que los has echado mucho de menos.

—Qué amable, preocupándote por mí. —Wren extiende el brazo y le aprieta la mano—. Me alegro mucho de que hayamos tenido la oportunidad de volver a vernos. Has sido de gran ayuda —añade, y sé que, en el fondo, está retorciendo el cuchillo—. Significa mucho para mí poder confiar en ti de esta forma.

Phillip traga saliva, visiblemente incómodo ahora.

—C-c-laro —tartamudea—. Siempre podrás confiar en mí.

Cabronazo.

Aparta la mano y consulta su reloj de pulsera con un gesto exagerado.

—¡Mira qué hora es! —Y se pone en pie de un brinco—. Tengo que volver al trabajo.

—Claro —responde Wren—. Seguro que no pueden seguir avanzando sin ti.

—Me ha alegrado mucho verte —le digo, igual de animada—. Ya nos dirás si te apetece volver a quedar, antes de que Wren regrese a los Estados Unidos. Podríamos cenar juntos, charlar un rato. Se acabaron el drama y las investigaciones —añado con una risilla, como si hubiera sido todo un juego.

Phillip se ríe con evidente nerviosismo.

—Suena bien. Ya… ¡os diré algo!

Se aleja apresuradamente y desaparece entre la multitud.

—Te apuesto cien pavos a que no vuelvo a saber de él en la vida —me dice Wren con el ceño fruncido.

—Menuda amistad.

Nos quedamos un rato más en la cafetería, después damos un rodeo para regresar a casa de Saint, deteniéndonos en algunas tiendas para comprar más ropa y objetos básicos para Wren, también para asegurarnos de que nadie nos sigue. No veo a Saint, aunque siento sus ojos atentos fijos en nosotras, y me invade la tranquilidad de su presencia cercana.

—No puedo creer que me haya mentido de esa forma mirándome a los ojos —murmuro, aún furiosa, cuando volvemos a reunirnos todos, a salvo en casa de Saint—. Es un traidor. ¡No solo te ha traicionado a ti, sino a toda la medicina moderna!

—Si te sirve de consuelo, no creo que estuviera al corriente de que iban a enviar a ese hombre a matarnos —conjetura Wren—. No me creo que quiera verme muerta.

—Pues menudo consuelo —respondo, poniendo los ojos en blanco —. Aun así, está dispuesto a perpetrar un fraude sin precedentes contra los pacientes de alzhéimer y sus familiares, y ¿para qué?

—Para tener fama, dinero y coches rápidos —interviene Saint al reunirse con nosotras en el salón. Se deja caer en el sofá junto a mí, me estrecha la mano y se la lleva a los labios—. Hay gente que ha hecho cosas mucho peores por mucho menos.

—Pues no vamos a permitir que se salgan con la suya —decido—. ¿Verdad?

Se produce un silencio, en el semblante de Wren se atisba fugazmente un gesto de incertidumbre.

—Podría marcharme —sugiere ella.

—¿A qué te refieres? —pregunto, alzando la cabeza.

—Si lo dejamos ahora, podrías estar a salvo —me explica—. Volví solo porque pensaba que corrías peligro estando con él. —Señala a Saint con la cabeza—. No tenía ni idea de que eso desencadenaría

un efecto dominó de desastres. Ashford ya ha demostrado que prefieren matar antes de permitir que se sepa la verdad. Pero ¿y si lo dejamos correr, como le hemos dicho a Phillip? Podrías recuperar tu vida.

—Pero… si permitimos que lancen ese medicamento, perjudicará a miles de personas. ¡Millones, incluso! —protesto. No me lo puedo creer—. ¿Qué fue de eso de «no hacer daño»?

—No soy médico —me recuerda Wren—. Y lo que ocurrió anoche… Nunca imaginé que llegarían a intentar matarnos. ¿De verdad te merece la pena arriesgar tu vida?

Su pregunta se queda suspendida en el aire, haciéndome sentir incómoda. Entonces, Saint me aprieta la mano.

—Me temo que el momento de decidir eso ya ha pasado —declara —. Aunque te marcharas, Wren, no dejarían de ir a por ti. O a por Tessa. Tenemos que llegar hasta el fondo del asunto y delatarlos; es la única manera de que volváis a estar a salvo.

Wren suspira y asiente con resignación.

—No todos somos St. Clair e indispensables —comenta, claramente tratando de restarle importancia.

—Bueno, todavía me queda otro hermano que puede ser heredero. No soy tan difícil de reemplazar —responde Saint con un guiño.

—Sí que lo eres —le aseguro, y me sonríe antes de inclinarse para darme un beso en los labios.

Wren se aclara la garganta haciendo un ruido excesivo.

—¿Alguien quiere picar algo? —Se marcha a la cocina y deja que Saint siga besándome.

Me derrito contra él, saboreo el calor del fuego que arde entre nosotros, sin importar qué otras cosas puedan estar sucediendo en este mundo caótico y cruel.

Con él, siempre encuentro la paz.

Finalmente se aparta y me retira con cariño el pelo de los ojos.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta—. ¿La herida sigue bien?

Asiento con la cabeza y respondo:

—Me pica solo un poco, nada más. El rasguño tampoco ha sido muy profundo. Wren dice que puede que no me quede ni cicatriz.

—Puede que a ti no —me dice Saint, acariciando con cuidado la venda—. Al verte sangrar de esa forma, creo que perdí como mínimo diez años de vida.

—Entonces, tendremos que aprovechar al máximo la que te queda —murmuro, y vuelvo a besarlo, hasta que Wren regresa al salón ruidosamente para hacer notar su presencia. Ahí lo suelto a regañadientes y trato de concentrarme de nuevo—. Si Phillip no nos ayuda a conseguir pruebas del fraude de Ashford, tendremos que conseguirlas por nosotros mismos —anuncio.

—Eso es lo que estaba pensando yo también —conviene Saint—. ¿Qué necesitarías exactamente para confirmar que los ensayos con el medicamento fueron un fraude?

—Los conjuntos de datos en bruto —responde Wren, caminando inquieta de un lado a otro—. Los ensayos de este tipo producen una enorme cantidad de datos. A los sujetos que se someten al ensayo les hacen pruebas de mil cosas distintas, a veces semanalmente, para evaluar su evolución. No nos limitamos a medir el efecto que tiene el medicamento en su función cognitiva, sino que analizamos su sangre, sus órganos y su estructura celular para asegurarnos de que no haya efectos secundarios perjudiciales —explica—. Esos datos en bruto se analizan y se modelizan de muchas maneras diferentes. Sin importar qué resultados milagrosos presentaron para someterlos a revisión, esos conjuntos de datos originales estarán en algún lugar del sistema. Solo hemos de encontrarlos.

—Solo —repito, como si nada.

—Bueno, Phillip sí que nos ha ayudado —agrega Wren con una sonrisa—. Nos ha dicho exactamente dónde está su despacho: en el segundo nivel del sótano, junto a la sala de servidores.

—Así que eso era lo que ibas buscando —exclamo—. No entendía por qué te interesaban tanto esos asuntos triviales.

—No ha podido evitar alardear sobre su nuevo y elegante despacho —prosigue—. Ahora que sabemos dónde podemos acceder a los datos, solo tengo que entrar allí y descargarlos de su ordenador. Él es el jefe. Si alguien tiene acceso total, es él.

—¿Irías tú? —pregunto, y Saint me respalda de inmediato.

—No. Ni hablar. Bajo ningún concepto —zanja, poniéndose en pie.

—¿Tú sabes interpretar los datos en bruto? —le pregunta Wren.

—¿Quieres entrar por la puerta de un edificio donde todos te creen muerta y los que no lo creen querrían verte así lo antes posible? —responde Saint.

Se encaran uno con el otro, mostrando ambos la misma determinación.

—Saint tiene razón —declaro, levantándome para interceder entre ambos—. Venga, Wren. No puedes acercarte a Ashford Pharma. Solo con que se te vea en las cámaras de seguridad, provocarás una emergencia, pero él puede entrar sin que nadie le preste atención. ¡Es su apellido el que figura sobre la puerta!

—Lo copiaré todo en un disco duro y te lo traeré para que lo analices —promete Saint.

Wren se queda frustrada, aunque sabe que no puede llevarle la contraria. Saint tiene acceso más allá incluso que los empleados normales, y, vale, es posible que les sorprenda verlo husmeando por los laboratorios, pero estoy convencida de que sabrá disimular.

En ese momento le suena el teléfono y consulta el mensaje.

—Es la hora —le dice a Wren.

—¿La hora de qué? —pregunto, confusa, cuando Wren recoge su bolsa de viaje y las cosas que hemos comprado hoy—. ¿Dónde vas?

Debe de notárseme el pánico en la cara, porque Saint me coloca una mano en el brazo para tranquilizarme.

—Se va a alojar en casa de Sebastian y Avery.

—¿Cómo? —pregunto—. ¿Por qué?

—Porque llevo una diana en la espalda —responde Wren—. No pienso pasar una noche más bajo el mismo techo que tú, Tessa. No quiero volver a ponerte en peligro.

—Ni hablar. Eso no lo decides tú —respondo, furiosa, tratando de cortarle el paso.

—Oye. —Saint se planta delante de mí, me sujeta por los hombros y me lanza una mirada tranquilizadora—. Es para proteger a Wren. Para protegeros a las dos.

—Pero aquí está a salvo —insisto.

—Pero la casa de Seb es más segura. Es una fortaleza —me explica Saint—. Ventanas a prueba de balas, camino de acceso

vallado, guardias las veinticuatro horas del día. Está acostumbrado a que la gente la tome con él. Está diseñada para no dejar entrar a los malos.

—No pasa nada, Tessie —me dice Wren—. Es mejor si nos separamos. Así no sabrán dónde encontrarme.

—E incluso aunque lo sepan, no podrán burlar el sistema de seguridad de última generación de casa de Seb —conviene Saint—. Solo será por esta noche. Volveremos a reunirnos los tres mañana.

Exhalo. No creo que tenga elección, así que, pese a que no soporto la idea de separarme de Wren, asiento lentamente.

Segundos después, llaman a la puerta. Se trata de un corpulento guardia de seguridad, enviado para recoger a Wren.

—¿Lo ves? —bromea ella mientras me da un abrazo—. No pretendo ofender a tu chico, pero quiero tener a alguien así que me proteja de las balas.

—Escríbeme cada hora —le digo con una sonrisa forzada.

—Lo haré… Si no me encuentro disfrutando de tanto lujo —bromea Wren—. Según parece, el tal Sebastian es aún más rico que Saint. Tú sí que sabes escoger bien a tus amigos —agrega con un guiño antes de dirigir sus pasos hacia el vehículo que la espera fuera.

Mientras se alejan, alcanzo a ver de pasada la pistolera que lleva el guardia colgada del hombro. Va armado.

Eso me tranquiliza.

—Sé que no quieres volver a alejarte de ella —me dice Saint cuando arrancan y se marchan—. Pero ahora tenemos que ser listos. Ashford está asustado, y los animales asustados son los más peligrosos. Son capaces de cualquier cosa.

Ahí está otra vez: Ashford.

—¿Crees que tu padre está planeando todo esto? —pregunto sin poder evitarlo.

A Saint se le endurecen las facciones.

—No lo sé. Pero, de un modo u otro, no durará mucho. Tenemos que terminar con esto enseguida, antes de que tengan oportunidad de reagruparse, o de volver a por ti.

Desde casa, sigo el trayecto de Wren con la aplicación de mi teléfono, antes de que ella me llame por FaceTime para demostrarme que ha llegado sana y salva a casa de Sebastian.

—Seb y Avery están de viaje, pero tienen servicio —susurra, desde lo que me parece una moderna *suite* palaciega—. Un tío me ha preguntado cómo me gustaba el punto de la carne y el café por las mañanas. Y una mujer se ha llevado mis maletas para lavarme y plancharme la ropa.

—¿Has oído eso? —le grito a Saint mientras subo las escaleras—. Vas a tener que esforzarte más. —Entro en el dormitorio y me detengo.

Se está cambiando de ropa para ponerse una camisa y un pantalón de traje, la clase de ropa que suele llevar a la oficina.

La clase de atuendo que elegiría si fuese a husmear por Ashford Pharma sin querer levantar sospechas.

—Que duermas bien —le digo enseguida a Wren—. Hablaremos por la mañana.

—¡Te quiero!

Cuelgo y observo a Saint abotonarse la camisa.

—¿Vas a salir? —pregunto con cautela.

—Ya te he dicho que estamos quedándonos sin tiempo —responde mirándome—. Tengo que ir a Ashford esta misma noche y descargar los datos, antes de que decidan ocultar sus huellas.

—De acuerdo. —Asiento con la cabeza y me dirijo también al vestidor. Reviso los estantes de ropa recién comprada y escojo un vestido escotado de color rojo y unos zapatos de tacón con tiras—. ¿Crees que con esto servirá?

Saint se detiene y frunce el ceño.

—¿Para qué? —pregunta.

—Para colarnos. Porque pienso ir contigo.

Capítulo 12

Tessa



—Ni hablar. —Saint ni siquiera se para a pensarlo, se limita a salir del vestidor y me deja sola mientras me pongo el despampanante vestido.

En realidad, se trata de un disfraz que haga juego con el suyo cuando pasemos frente a los guardias de Ashford Pharma, porque de ninguna manera pienso quedarme en casa esta noche.

Me enfundo la ajustada prenda de seda roja y me retuerzo para subirme la cremallera de la espalda. No me alcanzo.

—¿Puedes ayudarme? —le pregunto, salgo de nuevo del vestidor y le muestro la espalda a Saint.

—Quítatelo. —Su voz suena cortante; cuando me vuelvo para mirarlo, distingo un pronunciado ceño fruncido en su rostro.

—¿No dices que no tenemos tiempo que perder? —respondo con una sonrisa de suficiencia—. Pero, si quieres que echemos uno rapidito antes de marcharnos…

—No te pases de lista. Ya sabes a lo que me refiero —me advierte mientras se pone la chaqueta.

—Me temo que lo de lista lo llevo de serie —respondo, bromeando aún—. De acuerdo, me subiré la cremallera yo sola.

Me retuerzo y tiro con la mano hasta que, al fin, consigo subírmela.

—Ya está. ¿Tengo pinta de ser la novia florero de un futuro duque? —pregunto ahuecándome la melena.

—Tessa… —me dice con voz de acero—. No me toques los cojones.

—Si sabes que me encanta tocártelos, literalmente.

—Tessa —exclama, frustrado—. ¡Esto no es un juego!

—¿Y te crees que no lo sé? —pregunto airada, con los brazos en jarras—. Fui yo la que tuvo que escapar anoche del bosque mientras le disparaban, la que salvó la vida por los pelos.

—¡Razón por la cual no vas a acercarte a Ashford! —me grita Saint, y en su voz se refleja la frustración—. ¡No pienso volver a ponerte en peligro!

Me detengo. Es evidente que voy a tener que emplear otra táctica.

—¿Quieres dejarme aquí sola? —pregunto—. Hace un rato has dicho que era peligroso que Wren se quedara aquí.

—No me refería a eso —responde, de nuevo con el ceño fruncido.

—Pero es cierto. —Me acerco más y deslizo las manos hacia arriba por las solapas de su chaqueta—. Para mí, el lugar más seguro del mundo se encuentra a tu lado. —Le beso el cuello, deslizo los labios con suavidad sobre su piel y noto que su cuerpo se tensa y la polla se le pone dura.

—¿Qué regla pusiste hace poco? —me dice con un suspiro, aunque ya ha empezado a deslizar las manos por mi cintura para atraerme hacia sí—. Lo de no utilizar el sexo como arma…

—Si no recuerdo mal —contesto con una sonrisa—, tú rompías esa regla a todas horas.

Saint emite un ruido mezcla de frustración y deseo. Me besa con tanta pasión que hace que me tiemblen las piernas y me dé vueltas la cabeza; después se aparta.

—Si vamos a hacerlo, lo haremos a mi manera —me advierte—. Haz exactamente lo que te diga, no tenemos margen de error, ni podemos andar discutiendo una vez que entremos en ese edificio. ¿Entendido?

—Entendido —asiento con decisión.

—Lo digo en serio, Tessa —insiste, sin soltarme—. Ya sabes lo que le hicieron a Valerie. Lo que estuvieron a punto de haceros anoche a Wren y a ti. Si damos un solo paso en falso…

—Lo comprendo, Saint —le prometo—. Entramos, copiamos los archivos y nos largamos.

—Y, si te digo que te vayas, te vas sin rechistar —añade—. Todo lo rápido que puedas.

—Cosa que con estos tacones… —le dedico una sonrisa ingenua y él levanta los ojos hacia los cielos a modo de súplica resignada.

—¿Te he dicho que esto me estaba quitando diez años de vida? —comenta—. Que sean quince.

Esperamos hasta pasadas las diez de la noche, cuando Saint dice que las oficinas estarán prácticamente vacías, entonces cogemos un taxi hasta la sede central de Ashford. Con cada kilómetro que recorremos, se me acelera el pulso. En casa, le restaba importancia, pero sé lo cruciales que son las próximas horas: lo son todo. Sin pruebas de las negligencias y del fraude cometido por Ashford, no podremos hacer nada para impedir el lanzamiento de la medicina ni todo el daño que causará.

Y, si no los delatamos…, Ashford seguirá yendo a por Wren para cerrarle la boca. Anoche, en la casa de campo, nos salvamos de milagro, pero ¿cuánto tiempo más nos acompañará la suerte?

No quiero tener que averiguarlo. Lo que significa que hemos de acceder a los laboratorios esta misma noche para descargar los conjuntos de datos originales.

Nos detenemos frente al edificio y salimos del coche. Tomo aliento. El inmenso vestíbulo de mármol se encuentra en silencio y las luces de la ciudad se reflejan en la amplia fachada acristalada.

—¿Lista? —me pregunta Saint con decisión.

—Lista —confirmo.

Me pasa un brazo por los hombros y encaminamos nuestros pasos hacia las puertas de entrada.

—Buenas noches, Sayeed —le dice Saint al guardia que está de servicio cuando entramos.

Yo me tambaleo ostensiblemente sobre mis tacones y me aferro al brazo de Saint con mi ajustadísimo vestido como si fuera su cita, con los ojos como platos.

—Señor St. Clair. —El guardia parece sorprendido de verlo allí tan tarde—. ¿Trabajando hasta tarde?

—Algo así. Le prometí a mi chica que le haría una visita guiada de la oficina del director ejecutivo. —Saint me lanza una mirada elocuente y yo suelto una risita nerviosa.

—¿De verdad se ve Buckingham Palace desde tu ventana? —pregunto con ingenuidad.

—Esta noche vas a ver muchas más cosas, cielo. —Me aprieta el culo, interpretando a las mil maravillas su papel de soltero mujeriego.

Saint pasa su tarjeta de seguridad y me brinda acceso, justo al tiempo que entra un repartidor de *pizzas* medio escondido tras una pila de cajas.

—¿Un pedido para Moussad?

El guardia frunce el ceño.

—Soy yo, pero no he pedido ninguna *pizza.*

—Moussad, Ashford Pharma, una docena de *pizzas* de *pepperoni*, según dice aquí. —El repartidor las deposita sobre el mostrador del recibidor—. Serán ciento cuarenta y cuatro libras, más propina.

—Pero si yo no he pedido nada.

—Su nombre figura en el pedido.

—¡Si soy vegano, joder!

Empiezan a discutir sobre el pedido misterioso conforme Saint y yo nos encaminamos hacia los ascensores. Tras asegurarnos de que el guardia está distraído a raíz de nuestra pequeña estratagema con el repartidor de *pizza,* nos desviamos y, en su lugar, nos colamos en el hueco de la escalera.

La puerta se cierra con un golpe a nuestra espalda.

Yo echo a correr escaleras abajo, pero Saint me agarra la mano.

—Ve más despacio —me dice y, en el primer rellano, me acerca a él para darme un beso—. Estamos haciendo una visita romántica, ¿recuerdas?

Me obligo a respirar hondo, susurrando allí los dos como si fuéramos amantes. Hay cámaras por todas partes; como no tenemos manera de evitarlas ni de desconectarlas, debemos interpretar nuestro papel a ojos del equipo de seguridad.

—Cuando todos recogen y se van a sus casas, los guardias se quedan aquí jugando a videojuegos y vigilando que no haya nadie fuera de lugar —murmura Saint, aún besuqueándome—. No van a ir a interrogar al director ejecutivo por hacer una visita guiada nocturna.

—De acuerdo… —respondo, armándome de valor. Entonces me aparto y le hago un gesto seductor con la mano para que se acerque —. ¿Por qué no vienes a mostrarme tu equipo, semental?

—¿Mis laboratorios te ponen cachonda? —me pregunta con una sonrisa.

—Cachondísima. —Descendemos otro nivel, cogidos de la mano, entonces señalo con la cabeza una puerta.

—Ahí. Phillip dijo que su despacho estaba en el nivel dos.

Empujamos la puerta del hueco de la escalera y accedemos a un pasillo alargado de aspecto esterilizado. Sobre nuestras cabezas brillan potentes las luces fluorescentes y, a cada lado del pasillo, hay situadas diversas puertas.

—Está cerca de la sala de servidores —recuerdo.

—Por aquí, creo. —Saint me guía a través de una zona diáfana llena de estaciones de trabajo y equipo científico.

Nos hallamos en medio de la sala cuando, de pronto, oímos voces cerca.

Joder.

Saint y yo cruzamos una mirada de pánico. Entonces él se agacha detrás del escritorio más cercano y tira de mí. Nos quedamos allí acuclillados, yo con el corazón desbocado, y oímos que se abre una de las puertas del laboratorio y entran dos mujeres con bata blanca.

—… Qué va. Todo el mundo cree que la canción habla de Joe, pero en realidad habla de Karlie, después de su viaje por carretera a Big Sur…

Se acomodan en sus respectivas estaciones de trabajo, sin dejar de charlar, ajenas a nuestra presencia allí escondidos.

Por el momento.

—No me lo puedo creer. ¿No habríamos visto fotos de ellos juntos?

—Eh… ¿Hola? En aquel reportaje de *Vogue* aparecían dibujando corazones con sus nombres dentro. Y Christian Siriano le diseñó un vestido de arcoíris hace años para el Orgullo, pero luego eso se retrasó y…

Saint me tira de la mano. Levanto la cabeza y veo que está señalando una puerta situada a nuestra espalda, a unos seis metros de distancia. Sin esperar mi respuesta, empieza a avanzar hacia ella, agachado para mantenerse oculto.

No me queda otro remedio que seguirlo, haciendo todo lo posible por no emitir ningún sonido. Por suerte, ambas mujeres están hablando en voz muy alta y no miran en nuestra dirección. Saint abre la puerta y entramos.

Se trata de algún tipo de almacén, bastante oscuro y abarrotado. Saint cierra con cuidado y nos quedamos allí apretujados, tratando de no hacer ruido.

—¿Cuánto tiempo crees que les queda? —pregunto en un susurro, con el corazón acelerado después de que hayan estado a punto de pillarnos.

—Con suerte, no se quedarán toda la noche. —Se asoma por una rendija de la puerta. Las mujeres siguen charlando y sus voces nos llegan en un murmullo—. Tendremos que esperar aquí hasta que se marchen.

Miro alrededor y mis ojos van poco a poco acostumbrándose a la penumbra. El almacén está forrado de angostas baldas y lleno de cajas y material de limpieza. Me muevo hasta encontrar la pared del fondo, Saint me sigue y me envuelve con sus brazos, tratando de no tirar nada.

Contengo la respiración, apretada contra la superficie firme de su torso, y oigo nuestros respectivos latidos acelerados.

—¿Qué tal te va la vida como delincuente encantador? —le pregunto en un susurro, bromeando para distraerme—. ¿Tentado de convertirte en Thomas Crown y empezar a planear robos de altura?

—Primero, vamos a ver cómo salimos de esta —murmura con una carcajada en voz baja—, antes de hacer planes de futuro.

—No sé, puede que Ashford solo sea el comienzo —medito, mientras me revuelvo para ponerme cómoda entre sus brazos—. Podríamos viajar por todo el mundo, y destapar delitos empresariales, resolver injusticias…

—¿Y qué tal si este es el último peligro que corremos y, cuando esto termine, no volvemos a hacer nada que me dispare la tensión arterial? —murmura Saint, rozándome la frente con los labios.

—¿Nada? —bromeo—. Pero es que subirte la tensión arterial puede ser muy divertido… —Me acerco más a él, hasta que nuestros cuerpos están pegados.

Saint deja escapar el aliento y me desliza las manos por las caderas. Se me acelera el pulso, no tiene nada que ver con el peligro de la situación en la que nos encontramos.

Ese es el efecto que me provoca.

Me concentro en la respiración, tratando de mantener la calma pese a ser dolorosamente consciente de cada gesto o movimiento que hace Saint.

—No… —murmura en mi oído.

—¿No qué?

—No me tientes.

Me estremezco. Noto la palma caliente de su mano a través de la seda del vestido, sus dedos acariciándome con suavidad.

—Eres tú el que me tienta a mí —susurro, y no puedo evitar imaginar que me arranca el vestido del cuerpo, lo deja caer al suelo y…

—… Ya basta por hoy. —Vuelven a oírse las voces de las mujeres, amortiguadas a través de la puerta.

Saint y yo damos un respingo y abandonamos nuestra sensual ensoñación. Me acerco un poco más a la puerta para poder oír

mejor.

—Lo mismo digo —responde la otra mujer—. Espera un momento, que te acompaño.

Se oye el ruido de sillas al arrastrarse, después pasos que se alejan y, por último, una puerta que se cierra.

Silencio.

Esperamos unos segundos más y yo noto que se me ha vuelto a acelerar el corazón. Saint abre entonces la puerta del armario y asoma la cabeza.

—Todo despejado —anuncia.

Volvemos a salir al laboratorio. Ahora parece un lugar siniestro, aún con las luces encendidas, pero sin nadie dentro. Todas las superficies son blancas, cromadas y estériles.

—Me da igual cuántas lámparas de luz diurna tengan, este sitio me pone los pelos de punta —comento con un escalofrío.

—Pues vamos a descargar la información cuanto antes y nos largamos —conviene Saint con gesto decidido.

Empezamos a comprobar metódicamente todas las puertas y armarios que dan al laboratorio principal. Encuentro la sala de servidores, llena de equipo de alta tecnología, y en la puerta de al lado un enorme despacho. Contiene el típico escritorio con ordenador, también una hilera de figuritas de acción en una balda, así como algunos diplomas enmarcados.

Phillip McAlister.

Bingo.

—Por aquí —le digo a Saint en voz baja. Se acerca al ordenador y en la pantalla aparece una página para introducir la contraseña—. Wren dice que a Phillip se le dan fatal las contraseñas, siempre escoge algo demasiado complicado y después se le olvida.

—Y como el nuevo protocolo de Ashford especifica que todos deben actualizar su contraseña semanalmente…

—Es probable que la tenga escrita por algún lado —concluyo.

Empezamos a registrar el despacho. Saint revisa uno por uno los cajones del escritorio mientras yo echo un vistazo a las estanterías y a los archivadores. Después me fijo en la preciada neverita de Phillip, situada en el rincón, y me viene la inspiración.

Dentro, encuentro una hilera de refrescos La Croix… y una nota adhesiva pegada a uno de ellos en la que se lee «ıAnilloıSauron!_Bolson».

—¡La tengo!

Arranco el trozo de papel y corro al ordenador, donde Saint teclea la contraseña.

«Contraseña válida».

—Estamos dentro.

Cruzamos una mirada de emoción antes de que Saint empiece a hacer clics con el ratón.

—Wren no tiene claro dónde podrían estar almacenados los conjuntos de datos originales, así que ha dicho que copiemos todo lo que parezca relativo al proyecto.

Saint abre el directorio de archivos de Phillip y se concentra en todos aquellos que contengan la palabra «ARQUÍMEDES». Es la palabra clave que utiliza Ashford para referirse al proyecto. Luego, saca un pequeño disco duro portátil y lo conecta. Selecciona los archivos y los arrastra hasta el icono del disco externo.

«Copiando… 1… 2… 3 %».

Se recuesta y exhala. Yo también tengo el corazón desbocado. No puedo creerme que de verdad estemos haciendo esto.

—¿Qué harás con la información, si de verdad son las pruebas que necesitamos? —le pregunto mientras van copiándose los datos y aumenta el porcentaje completado.

Se queda callado unos segundos, con gesto atribulado.

—No tengo elección. Si falsearon los ensayos, debemos delatarlos. No puedo permitir que saquen el medicamento al mercado sabiendo que no funciona.

No puedo ni imaginarme las consecuencias de un escándalo semejante. Los medios de comunicación se volverán locos, eso seguro. Cargos criminales, investigaciones minuciosas, quizá incluso condenas de cárcel…, y eso sin tener en cuenta la nimia cuestión del intento de asesinato.

Aun así, la idea no me proporciona ningún regocijo, sabiendo el precio que tendrá que pagar Saint.

—Estamos hablando de tu familia —le digo con suavidad—. El apellido Ashford.

—Ya lo sé —responde con pesar.

Nos quedamos callados unos instantes viendo aumentar la barra con el porcentaje. Los números suben despacio, acabamos de superar el 80 % —casi fuera de peligro— cuando oigo algo en el laboratorio de fuera.

—¿Qué ha sido eso? —Me quedo helada, con el pulso disparado.

—No he oído nada —responde Saint, pero entonces vuelve a repetirse el ruido, con tanta fuerza esta vez que él también se detiene.

Son pisadas.

Se acercan.

Mierda.

Capítulo 13

Tessa



—Todavía no ha terminado de copiarse —exclamo, llevada por el pánico.

Saint y yo nos miramos llenos de horror. Se acabó la excusa de la visita guiada: si alguien entra y nos descubre con un disco duro conectado y la descarga en marcha, nos pillará infraganti.

Adiós a las pruebas de fraude y corrupción. Hola a los cargos por allanamiento y robo…, si tenemos suerte.

Y si no la tenemos…

Saint maldice en voz baja mientras yo me acerco a la puerta.

—Tessa —me susurra con urgencia—. ¡Apártate de ahí!

Pero aun así abro la puerta un centímetro y miro para ver quién viene. Tal vez tengamos suerte y se trate de una de las empleadas de antes, que vuelve a por algo que se le ha olvidado en su mesa antes de marcharse de nuevo. Tal vez…

Las pisadas se acercan y mi esperanza se esfuma.

Es un guardia de seguridad. Un veterano de aspecto severo que lleva la radio en una mano y se sitúa la otra sobre la pistolera. Mira a su alrededor, asomándose a todas las puertas y rincones.

—¿Estás seguro de que ha sido aquí abajo? —pregunta por radio —. Sí, haré una pasada completa. Miraré en todas las puertas.

Joder.

Veo que el guardia se asoma al despacho más cercano, entra y enciende las luces. Saint se acerca a mí y evalúa velozmente la situación.

—¿Qué vamos a hacer? —susurro—. No tenemos otra salida y necesitamos los archivos. Sin ellos, no tenemos nada. Ninguna prueba.

Él asiente con gesto sombrío.

—Quédate aquí —me ordena.

—¿Cómo? —pregunto, confusa—. ¿Dónde vas? Saint…

Sale del despacho de Phillip antes de que pueda detenerlo y me deja sola, escondida detrás de la puerta, observando la situación con el corazón en un puño mientras él cruza el laboratorio.

El guardia sale de otro despacho y se detiene, sobresaltado al verlo.

—Buenas noches —lo saluda Saint como si tal cosa, y a mí se me corta la respiración.

¿Qué está haciendo?

—¿Quién es usted? —pregunta el guardia, que se lleva la mano a la pistolera—. Esta es una zona restringida. Necesito que me enseñe su pase.

—¿Mi pase? —repite Saint con tono de asombro—. Bueno, si no hay más remedio… —Se mete la mano en la chaqueta, saca la billetera y la abre—. ¿Cuál prefiere? ¿Mi tarjeta de miembro del Club Century? ¿La tarjeta llave de la *suite* familiar en el Savoy? ¿La American Express ónice? Esa es una pasada, ¿verdad? Solo existen diez en todo el país, al menos desde que empezaron con las sanciones y los rusos huyeron —agrega, con el tono altivo y presuntuoso de un imbécil con dinero.

Yo trago saliva. Está presumiendo, interpretando el papel del heredero de Ashford. Cruzo los dedos para que el truco funcione.

El guardia lo mira sin dejarse impresionar.

—Me refería a su pase para entrar en este laboratorio. Si ha violado una propiedad privada…

—Ay, Dios —responde Saint con una risotada—. ¿Propiedad privada? Si este puñetero edificio pertenece a mi familia. ¿Cómo se llama usted?

—Pues, Richards, señor —responde el hombre, visiblemente azorado ahora.

—Richards. Bonito apellido. El caso es que estoy aquí por un asunto oficial. Alto secreto, nada de lo que deba usted enterarse. —Le da una palmada en el hombro y lo orienta en la dirección por la que ha venido—. Así que será mejor que se vaya por donde ha venido y se olvide de que me ha visto.

Lo guía unos pasos más hacia la puerta y Richards está a punto de marcharse… Pero en el último segundo se detiene y se cruza de brazos.

—Lo siento, señor, pero me han ordenado que haga una pasada completa de toda la planta. Si no le importa esperar, llamaré a la oficina principal y que me informen de ese proyecto del que habla.

—No será necesario —se apresura a decir Saint, algo nervioso.

—Es mejor asegurarse, señor St. Clair. Vamos a aclarar este asunto y…

Joder.

Miro desesperada a mi alrededor. Los archivos siguen descargándose. 92 %. ¡Estamos a punto!

Pienso con rapidez y me bajo uno de los hombros del vestido hasta dejar al descubierto el sujetador negro de encaje. Me revuelvo el pelo y salgo del despacho de Phillip.

—Cariño, ¿dónde te has metido? ¡Ay, vaya! —exclamo, fingiendo que acabo de encontrármelos por casualidad—. Hola, señor guardia —digo con tono coqueto—. ¿Nos hemos metido en un lío? ¿Has sido un chico travieso? —pregunto, acercándome a Saint, y deslizo la mano por su brazo.

Él me sigue el juego de inmediato.

—Siempre soy travieso —responde con una sonrisa engreída, agarrándome del culo—. Voy a necesitar unos buenos azotes para

aprender a comportarme.

—¡Miau! —exclamo entre risas, y me froto contra él—. ¡Qué malo eres!

—Pero si te encanta, ¿a que sí, cielo? —me dice Saint antes de darme un beso largo y pasional.

Yo le rodeo con los brazos y prácticamente me subo a él como si se tratara de un árbol, a fin de interpretar como es debido mi papel de mujer tonta. Y funciona: cuando al fin nos separamos para tomar aire, el guardia ya no parece desconfiar, pero sí visiblemente incómodo por nuestra demostración pública de afecto.

—Lo siento, señor St. Clair, pero esta es una zona restringida.

—Maldita sea. —Saint emite un suspiro teatral—. Entonces, tendremos que jugar al científico y la ayudante de laboratorio en otro momento.

—Qué pena —respondo—. Estaba deseando ponerme una de esas batas blancas. Sin nada debajo —añado, guiñándole un ojo al guardia.

Este tose y parece no saber dónde meterse.

—Por favor, si son tan amables de seguirme hasta la planta de arriba…

Mierda. El disco duro.

—¡Tengo que ir a por el bolso! —exclamo, y regreso con un vaivén de caderas hacia el despacho de Phillip, mientras Saint trata de distraerlo.

—Nunca imaginé que unas placas de Petri pudieran excitar a una mujer, pero ¡vivir para ver! Resulta que le van los cerebritos de ciencias.

Me cuelo en el despacho y miro cómo va el disco duro.

«Descarga finalizada».

¡Sí!

Me lo guardo y recojo mi diminuto bolso antes de volver a salir del despacho.

—En fin, tengo una pregunta sobre ese uniforme que lleva —le digo al guardia, y le lanzo una mirada coqueta—. ¿Viene con esposas?

—Me temo que voy a tener que revisarle el bolso, señora —me dice, sonrojado.

—¿Señora? —Ahogo un grito—. ¿Desde cuándo he dejado de ser señorita? Usted sí que sabe cómo herir a una mujer —agrego con una sonrisa mientras paso el brazo por el de Saint y me dirijo hacia la puerta.

Pero Richards se mantiene firme.

—Su bolso —insiste, tendiéndome la mano.

Percibo que Saint se pone rígido junto a mí, pero le aprieto la mano.

—¿Esta cosita? Como quiera.

Le entrego el bolso y le veo rebuscar en su pequeño interior. Bálsamo labial, aspirina, una goma del pelo… Noto que Saint está a punto de explotar dentro de su traje de diseño, convencido de que van a pillarnos. No puedo decirle que ahí dentro no hay nada fuera de lo común…

Porque llevo el disco duro metido en el sujetador.

Richards cierra el bolso y me lo devuelve.

—Mis disculpas —murmura.

—Es lo mínimo —respondo con un mohín—. Estábamos ocupados con algo antes de que usted nos estropeara la diversión. —Dejo escapar un sonoro suspiro y tiro de la mano de Saint—. Cielo, tengo hambre.

—Pues voy a llevarte a comer algo.

—Pero tiene que ser sin gluten y orgánico —respondo, aún metida en el papel, mientras atravesamos el laboratorio con la mirada del guardia clavada en nosotros—. ¡Y sabes que mi tripa no tolera nada que haya tocado siquiera un cereal procesado!

Sin saber cómo, conseguimos comportarnos con naturalidad —y descaro— hasta llegar al vestíbulo, donde nos despedimos de Sayeed con un gesto de la mano antes de montarnos en un taxi. Cuando por fin estamos a salvo en casa de Saint, ya solos, logro respirar tranquila para aliviar la tensión que he ido acumulando durante toda la noche.

—Dios mío —exclamo, invadida por un torrente de adrenalina que me recorre el cuerpo—. No puedo creerme que acabemos de hacer eso. ¡Y que haya funcionado!

Saint cierra la puerta a nuestra espalda y se queda apoyado contra la hoja, con la respiración acelerada.

—Joder… Cuando has salido del despacho como si acabáramos de estar follando…, no sabía si matarte o besarte.

—Pero ha funcionado, ¿no? —Estoy pletórica—. Se ha tragado que estábamos ahí haciéndolo a escondidas.

Saint se ríe y se pasa una mano por el pelo.

—Y, cuando te ha registrado el bolso, casi me da un infarto. ¿Dónde te has escondido el disco duro?

—¿Dónde crees? —respondo con una sonrisa pícara, extiendo los brazos y me giro lentamente—. Adivina.

—Me parece que voy a tener que cachearte —me dice con expresión voraz.

—Sí, agente —contesto con un gesto ingenuo—. He sido una chica muy mala.

—¿Quién necesita azotes ahora? —Saint se ríe, tira de mí y me recorre el cuerpo con las manos.

—Caliente… Caliente… —bromeo, hasta que al fin me acaricia los pechos y saca el disco duro de donde lo llevaba escondido, justo debajo del canalillo—. Bingo.

—Siempre supe que me encantaban tus tetas —me dice con una sonrisa.

Me río sin poder evitarlo. Me siento atolondrada, nerviosa aún después de haber escapado por los pelos.

—Formamos un buen equipo —le digo, radiante.

—El mejor —conviene, igual de alterado que yo.

Se hace un breve silencio, nuestras miradas se encuentran en el recibidor…

… Y entonces nos buscamos con las manos.

Me lanzo hacia Saint, él me agarra y nuestras bocas se funden, hambrientas, en un beso tórrido y apasionado. Trastabillamos, nos chocamos contra las estanterías y los aparadores, tiramos al suelo

Dios sabe qué adornos mientras él me arranca el vestido y yo le abro la camisa, deslizando las manos ansiosas por su torso desnudo.

Lo deseo, joder, lo deseo con una pasión feroz capaz de reducir a cenizas una ciudad entera. Me aferro a él cuando me coge de las caderas y le rodeo la cintura con las piernas. Me empotra contra la pared y yo gimo de placer, sintiendo su polla dura entre los muslos mientras me baja el sujetador para empezar a comerme las tetas, lamiendo y succionando con frenesí.

—Sí —murmuro enfervorecida, y empiezo a empujar ya contra su polla, disfrutando de la fricción que se genera entre nuestros cuerpos a través de las capas de ropa—. ¡Saint!

Llevo las manos a su cinturón, le bajo con impaciencia la cremallera y le libero la polla. Ya está preparada para mí, siento un cosquilleo de calor entre las piernas cuando se la agarro con fuerza y lo masturbo.

Saint deja escapar un gemido rasgado y animal. Me sujeta las muñecas con una mano y me las pone por encima de la cabeza mientras se frota contra mí con más fuerza, aprisionándome contra la pared con su polla.

—Eso es, cielo —murmura, mientras yo muevo las caderas y jadeo, disfrutando del roce insistente de su glande hinchado contra mis bragas—. Ya sabes lo que viene ahora, ¿eh? Estás deseando que te llene con mi polla.

Gimo de placer, gozando con la presión que ejerce contra mi clítoris, aunque la tela húmeda me estorba, siendo lo único que le impide ya embestirme hasta dentro.

—Por favor —gimo, retorciéndome contra sus manos de acero—. ¡Quítamelas!

Saint me chupa el lateral del cuello y me mordisquea el lóbulo de la oreja, tan excitado como lo estoy yo.

—¿Vas a ser una buena chica conmigo, cariño? —me pregunta entre jadeos—. ¿Vas a dejar que te la meta hasta el fondo?

Me estremezco al oír sus comentarios lascivos.

—Joder, sí.

—Pues, venga, métetela entera. —Me levanta el vestido, me echa las bragas a un lado y me penetra con una embestida brutal.

Yo aúllo de gusto.

Saint empuja más adentro, clavándome a la pared mientras yo me vuelvo loca al sentir cómo su polla, tan gruesa, va dilatándome, generando una fricción increíble.

—¡Sí! —exclamo, con la voz ahogada de placer, mientras aprieto los músculos de la vagina en torno a él—. ¡Joder, sí!

—Dios, estás empapada —gruñe, hundiéndose más en mí.

Me suelta las muñecas, lo que me permite rodearle el cuello con los brazos, al tiempo que me agarra de las caderas y empieza a embestirme, moviendo la pelvis con un ritmo frenético que me hace ver las estrellas.

Dios, qué gusto. ¿Cómo puede darme tanto placer, como si estuviese a punto de perder la cabeza?

—¡No pares! —grito con la voz entrecortada, arqueándome para recibir sus embestidas mientras la tensión empieza a crecer. Dios mío, ya lo noto, la electricidad que surge en la base de mi columna y me hace arrugar los dedos de los pies—. ¡No pares!

—Nunca —promete Saint, embistiéndome hasta el fondo.

Se hunde en mí, una y otra vez, sin bajar el ritmo un instante, ni siquiera cuando empiezo a temblar, a gimotear y a retorcerme sobre su polla; recitando su nombre conforme aumenta la tensión. A punto, ya casi…

—¡Dios mío! —grito, estremeciéndome entre sus brazos cuando vuelve a embestirme, ejerciendo presión contra mi clítoris mientras su polla se hunde en mí—. ¡Justo ahí! ¡No pares!

—Qué guarra eres —ruge, con los ojos encendidos y vidriosos, sin dejar de sujetarme—. Ahora quiero sentir cómo te palpita el coño.

Me da un azote en el culo, penetrándome de nuevo hasta el fondo, y yo me rompo en mil pedazos con un grito agudo de placer que resuena en mitad de la noche.

—Más alto, cariño. —Saint me aparta en volandas de la pared mientras las sacudidas del orgasmo aún me consumen—. Todavía no hemos terminado.

Me lleva en brazos hasta el salón. Tiramos al suelo otra lámpara más, pero a mí me da igual. No me importa nada salvo la fricción ardiente de su polla en mi interior, y la fuerza de sus manos, y su

boca exigente, que me devora dándome otro beso, nuestras lenguas enzarzadas en una batalla sensual y salvaje. Caemos hacia atrás sobre el sofá, Saint me aprisiona contra los cojines y sigue follándome aun cuando sigo temblorosa de mi anterior clímax.

—Levanta las rodillas, cielo —me ordena con un rugido, me agarra los muslos y me los empuja contra el pecho—. Ya te he dicho que esta noche te voy a meter hasta el último centímetro. —Vuelve a hundirse en mí, y en ese nuevo ángulo, joder, la penetración es más profunda que nunca.

—Dios mío… —Me estremezco, casi se me ponen los ojos en blanco de placer cuando hunde su polla en mí hasta llegar a la base.

Emite un gemido de placer cuando flexiono los músculos.

—Joder, cariño… —maldice, aguantando el peso encima de mí, con el cabello oscuro revuelto y en su hermoso rostro la viva imagen del placer salvaje—. Este coño tuyo va a ser mi ruina —jadea—. Todos los días, todas las putas noches, lo único que quiero en el mundo es hundirme aquí.

—Me alegro.

Arqueo la espalda, dejando escapar un gemido animal cuando me clava al sofá y me folla hasta hacerme perder el sentido, tan profundo que ya no sé dónde acaba él y empiezo yo; no existe nada salvo el calor, la fricción y el increíble peso de su cuerpo, que me aprisiona y me hace temblar. Estamos juntos en esto, nuestros cuerpos están en sintonía, comparten una comunicación perfecta. Con cada empellón, con cada gemido, ni siquiera necesitamos palabras, ya estamos por encima de eso, cabalgando juntos hacia el orgasmo. Saint me muerde el hombro y yo le araño la espalda con las uñas, exigente, mientras su cuerpo me eleva cada vez más y el mundo se diluye.

Nada importa salvo nosotros, en este preciso instante. Juntos. Cuando alcanzo el clímax, él me acompaña también, y nuestras voces se superponen en un grito conjunto de placer, embargados por el orgasmo, que nos invade como una supernova, como si fuera el fin del mundo y, a la vez, el comienzo.

Oh, Dios mío.

—Joder, cariño —murmura Saint con una carcajada exhausta, levantando la cabeza del suelo—. ¿No habíamos dicho que era mejor no elevarme la tensión arterial?

—¿Y no habíamos dicho que eso no sería muy divertido? —replico, agotada, pero sin poder dejar de sonreír.

No sé cómo, hemos acabado tumbados sobre la alfombra antigua. La estancia a nuestro alrededor ha quedado hecha un desastre.

Y yo me siento de maravilla.

—Invasión de la propiedad privada, robo de documentos, follar hasta volverme loco… —Saint me estrecha entre sus brazos y nos quedamos allí tumbados, recuperando el aliento—. No sé qué será lo primero que acabe conmigo.

—Sin duda lo de follar. —Me giro para darle un beso, sudorosa y resplandeciente de placer—. Porque las demás cosas han sido una excepción, pero tenemos el resto de nuestras vidas para matarnos el uno al otro con el sexo.

—¿De verdad? —Saint me mira con una ceja enarcada, juguetón, y me pregunto si habré hablado de más.

¿Referirme de esa forma al futuro cuando acabo de irme a vivir con él?

Cuando seguimos envueltos en una gran conspiración, cuando el peligro acecha en cada esquina…

Pero él me sonríe y me da un beso tierno en los labios antes de volver a dejarse caer contra el suelo.

—Cinco minutos —me dice, estirándose—. No, mejor que sean diez. Diez minutos y algo de picar, entonces podemos poner a prueba esa teoría tuya.

—O… —Me quedo callada. Prometimos no echar un vistazo a la información robada de Ashford hasta no reunirnos de nuevo con Wren; sin embargo, no puedo evitar sentir un poco de curiosidad. ¿Qué será eso por lo que tanto nos hemos arriesgado?—. O… podemos mirar qué hay en el disco duro.

Transcurren unos segundos; entonces, Saint se pone en pie.

—Tú ve a por mi portátil, y yo, a por los conectores —anuncia, sin siquiera detenerse para ponerse los calzoncillos antes de desaparecer por el pasillo.

Me río y noto aún en el cuerpo el cosquilleo de la victoria… y del placer. Lo hemos logrado. Hemos dado el golpe y asegurado las pruebas que lo cambiarán todo.

Me incorporo y por fin me quito el vestido, que ha acabado con un enorme desgarrón en un lado, para cubrirme con una manta. Sonrío mientras voy a por el disco duro y una botella de agua antes de reunirme con Saint en el salón.

—Me debes un vestido —bromeo mientras él conecta el disco y pulsa unos botones para acceder a él—. Este te lo has cargado.

—Y tú te has cargado mi capacidad para estar con otras mujeres —responde Saint con una sonrisa engreída, sentándome junto a él —. Así que estamos empatados.

Se me acelera un poco el corazón viéndolo abrir las carpetas descargadas.

—¿Cuál crees que es?

—Solo hay una manera de averiguarlo —dice Saint, que comparte mi sonrisa emocionada—. Deberíamos revisarlos todos.

Clica en el primer archivo y lo abre. Aunque, en lugar de una hoja de cálculo habitual, la pantalla queda inundada por un galimatías; letras y símbolos aleatorios, por mucho que siga bajando con el ratón.

—¿Qué es eso? —pregunto, confusa.

Saint cierra el archivo y abre otro. Luego otro. Pero, por muchos que intentemos abrir, el resultado siempre es el mismo sinsentido.

Él maldice en voz baja y a mí me invade un sentimiento de decepción.

—¿Hemos copiado lo que no era? —le pregunto con el corazón en un puño.

¿Han estado a punto de pillarnos en Ashford con las manos en la masa y resulta que seguimos sin pruebas?

Saint sacude la cabeza con expresión sombría.

—Tenemos los archivos, pero no podemos leerlos. Están encriptados. Y no tenemos la clave.

Capítulo 14

Tessa



—Bueno…, parece que habéis tenido una gran noche —comenta Wren cuando nos reunimos con ella en casa de Sebastian a la mañana siguiente.

—¿Cómo? ¿Por qué? —pregunto, sonrojada, y le lanzo una mirada a Saint al entrar en la casa.

Gran error. Él sonríe con suficiencia, como si estuviese reproduciendo en tecnicolor nuestro apasionado maratón sexual.

—Me refiero al estrés del allanamiento. No parece que hayáis dormido mucho —explica Wren con gesto confuso.

—¡Ah, eso! —Disimulo una sonrisa—. Sí, mucha adrenalina, claro. Me he pasado la noche entera como una moto. Apenas he pegado ojo.

«Gritando hasta quedarme ronca mientras Saint me mostraba la de cosas que pueden hacerse con unas esposas de seguridad», pienso.

—Lo siento. —Wren frunce el ceño y me da un abrazo. Lleva puesta ropa deportiva y cómoda de cachemir, pero todavía parece demasiado cansada y frágil para mi gusto—. No me imagino el miedo que debes de haber pasado. Pero todo fue bien, ¿verdad?

—Salvo por el hecho de que no logramos acceder al disco duro —le digo, todavía frustrada.

—Con un poco de suerte, la misteriosa amiga de Avery puede ayudarnos con eso —anuncia Wren—. Acaba de llegar.

Nos conduce hasta una terraza interior situada en el otro extremo de la casa, llena de naranjos y obras de arte impresionantes. Hay una mujer sentada a la mesa del desayuno en un rincón, devorando una montaña de tortitas ante la atenta mirada del corpulento mayordomo.

—¡Madre mía, qué ricas están! —nos dice a modo de saludo, sin apenas detenerse a tomar aire—. Y el sirope…

—Es compota de arándanos con sirope de arce —le informa el mayordomo con un marcado acento *cockney*—. Debo decir que el cocinero hoy se ha superado.

—Desde luego que sí. ¿Puede traerme un poco más de beicon?

—Desde luego, señorita.

La observo con curiosidad. ¿Esta es la flamante pirata informática que han enviado a ayudarnos? Parece más bien una sonriente bibliotecaria, con gafas de montura cuadrada y la melena castaña recogida en una pulcra trenza, vestida con una chaqueta de lana de color naranja sobre un vestido estampado con… ¿Son animales de bosque?

—Soy Charlie —se presenta cuando nos reunimos con ella a la mesa—. Avery me ha dicho que tenéis un problemilla con un encriptado.

—Pues sí. —Saint le entrega el disco; es evidente que a él le asaltan las mismas dudas que a mí.

Charlie sonríe con suficiencia y nos mira alternativamente.

—No os preocupéis, esta no es mi ropa habitual —nos dice mientras saca un portátil de una bolsa de tela—. Ahora mismo estoy trabajando de incógnito, y de ahí que parezca una afable niñera.

—Ah, vale. —Me invade el alivio…, también la curiosidad—. Creí que eras *hacker.*

—Entre otras cosas… —Charlie frunce el ceño, concentrada, mientras empieza a hacer clics. Se queda callada y nos ignora.

—¿Cuánto tiempo te llevará esto? —pregunta Saint.

—El que sea necesario —responde Charlie sin levantar la mirada.

«Lo que tú digas», pienso.

Miro a Saint encogiéndome de hombros justo cuando regresa Leon con una nueva montaña de tortitas.

—¿Le apetece café, señorita? —me pregunta—. ¿Y prefiere zumo de pomelo o de naranja? Recién exprimido, por supuesto.

Me ruge el estómago. Si vamos a tener que esperar, sería descortés ignorar semejante despliegue.

—Café solo, por favor, y zumo de naranja —respondo; luego me acerco a llenarme el plato.

Saint hace lo propio.

—Gracias, Leon —le dice Wren al mayordomo con una sonrisa, y este se retira con un gesto de cabeza—. Intimida, pero en realidad es un encanto —nos confiesa—. Anoche me preparó un chocolate caliente a las dos de la mañana porque me desperté gritando.

—¿Estás teniendo pesadillas? —pregunto, preocupada.

—¡No pasa nada! —se apresura a insistir, pero su sonrisa no parece genuina.

—Wren…

—Lo digo en serio —me tranquiliza—. Eso es lo que me pasa por atiborrarme a quesos malolientes a altas horas de la noche.

Dejo correr el asunto, pero aun así no me gusta. Wren sigue siendo una sombra de lo que fue y, aunque ya no se estremece tanto porque nos encontramos protegidas por las paredes a prueba de balas de la casa palaciega de Sebastian Wolfe, sé que no podrá quedarse aquí para siempre.

Quiero recuperar a mi hermana mayor, la chica que se reía con tantas ganas que acababa contagiándome a mí, y nos carcajeábamos las dos como locas por algún chiste malo o meme de internet.

Pero me recuerdo a mí misma que es precisamente por eso por lo que estamos haciendo todo esto. Para que Wren pueda volver a estar a salvo y no tenga que seguir mirando por encima del hombro allí donde va.

—Tengo buenas y malas noticias —anuncia finalmente Charlie, levantando la vista de la pantalla.

—Primero las malas —decido.

—Este encriptado es bastante complejo —dice Charlie con gesto arrepentido—. No puedo acceder. Necesitaría unas pocas semanas y bastante más equipo.

El corazón me da un vuelco.

—No disponemos de más semanas —respondo—. ¡Y tenemos que acceder al disco!

—Ya lo sé, y ahí es donde viene la buena noticia. Reconozco esta configuración —explica—. Hace falta una contraseña de catorce dígitos para desbloquear los datos, pero esa parece ser la única medida de protección de los archivos. Si encontráis la clave, será coser y cantar.

—¿Y esa es la buena noticia? —No consigo esconder mi desánimo.

Pero Saint me estrecha la mano y dice:

—Claro que sí. Recuerda que Phillip nunca se acordaba de sus contraseñas y las tenía que anotar. Mi padre es igual. Nunca se acordará de una contraseña semejante, así que la tendrá escrita en alguna parte. En algún lugar cercano a él.

Parpadeo. Por fin declara en voz alta que su padre podría estar detrás de todo este fraude con los ensayos. Lo miro a la cara, preocupada, pero veo en ella tan solo determinación.

—Entonces, mi trabajo aquí ha terminado —anuncia Charlie, que cierra su portátil antes de ponerse en pie.

—Gracias por ayudarnos —le digo de corazón.

—No sé hasta qué punto he logrado seros de alguna utilidad —admite ella, sonriente—, pero ha merecido la pena por las tortitas. —Se queda callada unos instantes—. ¿Creéis que el cocinero me daría la receta del sirope?

—Desde luego —contesta Saint—. De camino a la salida, te llevaré a las cocinas.

Acompaña a Charlie y nos deja a Wren y a mí a solas.

—Otro obstáculo —comenta mi hermana con un suspiro de desánimo—. Y ahora vais a tener que correr el riesgo de buscar la contraseña, mientras yo aguardo aquí. Como una inútil.

—¡No eres una inútil! —protesto con el ceño fruncido—. ¡Eres la razón por la que estamos aquí!

—Exacto —responde mirándome fijamente a los ojos—. Es culpa mía que estés siempre en peligro.

—En absoluto. Es culpa de Ashford —la corrijo—. Son ellos los que están intentando ocultar sus delitos. La culpa de todo la tienen ellos.

—Aun así, si yo no hubiera regresado… —Baja la mirada y juguetea con su jersey de cachemir—. Si me hubiera quedado escondida, si hubiera seguido muerta…

—¡Wren, no! —Me levanto y rodeo la mesa para acercarme a ella —. Haberte recuperado ha sido un milagro para mí —insisto, estrechándole las manos con fuerza—. Estamos haciendo lo correcto. No podemos permitir que se salgan con la suya, después de lo que te han hecho.

—Pero estamos perdiendo el control. —Wren me mira con angustia—. Al principio solo yo estaba en riesgo, ahora a ti te disparan, te cuelas en Ashford y Saint está buscando pistas que inculpen a su propio padre… Antes de que regresara, erais felices, estabais construyendo una vida en común.

—Y volveremos a ser felices cuando todo esto termine —le prometo—. Pero estábamos construyendo esa vida sobre arenas movedizas, Wren, sin saber lo que ocurría realmente. Ashford Pharma está corrupto. Siempre es mejor saber la verdad.

—A veces me pregunto si eso es cierto —reflexiona Wren en voz baja, con una sombra en la mirada—. Si pudiera dar marcha atrás e ignorar los datos originales del ensayo… Si hubiera cerrado la hoja de cálculo y me hubiera ido a comer con el resto del equipo, nada de esto habría sucedido. —Habla con tono melancólico; me doy cuenta de que añora la vida que habría llevado de no haberse topado con la información equivocada en el momento equivocado—. Habría terminado mi beca, habría obtenido un gran trabajo; quizá incluso habría viajado. Me habría enamorado. Habría sido una persona

normal, Tessa —me dice con los ojos llenos de lágrimas—. Me habría ahorrado mucho sufrimiento.

No sé qué responderle. Es cierto, ha sufrido más que nadie. La agresión, las consecuencias, el tener que huir para salvar su vida, dejando atrás a sus seres queridos… Me dan ganas de llorar por ella… y de despedazar a Alexander St. Clair y a sus secuaces. Ellos decidieron que su éxito estaba por encima de cualquier cosa.

Mi pobre hermana es la que ha pagado el precio.

Pero se acabó.

—Vamos a enmendar esto, Wren —le prometo, apretándole la mano—. Lo vamos a destapar todo y haremos que paguen por lo que han hecho.

Ella asiente, aunque no parece muy convencida.

Saint regresa y anuncia:

—He llamado a mi padre y he conseguido que nos invite a cenar esta noche, ya que hace mucho que no nos vemos todos juntos.

—¿Crees que la contraseña del encriptado estará en su casa? —le pregunto, adelantándome a la situación.

—Mi padre ha estado trabajando desde casa desde el infarto —responde con gesto afirmativo—. Se pasa por la sede de Ashford Pharma para asistir a las reuniones y supervisarlo todo, pero casi todas sus operaciones cotidianas las realiza desde la casa de Hampstead. Si la contraseña está en alguna parte, tiene que ser allí.

—Cena familiar… Qué divertido —comento con ironía, pienso en la gélida actitud de su madre cada vez que nos hemos visto—. Y no sé cómo podré sentarme a la mesa y mirar a tu padre a los ojos sabiendo todo lo que ha hecho.

Fraude, corrupción, enviar a alguien a asesinarnos a mi hermana y a mí a sangre fría… No me parece tema de conversación adecuado para una agradable cena familiar.

—Entonces, no deberías venir —responde Saint de inmediato, pero yo niego con la cabeza.

—No —respondo, tajante—. Necesitarás a alguien que los distraiga mientras tú vas en busca de la contraseña. —Me vuelvo hacia Wren. Está allí sentada, sin decir palabra—: Entonces, si todo va bien, tendremos la contraseña esta noche —le digo para animarla.

—Aquí estaré —contesta con una sonrisa forzada—. ¿Dónde si no?

—Me preocupa Wren —le digo a Saint cuando abandonamos la casa.

Él va a trabajar en la sede de Ashford y a mí Annabelle ha estado quemándome el teléfono para hablarme de un *brunch* de damas de honor, así que vamos paseando por las bulliciosas calles de Londres, agarrados de la mano.

—Se siente culpable, dice que desearía no haberse encontrado nunca con la información sobre los ensayos del medicamento.

Le he sugerido que pasáramos el día juntas, pero me ha dicho que necesitaba echarse un rato.

—Ha estado sometida a mucha presión —responde Saint, comprensivo—. Cuando todo esto termine, le conseguiremos la ayuda que necesite. Los mejores orientadores, el mejor tratamiento… Lo que necesite para volver a la normalidad. No estará sola.

Digo que sí con la cabeza, aunque ahora soy yo la que se siente culpable.

—Me he pasado todo este tiempo tratando de vengar su muerte, de atrapar a la persona que la agredió, y sin embargo ella estaba por ahí… sola…, muerta de miedo. Yo no estaba ayudando a nadie al remover el pasado. En todo caso, ¡le he complicado más la vida!

—Oye. —Saint se detiene y me sujeta por los hombros—. Aquí hay culpa para todos. ¿Qué me dices de mí? Todo esto ha estado sucediendo delante de mis narices. Con mi padre al mando. —Se le oscurece la mirada—. ¿Crees que no me cuesta dormir por las noches?

—¡Saint, era imposible que tú lo supieras! —protesto.

—Lo mismo te digo —señala—. Y a Wren. Todo esto empezó hace mucho tiempo, sin nosotros saberlo, y los responsables son personas con sus propios planes que operan siguiendo sus propias reglas.

—Es que no me parece justo —insisto con un suspiro—. Que seamos nosotros quienes tenemos que enmendar todo este lío.

Saint se detiene y veo en su rostro los recuerdos.

—Mi hermano, Edward, tenía un dicho: «Lo único que importa en el mundo es cuando debes tomar una decisión: ¿Haces lo que es fácil o lo que es correcto?».

—Menudo aguafiestas —bromeo para aliviar los ánimos, y Saint sonríe.

—El peor.

Hacer lo fácil frente a hacer lo correcto…

Las palabras resuenan dentro de mí. Me doy cuenta de que Saint se las ha tomado en serio. Me ha apoyado desde el principio, a cualquier precio. Porque, pese al miedo, al drama y al dolor, debo creer que estamos haciendo lo correcto.

Alguien tiene que hacerlo.

—Así que cenamos con tus padres esta noche —comento, embargada por una nueva determinación—. ¿Puedo presentarme con unas medias de rejilla rotas y un vestido de cuero, y le provoco otro infarto también a tu madre?

—¿Por qué no? —se ríe—. Al fin y al cabo, nuestro objetivo es distraerlos.

—Sí que sería una buena distracción —confirmo, a modo de broma.

El teléfono no para de vibrarme en el bolsillo, no me queda más remedio que sacarlo.

—Es Annabelle. Otra vez.

Con todo lo ocurrido, la boda es lo último en lo que pienso, pero ahora ya solo quedan unos días.

—Llego tarde al *brunch* con champán y al bótox —le informo, divertida—. Seguro que Max no tiene una agenda de eventos tan ajetreada.

—Pues no —confirma Saint con una sonrisa—. De hecho, Cyrus ha cerrado el grifo con lo de la despedida de soltero. Íbamos a ir todos de caza a Polonia, pero pensó que sería un viaje abocado al desastre.

—O al desmembramiento —añado con una mueca.

Nos hallamos ya cerca de Ashford Pharma. A la luz del día, luce un aspecto diferente, con gente vestida de traje que entra y sale del edificio.

—¿Crees que lo de anoche tendrá alguna consecuencia? —pregunto, nerviosa.

—¿Te refieres al hijo descarriado montando escándalos como de costumbre? —pregunta con una sonrisa de suficiencia—. No es nada que no hayan visto antes. —Parece entonces darse cuenta de lo que acaba de decir—. Perdón, quería decir que…

—Que el hecho de que fueses un libertino antes de conocernos te proporciona una coartada estupenda —sonrío, sin preocuparme lo más mínimo—. Y menos mal. Siempre supe que tu experiencia nos resultaría de utilidad.

Me arrastra hacia sí para darme un beso de despedida.

—Ya te lo dije cuando nos conocimos, aún me quedan algunos ases en la manga de mi antigua vida.

¿Ases? Yo lo llamaría talento. Como esa forma que tiene de hacer que me derrita con el más leve roce de sus labios sobre los míos.

—¿Señor St. Clair? —nos interrumpe una voz. Se trata de un hombre mayor, de sesenta y tantos años, que viste con elegancia y muestra una mirada de desesperación—. ¡Es usted! Ya me lo parecía.

—Sí —responde Saint con un educado gesto de cabeza.

—Por favor, señor, llevo tiempo intentando concertar una cita —le suplica el hombre—. Es por mi Margaret. He oído que había ensayos para su nuevo medicamento. ¡Estoy intentando conseguirle plaza!

Ay, Dios.

Se me rompe el alma al ver cómo ese hombre le ruega a Saint que ayude a su esposa a formar parte del ensayo sobre el alzhéimer.

—He oído que el medicamento funciona. Por favor, necesitamos una oportunidad. A mi Margaret no le queda mucho tiempo. Tiene días buenos, pero… Nos estamos quedando sin tiempo. ¡Por favor! —En su rostro curtido se aprecia el rictus de la emoción, aferrado ahora al brazo de Saint.

—Lo siento, pero los ensayos ya están cerrados —le informa Saint con delicadeza—. No obstante, puedo ayudarle a conseguir algo de información. Ofrecerle servicios que tal vez ayuden a su mujer.

El hombre sacude la cabeza, desalentado.

—Nada puede ayudarla. Nada salvo un milagro. Su medicamento es lo único. Por favor…

—¿Señor St. Clair? —dice un guardia de seguridad al acercarse.

—No pasa nada —responde enseguida Saint—. No hay ningún problema. —Le aprieta la mano al hombre—. Lo siento mucho, pero no hay nada que pueda hacer por usted.

—¡Mentiroso! —El grito furioso del hombre resuena en la calle mientras el de seguridad se lo lleva a rastras—. Sí que puede ayudarme. ¡Por favor!

Lo veo marcharse y se me encoge el corazón. A juzgar por la expresión abatida de Saint, a él le ocurre lo mismo.

—Esto es lo que están haciendo —comenta con furia—. Dar falsas esperanzas a la gente. Explotar su dolor solo para enriquecerse más y tener más poder, y entretanto obstaculizan el avance de la medicina. Es asqueroso.

—Y nosotros vamos a impedírselo —le recuerdo con un gesto decidido.

Ocurra lo que ocurra ahora, ya estamos demasiado involucrados para dar marcha atrás. Su hermano tenía razón. No se puede evitar hacer lo correcto.

Solo espero que no lo perdamos todo.

Capítulo 15

Saint



—¿Sabes? He estado pensando… —me dice Tessa durante el trayecto hacia casa de mis padres para cenar, con las luces de Londres reflejadas en el parabrisas—. Deberíamos cogernos vacaciones.

—¿Ahora? —pregunto, confuso.

Esta noche nuestro objetivo es encontrar la contraseña del encriptado; es la última pieza del rompecabezas que tenemos entre manos antes de poder delatar a Ashford como los cabrones mentirosos y delincuentes que, de verdad, son.

—Claro. —Me mira con una sonrisa desde el asiento del copiloto—. Si es que no hacemos nada, y me aburro un poco —añade con un guiño—. La vida últimamente es aburridísima.

Me río, más relajado.

—Tienes razón —convengo, luego estiro el brazo para estrecharle la mano—. La misma historia de siempre. Seguro que nadie nos echaría de menos si nos largáramos a una playa desierta.

—Ah, sí, esa playa que tanto te gusta… —Tessa deja escapar un suspiro de anhelo—. Háblame de las vacaciones, cielo.

—Te prometo que, cuando todo esto termine, nos iremos donde quieras —le aseguro, llevándome su mano a los labios para besarle los nudillos—. Jamaica, Fiyi, Tahití… Adonde quieras. Solos tú y yo, y los cocos —agrego con una sonrisa voraz.

Sé que es más fácil decirlo que hacerlo, y que nos enfrentamos a un montón de desafíos, incluso aunque logremos asegurar las pruebas de los delitos de Ashford.

«Los delitos de mi padre», me corrijo a mí mismo con un escalofrío.

Aun así, la idea de que todo esto termine pronto me da algo de esperanza. Algún día la vida será tan sencilla como insinúa Tessa con sus bromas. Volverá a estar a salvo, feliz, sin necesidad de tomar decisiones de vida o muerte, más allá del tipo de cóctel que desee pedir que lleven a nuestro cenador frente a la playa.

Me aferro a esa imagen —y a la idea de Tessa con un bikini minúsculo— al llegar a casa de mis padres en Hampstead, al norte de la ciudad.

Se baja del coche y emite un silbido al contemplar la espaciosa vivienda, medio escondida detrás de los muros del jardín.

—Sé que debería dejar de sorprenderme con todas vuestras propiedades, pero, en serio, este sitio es increíble.

—Supongo que la delincuencia está bien pagada —murmuro sombrío.

Antes yo también disfrutaba de los beneficios de nuestra fortuna: las casas y los viajes en primera clase, el acceso exclusivo a todos los eventos VIP de la zona. Eso ayudaba a compensar las responsabilidades que acompañan al legado de Ashford, ese legado que, a cada día que pasaba, me pesaba como una losa sobre los hombros.

Ahora, en cambio, miro a mi alrededor y me pregunto qué clase de corrupciones llevarían a cabo mis antepasados para levantar nuestro imperio. A cuánta gente mintieron y explotaron, como ese pobre hombre al que hemos visto hoy a las puertas de la empresa, desesperado por encontrar una cura.

—Balzac sabía de lo que hablaba —bromea Tessa, y yo me vuelvo hacia ella al reconocer la referencia.

—Detrás de cada gran fortuna hay siempre un delito —cito, y la veo sonreír.

—Pero con este delito no saldrán impunes. ¿Preparado? —me pregunta con la mano tendida.

—Sí, claro. —Se la estrecho—. Mentiras, dramas familiares y algo de hurto. ¿Qué más se puede pedir?

Recorremos el camino de acceso hasta la puerta principal. Nos abre una doncella, que se hace cargo de nuestros abrigos antes de conducirnos hasta el salón, donde me sorprende encontrar a Robert, mi hermano, sirviendo las bebidas.

—¿A ti también te han engañado para venir? —le pregunto a modo de saludo, contento de ver otra cara amiga. Y, con suerte, alguien que pueda mantener viva la conversación mientras yo voy en busca de la contraseña.

Robert se aclara la garganta y se retira de la cara su cabello rubio.

—Pues sí. Tessa —saluda, visiblemente nervioso al verla. Es evidente que mis padres ya han estado quejándose sobre mis parejas.

—Me alegro de verte —le dice ella con una sonrisa mientras se alisa el recatado vestido azul marino.

Al final, ha decidido no provocar a mi madre con su ropa: luce un aspecto discreto, con el pelo recogido en un moño bajo y maquillaje sutil.

Yo soy el único que sabe que, debajo, lleva una provocadora lencería de color escarlata.

—Ponme un *whisky,* ya que estás en ello —le digo a Robert—. No es propio de mamá hacer esperar a sus invitados.

—Está encargándose de la comida —responde Robert.

—Y con eso se refiere a que está discutiendo con el cocinero —le traduzco a Tessa.

Robert me entrega la bebida y le doy una palmada en el hombro a modo de agradecimiento.

Se estremece ligeramente, como si le doliera.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto al fijarme en la venda que asoma por debajo del cuello de su camisa.

—Sí —responde enseguida—. Es que me he lesionado el hombro jugando al *rugby* con los chicos.

—Qué mala suerte —le digo, comprensivo.

—Fue culpa mía —se lamenta con otra carcajada nerviosa—. Cargar de esa forma. Se me olvida que ya no tengo dieciocho años.

—Tonterías. Tú puedes con todos esos jovenzuelos. Mi querido Robert es el atleta de la familia —le digo a Tessa—. *Rugby,* polo, carreras campo a través… Hace de todo. A mí siempre me daba una paliza.

—¿En serio? Tal vez debas hacer más ejercicio —me responde Tessa con una sonrisa inocente—. Así tendrías más energía.

—Yo tengo energía de sobra —le digo con un guiño, tratando de no reírme.

Tengo energía de sobra, al menos para hacer gemir a Tessa pidiendo clemencia, mientras aprieta la vagina en torno a mi polla…

—Anthony, qué bien que hayáis venido.

Entra mi madre y, así sin más, se me van de la cabeza todas mis fantasías de pasión. La proverbial ducha fría, como siempre.

—Madre. —Le doy un beso educado en la mejilla—. Llegamos justo a tiempo. Temprano, incluso.

—Dios, es todo un honor —contesta ella secamente—. ¿A qué se debe el placer?

«A investigar los delitos de papá», pienso.

—He oído que tenéis un nuevo cocinero —respondo en su lugar—. Uno que no lo carboniza todo. No podía dejar pasar la oportunidad de disfrutar de una cena que sea comestible, para variar.

—Me alegra volver a verte, Lillian —interviene Tessa, y veo que dibuja una brillante sonrisa pese a la frialdad de mi madre.

—Desde luego. —Mi madre la mira de arriba abajo—. Me… alegro de verte yo también. Qué suerte que hayas podido dejar aparcados tus estudios en Oxford para venir aquí esta noche.

—Ah, ¿no lo sabes? —dice Tessa, sin dejarse intimidar por el gélido recibimiento—. Ya no estudio allí. Saint me animó a dejar los estudios e irme a vivir con él, y no quiso aceptar un «no» por

respuesta, ¿verdad, bomboncito? —Se me acerca y me pasa la mano por el brazo con un gesto posesivo mientras me mira batiendo las pestañas.

¿Bomboncito?

—Así es, caramelito —respondo, tratando de no reírme, y veo el brillo travieso en sus ojos—. No soportaba estar lejos de ella.

—¿Estáis… viviendo juntos? —repite mi madre, aparentemente horrorizada.

—Pues sí —exclama Tessa—. Amancebados. Viviendo en pecado. Mi pobre abuela debe de estar retorciéndose en la tumba. Siempre decía que los hombres nunca compran la vaca si pueden tener la leche gratis.

—Ah. —Mi madre parece estar al borde del desmayo.

Por suerte, entra entonces mi padre y nos saluda con un poquito más de afecto.

—Tessa, me han dicho que vas encadenando un éxito detrás de otro en Ambrose Foundation —le dice, estrechándole la mano con entusiasmo—. El otro día, Hugh estaba elogiándote sin parar. Me planteaba intentar cazarte para que vinieras a trabajar en Ashford. Contamos con nuestro propio departamento filantrópico y financiamos investigaciones médicas y el acceso a la vacunación en países en vías de desarrollo. El año pasado gastamos cien millones en eventos benéficos, y espero poder duplicar pronto esa cantidad.

—Es… maravilloso —responde Tessa, y solo yo advierto que su entusiasmo suena forzado—. Hacéis un trabajo increíble allí. Marcáis la diferencia. Sois un ejemplo a seguir.

—Bueno, ¡lo intentamos! —contesta mi padre con una risotada.

Le veo servirle una copa a Tessa y trato de relacionar al hombre que tengo delante con todo lo que he descubierto a lo largo de la última semana. ¿De verdad será posible que haya encargado el asesinato de la doctora DeJonge y esté dispuesto a tapar el fraude de Ashford empleando la violencia? ¿Será capaz de haber contratado a un hombre para que intentara asesinar a Tessa y a su hermana, y ahora esté aquí, delante de ella, charlando distendidamente con ella mientras le sirve un *gin-tonic* como si no hubiera ocurrido nada?

Me recorre un escalofrío, incapaz como soy de entender la hipocresía que haría falta para llevar a cabo esas atrocidades. Roza incluso la sociopatía.

—Háblame del tema de las redes sociales en el que os habéis embarcado últimamente —le pide a Tessa mientras toman asiento—. Debo decir que a mí me cuesta entenderlo.

—A mí me parece tremendamente vulgar —interviene mi madre—. Gente que se pasa el día rebuznando en sus teléfonos móviles en busca de atención.

—Madre —la regaña Robert—. No seas grosera.

—No me refiero a que Tessa sea vulgar —protesta Lillian, aunque la manera en que la mira revela sus verdaderos sentimientos—. Solo digo que no entiendo esa necesidad constante de ser el centro de atención. Es tan… estadounidense.

—¿En serio? —responde Tessa con una sonrisa de suficiencia—. Creo que *Gran Hermano* se inventó aquí, en Inglaterra. Así que, en realidad, la culpa de que exista la telerrealidad es vuestra.

Cuando empiezan a debatir sobre los perjuicios de las redes sociales, me doy cuenta de que es el momento perfecto para escabullirme.

—Enseguida vuelvo —anuncio, acercándome a la puerta—. Tengo que ir a comprobar unas cosas, con Harold, el de contabilidad.

Mi madre apenas asiente con la cabeza, centrada como está en atacar a Tessa; con educación, por supuesto. Aunque no me preocupa, pues Tessa es más que capaz de defenderse sola. Me dedica un sutil gesto de cabeza; entonces, salgo del salón.

A por ellos.

Camino decidido por el pasillo en dirección al estudio de mi padre, situado al fondo de la casa. Se trata de una estancia forrada en madera y llena de viejas librerías, con el antiguo escritorio de mi padre colocado frente a la ventana y, encima, pilas de papeles y el portátil justo al lado.

Si la contraseña del encriptado está en alguna parte, no andará lejos.

Empiezo a registrar la habitación metódicamente; lo primero, los cajones del escritorio, cuyo contenido examino uno a uno. Parte de

mí confía en no encontrar nada. Sé que necesitamos desbloquear la información del disco duro, pero, si la encuentro aquí, confirmaré mis peores sospechas. Una parte de mí aún se aferra a la esperanza de que tal vez sea otra persona de la empresa quien esté detrás de todo esto. Tal vez otro ejecutivo, o un miembro de la junta directiva…

Y entonces lo veo: una tarjeta amarilla apoyada contra la lámpara del escritorio, justo delante de mí.

Catorce letras y números aleatorios, garabateados con la letra de mi padre.

Maldita sea.

La arrogancia de mi padre es inaudita al limitarse a dejar el papel a la vista de cualquiera. Aunque, ¿por qué no iba a sentirse seguro aquí, en su propio hogar? Wren y Tessa le dijeron a Phillip que iban a renunciar a la investigación y a dejar correr el asunto. Mi padre no sabe que hemos copiado los archivos, ni siquiera que vamos detrás de las pruebas que logren destapar todas sus mentiras.

No sabe que su propio hijo sigue empeñado en buscarle la ruina.

Me apresuro a sacar el teléfono, hago fotos de la contraseña y me la envío a mí mismo por *email* para curarme en salud. Después lo dejo todo como estaba antes de volver a reunirme con los demás.

—Ah, estás aquí —dice mi madre, levantando la mirada. Nadie parece desconfiar. Apenas he estado fuera unos minutos, nada más —. La cena ya está servida.

—Fantástico —respondo sin muchas ganas, acercándome a Tessa, que me lanza una mirada expectante mientras los demás van dirigiendo sus pasos hacia el salón, y espero a que se nos adelanten antes de hacerle un gesto afirmativo.

—¿La tienes? —susurra emocionada.

—Eso creo, sí.

Me aprieta la mano, satisfecha, pero yo siento como si llevara una bola de plomo en el estómago cuando nos sentamos a cenar, y ni siquiera la imagen de un costillar perfectamente asado me resulta apetecible.

«¿Cómo has podido hacerlo?», me pregunto con la mirada fija en mi padre desde el otro lado de la mesa mientras trincha la carne,

todo sonrisas y carcajadas de júbilo.

¿Cómo has podido traicionar la memoria de Edward convirtiéndote en todo lo que él odiaría?

Capítulo 16

Tessa



Apenas consigo pegar ojo en toda la noche, para cuando llega el alba, ya estamos otra vez reunidos con Wren en la fortaleza acorazada de Sebastian, observando con atención mientras mi hermana introduce la secuencia que Saint encontró en el despacho de su padre.

Podría ser el momento de la verdad: todo lo que hemos estado buscando para poder destapar la verdad. Todas mis esperanzas dependen de esa pequeña hilera de números y símbolos que Wren va introduciendo lentamente en la pantalla.

Se produce un silencio, le aprieto la mano a Saint. Entonces, Wren asiente con la cabeza.

—Es la contraseña. Estamos dentro.

Dejo escapar un suspiro de alivio y emoción, aunque ahora estoy aún más preocupada por Saint. Ha estado muy callado desde que

regresamos de cenar anoche con sus padres, y sé que está tratando de asimilar el hecho de que su padre sea el culpable de todo esto.

—¿Ves los conjuntos de datos? —le pregunto a mi hermana, echándome hacia delante.

—Dame un minuto —se queja—. Aquí hay un montón de información. Es como buscar una aguja en un pajar.

—Ah. Vale, vale.

Espero, mordiéndome las uñas por la ansiedad, Saint camina de un lado a otro. Se le nota tenso, y me gustaría poder pedirle que se relajara, pero sé que es imposible. ¿Cómo me relajaría yo si estuviera en su lugar, batallando con la tremenda traición de mi padre?

Wren clica varias veces con el ratón y, conforme pasan los minutos, noto que tengo los nervios a flor de piel. Finalmente deja escapar una carcajada amarga.

—Ahí está. Lo sabía. Estaba claro, joder.

—¿Lo tienes? —le pregunto.

Saint se acerca cuando Wren gira la pantalla hacia nosotros.

—Quienquiera que modificó los resultados originales los escondió bien. Pero esos son los resultados del ensayo en humanos que enviaron a la revisión oficial —nos explica, señalando un conjunto de hojas de cálculo llenas de números y ecuaciones complejas—. Y ese es el archivo fantasma, escondido en un subservidor. Es idéntico, salvo por estos marcadores clave sobre la respuesta cognitiva.

—Habla para tontos —le recuerdo.

—No cambiaron gran cosa —me traduce Wren—. No aseguraron que se tratara de una cura milagrosa. Solo modificaron ligeramente una cifra con el fin de que pareciera que había suficientes mejorías mínimas para augurar un resultado prometedor. Lo justo para obtener la aprobación y el permiso para sacarlo al mercado.

—Y obtener beneficios desorbitados —agrega Saint, visiblemente perplejo.

Me doy cuenta de que, hasta este preciso instante, es probable que abrigara la esperanza de que estuviéramos equivocadas respecto al asunto.

Ahora, con las pruebas delante, resulta imposible seguir negándolo.

—Lo hemos conseguido —anuncio, llevada por un sentimiento de triunfalismo—. ¡Tenemos lo necesario para delatarlos!

Me vuelvo hacia Wren, radiante, pero ella no me mira a los ojos.

—Vosotros —murmura antes de levantarse de la mesa.

—¿A qué te refieres? —pregunto tras una pausa.

—Vosotros seréis quienes los delaten. Saint y tú, juntos.

Empiezo a tener un mal presentimiento. Más aún cuando Wren nos muestra una bolsa de viaje y, del bolsillo delantero, saca un pasaporte.

—Wren…

—Aquí es donde yo me marcho —me dice con una sonrisa cansada—. He confirmado los datos, he resaltado todo lo que resulta incriminatorio en ese archivo. Ya no me necesitáis.

—¡Claro que te necesitamos! —exclamo—. Díselo, Saint. —Me vuelvo hacia él, pero descubro que no parece muy sorprendido por el desarrollo de los acontecimientos.

—No puedo quedarme atrapada aquí, esperando a que esto pase —me explica mi hermana—. Siento como si estuviera encerrada en una cárcel.

—¡Una cárcel con cocinero personal! —digo.

—No lo soporto —insiste Wren—. No puedo dormir, apenas logro comer. No hago más que esperar a que vuelvan a encontrarme. O, peor aún, a que vengan a por ti. Tengo que estar lejos, muy lejos de Ashford. Estar desaparecida antes era duro, pero al menos dormía por las noches sabiendo que nadie me andaba buscando.

Saint me pone una mano en el brazo.

—Hazle caso, Tessa. Estará en un lugar seguro, ya lo he arreglado todo.

—¿Tú lo sabías? —respondo, furiosa, apartándome de él—. ¿Habéis estado planeando esto a mis espaldas?

—Tessie, por favor —me interrumpe Wren—. Es mi decisión. Le pedí a Saint que me ayudara a salir de aquí para poder volver a esconderme. Utilizaré mi vieja identidad falsa y volveré a desaparecer, al menos durante un tiempo. Cuando logréis delatar a

Ashford, las cosas cambiarán. Pero, por ahora…, es lo mejor. Es la única forma de sentirme a salvo: que nadie sepa dónde estoy. Ni siquiera tú —agrega.

—Wren… —Me quedo mirándola y noto el escozor de las lágrimas en los ojos. No puedo volver a perderla.

—No vas a perderla —me dice Saint, que sabe bien lo que estoy pensando—. Tendrá un teléfono de prepago y te llamará con frecuencia. Ahora que tenemos las pruebas, esto acabará pronto.

—Pero… te echaré de menos —digo entre lágrimas.

—Yo también te echaré de menos —responde Wren estrechándome entre sus brazos—. Es algo temporal. Por favor, trata de entenderlo.

La abrazo con fuerza. No lo entiendo. He llorado su pérdida durante mucho tiempo, ¿y ahora dice que desea volver a desaparecer?

—Estamos muy cerca del final —trato de razonar con ella—. ¡Podríamos llevar estas pruebas a las autoridades mañana mismo! ¿Y si te subes a un avión y, en un par de días, todo se ha solucionado?

—Pues entonces me subiré a otro avión y regresaré —me asegura Wren—. Pero esta ya no es mi lucha. Nunca debió serlo, pero he cumplido con mi parte. La fuerte siempre has sido tú, Tess, no yo. Puedes acabar con esto. Yo no sería más que un estorbo.

—Eso no es cierto. —Me sorbo la nariz, con el corazón encogido.

—Sí que lo es. Y me parece bien. —Wren me dedica una sonrisa triste—. Porque sé que les vas a hacer pagar de lo lindo.

Me quedo aferrada a ella todo lo que puedo, hasta que al final me suelta.

—¿Dónde vas a ir? —le pregunto mientras revisa sus cosas.

—Es mejor que no lo sepas —contesta sacudiendo la cabeza.

—¿Dejarás al menos que te llevemos al aeropuerto? —pregunto.

—Cuento con ello. —Sonríe—. Y también quiero que me ayudes a elegir los refrigerios. ¡La nevera aquí es mejor que los puestos de comida!

Ayudamos a Wren a hacer la maleta, luego Saint nos lleva al aeropuerto; mi hermana sigue mirando nerviosa hacia atrás, por si acaso alguien nos sigue. Yo le agarro la mano con fuerza durante todo el trayecto, con la esperanza de que cambie de idea; sin embargo, cuando nos detenemos frente a la terminal de Salidas, me doy cuenta de que Wren ya va dos pasos por delante. Parece más tranquila de pronto, más concentrada. Después de haber pasado tanto tiempo escondida, sola, está claro que así es como más cómoda se siente.

Verse atrapada, a la espera de que Ashford vuelva a atacar, no ha hecho sino encerrarla con sus demonios. Ahora, confío en que logre encontrar algo de espacio para volver a respirar tranquila.

—¿Me prometes que me llamarás? —pregunto, de pie junto a ella en el bordillo.

Lleva la gorra de béisbol calada hasta los ojos, va envuelta en una parka verde gigante y calzada con unas botas.

—En cuanto me instale y encuentre la manera de hacerlo sin peligro —me asegura antes de dedicarme una sonrisa cariñosa—. Que sepas que estoy muy orgullosa de ti. Persiguiendo a esos tíos, luchando por hacer lo correcto… Soy afortunada de tenerte como hermana.

—Vas a hacer que me ponga a llorar de nuevo —le digo, y me sueno la nariz antes de darle otro abrazo rápido—. Venga, vete, antes de que te encierre en el maletero y te lleve de vuelta a casa de Sebastian. Que tengas un buen viaje.

—Seguro. Te quiero.

—Yo también te quiero.

La veo desaparecer entre la multitud, en dirección al mostrador de facturación. Después me obligo a subirme en el coche con Saint mientras me seco los ojos.

—Vámonos —le digo con premura, pues no quiero esperar a que Wren se marche.

Saint se incorpora al tráfico, pero pisa el freno cuando una furgoneta blanca se nos cruza por delante y se detiene junto al bordillo. Saint toca el claxon mientras unos tipos corpulentos se bajan de la furgoneta, ignorándonos.

—Creo que alguien está a punto de perder su vuelo —comenta, rodeándolos con el coche antes de volver a ponerse en carretera.

Yo me quedo sentada en silencio en el asiento del copiloto durante el resto del trayecto hasta casa, extrañando ya a Wren.

—Hablaréis a todas horas —me recuerda cuando llegamos a casa —. Además, Wren tiene razón. Estará más segura cuanto más lejos de aquí se encuentre. Si Ashford la localizara…

—Lo sé. —Trago saliva—. Eso no significa que me alegre.

—¿Quieres pasarte el resto del día enfurruñada? —pregunta con una sonrisa.

—Sí. —Me cruzo de brazos, deseando que todo fuera distinto. Pero no puedo ser tan ingenua. Sé que la única manera de salir de esto es atravesando las llamas.

Y, ahora que las pruebas están en nuestro poder, tenemos la chispa necesaria para encender el fuego.

Sigo a Saint al interior de la casa y le veo volver a conectar la alarma. Después nos ponemos cómodos en la cocina con una tetera recién hecha y galletas, la cura británica para todos los males.

Salvo este.

Deposito el disco duro sobre la mesa y ambos nos quedamos mirándolo. Para ser algo tan pequeño y aparentemente simple, tiene el potencial de acabar con una de las familias más prestigiosas de toda Inglaterra. Así como con muchas personas más.

—Bueno…, ¿qué hacemos ahora? —pregunto—. Podríamos entregárselo a las autoridades o filtrarlo a la prensa. Una historia como esta coparía titulares en un santiamén.

Saint asiente, pensativo, con la cabeza.

—Prefiero esperar.

—¿Cómo dices? —Levanto la cabeza de golpe—. ¿Por qué?

—No mucho —me tranquiliza—. Pero creo que primero deberíamos hablar con mi padre.

—Saint… —Estoy perpleja—. Supongo que ya te habrás dado cuenta de que es culpable.

—Sí —admite—. Pero no es solo él. Debió de actuar con cómplices. Quizá le obligaron a hacerlo, o tal vez se vio superado por las circunstancias, pero, de un modo u otro, aquí hay más gente

implicada, estoy seguro. ¿Deshacerse de Valerie? —me recuerda—. ¿Hacer que agredieran a Wren? ¿Enviar a un tipo a mataros a las dos? Eso no es propio de mi padre. Puede que amañara los datos del ensayo y después lo ocultara, pero lo conozco desde siempre. No me creo que sea capaz de llegar a matar a alguien.

Me quedo callada unos segundos, sin estar tan segura como él.

—Si le ponemos sobre aviso, eso les dará la oportunidad de volver a ocultarlo todo —señalo.

—No quiero ponerle sobre aviso —me asegura Saint—. Quiero lograr que delate a los otros. Que se sincere y cuente toda la verdad. Queremos atrapar a quienes han hecho esto, a todos. Si mi padre delata al resto de responsables, tendremos toda la información que necesitamos. Luego, podemos obligarle a retirar el medicamento y enmendar los errores de Ashford Pharma.

Medito sobre ello unos instantes.

—Tener a tu padre de nuestro lado nos daría más credibilidad —convengo—. Entonces, no podrían negar lo que ha estado pasando.

—Y no será necesario sacar a relucir el nombre de Wren —agrega Saint poniéndose en pie.

—¿A qué te refieres? —pregunto con el ceño fruncido.

—Su nombre se sabrá —me dice, saca un helado del congelador y me lo pone delante junto con dos cucharillas. Es de sabor café. Mi favorito—. Wren es la soplona —prosigue—. Tendrá que prestar declaración ante las autoridades, responder preguntas. Y, si los medios de comunicación se enteran de su nombre, en fin… Es una historia explosiva. Fingir su propia muerte, desaparecer de ese modo… Así se construyen titulares y documentales sobre crímenes reales.

Joder. Tiene razón.

Además, ya sé que Wren no quiere ser el centro de atención. Apenas ha logrado sobrellevar el estrés provocado por lo que está pasando. Cuando me imagino su fotografía en todos los periódicos, y a los periodistas acosándola… ¿Y mis padres?

Me estremezco.

—¿Crees que la dejarían en paz si logramos que tu padre se sincere? —pregunto.

Saint asiente y dice:

—Ni siquiera nos haría falta mencionar su nombre.

—Me gusta esa parte del plan. —Suspiro mientras hundo la cuchara en el helado—. Pero, Saint…, ¿de verdad crees que tu padre confesaría tan fácilmente? Teniendo en cuenta hasta dónde ha llegado con tal de ocultar el fraude. Incluso aunque creas que hay otras personas detrás de tanta violencia —agrego—, él se lo juega todo con este lanzamiento. ¡El precio de las acciones, el prestigio de Ashford!

—Tengo que darle la oportunidad —responde tras una larga pausa —. La oportunidad de hacer lo correcto.

—Y no lo fácil —agrego en voz baja. Él asiente—. Pero, si lo niega, o si evade la cuestión…

—Entonces, acudiremos a la prensa y lo contaremos todo —conviene Saint de inmediato—. Mira, mañana es la gran boda de Max y Annabelle. Estarán todos allí, incluida mi familia, también todos los periodistas de la zona. Encontraré un hueco para sacarle el tema; si no funciona, podemos parar a alguien de la prensa y entregarle una copia del disco duro. Irnos directos a la policía y contarlo todo.

—Mañana —repito lentamente, notando un escalofrío de nervios, pero también de emoción.

Después de todo este tiempo, estoy deseando sacarlo todo a la luz. Se acabaron los secretos y los misterios. Solo la verdad, para que se entere todo el mundo.

—Entre eso y los cinco millones de eventos para los que me necesita Annabelle con las damas de honor, va a ser un gran día. —Suspiro mientras lamo el helado de mi cuchara—. ¿De verdad tenemos que ir? —pregunto, haciéndome la tonta—. Total, solo conoces a Max desde hace media vida. No notará tu ausencia, ¿verdad?

—Claro, podemos escaquearnos —se ríe—. Una de las damas de honor de Annabelle tendrá que caminar sola hasta el altar, pero seguro que nadie se da cuenta.

—Claro. Si es una boda sin importancia. Organizada en el último momento —bromeo.

—Podría decirse que casi se han fugado para casarse en secreto —dice Saint, sonriéndome. Es evidente que se siente tan aliviado como yo de alcanzar por fin a ver la línea de meta.

Como otra cucharada de helado y Saint se queda mirándome la boca.

—¿Qué? —pregunto con una sonrisa.

—Siempre me sorprende tu capacidad para distraerme de… todo —responde, inclinándose hacia mí para lamerme una gota de helado del labio. Su lengua me roza la piel con sensualidad.

Noto el calor que me invade.

—Y a mí siempre me sorprende tu capacidad para ponerme cachonda —murmuro, me siento en su regazo y le rodeo el cuello con los brazos.

—¿De verdad? —Me da un beso largo, lento y tórrido, hasta que mi cuerpo entero se ve invadido por un deseo ardiente.

—Mucho —susurro retorciéndome contra él—. Esta es nuestra última noche. —Le soplo suavemente al oído—. Antes de que todo… explote.

—Tienes razón. —Me sujeta con fuerza de las caderas—. Siento que deberíamos celebrar la ocasión de algún modo.

—¿Eso es lo que sientes? —susurro, restregándome de nuevo sobre su regazo.

Saint exhala y me dedica una sonrisa pícara.

—Ay, me gusta esa sonrisa. —Le acaricio sus labios con los dedos —. Por lo general, ocurren cosas muy muy divertidas cuando sonríes así.

—Entonces, será mejor asegurarse de que esta noche esté a la altura. —Señala con la cabeza el mueble donde guarda el correo—. Segundo cajón —dice—. Ve a buscarlo.

Enarco las cejas ante semejante orden.

—Sí, profesor —respondo, juguetona, y me acerco al mueble contoneándome. En el cajón, descubro un elegante sobre en color crema—. ¿Esto? —pregunto al sacarlo.

Asiente con la cabeza, se lo llevo y vuelvo a sentarme en su regazo mientras lo abre y saca una gruesa invitación recubierta con pan de oro.

Quedan cordialmente invitados…
Máscaras obligatorias. Se ruega discreción.
A medianoche.

Se me enciende una chispa al reconocerla.

—Es como la invitación de la primera fiesta —exclamo—. En la que nos…

—… en la que nos familiarizamos el uno con el otro —concluye por mí con una sonrisa procaz.

Me estremezco por la excitación al recordar aquel evento fastuoso: la multitud enmascarada, los artistas, las salvajes aventuras sensuales.

Una mujer que le chupaba la polla a Saint mientras yo los observaba y me tocaba hasta volverme loca.

—¿Es esta noche? —pregunto, ya con la respiración entrecortada solo de pensarlo.

Saint sonríe y responde:

—Pensé que, con todo lo que está pasando, no sería el mejor momento para acudir. Pero tal vez sea justo lo que necesitamos.

Capítulo 17

Tessa



En la invitación dice que el código de vestimenta para esta noche es *Juegos glamurosos*, de manera que escojo el más atrevido de mis nuevos conjuntos: un vestido de *swing* de seda ultracorto que se mueve con holgura alrededor de mi cuerpo, con un dobladillo que acaricia la parte superior de mis muslos. Lo combino con lencería rosa fuerte, unas brillantes sandalias negras de tiras y me recojo el pelo en un moño descuidado en lo alto de la cabeza.

—Me parece una lástima esconderte detrás de una máscara —comenta Saint, que me devora con la mirada cuando nuestro conductor pasa a recogernos.

Aun así, me ofrece una máscara de seda de estilo pañoleta y se pone otra para taparse él también la cara. Con su traje de diseño, que le sienta de maravilla, una camisa negra y el pelo que le cae revuelto sobre la máscara, parece un bandolero moderno, dispuesto a robar algunos corazones esta noche.

O quizá solo para robarme a mí la respiración.

Lo beso cuando nos subimos en el asiento trasero, noto ya la expectativa que me enciende las venas. Tiene razón: una aventura es justo lo que necesito. Una manera de olvidarme de todo el drama y la ansiedad de los últimos días y dejarme llevar por la emoción del descubrimiento, entregarme al placer y a todos sus juegos.

«Me pregunto qué límites explorará esta noche», pienso.

Transcurrida más o menos media hora de trayecto, el coche se detiene.

—¿Es aquí? —le pregunto, mirando confusa a mi alrededor.

La fiesta anterior se celebró en una fastuosa finca en mitad del campo, cada rincón estaba decorado con flores exuberantes y velas que creaban atmósfera: algo romántico y extravagante.

Sin embargo, al bajarme del coche, descubro que nos hallamos en un distrito de almacenes abandonados cerca del agua, con trasteros vacíos y equipamiento industrial por todas partes.

Saint me dedica una sonrisa.

—Cada fiesta de la Medianoche es distinta —me explica, dándome la mano, y me conduce hacia el origen de la música grave que resuena en la noche—. No hay dos eventos con la misma temática o atmósfera. Siempre hay algo nuevo que descubrir. Y nadie sabe tampoco quién es el anfitrión —añade—. También supone un misterio cuándo y dónde se celebrará la próxima.

—Me parece un trabajo divertido —comento, preguntándome cómo alguien conseguiría un puesto como organizador de fiestas sexuales.

Saint suelta una carcajada.

—Divertido y rentable. Conozco a gente que está dispuesta a pagar cien mil libras con tal de hacerse con una entrada. Pero la lista de invitados siempre supone una sorpresa. Nunca sabes si vas a recibir invitación.

—A ti no parece costarte trabajo entrar en la lista —advierto—. Está claro que saben que tienes fama de que te gusta pasártelo bien.

Se me acelera el pulso conforme nos acercamos a un almacén anodino. En apariencia, es igual que los demás, abandonado y

sombrío, salvo por el sonido de música de baile que emerge del interior y la hilera de imponentes guardias de seguridad, todos enmascarados, que custodian la entrada.

Saint les muestra nuestra invitación e intercambia su teléfono por una pequeña ficha identificativa. A continuación, el guardia nos abre la puerta, se aparta y nos brinda acceso a la oscuridad.

El corazón se me acelera a medida que nos adentramos en la penumbra. Vislumbro un largo pasillo, iluminado con siniestras luces de neón, hasta que salimos al centro de la fiesta, y me quedo con la boca abierta.

Hablando de glamur y de juegos…

El almacén está atravesado por deslumbrante haces de luz que iluminan el escenario industrial de una vibrante fiesta electrónica. Las vigas de acero y las paredes de ladrillo visto sirven de telón de fondo para un conjunto caótico de artistas de circo, acróbatas e incluso escupidores de fuego, vestidos todos de neón, que dibujan frenéticas rayas de color en la oscuridad. Hay cientos de personas bailando al ritmo de la música atronadora, vestidas de punta en blanco, con las máscaras atravesadas por franjas ultravioletas que parecen flotar en mitad de la pista de baile.

Es algo espectacular.

Le aprieto la mano a Saint, embargada por la emoción, conforme nos adentramos más en la fiesta. Ahora que se me ha acostumbrado la vista al escenario, distingo una barra iluminada con luces de neón que recorre la pared del fondo, con botellas apiladas hasta el techo, tanto que los camareros deben subir por unas escaleras de mano y balancearse como acróbatas para alcanzarlas. Hay pasillos en penumbra que parten de la fiesta principal, con líneas ultravioletas a modo de señales de aterrizaje sobre el suelo de hormigón que conducen a estancias más privadas, y en cada rincón hay algo nuevo que poder contemplar: contorsionistas, bailarines o trapecistas suspendidos en largas telas de seda fluorescente; todos ellos enmascarados y misteriosos.

Por el momento, se parece a cualquier otra fiesta extravagante, pero sé que no tardará mucho en cambiar por completo.

—¿Qué hora es? —le pregunto a Saint con impaciencia.

Me señala una enorme pantalla digital suspendida sobre la fiesta que muestra una cuenta atrás. Quedan solo unos minutos para la medianoche.

—Ya no falta mucho —me dice con una sonrisa seductora por debajo de la máscara—. ¿Te apetece beber algo?

Respondo afirmativamente con la cabeza y lo sigo a través de la multitud hasta la barra. Pide un *whisky* para él y, para mí, un martini, y nos quedamos allí parados un momento, bebiendo y contemplando el espectáculo.

Se palpa la emoción en el ambiente, mirando todos hacia el reloj. Contando los minutos.

De pronto, la pantalla cambia y comienzan los segundos. Diez. Nueve… Ocho… Siete…

Saint se me acerca más y desliza las manos por la seda de mi vestido para atraerme entre sus brazos.

La multitud se queda quieta. Se hace el silencio. La música se interrumpe en cuanto el reloj alcanza la medianoche…

Es entonces cuando empieza la fiesta de verdad.

Los artistas se mueven al unísono hacia el centro de la amplia pista de baile, describiendo patrones hipnóticos al ritmo de la música vibrante. Se quitan la ropa, desnudándose unos a otros, revelando sus cuerpos pintados con más neón y pintura ultravioleta que brilla bajo la luz, como las manchas del pelaje de un animal, conforme van dispersándose entre la multitud, atrayendo a los invitados a su danza seductora.

A nuestro alrededor, la gente comienza a moverse con un abandono nuevo y sensual; se juntan en parejas y en grupos y van deshaciéndose de la ropa y de las inhibiciones, como si la llegada de la medianoche hubiera lanzado sobre ellos algún tipo de hechizo y los hubiera liberado de las restricciones protocolarias de la vida diaria.

Es una sensación embriagadora.

Observo, sin aliento, cuando los focos de luz empiezan a moverse, iluminando instantáneas de depravación en cada rincón. Una pareja que baila un tango encendido en mitad de la pista mientras va desnudándose poco a poco… El hombre que ya se ha puesto de

rodillas en un rincón y centra sus atenciones entre los muslos de dos mujeres desnudas que se besan por encima de él… La mujer tendida sobre la barra mientras unas manos ansiosas le desabotonan el vestido hasta dejarla desnuda, antes de verter licor sobre sus pechos desnudos para que bocas ajenas le chupen la piel…

Me estremezco de deseo y noto que se me va calentando la sangre con cada tentadora y sucia imagen que veo. No aparto la mirada. La mujer empapada en tequila se halla a pocos metros de nosotros y, mientras los demás la chupan y juegan con sus pechos, otro hombre se sube a la barra y se arrastra entre sus muslos. Le quita las bragas, hunde la cara en su coño y empieza a lamer con fruición, lo que la hace gemir y arquearse de placer, ahí, delante de todos.

Dios mío.

Hipnotizada con la escena, me estremezco de deseo. Veo la boca del hombre moviéndose entre sus piernas, oigo el sonido lascivo de los pliegues mojados de la mujer y sus gimoteos pidiendo más.

—¿Estás celosa? —Oigo la carcajada grave de Saint en mi oído.

—Puede ser… —respondo, sonrojada y caliente.

—Me encanta verte mirarlos —murmura con una sonrisa, recorriendo con las manos mi piel envuelta en seda—. Ver cómo se te acelera la respiración… y los pezones se te ponen duros… Seguro que ya estás mojada, ¿a que sí, cielo? Viendo cómo la mujer se vuelve loca con la lengua del hombre en su coño.

Tiene razón.

Dejo escapar un gemido suave y me relajo contra sus manos mientras él me acaricia los pechos lentamente y me los aprieta con suavidad. Aprieto los muslos al imaginar lo que sería recibir unas caricias como esas. Ser el centro de esas atenciones, allí, debajo de todas esas luces…

Saint me gira para que lo mire y veo el brillo sensual de sus ojos detrás de la máscara.

—¿Qué te apetece hacer esta noche, cielo? Dilo y te será concedido.

Mi mente se llena de posibilidades.

—Vamos a explorar —decido, y le doy la mano—. Y dime si te sientes inspirado.

Deambulamos tranquilos por la fiesta, contemplando la depravación que tiene lugar en cada rincón. Yo también deseo sorprender a Saint; darle placer, de modo que estudio con atención hacia dónde dirige su mirada. La pila de cuerpos desnudos que se retuercen… El erótico espectáculo de estriptis… Después, nos metemos por uno de los pasillos que parten de la fiesta principal, siguiendo las indicaciones de pintura de neón, hasta llegar a una estancia más pequeña y entonces sé que lo hemos encontrado.

A Saint se le iluminan los ojos y me aprieta la mano con más fuerza.

Bingo.

Se trata de otro espacio de aspecto industrial diáfano, este con una cama elevada en mitad de la estancia. Hay también divanes bajos y mesas dispuestas en torno a la cama, con gente recostada, besándose y observando al trío de la cama. Dos hombres con una mujer entre ellos. Ella está a cuatro patas, con el vestido levantado, chupándole la polla a uno mientras el otro la folla por detrás. Pero no es algo desenfrenado y obsceno, como lo sería una escena porno; qué va, se trata de una coreografía lenta y lánguida. Incluso sensual. Los hombres deslizan las manos por el cuerpo de ella, provocándole gemidos y jadeos de placer mientras manipula la polla que tiene en la boca. El hombre de atrás hunde lentamente su polla en ella, con visible gesto de placer en su rostro enmascarado cuando encuentra un ritmo pausado, saboreando cada embestida.

Y ella también.

Eso es lo más hipnótico de la escena que tenemos delante, lo que me entrecorta la respiración y hace que se me tense el cuerpo de deseo. Es el sonido ilícito y desesperado que emite ella; gimiendo, jadeando y gimoteando mientras empuja hacia atrás contra su polla, tratando de metérsela toda. Pero los hombres juegan con ella, la mantienen prisionera entre ellos, acariciándole con suavidad la espalda y los pechos hasta dejarla temblorosa, rogándoles más.

—Por favor… —Sus gimoteos de placer resuenan en la quietud de la estancia—. Por favor…

Dios.

Mi propio cuerpo ha empezado a temblar, como si fuera a mí a quien están atormentando con sus suaves caricias. Y, cuando Saint desliza las manos sobre mis pechos y mi vientre, no puedo evitar gemir.

Nos lleva a uno de los bancos y allí nos sentamos, de cara a ellos, yo acomodada sobre su regazo.

—Mírala… —murmura Saint, y noto su aliento cálido en el cuello—. Mira lo bien que se mete sus pollas. Dos pollas gordas, cariño, ¿eso es lo que necesitas esta noche? ¿Que te llenen entera?

Dejo escapar un gemido y echo la cabeza hacia atrás, sobre su hombro, cuando me encuentra los pezones y me los pellizca a través del vestido. La explosión de sensaciones me hace ahogar un grito. Me humedece más aún.

—O quizá lo que anhelas es ser el centro de atención… —murmura mientras, delante de nuestros ojos, los hombres aceleran el ritmo, moviéndose más rápido ahora. Penetrándola más adentro por la boca y el coño. Haciendo vibrar su cuerpo con cada empellón, mientras todos miramos. Atentos—. Para poder demostrarles a todos lo mucho que me necesitas. Y que te vean cuando me suplicas que te dé mi polla.

Suelto un grito ahogado cuando Saint desliza una mano entre mis piernas temblorosas. Las separo con gusto y él se detiene en el dobladillo de la falda, sin apenas rozarme con las yemas de los dedos la parte superior de los muslos. Ya noto que la tiene dura, percibo el contorno grueso de su erección contra mis nalgas.

—¿Con eso es con lo que sueñas, cielo? —me pregunta, acariciándome a través del vestido—. Con estar desnuda, a la vista de todos. Con todo el mundo mirando lo buena chica que eres conmigo, mientras te metes esta polla por donde yo quiera.

Sí. Joder.

Aprieto los músculos y Saint emite un sonido gutural de aprobación, acariciándome con los dedos el clítoris a través de la seda. Me frota con suavidad, haciéndome temblar sobre su regazo.

—Eso es. Vas a demostrarles a todos lo dulce que tienes el coño. ¿Y quién sabe? Puede que, si te portas muy bien, incluso te

comparta con ellos.

Frente a nosotros, la mujer llega al orgasmo con un grito de placer que ahoga mis propios gemidos. Se convulsiona y retuerce mientras los hombres le sacan la polla y, masturbándose entre gemidos, se corren sobre su cuerpo, rociando de semen su vestido y su piel. Alcanzo a oír los murmullos de éxtasis a nuestro alrededor, pero todo se difumina cuando los hombres, con delicadeza, la trasladan de la cama a un rincón oscuro, y Saint me conduce a ocupar su lugar.

El corazón se me desboca.

Me sienta en la cama y me da un beso suave en los labios.

—Solo tienes que decirlo, cariño —me asegura mientras me levanta el vestido, me lo saca por la cabeza y lo lanza a un lado.

Al no llevar sujetador, de pronto me encuentro desnuda en mitad de la sala, con los pechos al aire y las bragas rosa fuerte que no dejan nada a la imaginación.

Siento un subidón de placer e inseguridad. La última vez que me puse a la vista de todos, estábamos en el club y Saint me había vendado los ojos. Ahora, en cambio, no hay nada oculto: veo a las parejas y a los grupos dispersos perezosamente en torno a la habitación, inmersos en sus propios placeres tórridos.

Sus miradas recorren mi cuerpo. Curiosas. Tentadas.

—¿Qué tengo que decir exactamente? —pregunto, notando un descaro renovado que florece dentro de mí. Me reclino hasta quedar apoyada sobre los codos, después separo las rodillas y le dedico una mirada pícara—. ¿«Por favor», «Más fuerte», «Más rápido»?

—Todo eso. —A Saint le brillan los ojos de deseo y, de pronto, me quita las bragas y se sumerge entre mis muslos, agarrándome de las caderas para que no me mueva.

Dios mío.

Desliza la lengua sobre mi clítoris y no puedo evitar gemir.

Las cabezas se giran hacia mí.

Joder.

Noto la electricidad que enciende mi torrente sanguíneo. Vuelve a lamerme, rodeando con la lengua mi clítoris mojado, y yo me recuesto y percibo la atención fija en mí como un manto de placer.

¿Estará mal excitarme tanto con esto? Ni siquiera me importa. Lo único que me importa es el calor que me asciende por el cuerpo, el intenso cosquilleo que noto entre los muslos y la boca perversa de Saint que me devora, ejerciendo presión en los lugares adecuados a medida que mis gemidos se intensifican, salvajes y desinhibidos en la quietud de la habitación. Es algo increíble. Siento las miradas de los demás clavadas en mí, sus propias manos explorando mientras Saint conduce mi cuerpo hacia el abismo en un tiempo récord. Cada vez más cerca… Más cerca…

Me hallo al borde del clímax, jadeando, cuando Saint levanta la cabeza.

—¿Ya casi estás, cariño? —me pregunta con una sonrisa de suficiencia.

—Dios mío, sí —respondo, mientras me retuerzo con un gemido.

—Me alegro.

Me da una palmada suave en el coño que me hace gritar de sorpresa. Después se arrodilla en la cama junto a mí, se abre los pantalones y deja escapar su polla dura y gorda.

—Es hora de demostrarles lo mucho que te gusta mi polla —ordena, separándome las piernas más aún—. Y, cielo, no te cortes.

Me embiste con fuerza y, joder, dejo escapar un gemido de placer al sentir cómo me invade y me dilata.

Dios mío.

Hunde la polla lentamente en mí hasta llegar a la base. Yo sollozo, tratando de ajustarme a él, tensando los músculos conforme el placer me embarga.

—Así, cielo —gime con un gesto de aprobación, echa las caderas hacia atrás y después me folla contra el colchón.

Muy profundo. Hasta el fondo. Joder.

—Aprieta el coño para mí, así, bien apretadito. Joder, eres increíble… Ellos también lo saben —agrega con un rugido gutural, solo para mis oídos—. Todos los hombres de esta habitación desearían poder metértela hasta los huevos ahora mismo.

Dios.

Vuelvo de pronto a la realidad. La fiesta. Esta habitación. Todas estas personas. La tensa invasión de la polla de Saint dentro de mí

había hecho que todo lo demás se esfumara; sin embargo, ahora soy consciente de dónde estoy y esa consciencia me provoca en la piel un intenso cosquilleo de placer. Ahogo un grito y giro la cabeza para mirar a los lados mientras Saint me embiste de nuevo.

Están todos mirándonos.

Sus ojos, enmascarados en la oscuridad, clavados en nosotros. Sus cuerpos desnudos. Manos que acarician pollas, que se deslizan entre muslos ajenos. Bocas de labios abiertos. Todos masturbándose con la imagen de Saint follándome.

Me corro con un aullido, no puedo evitarlo. El orgasmo me embarga, rápido y dulce, y siento que no es suficiente.

El placer aún sacude mi cuerpo cuando Saint se tumba bocarriba y tira de mí para sentarme a horcajadas sobre su regazo.

—Así lo podrán ver mejor —me dice con una sonrisa arrogante, como si supiera que esto está volviéndome loca de deseo—. Cabalga mi polla para que te vean, cariño. Que vean cómo te rebotan las tetas.

Me da un azote en el culo que resuena, sórdido, en la estancia penumbrosa. Me arden las mejillas, casi sin aliento, al verme expuesta de esa forma encima de él, pero hago lo que me dice: me levanto lentamente sobre su polla, casi hasta la punta, después vuelvo a dejarme caer encima de golpe. Metiéndomela hasta dentro.

Echo la cabeza hacia atrás y gimo de placer, disfrutando de la presión de su miembro erecto, que me roza las paredes internas. Vuelvo a hacerlo, hasta encontrar un ritmo lento y exquisito, lo que hace que mis pechos se balanceen con cada movimiento.

—Joder, eres una obra de arte —exclama Saint con un rugido, mirándome desde abajo. Toma mis pechos entre las manos, me los aprieta y me pellizca los pezones mientras me retuerzo, haciéndome gimotear de placer—. Todos los presentes en esta sala deberían dar gracias a Dios por gozar del privilegio de verte follar.

Sin embargo, la afortunada soy yo.

Cabalgándolo con total abandono, recorriendo la habitación con los ojos. Advierto las miradas encendidas, clavadas en mí, y eso no hace sino excitarme más. Un hombre se masturba con movimientos frenéticos de la mano mientras me mira a los ojos… Una mujer,

recostada sobre un sillón, gime mientras un hombre la penetra por detrás. Ambos mirándome. Ambos pidiendo más.

—Todos te ven —gime Saint, que se incorpora para poder embestirme con mayor profundidad, siguiendo el ritmo de mis movimientos. Me coge del pelo y tira de él para lamerme el cuello y morderme con pasión el lóbulo de la oreja—. Ven lo mucho que te gusta. Lo mucho que disfrutas metiéndote mi polla. Mi chica cerda y preciosa.

Me estremezco de alegría. Es algo sórdido y prohibido, tan excitante que no lo aguanto más.

Saint me aprieta la mandíbula y me sujeta la cabeza para que lo mire.

—Ahora, enséñales algo que nunca podrán experimentar —me ordena, con la respiración entrecortada.

Él también está a punto de correrse, lo noto, veo que su delicioso cuerpo se pone rígido cuando vuelvo a dejarme caer y giro las caderas hasta hacerle maldecir de deseo.

—Enséñales lo que es que un hombre se muera de placer.

—Pídemelo con educación. —La orden se me cae de los labios sin poder evitarlo, y a Saint se le enciende el gesto a causa de la sorpresa…

Veo en él una nueva y oscura expresión de deseo. Una sensación de poder invade mi torrente sanguíneo; entonces vuelvo a girar las caderas muy lentamente.

—Si quieres correrte…, pídemelo con educación —bromeo, jadeando encima de él.

Saint emite un gemido desesperado.

—Cariño…, por favor.

Estoy cachondísima. Al ver la forma en que me mira, me siento como si fuera la única llama en una tundra oscura, la única estrella en un cielo nublado.

Al ver cómo todos los demás me miran.

Esperando mi permiso. El regalo del orgasmo.

—Más fuerte —le exijo, elevo las caderas y me detengo ahí, sujetando apenas entre las piernas la cabeza hinchada de su polla.

Aprieto los músculos y le hago maldecir de deseo.

—Fóllame, cariño —me suplica con un rugido de puro deseo—. Usa mi polla. Quédatela, quédatelo todo. ¡Soy tuyo!

Vuelvo a dejarme caer con fuerza sobre su polla, metiéndome hasta el último centímetro mientras me retuerzo, una y otra vez.

Saint explota con un aullido, se rompe en mil pedazos, y verle perder el control es justo lo que necesito para saltar yo también al abismo. El orgasmo me ahoga como un maremoto, me consume viva. Echo la cabeza hacia atrás y lanzo un grito cuando el placer me embarga, sacudiendo mi cuerpo en oleadas violentas que me dejan sin aliento entre sus brazos.

Nos miramos a los ojos, perdidos en las sensaciones, a la deriva en mitad de la tormenta, juntos.

Pese a estar rodeada de docenas de persona, él es el único a quien veo.

El único a quien necesito.

Y es mío.

Capítulo 18

Tessa



El día de la gran boda amanece radiante y con cielos despejados, como si ni siquiera el desapacible clima londinense fuese rival para los planes de Annabelle.

—¿Seguro que no parezco un avestruz? —le pregunto a Saint mientras nos llevan hacia la iglesia; la mitad del asiento trasero la ocupa mi enorme y pomposa falda de plumas.

Annabelle me envió el vestido por mensajero esta semana, un elaborado atuendo con flecos en tonos rosa palo y dorado, y, pese a que no soy una dama de honor oficial, siento que debo seguirle el juego.

—No… —responde Saint, pero el fruncido de sus labios me indica que está haciendo un esfuerzo por no reírse.

—¡Lo sabía! —exclamo, golpeándole el hombro con mi diminuto bolso. También de plumas. También rosa—. Tú vas deslumbrante y

sofisticado con un traje sobrio; en cambio, yo parezco la Gallina Caponata en una despedida de soltera.

—Si te ayuda en algo, eres el avestruz más sexi que he visto nunca —responde Saint con una sonrisa, rozando una de las plumas que cubren mis senos, y a mí no me queda otra que reírme.

—Si esto es lo que llevan los invitados, me muero de ganas de ver su vestido de novia —comento cuando el coche se para—. Va a ser inolvidable, eso seguro.

El día también lo será, aunque por motivos mucho más importantes. Saint y yo decidimos que va a abordar a su padre durante la celebración de la boda para ver si logra que Alexander St. Clair delate a sus cómplices. Con su confesión, nos resultará sencillo hacer público el fraude y las amenazas de Ashford Pharma, de modo que no me queda más remedio que confiar en el instinto de Saint y esperar que su padre escoja hacer lo correcto.

Saint me abre la puerta y yo salgo del coche acompañada de mis plumas. Entonces, me quedo con la boca abierta.

—¿Van a casarse aquí?

Nos hallamos en la amplia escalinata blanca de la catedral de San Pablo, con sus elaboradas columnas y mampostería, que se alzan imponentes sobre nuestras cabezas hasta la cúpula. Es un espectáculo grandioso, en especial con la alfombra azul real desplegada sobre los escalones y el personal uniformado que flanquea el camino de acceso.

—Ya conoces a Annabelle —me dice Saint—. Es la reina de la sutileza.

Me río y le cojo la mano con fuerza cuando nos incorporamos a la procesión de invitados que van accediendo al edificio. En el interior, nos reciben los techos exquisitamente pintados, cubiertos con frescos religiosos y elaboradas obras de arte; el templo es tan grande como un campo de fútbol, con bancos alineados de cara al impresionante altar situado al fondo. Todo está engalanado con tonos dorado y rosa pálido, desde los lazos que cuelgan con elegancia de todas las columnas y bancos hasta los fastuosos ramos de rosas cultivadas y peonías que tachonan cada rincón, como un cuento de hadas hecho realidad.

Parpadeo, enfrentada a semejante muestra de extravagancia.

—Bueno… a la hora de casarse, para gustos los colores.

—¿No es tu estilo? —me pregunta Saint mientras un acomodador nos ofrece cócteles sin alcohol servidos en copas con el borde bañado en oro y pétalos de rosa flotando en la superficie.

—¡Pues no! —respondo entre risas.

—¿Y cómo te gustaría a ti dar el «sí, quiero»? —quiere saber con una sonrisa intrigante dibujada en los labios.

—Para empezar, sin la multitud y sin los cócteles de diseño —respondo antes de dar un sorbo—. No sé… Siempre me he imaginado algo más íntimo —admito, algo insegura—. Leerle mis votos a mi pareja en algún lugar al aire libre, tal vez, los dos solos. Los invitados llegarían después, pero me gusta pensar que en la boda estaríamos solo nosotros. Haciéndonos nuestras promesas… Eso es lo que de verdad importa. —Me quedo callada entonces.

Nunca había pensado mucho en eso, pero ahora me doy cuenta de que Saint es la persona con la que me imagino viviendo semejante escena. Poniéndome una alianza en el dedo, prometiendo amarme hasta el final.

Me sonrojo al mirarlo.

—Parece una cursilada, ya lo sé —confieso, algo avergonzada.

—En absoluto. —Saint me mira con una determinación que no le había visto antes—. Vamos a hacerlo.

—Claro —respondo riéndome—. ¿Por qué no?

—Lo digo en serio.

Vuelvo a mirarlo para estar segura; sin embargo, pese a que sonríe, no hay nada de broma en su expresión.

—Saint… —protesto, aunque no tengo claro por qué lo hago.

—Tessa, eres tú —me dice con suavidad, mirándome con esos ojos azules—. Eres la persona con la que deseo pasar el resto de mi vida. Nada es comparable a ti.

Me quedo sin respiración, abrumada por sus palabras. El corazón se me acelera, anticipando ya la respuesta que tengo en la punta de la lengua.

Sí. Sí. Mil veces sí.

—Ahora no —contesto, azorada.

—Bueno, claro —dice Saint con una sonrisa—. No creo que a Max y a Annabelle les hiciera mucha gracia que les robásemos el protagonismo en su gran día.

—Ya sabes a lo que me refiero —me río—. No puedo pensar con claridad, teniendo en cuenta todo lo que está pasando. Pero… ya hablaremos de ello.

—¿Lo prometes? —me pregunta enarcando una ceja.

—Sí —contesto, más sonrojada aún—. Hablaremos —puntualizo, pero sonríe como si le hubiese dicho «sí, quiero».

Cosa que tal vez le haya dicho, a mi manera.

Saint me atrae hacia sí para darme un beso y yo suspiro, feliz, mientras deslizo la mano por su espalda…

Me detengo al palpar el contorno de algo duro por debajo de su levita. Y no me refiero a algo obsceno.

—¿Saint? —murmuro. Vuelvo a palpar el bulto que lleva enganchado a la cinturilla y ahogo un grito.

Ha traído una pistola.

—Relájate —me dice en voz baja.

—¡¿Cómo voy a relajarme si vas armado?! —susurro.

—Es por precaución.

—Pero, Saint…

—No —me interrumpe con firmeza—. No sabemos quién es esa gente ni de qué son capaces. Ni cuándo intentarán atacar. Así que sí, he venido preparado. No pienso permitir que nadie vuelva a hacerte daño. —Su rostro ofrece un semblante decidido. Protector.

Y mentiría si dijera que no me derrito un poco. Es lo que me pasa siempre que veo al Saint feroz.

—¿De parte de la novia o del novio? —nos pregunta uno de los acomodadores, vestido con un chaleco de satén bordado que sé que ha sido cosido a mano por unas monjas de la Toscana.

—De parte de los dos. St. Clair —anuncia Saint, y el acomodador consulta su *tablet.*

—Ah, sí. La comitiva de la novia está reunida en Chapter House —nos informa—. Y el novio tiene a su disposición nuestra *suite* Darlington. —Chasquea los dedos y, de inmediato, se materializan dos acomodadores más para mostrarnos el camino.

—No pasa nada, puedo llevarlos yo. —Hugh se nos acerca, elegantemente vestido con un frac y con el cabello rubio, por lo general revuelto, peinado hacia atrás—. Ya me he perdido dos veces —agrega con una sonrisa—. He interrumpido sin querer a dos monjas que estaban rezando, ¿os lo podéis creer?

—Eso parece el comienzo de uno de tus chistes verdes —bromea Saint, y Hugh se ríe.

—¡Ojalá! —Me da un beso en la mejilla a modo de saludo y una palmada a Saint en el hombro—. Qué elegantes estáis. Los chicos y yo hemos apostado que a nadie podría sentarle bien esa monstruosidad de plumas, pero es posible que tú nos demuestres lo contrario, Tessa.

—Eres demasiado benévolo —observo con sequedad.

—Estábamos comentando si parece más un avestruz o un emú —declara Saint, pasándome un brazo por los hombros.

Seguimos a Hugh por un pasillo lateral, engalanado también con flores frescas y lustrosos tejidos.

—Sin comentarios —dice Hugh con una sonrisa—. Y, si la novia llegara a preguntar, me he quedado sin palabras por la belleza del evento.

—Chico listo —responde Saint entre risas—. ¿Qué tal lo lleva Max?

—Bueno, con el típico miedo de última hora. Amenaza con huir por la ventana y fugarse en uno de los carruajes de caballos.

—¿En serio? —intervengo con un grito ahogado.

—No te preocupes —me tranquiliza—. Un par de copas y estará fresco como una lechuga. Saint, entrará en razón si le dices que la vida como soltero empedernido está muy sobrevalorada.

—Lo está —confirma Saint, y me dedica una sonrisa de satisfacción.

Hugh emite un lamento.

—No me digáis que para vosotros también suenan campanas de boda. Como siga así, voy a acabar siendo el único soltero triste y patético acodado en la barra.

—Si te sirve de consuelo, creo que hay un par de damas de honor que buscan pretendiente —le digo, recordando la despedida de soltera.

—La verdad es que sí que me ayuda. —Hugh señala un tramo de escaleras—. Las chicas están por allí. ¡Saluda a Belle de mi parte!

—Te veo enseguida —me dice Saint antes de besarme en los labios.

—Y tu padre… —susurro, mirando discretamente hacia Hugh, que está consultando su teléfono.

—Mis padres no tardarán en llegar —responde Saint con gesto afirmativo—. Encontraré un hueco para hablar con él. Y no te preocupes —añade con una sonrisa—. Todo saldrá bien.

—Venga, rapidito —dice Hugh al levantar la mirada del teléfono—. Antes de que Max se decida a saltar por la ventana de la catedral. —Se lleva a Saint y yo voy en busca de la comitiva de la novia.

Las carcajadas que me reciben al pie de la escalera me indican que me hallo en el lugar correcto.

—¡Tessa! —me saluda Annabelle con un chillido, ataviada tan solo con un corsé enjoyado, rulos en el pelo y unas enaguas de aro sobre la fina lencería en color crema—. ¡Ya estás aquí!

—Aquí estoy —confirmo, sonriente. La suntuosa *suite* está llena de flores, damas de honor y un grupo de estilistas afanados en retocar a las chicas—. Arriba está todo precioso.

—¿A que sí? —me dice radiante—. Parece un cuento de hadas. ¡Y todo gracias a Imogen!

Me vuelvo hacia la sofisticada rubia, sentada en un diván y envuelta en su correspondiente vestido de plumas mientras da órdenes a través de un micrófono de diadema inalámbrico.

—No, ya se lo aclaramos a la policía. A la llegada, el tráfico es de un único sentido, así que tendrán que traer las furgonetas por la parte de atrás.

—Creí que habías jurado que no te involucrarías —observo cuando cuelga.

Imogen eleva la mirada hacia el cielo.

—Así es, pero su organizadora era un desastre y Annabelle me lo suplicó en el último minuto.

—Le fui llorando —anuncia Annabelle alegremente mientras descorchan una botella de champán, para regocijo de todas—. Me deshice en llanto sin cortarme un pelo para que me dijera que sí.

Pero mereció la pena. Eres un genio. —Le da un beso a Imogen en la mejilla y después se ríe porque le ha dejado la marca del pintalabios—. ¡Vaya! ¡Maurice! —le grita al maquillador—. ¡Un retoquito por aquí!

Me siento con Imogen y doy un sorbo a una bebida espumosa mientras las damas de honor se retocan y acicalan.

—Buen plan —observa Imogen, y coge una copa de champán de una bandeja—. Va a ser un día muy largo.

—A mí me parece bonito —respondo, viendo a Annabelle revolotear emocionada por la habitación.

Todas sus dudas parecen olvidadas mientras su madre y sus hermanas emiten comentarios sobre el maquillaje y las joyas, y hacen falta tres fornidos ayudantes de vestuario para levantarle por encima de la cabeza el vestido de novia, cuya impresionante falda se bambolea como si fuera merengue.

Un merengue rosado y adorable.

Casi logra hacer que me olvide de la misión de Saint: hablar con su padre para que confiese el fraude con el ensayo del medicamento. Me invaden los nervios. Quienes sean sus socios son personas peligrosas, dispuestas a hacer lo que haga falta para cerrarle la boca a cualquier soplón.

¿Podrá Saint convencer a Alexander para traicionar a sus cómplices en la sombra y hacer lo correcto?

Esa es mi esperanza.

Porque, si no está dispuesto a contar la verdad sobre lo sucedido en Ashford, tendremos que denunciarlo junto al resto de sus socios. Me aferro a mi bolso de plumas, pensando en la pequeña memoria USB que reposa en su interior. Copiamos todos los archivos importantes del disco duro y lo dejamos guardado bajo llave en casa de Sebastian, a fin de no correr riesgos. Sin embargo, la información que llevo escondida en el bolso es más que suficiente para acabar con el imperio Ashford y destruir a una de las empresas más importantes del país.

Y es solo cuestión de tiempo que el resto del mundo se entere también.

—La verdad es que está poniendo al mal tiempo buena cara —comenta Fiona, una de las damas de honor, tras dejarse caer a nuestro lado.

Recuerdo que es la zorra de la despedida de soltera, la que no dejaba de hacer comentarios insidiosos. Y parece que sigue igual, pues ahora mira a Annabelle y chasquea la lengua con una compasión fingida.

—Todos saben que hoy han tenido que arrastrar a Max a la iglesia. Según parece, sigue de resaca después de la despedida de soltero.

—Creí que su padre la había cancelado —respondo, mirándola con desdén.

—Así es, pero el pícaro de Max se perdió anoche por las calles de Ámsterdam. Esta mañana, Hugh ha tenido que volar hasta allí en su avión privado y rescatarlo del suelo de un burdel —agrega Fiona con una sonrisa arrogante—. Han aterrizado en Farnborough hace solo una hora. Se aceptan apuestas para ver si será capaz de tenerse en pie en el altar, e incluso de dar el «sí, quiero».

—Aun así, ya es significativo que esté aquí, aun en su estado —interviene Imogen con una dulzura exagerada—. Hay hombres que no soportan pensar en el matrimonio, ni siquiera estando sobrios. ¿Qué tal Dickie, por cierto?

Fiona resopla, se levanta y se marcha.

—Menos mal —murmura Imogen, pero yo no estoy prestándole mucha atención.

—¿Hugh tiene un avión privado? —pregunto, notando un escalofrío que me sube por la espalda.

—¿Qué? Ah, sí. Técnicamente es de su padre, pero nadie dice nada. No encaja con su imagen política de «hombre del pueblo» —agrega Imogen con ironía—. Hugh y los demás lo usan a todas horas —explica, distraída por algo que está mirando en su teléfono —. Se dedican a viajar por Europa. Es mucho mejor que los vuelos comerciales. Sin esperas en el aeropuerto y sin tener que pasar los controles de seguridad. Hace unos meses, fuimos todos a Marruecos a un acto electoral. Fuimos y volvimos en un abrir y cerrar de ojos. ¿Por qué? —me pregunta, levantando la mirada del teléfono.

—Por nada —respondo después de tragar saliva, y me pongo en pie—. Tengo que… ir a tomar el aire.

Me escabullo de la estancia sin que nadie se percate y corro escaleras arriba con el corazón desbocado.

Un avión privado.

¿Cómo no se me había ocurrido antes?

La coartada de Hugh para el fin de semana de la agresión a Wren se basaba en que estuvo dando una charla TED en Suecia. Supusimos que, con el viaje, no le habría dado tiempo a ir y volver. Pero, si no tuvo más que llegar a un aeropuerto privado y volar a su antojo y sin esperas…

Habría tenido tiempo más que de sobra para secuestrarla en la fiesta y encerrarla en algún sitio privado antes de volar a Estocolmo y regresar.

Trago saliva. Era una coartada perfecta, aparecer en un escenario a cientos de kilómetros de distancia. Pero no tengo más que buscar en internet con mi teléfono para descubrir que el vuelo apenas dura dos horas y media.

Me invaden las náuseas. El descubrimiento del fraude en Ashford me había hecho olvidar por un momento la agresión de mi hermana, pero ella misma dijo que ambos hechos estaban relacionados. Una amenaza para cerrarle la boca y hacer que huyera a los Estados Unidos.

Ahora las piezas por fin encajan. Hugh tiene el tatuaje de la serpiente y la corona, era uno de los sospechosos originales, además —me doy cuenta con angustia creciente—, su padre tiene mucho que perder si los ensayos falseados salen a la luz.

No es solo el dinero. Lionel Ambrose ha apostado su carrera política al éxito de Ashford, y está a pocas semanas de ganar las elecciones a primer ministro, el puesto con más poder de toda la nación.

Un poder por el que merecería la pena matar.

¿Cómo he podido estar tan ciega?

Saco el teléfono con manos temblorosas y le envío un mensaje de emergencia a Saint: «¿Dónde estás? Reúnete conmigo YA. ¡Tenemos que hablar!».

Me va la mente a mil por hora mientras corro por el cavernoso pasillo.

Hugh Ambrose… Dios mío. De todos los amigos de Saint, él era en quien más confiaba. Me gustaba su actitud sincera y su encanto desenfadado, también el hecho de que empleara sus privilegios para hacer el bien con los proyectos benéficos de la fundación por todo el mundo.

En cambio, ahora…

Ahora sé que era todo mentira.

Tengo que advertir a Saint, y deprisa. Trato de recordar dónde ha dicho el acomodador que se reunían los padrinos de boda. ¿En la *suite* Decker o en Darlington Hall? Me detengo en mitad del pasillo, perdida; entonces oigo unos pasos que se acercan. Me vuelvo con la intención de pedir indicaciones y…

—¡Hugh! —exclamo, sobresaltada. Es él quien se acerca con una alegre sonrisa.

—No puedo pararme ahora, tengo una misión que cumplir. Agua con gas —explica con una sonrisa amistosa—. El primo de Max se ha tirado encima una copa de vino tinto, el muy imbécil.

—Ay, qué fastidio. —Suelto una carcajada, tratando de comportarme con normalidad. No me resulta fácil, con el corazón desbocado en el pecho, los nervios a flor de piel y el instinto que me dice que huya.

Él le hizo daño a Wren. La encerró en una celda y le hizo Dios sabe qué.

—¿Estás buscando a Saint? —me pregunta tras detenerse justo delante de mí.

—La verdad es que sí —respondo, y trago saliva evitando mirarlo a los ojos.

—Creo que ha ido a buscar a sus padres —me informa—. Aunque no entiendo por qué. Por lo general, sale huyendo en dirección contraria.

—Ah, pues… creo que era por un tema de negocios. Algo de Ashford —murmuro a modo de excusa.

—¿De verdad?

Levanto la mirada, pero Hugh debe de ver mis verdaderas emociones reflejadas en mis ojos, porque su expresión cambia de repente.

—Así que es eso —me dice.

Su amable sonrisa se esfuma y en su lugar aparece algo mucho más peligroso. Burlón. Arrogante.

—Qué inoportuno, querida —me dice con voz pausada—. Aunque, claro, nunca has sabido cuándo cerrar la puta boca.

Me invade el pánico. Estamos solos en el pasillo, de pronto Hugh me parece un desconocido, a años luz del hombre franco que conozco.

«Corre», me digo.

—No sé a qué te refieres —le digo alegremente, dando un paso atrás—. Pero, en fin, debería volver a la *suite* de la novia. ¡Seguro que se preguntan dónde estoy!

—Les importa una mierda dónde estés —responde Hugh, acercándose. Me clava la mirada, gélida y llena de desdén—. Se están poniendo hasta las cejas de champán y cocaína. Nadie se dará cuenta de que te has ido.

Me estremezco y busco en torno a mí una vía de escape. Pero los invitados tienen prohibida la entrada a esta zona, y la catedral es tan grande que no sé si alguien anda cerca.

—En serio, tengo que irme —insisto, y él se ríe con crueldad.

—Sí que os parecéis tu hermana y tú. Os quedáis cuando deberíais huir. Sois confiadas, cuando ya sabéis que es demasiado tarde.

Wren.

Me quedo paralizada.

—Fuiste tú —murmuro horrorizada.

—Has tardado bastante tiempo en averiguarlo —admite con una sonrisa de suficiencia—. Supongo que la inteligencia no es cosa de familia.

Me consume la rabia y me lanzo hacia él con un grito de furia; sin embargo, apenas logro arañarle la cara antes de que me empotre contra la pared y me aseste un puñetazo en el estómago, con tanta fuerza que caigo al suelo.

Joder.

El dolor me invade y trato de coger aire.

—Como ya te he dicho, qué inoportuna —dice Hugh, de pie frente a mí, mientras yo yazgo sobre el suelo de mármol, encogida de dolor —. Confiaba en que fueras a dejarlo correr, pero pareces decidida a causarles problemas a todos.

Oigo pasos a mi espalda. ¡Viene alguien!

El corazón me da un vuelco y trato de ponerme a cuatro patas mientras me doy la vuelta.

—Ayuda… —empiezo a gritar.

Pero Hugh me da una patada certera en la tripa, aúllo de dolor y vuelvo a desplomarme en el suelo.

—¿Has traído las cosas? —le oigo preguntar por encima de mí, y me quedo ahí tendida, incapaz de moverme.

Quienquiera que sea, pese a la confusión causada por el dolor, me doy cuenta de que se trata de un cómplice. No es alguien que venga a ayudarme.

Entonces, unos brazos fuertes me levantan por detrás y siento un pinchazo en un lado del cuello.

Una aguja.

—No… Para… —La voz me sale débil, pastosa. La cabeza me da vueltas. Trato de resistirme, pero la droga que me han administrado con la jeringuilla es demasiado potente.

—Ayúdame a sacarla por la puerta de atrás —está diciéndole Hugh a la otra persona—. A partir de aquí, yo me encargo.

—Saint… —susurro.

Noto que me pesan las extremidades y me fallan las piernas, pero trato de luchar por todos los medios. Tengo que advertir a Saint…

Pero ya es demasiado tarde. Mi cuerpo se vence. Hugh se inclina hacia mí y me sonríe con frialdad.

—No te preocupes, nos encargaremos de él.

El pánico me bulle por dentro, un miedo desesperado.

Después, todo se vuelve negro.

Capítulo 19

Saint



—¡Otra ronda!

—No te pases —le advierto, divertido, a Max. Está sirviendo chupitos de *whisky* a los padrinos, aunque no entiendo cómo puede beber con esa resaca—. Tienes que poder salir con ella de la catedral después de la ceremonia.

—Será pan comido. —Max resta importancia a mis palabras con un gesto de la mano—. He hecho cosas más difíciles. Además, ¿cuántas veces puede un hombre brindar por el día de su boda?

—Como mínimo dos o tres, a juzgar por tu padre —bromea uno de los otros, y todos se ríen.

—Por Max y Annabelle —dice otro, alzando su copa—. ¡La esposa perfecta para iniciarse!

—¡Viva!

Suspiro con disimulo y doy un trago. Está claro que voy a necesitarlo para soportar el resto del día. Hasta ahora, los padrinos del novio no han hecho más que hacer bromas de mal gusto y

alentar los peores instintos de Max. Ahora están debatiendo cuándo es mejor pasar a la esposa número dos.

—Primero, deja que te dé un par de críos. Necesitas un heredero.

—Ella estará demasiado ocupada con los bebés, y ahí es cuando te echas una amante.

—Pero no te cases con esa, solo dale esperanzas. Esperas hasta que hayas firmado el divorcio, entonces te deshaces de las dos y te consigues algo mejor.

—¡Y con eso se refiere a un coño más apretado!

Se produce otro estallido de carcajadas y yo doy un sorbo más.

Joder. ¿En qué momento estos tíos se han vuelto tan… descreídos? Conozco a todos los presentes en esta habitación desde hace, como mínimo, media vida, si no más: el internado, los clubes universitarios y las mismas fiestas de siempre. Nuestros padres eran amigos, y aquí estamos todos. Aunque, por alguna razón, apenas los reconozco ya. Tienen cada vez menos pelo, sus cuerpos lucen ya la incipiente barriga de la mediana edad y en sus chistes se percibe una crueldad con la que ya no me identifico, quejándose todos de sus mujeres e hijos, como si fuera una condena de cárcel que alguien les hubiera impuesto.

Cuando pienso en la posibilidad de que Tessa acceda a casarse conmigo, de que me conceda la oportunidad de ser su marido…

Me quedo sin aliento. No me imagino mayor honor en este mundo que ponerle un anillo en el dedo y, algún día, ver cómo le va creciendo la barriga con mi hijo dentro.

—Saint lo está haciendo como es debido —comenta el primo de Max alzando su copa hacia mí—. Carne fresca con cada cuatrimestre en Ashford College. Potrillas jóvenes y guapas que buscan que las metan en vereda.

—Qué cabrón tan afortunado.

—Con la estadounidense esa te vas turnando, ¿verdad? —comenta el primo con arrogancia—. Me encantan las yanquis. Siempre se mueren de ganas. Son unas zorras.

Me termino la copa y me pongo en pie lentamente.

—¿Cómo has dicho? —le pregunto con calma.

Al tipo se le borra la sonrisa y me doy cuenta de que podría despedazarlo allí mismo. Incluso puede que lo haga.

—Eh, tranqui. Era una broma, nada más.

Eso espero, lo miro con rabia.

—Perdón —dice al cabo, visiblemente nervioso—. Me alegro por ti. Parece una chica encantadora.

Suspiro para calmarme. Romperle la nariz al padrino no contribuiría a que la boda fuese como la seda, y Dios sabe que Annabelle ya tiene bastante con aguantar al novio, de manera que me abstengo de darle un puñetazo a este tío.

—¿Van a traer café? —pregunto en su lugar, mirando a Max.

Ya es hora de quitarle la borrachera. Es capaz de beber como un cosaco, pero sería mejor que no llegase al altar dando tumbos, literalmente.

—Se supone que hay camareros por ahí —contesta alguien.

—Iré a ver.

—Díselo a la guapa, ¡a la rubia!

Los dejo riéndose con presunción. Me noto inquieto, este puñetero traje me asfixia demasiado, y sé que solo hay una cosa capaz de hacerme sentir mejor.

Una persona.

Tessa.

Sonrío y dirijo mis pasos hacia donde están reunidas las damas de honor. Incluso en mitad de todo este caos, pensar en ella es como un soplo de aire fresco. Me doy cuenta de que ha cambiado mi vida por completo. Me ha abierto los ojos a la corrupción y a las codiciosas mentiras que impregnan el tejido de mi privilegiada sociedad.

Pensé que bastaba simplemente con darle la espalda y trazar mi propio camino en la vida, desperdiciando mi tiempo con fiestas y mujeres, como si eso fuese mejor. Hasta que ella exigió algo más de mí.

Justicia. Honor.

Hacer lo correcto en lugar de tomar el camino fácil.

Ahora sé que quiero ser ese hombre. Un hombre del que pueda estar orgullosa.

—Te has perdido. —La voz de Imogen irrumpe en mis pensamientos—. Esta es la zona de la novia. No se permiten hombres.

—Ya lo sé, ya lo sé. —Me detengo en el umbral con las manos en alto—. Me he pasado solo a ver a Tessa. ¿Dónde está? —le pregunto, mirando a mi alrededor.

Hay vestidos de seda y plumas por todas partes, y las damas de honor se están peinando o maquillando mientras Annabelle se hace selfis con su familia.

—No lo sé —responde Imogen, encogiéndose de hombros—. Creí que había ido a buscarte.

Sacudo la cabeza y me invade una extraña sensación de inquietud.

—Seguramente nos hayamos cruzado. Este lugar es un laberinto. Escríbeme cuando la veas, ¿quieres? —le pido, preguntándome dónde se habrá metido. No puedo permitirme olvidar que aún tenemos enemigos por ahí sueltos. Quizá en esta misma catedral.

—Claro. Le diré que no puedes pasar una hora sin ella —contesta Imogen con una sonrisa irónica.

Me alejo, buscando con la mirada a Tessa entre los camareros uniformados que pululan por aquí, llevando bandejas para la recepción. Miro en el sótano, pero no hay rastro de ella, ni siquiera en la inmensa zona de la cripta, situada bajo la planta principal de la catedral.

—Por favor, llevadles café a los padrinos —le pido a uno de los camareros al acordarme de cuál era mi misión—. También algo de comer. Gracias.

—Déjame adivinar: mi hijo necesita algo para empapar todo el alcohol.

Me vuelvo y veo a Cyrus Lancaster, el padre de Max, vestido de frac y con un sombrero en la cabeza.

—Santo cielo, lo de ahí arriba es una locura —comenta, poniendo los ojos en blanco—. Este es el único lugar tranquilo donde puedo hacer una llamada sin que me interrumpan cada cinco segundos. Ha venido el vicepresidente… Will y Kate… y el vicesecretario del partido se está poniendo nervioso —agrega con una sonrisa de suficiencia—.

He tenido que invitarlo, claro. Daría mala imagen si solo estuviera Lionel aquí hoy. Pero todo el mundo sabe que el puesto de primer ministro ya está decidido. Antes de que termine el mes, los Ambrose se instalarán en el número 10 de Downing Street.

—Mi padre dice que las encuestas son favorables —convengo mientras volvemos caminando hacia la planta de arriba.

—Todo el mundo sabe que ha llegado el momento de poner a este país en la dirección correcta —responde Cyrus con un gesto de satisfacción—. Con las personas adecuadas al timón. El pasado marca el camino hacia nuestro futuro —añade, citando el dicho de la Sociedad Blackthorn—. Asegurando que se mantenga nuestro legado para las generaciones venideras. Max cumplirá con su deber casándose con la muchacha de los DeWessops. Al principio se resistía un poco, pero sabe lo que se espera de él. Todos lo sabéis. —Me da una palmada en el hombro—. Sé que no nos decepcionarás, pese a las distracciones que te han llevado por el mal camino. Al final, lo que importa es la familia.

Vuelve a invadirme la inquietud. Cyrus tiene sus ojos azules clavados en mí, como si esperase algún tipo de respuesta.

—Desde luego —contesto sin mucha convicción—. De hecho, tengo que ir a buscar a la mía.

—Están por allí. —Señala con la cabeza hacia mis padres, que están charlando con algunos invitados en la zona principal de la catedral.

La multitud ha aumentado con los recién llegados. La élite británica al completo se da cita hoy aquí, además de importantes personalidades internacionales.

—Yo tengo que ir a charlar un rato con el primer ministro francés sobre las nuevas políticas de privacidad *online…* —Me da otra palmada en el hombro y se pierde entre la multitud, la cual se abre a su paso como si del mar Rojo se tratara.

Mi inquietud va en aumento.

Si tuviera que elegir a alguien para ser el cómplice de mi padre, sería sin duda Cyrus. Su ascenso como magnate mediático ha sido meteórico y ha conseguido todo lo que tiene aplastando sin piedad a sus enemigos. Es uno de los principales inversores de Ashford

Pharma, y no le supondría mayor esfuerzo deshacerse de unos soplones inoportunos, en especial si le impidiesen incrementar su riqueza y poder.

Y sus palabras sobre la lealtad…, la familia…, el deber…

¿Sabrá que tengo intención de delatarlos a todos?

De un modo u otro, no hay tiempo que perder. Me abro paso entre la multitud e intercepto a mis padres.

—Anthony, cielo —me saluda mi madre con una radiante sonrisa —. Estás guapísimo. Qué evento tan bonito, ¿verdad? —Me ajusta el pañuelo del cuello y yo le aparto las manos.

—Tengo que hablar contigo, papá —digo con urgencia. Va vestido para la ocasión, pero presenta unas pronunciadas ojeras y parece distraído.

¿Estará pasándole ya factura el sentimiento de culpa?

—Ahora no es buen momento, Anthony —responde mi madre por él, saludando con la mano a alguien situado al otro extremo de la sala—. ¡Louise! ¡Luego nos ponemos al día!

—Sí es buen momento —le digo con firmeza, agarrando a mi padre del brazo—. No puede esperar.

—Pero, hijo…

—Tú también debes saber esto, mamá —agrego—. Y tú, Robert.

Mi hermano se detiene, visiblemente sorprendido, cuando llega con el programa de la boda en las manos.

—¿Qué sucede?

—A tu hermano se le ha metido algo en la cabeza —responde mi madre con un suspiro—. Pero seguro que puede esperar hasta después de la ceremonia… ¡Anthony! —exclama a modo de protesta cuando la sujeto también del brazo y los alejo a ambos de la multitud hasta alcanzar un vestíbulo vacío. Se accede a él a través de un pasillo y está apartado de la multitud. Cierro la puerta a nuestras espaldas cuando entramos.

Sus tres rostros perplejos se quedan mirándome.

—En serio, Anthony, ¿qué mosca te ha picado? —se queja mi madre.

Ignoro sus protestas, porque también tiene que saberlo. Tienen que saberlo todos.

—Lo sé, papá —le digo, bloqueando la salida—. Lo sé todo. Hiciste que falsearan los datos del ensayo del medicamento para el alzhéimer. Valerie lo descubrió, y quizá la obligaste tú a hacerlo en primera instancia, pero ella te chantajeaba, ¿verdad? De ahí el soborno.

Mi padre se queda con la boca abierta.

—Eso es indignante —trata de defenderse, aunque lo veo en sus ojos. La culpa. La vergüenza. El miedo—. No permitiré que me acuses de…

—¡Se acabó, papá! —lo interrumpo, furioso por momentos. No tengo tiempo para más mentiras, menos aún cuando, a cada minuto que pasa, Tessa continúa en peligro—. Lo sé todo. Ya es hora de que confieses y te sinceres. Aún no es demasiado tarde para hacer lo correcto —añado con urgencia—. Sé que no era tu intención llegar tan lejos. Pero estás trabajando con personas peligrosas. Sabes lo que le hicieron a Valerie. ¿De verdad crees que no te delatarían ellos también si tuvieran que hacerlo?

Mi padre sacude la cabeza con gesto de asombro.

—Pero lo de Valerie… fue un accidente.

—¡Fue un asesinato! —exclamo frustrado—. La mataron para impedir que destapara el fraude. ¿No te das cuenta? No se detendrán ante nada con tal de mantener el secreto.

—¡No! —protesta de nuevo mi padre; está lívido ahora—. Puede que los primeros resultados del ensayo necesitaran algunos… retoques, pero ¿el resto? Valerie iba borracha al volante. La carretera estaba mojada y…

—En serio, Alexander, no seas idiota. —La gélida voz de mi madre interrumpe sus excusas—. Esa zorra recibió su merecido.

Pero ¿qué cojones está diciendo?

Perplejo, me vuelvo hacia ella, que me mira desafiante.

—Ella misma se lo buscó, se volvió codiciosa y amenazó con denunciarlo. Como si la moral le importase lo más mínimo. No le importó quedarse con el dinero y falsear los datos en un principio. Fue culpa suya que el medicamento no funcionara en un primer momento —responde mi madre, y frunce los labios en una mueca de

desdén—. Si hubiera hecho mejor su trabajo, no habría ocurrido nada de esto.

—¿Tú lo sabías? —La miro con incredulidad.

—¡Claro que lo sabía! —me espeta con rabia—. ¿Quién crees que ha tenido que encargarse de arreglar el estropicio de tu padre? La empresa se lo juega todo con este nuevo medicamento. Todo —reitera—. Nuestra fortuna. Nuestra reputación. ¿Crees que iba a quedarme de brazos cruzados viéndonos fracasar? El nombre de Ashford se convertiría en un chiste. Lo perderíamos todo —agrega con una furia contenida—. Quinientos años de historia. El legado de nuestra familia se iría por la borda. Pues no permitiré que eso suceda.

No me lo puedo creer. Todo este tiempo he dado por hecho que mi padre estaba hasta el cuello, viéndose arrastrar por los planes viles de otra persona.

Y así era.

Lo que nunca imaginé era que mi madre fuese quien llevase las riendas de todo.

—No —le digo, y la traición no hace sino reforzar la férrea determinación que corre por mis venas—. Esto se acabó. Ahora mismo. No pienso tolerarlo. No queremos vuestro puto legado. ¿Verdad, Robert? —pregunto, mirando a mi hermano. Se ha quedado ahí quieto, en silencio durante toda la conversación, y sé que él también debe de haberse quedado asombrado con la revelación—. Vamos a hacer lo correcto.

Sin embargo, Robert levanta las manos para tratar de calmarme.

—Espera un momento —me dice—. Vamos a hablar del tema.

—¿De qué coño vamos a hablar? —exploto—. ¿No has oído lo que acabo de decir? Se trata de un fraude desproporcionado. Una conspiración. ¡Un asesinato!

—Lo que significa que no deberíamos precipitarnos —responde Robert, visiblemente nervioso—. Piensa en lo que sucederá si se corre la voz. Habrá consecuencias.

—¿Te refieres a que un medicamento defectuoso salga al mercado y engañe a millones de personas inocentes que creen que esa es su

última esperanza milagrosa? —le digo, acordándome de ese pobre hombre al que vi el otro día a las puertas de la sede de Ashford.

Buscaba desesperadamente una cura para su mujer, y mi familia se la vendería sin dudar, sabiendo de buena tinta que eso no cambiaría nada.

—El equipo sigue trabajando en el medicamento —argumenta Robert—. Estamos probando nuevas formulaciones y no tardaremos en lograrlo, pero no podremos hacerlo si nos cierran el negocio.

—No puedes estar hablando en serio —le digo, sin dar crédito—. Sabes que esto está mal. ¡Hay gente sufriendo!

—¿Y de quién es la culpa? —explota mi hermano de pronto. Tiene la cara roja, y luce un rictus avergonzado y frustrado a un tiempo—. Si tu novia no hubiese metido las narices donde no le importa, si su hermanita hubiera seguido estando muerta, ¡nada de esto supondría un problema!

Retrocedo, sorprendido por la rabia de su voz. Es entonces cuando me doy cuenta.

Sabe que Wren sigue viva.

Instintivamente echo mano de mi pistola y le apunto con ella. Ya le había puesto el silenciador en casa, ahora luce un gris apagado bajo las luces de la catedral.

—¡Anthony! —dice mi madre ahogando un grito—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Guarda eso ahora mismo! —agrega mi padre, escandalizado.

Pero yo los ignoro.

—¿Cómo te lesionaste el hombro, Robert? —le pregunto a mi hermano, tratando de contenerme.

—Ya te… Te lo dije. En un partido de *squash* —responde.

—No. Dijiste que fue jugando al *rugby.* —Le quito el seguro a la pistola sin que me tiemble el pulso.

Todo empieza a encajar. Joder, ha estado delante de mis narices todo este tiempo.

Phillip reveló la ubicación de Wren. Les habló a sus superiores de Ashford sobre la casa en el campo y estos enviaron a un hombre allí para matar a Wren y a Tessa. Para perseguirlas por el bosque en mitad de la noche, para aterrorizarlas y hacerles daño.

El atacante era alguien en quien confiaban. Alguien atlético. Alguien que se arriesgara a perderlo todo.

—Fuiste tú. Fuiste tú quien las persiguió por el bosque. ¡Tú le disparaste! —Estoy temblando de rabia.

Mi propio hermano ha intentado matar a Tessa, le disparó una bala que pudo haber estado a punto de matarla de haberse desviado unos centímetros.

—¿Cómo has podido? —le digo—. ¡¿Qué coño le pasa a esta familia?!

—Hizo lo que era necesario para protegernos —interviene mi madre, aún desafiante, incluso después de todo esto—. Antepuso nuestro legado y aceptó sus responsabilidades con esta familia. Ya que tú sigues negándote a cumplir tu parte.

—¡Nunca haces nada de lo que tienes que hacer! —me acusa Robert, de pronto furioso—. Eres el hijo mayor, es tu futuro lo que estamos protegiendo; aun así, tú te escabulles, te vas por ahí de fiesta, haces lo que se te antoja, ¡y mientras soy yo quien paga el precio! No sabes las cosas que he tenido que hacer. —Me señala con un dedo acusador—. Lo que he tenido que sacrificar por esta familia… —La mirada atormentada que veo en sus ojos me hiela la sangre.

—Se acabó —repito, decidido—. Tenemos las pruebas y vamos a destaparlo todo. Y tú irás de cabeza con ellos.

—Nadie va a ir a ninguna parte. —Mi madre mantiene una calma sorprendente—. En estos momentos se están encargando del asunto.

—¿Cómo que se están encargando?

Entonces, veo el brillo fugaz en la mirada de Robert.

Es Tessa.

—¿Dónde está? —pregunto, sin dejar de apuntarle con la pistola.

De pronto tengo claro que Tessa no está deambulando por los pasillos de la catedral. Se la han llevado. Quienquiera que esté involucrado en esto se la ha llevado, y tengo que recuperarla, cueste lo que cueste.

—¿Dónde está Tessa? —vocifero.

—Se están encargando de ella —me informa mi madre cruzándose de brazos.

—¿Qué cojones significa eso? —pregunto, ciego de ira—. ¿Está herida? ¿Quién la tiene? Dímelo, hostia, o te juro que…

—¿Qué? —me interrumpe Robert—. ¿Qué vas a hacer? ¿Dispararme? ¡También es tu familia!

Me quedo mirándolos perplejo.

—No lo entendéis. Haría cualquier cosa por ella.

Sin vacilar un instante, apunto el cañón de la pistola hacia la pierna de Robert y aprieto el gatillo.

La pistola emite un leve silbido, amortiguado por el silenciador. Robert aúlla de dolor y cae al suelo, llevándose la mano a la rodilla.

—¡Me has disparado! —grita con incredulidad—. ¡Me has disparado, joder!

—Y volveré a hacerlo sin dudar —le prometo, acercándome. Elevo el arma y, esta vez, le apunto a la cabeza. Noto el pecho invadido por la furia y el pánico, también un zumbido sordo en los oídos—. Dímelo de una vez. ¿Dónde coño está?

—¡En la casa! —exclama Robert, con un miedo animal en la mirada—. En Sussex.

Sigo avanzando hasta que el cañón de la pistola queda apoyado entre sus ojos.

—¡Te lo juro! —solloza Robert, hecho un guiñapo en el suelo frente a mí—. Se la ha llevado Hugh. ¡Hace media hora! ¡Está en los sótanos de la casa!

Me tiembla el dedo sobre el gatillo. La ira me ciega al recordar lo que le hicieron a la hermana de Tessa. Lo que planean hacerle a ella. Y él ha ayudado a…

—¡Anthony, por favor! —grita mi madre.

En el último momento, me obligo a bajar el arma. No hay tiempo, sabiendo que Tessa está encerrada, asustada, herida o algo peor…

Retrocedo y les lanzo a todos una mirada de asco absoluto.

—Para mí ya estáis muertos —les digo con rotundidad—. El nombre de Ashford, ese que haríais cualquier cosa por proteger, es vuestro. Os lo podéis quedar.

A continuación, me giro y salgo a la carrera. Ahora mismo, Tessa es la única que me importa. Ella es mi familia, mi futuro, mi vida entera. Si logro rescatarla a tiempo…

Solo espero que no sea demasiado tarde.

Capítulo 20

Tessa



Me despierto desorientada. Me está matando la cabeza y noto un palpitar intenso en la parte trasera del cráneo. Gimo antes incluso de abrir los ojos.

¿Por qué me duele?

Trato de girarme sobre la cama a fin de coger un vaso de agua de la mesilla de noche. Entonces me doy cuenta de que estoy tendida en el suelo, sin nada más que la piedra dura y fría bajo mi cuerpo.

¿Dónde estoy?

Abro un poco los ojos, lo que hace que la cabeza me palpite más aún. Percibo una luz tenue, miro a mi alrededor con los ojos entornados y me doy cuenta, horrorizada, de que me hallo en una especie de habitación vacía.

No, se trata de una polvorienta celda de ladrillo, más bien una mazmorra.

Dios mío…

Me embarga el pánico al incorporarme. Veo los barrotes de hierro en la puerta, un suelo de piedra y una pequeña abertura en lo alto, junto al techo, a unos cuatro metros y medio del suelo. Está también cerrada con barrotes, pero alcanzo a ver la hierba y la luz solar que se cuela a través de ella.

Estoy bajo tierra, en algún lugar. En un rincón de la celda hay un colchón, también una botella de agua y un cubo.

Se me hiela la sangre.

Aquí es donde mantuvieron recluida a Wren.

Es tal y como me lo describió, rescatado de los fragmentos de su memoria. El escenario de sus peores pesadillas.

Ahora soy yo la que está encerrada.

¿Cuánto tiempo llevaré aquí?

Trato por todos los medios de recordar qué ha ocurrido. Me encontraba en la boda, con las damas de honor. Imogen decía algo sobre aviones privados…

De pronto me viene todo. Hugh. Fue él quien atacó a Wren. Está implicado en todo esto… y no actúa solo. Su cómplice me inyectó algo y lo ayudó a sacar mi cuerpo a rastras del edificio antes de que alguien se diese cuenta.

Me estremezco de miedo al recordar la mirada de Hugh. Era terrorífica. Solo el recuerdo me sobrecoge, tan fría e irreconocible.

¿Qué tendrá planeado para mí?

¿Y qué pasa con Saint? La idea me provoca una nueva oleada de pánico. No sabe que su amigo lo ha traicionado. No he tenido oportunidad de avisarle, y ahora…

Ahora él también corre peligro.

Me pongo en pie con dificultad. Sigo llevando una sandalia enjoyada, me la quito de un puntapié y me quedo descalza mientras escudriño de nuevo la pequeña celda, desesperada por hallar alguna vía de escape. Entonces, distingo algo en lo alto de un rincón, instalado en el techo.

Una cámara.

El miedo se transforma en terror. ¿Qué pasa? ¿Me estará observando Hugh en este instante?

¿O el dispositivo será para más tarde, para grabar lo que vendrá a continuación?

Trato de contener las náuseas que me suben por la garganta. No puedo dejar que me invada el pánico si deseo salir de aquí.

«Respira. Piensa», me digo.

Tengo que encontrar una salida antes de que Hugh vuelva a por mí.

Inspecciono la celda una vez más, ahora con más detenimiento, recorriendo con las yemas de los dedos todas las paredes, en busca de piedras sueltas o cualquier cosa que pueda emplear como arma.

Sin suerte.

En su lugar, centro la atención en la puerta. Agarro los barrotes y los sacudo con fuerza. Se ve con claridad que son antiguos, pues el metal se ha oxidado con el paso del tiempo, pero se encuentran firmemente incrustados en la madera y no ceden ni un centímetro.

—¡¿Hola?! —grito hacia las sombras del exterior—. ¿Estás ahí, Hugh? ¿Estás viendo esto? Más te vale rezar para que no te ponga las manos encima. ¡Porque te mataré yo misma! ¡Cabrón! —El eco de mi voz resuena inútilmente.

Esté donde esté, Hugh no habría sido tan tonto como para encerrarme en un lugar donde pueda oírme alguien. Podría encontrarme en algún sótano de Londres, o a horas de camino. Ni siquiera sé cuánto tiempo he permanecido inconsciente.

¿Sabrá Saint que he desaparecido?

Debe de saberlo. Ya estará buscándome, lo sé. Pero ¿me encontrará a tiempo?

—¿… Ahí fuera…?

Me quedo petrificada. Es la voz de una mujer, a lo lejos, procedente de algún rincón de esta mazmorra. Vuelve a oírse: es un grito lejano y desesperado.

Me lanzo contra los barrotes y grito hacia la oscuridad:

—¿Hay alguien ahí?

Se hace el silencio, entonces vuelve a oírse la voz, más fuerte esta vez.

—¿Hola?

—¡Estoy aquí! —chillo—. Yo también estoy atrapada. ¿Dónde estás?

—¿Tessa?

Ahogo un grito. La voz suena distante, pero me resulta inconfundible.

—¡¿Wren?! —grito—. ¡Wren, no pasa nada, vamos a salir de aquí! —Golpeo los barrotes con más fuerza, desesperada ahora.

Debieron de raptarla en el aeropuerto o de seguirla cuando se marchó. ¿Llevará aquí todo este tiempo?

Están eliminando a todos los testigos.

A través de los barrotes, alcanzo a ver un robusto candado oxidado que cuelga del otro lado de la puerta, impidiendo que esta se abra. Cada vez que golpeo la puerta, la cerradura emite un chirriante sonido de protesta.

Me giro, pensando con rapidez. No hay nada que pueda utilizar en la celda, de manera que me palpo el cuerpo. El vestido no es más que seda y plumas, pero el zapato… Lo cojo sin dudar y lo giro entre mis manos.

El tacón de aguja tiene la punta metálica.

Vuelvo corriendo hacia la puerta y deslizo la mano entre los barrotes sin soltar el zapato. Entra muy justo y, si giro la mano en un ángulo bastante incómodo, alcanzo a golpear el viejo candado con el tacón metálico.

CLAC.

Lo golpeo de medio lado y el tacón rebota en la cerradura. Está a punto de caérseme el zapato con el impacto, pero logro agarrarlo de la tira justo a tiempo. Maldita sea.

«Ve con cuidado», me digo con el corazón desbocado por el miedo. Es nuestra única esperanza.

Vuelvo a colocar el zapato en la posición correcta y golpeo con él la cerradura. Con fuerza. El candado se resiente. Vuelvo a hacerlo, una y otra vez, aporreándolo con un pánico apenas contenido hasta que se me agarrota el brazo y empiezo a perder la esperanza de que vayamos a poder…

CRAC.

La junta metálica del candado se abre. Me lanzo contra la puerta con todas mis fuerzas y esta se abre con un chirrido.

—¿Wren? —grito, mirando a mi alrededor—. ¿Dónde estás, Wren?

No obtengo respuesta.

Corro descalza por el oscuro pasillo, busco frenéticamente en torno a mí. Descubro otras celdas mugrientas iguales a la que acabo de abandonar, pero están llenas de cajas viejas y baldas con botellas de vino.

—¿Wren? —grito de nuevo, aterrada.

Oigo el sonido lejano de un sollozo. Corro hacia él y descubro otra celda al final del pasillo. Tiene barrotes en la puerta, igual que la mía, y alcanzo a ver dentro a mi hermana, acurrucada en un rincón penumbroso. Va vestida con la ropa que llevaba ayer, cuando la dejamos en el aeropuerto, manchada y sucia ahora, allí sentada, hecha un ovillo, temblando llorosa.

Se me parte el corazón.

—¡Wren, no pasa nada, estoy aquí! —le grito a través de los barrotes.

Pero ni siquiera levanta la cabeza. Está teniendo una especie de ataque de pánico, desencadenado por el terror que le produce verse otra vez aquí atrapada.

—¡Voy a sacarte de aquí!

Estudio la puerta, pero la cerradura está nueva y reluciente. No hay manera de romperla.

—Debe de haber llaves por alguna parte —le digo—. Voy a buscarlas. Enseguida vuelvo. ¡Te lo prometo!

No soporto dejarla así, pero sé que estamos quedándonos sin tiempo. Esté donde esté Hugh, no se arriesgará a dejarnos solas mucho más.

Ya he revisado las habitaciones que hay a mi espalda, de modo que sigo avanzando, adentrándome más aún en el laberinto de estrechos pasillos de piedra y celdas oscuras y polvorientas. Apenas hay luz, tan solo alguna bombilla ocasional que cuelga del techo, y me invade el miedo según avanzo a tientas, preguntándome si en la siguiente puerta me toparé cara a cara con Hugh. Reviso desesperada algunas celdas más, abriendo puertas hasta que…

¡Por fin lo encuentro!

Se trata de una especie de sala de control, con un escritorio, un armario archivador y un panel de pantallas de vídeo en las que se ve el interior de las celdas. ¡Aquí es donde transmiten las cámaras! Veo a Wren en su celda, todavía agazapada y llorosa, de modo que me lanzo hacia el cajón del mueble archivador. Está cerrado con llave, así que, a continuación, pruebo con el escritorio, buscando…

Aquí está. Un llavero antiguo, con una docena de llaves ensartadas. Tiene que ser esto.

Vuelvo corriendo hasta la celda de Wren.

—¡No pasa nada, estoy aquí! —le grito mientras manipulo las llaves. Pruebo cuatro diferentes en el candado hasta que por fin encuentro la correcta.

Abro la puerta, entro corriendo y la estrecho entre mis brazos.

—No pasa nada, ya estoy aquí —murmuro, tratando de calmarla —. Todo irá bien.

Wren levanta la cabeza y me lanza una mirada de absoluta angustia.

—No puedes estar aquí. No, por favor, va a volver, así que tienes que marcharte —solloza, temblando y arañándome.

—Lo sé. Sé lo de Hugh —le digo, mientras trato de ponerla en pie —. Lo siento, sé que es difícil, pero no hay tiempo. Tenemos que irnos de aquí.

Se queda mirándome, inerte. No puedo auparla y nos estamos quedando sin tiempo.

—¡Wren! Por favor —le ruego—. ¡Tenemos que irnos!

El eco desesperado de mi voz resonando en las paredes de la celda parece sacarla del trance. Sus ojos recuperan la expresividad. Mira a su alrededor y emite un suspiro entrecortado.

—Has conseguido abrirla…

—Sí, he encontrado las llaves en la sala de control. Pero tenemos que irnos. Ya.

La pongo en pie y, esta vez, Wren consigue incorporarse. Está débil, pero puede caminar. La arrastro hacia la puerta, después la guío a través del pasillo por el que acabo de venir.

—Por aquí. Creo que hay unas escaleras.

Pero se detiene frente a la sala de control y, a través de la puerta abierta, contempla el panel de pantallas de vídeo.

—Hay cámaras… —dice lentamente, y veo qué está pensando en su mirada.

—¡Vamos, Wren, no tenemos tiempo! —Le tiro del brazo, pero ella se zafa y entra en la sala.

—Me grabaron —comenta mirando frenética en torno a sí—. Si guardan los vídeos antiguos, podré ver lo que ocurrió.

—¡Wren! —Dirijo una mirada nerviosa hacia la escalera—. Por favor, estamos a punto de conseguir salir.

—¡Pero tengo que saber lo que ocurrió! —Se le quiebra la voz, desgarrada y llena de angustia. Me mira, implorante—. ¿No lo entiendes, Tessa? Cada vez que cierro los ojos, los recuerdos me atormentan. Tengo que verlo. ¡Necesito saberlo!

Joder.

Miro de nuevo a mi alrededor, deprisa, y me reúno con ella en el interior de la sala de control.

—El armario archivador —señalo—, pero está cerrado con llave.

Wren coge un ladrillo del suelo y golpea el armario con él. El metal se dobla al instante. Lo abre y, en su interior, encontramos pilas de carcasas de CD, cada una de ellas con un disco copiado.

—¡Aquí!

Coge un puñado y yo hago lo mismo, y los revisamos a toda prisa, comprobando las etiquetas escritas a mano. Hay nombres y fechas garabateados sobre los discos con diferentes caligrafías.

—Algunos de estos discos son de hace veinte años —comento, sin dar crédito—. «Harold N, 1992»… «Peter J»… «Lionel A»… —Me detengo y un nuevo escalofrío me recorre.

¿Lionel Ambrose?

Wren sacude frustrada la cabeza.

—¡No lo veo! —exclama, con otra pila de discos en la mano—. ¡No estoy aquí!

—Pero ¿qué es lo que contienen? —pregunto, notándome al borde de la náusea.

Cojo uno de los CD. «Max L», dice la etiqueta, con una fecha de hace cinco años.

Max Lancaster.

Introduzco el CD en la ranura del sistema y utilizo el ratón para abrir la carpeta correspondiente. El vídeo, en blanco y negro, comienza a reproducirse, mostrando imágenes de una de las celdas. Hay un hombre tumbado, inconsciente sobre el colchón. Un muchacho, en realidad, de no más de dieciocho años.

La puerta de la celda se abre y entra Max. Se le ve más joven, reticente. Se dirige a alguien de fuera de la celda, pero después la puerta vuelve a cerrarse.

Se aproxima al cuerpo tendido sobre el colchón mientras se desabrocha el cinturón y se baja los pantalones…

Cierro el vídeo de inmediato.

—No fuiste solo tú —le digo, horrorizada, a Wren, notando la bilis en la garganta—. Esto sucede desde hace años. Hay innumerables víctimas.

Ella me devuelve una mirada de asombro.

—¿Qué cojones han estado haciendo aquí abajo?

—Se llama lealtad.

La voz hace que nos demos la vuelta, sobresaltadas. Hugh está de pie en el umbral, una sonrisa inquietante dibujada en la cara.

En la mano una pistola…, con la que nos apunta directamente.

Capítulo 21

Tessa



Instintivamente me sitúo delante de Wren para protegerla de la pistola de Hugh.

—Lealtad —repito furiosa—. ¿Qué coño significa eso? ¿Qué clase de cabrones enfermizos sois?

—Te aseguro que no obtenemos ningún placer. Bueno, por lo general. —Hugh suelta una carcajada, un sonido oscuro y desagradable—. Pero hay ciertas medidas que tomar. Los viejos tratos requieren nuevas garantías.

—¿Garantías de qué? —pregunto, curiosa, tratando de ganar tiempo. Si consigo que siga hablando el tiempo suficiente para distraerlo, lanzarme quizá a por la pistola…

—De poder —responde Hugh con énfasis—. ¿De qué si no? Un poder total, sin restricciones. Es nuestro derecho de nacimiento —agrega con desdén—. Da igual la pantomima de la democracia. En este país, las familias poderosas manejan los hilos desde hace

cientos de años, y así seguirá siendo durante cientos de años más. Siempre y cuando todos recuerden cuál es su deber. Ahí es donde entra en juego esta pequeña organización. Hemos de asegurarnos de que los vínculos de lealtad no se debiliten con el tiempo. A fin de que cada nueva generación acepte sus responsabilidades, necesitamos un pequeño… seguro.

—Te refieres al chantaje —le digo con asco.

—Los privilegios tienen su precio. —Se encoge de hombros.

—Así que… estás diciendo que estas personas, de familias poderosas, vienen aquí y… —Trago saliva para controlar mi horror.

—Y hacen lo que sea necesario para demostrar su lealtad —concluye Hugh por mí—. Podríamos llamarlo destrucción asegurada para ambas partes.

Me doy cuenta de que el plan es asombroso en su perversa simplicidad. Los delitos grabados en esos discos podrían arruinarle la vida a cualquiera si la verdad saliese alguna vez a la luz. Pero, si son todos culpables, nadie dirá nada nunca.

Desvío la mirada hacia los estuches de CD desperdigados sobre el escritorio.

—Tu padre está aquí —le digo, pensando a toda prisa—. También Max. Y tú también aparecerás por aquí, con Wren.

—Así es. —Hugh coge uno de los discos que ha caído al suelo y lo sostiene en alto—. ¿Esto es lo que buscabas? —le pregunta a Wren, burlón.

A mi espalda, mi hermana deja escapar un grito de rabia y angustia, pero yo me hallo lo suficientemente cerca para alcanzar a leer la etiqueta garabateada. En el disco no solo aparece el nombre de Hugh.

Robert.

—¿El hermano de Saint estaba contigo? —pregunto perpleja.

—Por supuesto —responde Hugh como si tal cosa—. Siempre hay un testigo. Y, dado que Saint jamás habría accedido a desempeñar su papel en todo esto, Robert tuvo que representar a la familia. Por supuesto, los St. Clair siempre tienen la amabilidad de ofrecernos sus preciosas bodegas para que las utilicemos. —Describe con la

pistola un gesto que abarca el lugar donde nos encontramos, y me doy cuenta entonces de que es ahí donde nos tienen encerradas.

En la finca de los St. Clair. El hogar donde se crio Saint.

El corazón me late con una esperanza renovada. Saint encajará las piezas. Conseguirá averiguarlo. Sin embargo, por ahora, estamos los tres solos y, a juzgar por cómo Hugh agita esa pistola, se está impacientando por momentos. No sé por cuánto tiempo podré seguir entreteniéndolo.

—Te enviaron a ti a por ella, ¿verdad? —le pregunto, con la esperanza de poder distraerlo un poco más—. Cuando empezó a hacer preguntas sobre los ensayos de Ashford con el medicamento, te ordenaron que fueras a por Wren.

Hugh asiente con la cabeza.

—Por entonces, yo debía jurar mi lealtad, de modo que llegó en el momento perfecto. En teoría, las drogas servirían para borrarle la memoria por completo. —Le habla a Wren por encima de mi hombro —. Pero está claro que no te dimos la dosis adecuada. Una pena. Aun así, deberías haber mantenido la boca cerrada y habernos dejado en paz. Pero no, tu hermanita y tú teníais que buscar problemas en el peor momento. Mi padre está a pocas semanas de convertirse en primer ministro, y podríamos ganar todos miles de millones con el lanzamiento de la medicina. No podemos permitirnos dejar cabos sueltos.

Y, sin más, vuelve a levantar la pistola.

Joder.

—¡Por favor, no hagas esto! —le suplico—. ¡Ten piedad de nosotras, por favor! —Hago que mi voz suene desesperada y me acerco un poco más, como si estuviera a punto de arrodillarme a sus pies—. No quieres hacernos daño, sé que no. ¡Eres mejor persona! Con todas las buenas obras que haces en la fundación; eres un hombre decente, ¡estoy convencida!

Hugh se queda callado y sonríe con suficiencia, como si estuviera disfrutando con esto.

—¡Haré lo que sea! —Mis súplicas suenan patéticas, pero disimulan el hecho de que sigo acercándome a él, haciéndome la desesperada—. No quiero morir —chillo, dando otro paso más al

frente—. Por favor, deja que nos vayamos. Haré lo que quieras. Lo que sea. ¡Por favor!

Un paso más, sollozando… Otro más, entonces…

Me lanzo hacia él, inclino el tronco y le doy un cabezazo justo en el vientre.

—¡Ay! —Hugh emite un gruñido de sorpresa y trastabilla. Dispara la pistola, pero yo ya lo he empujado hacia el suelo, cayendo también con él.

¡PUM!

—¡Corre, Wren! —grito, forcejeando para evitar que Hugh se levante.

Vuelve a disparar, justo al lado de mi cabeza, provocándome un intenso zumbido en los oídos, y yo solo espero que haya errado el tiro.

—¡CORRE!

Hugh se gira, me aprisiona contra el suelo y lleva las manos a mi garganta. Dios mío. Empieza a apretar, asfixiándome con una mirada de auténtica furia.

Trato de tomar aire mientras alcanzo con la mano el objeto que más cerca tengo. La silla. Se trata más bien de un simple y viejo taburete metálico, pero lo cojo por una pata y le golpeo la cabeza a Hugh con él. Se estrella contra su cráneo, emitiendo un desagradable crujido, lo suficiente para hacer que se desplome.

Salgo arrastrándome de debajo de él y encuentro a Wren aún agazapada en el rincón.

—¡Vamos! —le grito, agarrándole la mano mientras la saco a rastras de la habitación.

Pasamos con cuidado por encima del cuerpo yaciente de Hugh y corremos hacia las escaleras.

—¡Por aquí!

Seguida de Wren, empiezo a subir corriendo la angosta escalera de caracol. La puerta situada en lo alto se encuentra abierta, me precipito a través de ella y emerjo a un pasillo penumbroso iluminado solo por la luz que entra por la ventana del fondo. Al lado hay un cuarto para la lavadora… Un pasillo con azulejos que conduce a más salas de almacenaje…

El lugar está vacío. La familia al completo se halla en Londres, en el gran enlace nupcial, y deben de haberle dado el fin de semana libre al personal de servicio.

—¿Por dónde? —pregunta Wren, aterrorizada.

Miro alrededor, tratando de recordar la distribución de la inmensa casa señorial. La visité en una ocasión, con motivo de una fiesta, pero entonces me hallaba demasiado obnubilada por Saint y solo me interesaba escabullirme para poder darnos unos besos robados, en lugar de memorizar todas las vías de escape.

Ahora, me viene un vago recuerdo de las dependencias del servicio, que conducen a las cocinas, y un garaje donde se guarda la colección de coches antiguos del padre de Saint.

—¡Por allí! —exclamo, corriendo hacia la puerta del fondo—. Si llegamos al garaje, podemos coger un coche y marcharnos de aquí sin mirar atrás.

Recorremos a toda prisa otro laberinto de pasillos, pasamos de largo varios almacenes más y al fin atisbo la entrada al garaje. Se trata de un espacio diáfano y cavernoso del tamaño de una sala de exposiciones, con puertas de cristal en un extremo e hileras de coches clásicos alineados y expuestos. Bentley, Porsche, Ferrari… Pero ¿dónde están todas las llaves?

Wren y yo recorremos el pasillo que se abre entre medias y nos detenemos junto a una pila de bidones de gasolina y demás equipamientos automovilísticos.

—¿Ves alguna caja de llaves? —Estoy desesperada—. ¿Alguna manera de salir?

—¡No! —grita Wren, que mira a su alrededor—. No veo…

¡PUM!

Resuena un disparo que hace añicos el parabrisas de uno de los coches que tenemos al lado.

Wren deja escapar un grito, yo la agarro y tiro al suelo varias cajas y bidones antes de ponernos a cubierto detrás del vehículo más cercano.

¡PUM!

Otro disparo, demasiado cerca esta vez.

—Buen intento, pero se acabaron vuestros jueguecitos. —Se oye la voz de Hugh. Sus pasos resuenan sobre el suelo, aproximándose —. No hay forma de salir de aquí. Y no puedo permitir que os vayáis…, no con vida, al menos.

Wren y yo nos miramos con pánico. No hay sitio al que huir. Estamos acorraladas, sin nada, salvo un sólido muro de ladrillo a nuestra espalda, y Hugh acercándose desde la única salida posible.

—Cuando tengas oportunidad, echa a correr —susurra Wren, dándome un empujón—. Yo lo distraeré.

—¡Wren, no! —le digo, ahogando un grito.

—Siempre eres tú la que intenta salvarme —responde con una sonrisa triste—. Ahora me toca a mí.

—No, por favor —trato de disuadirla, pero ya se ha puesto en pie y sale de detrás del coche con las manos en alto.

—¡Estoy aquí!

¡Joder! ¿Qué demonios está haciendo? Contemplo horrorizada cómo Hugh se da la vuelta y le apunta con la pistola.

—¡Ven aquí! —le ordena, receloso ahora. Tiene sangre en la cara y la mirada desencajada—. Despacio. No te andes con gilipolleces.

Wren camina hacia él, dejando sus huellas sobre el charco de gasolina que va formándose en el suelo.

Me asomo, horrorizada. Deseo gritar y chillar, impedirle que haga esto, pero Hugh ya la tiene sujeta y la arrastra hacia sí, le rodea el cuello con un brazo mientras, con el otro, agita la pistola.

—¿Dónde coño está tu hermana? —pregunta—. Será mejor que salgas, Tessa, a no ser que quieras ver los sesos de tu hermana desparramados por el suelo. Ambas vais a morir hoy, pero, si te portas bien, te haré el favor de matarla deprisa.

Me quedo petrificada, sin saber qué hacer. Wren me ha dicho que saliera corriendo, pero no puedo dejarla aquí. Hugh está perdiendo el juicio ante mis propios ojos. No hay manera de saber qué será capaz de hacer.

Miro en torno a mí en busca de algo que usar como arma. La gasolina va derramándose lentamente, formando un charco a los pies de Hugh. Si encontrara la forma de hacer saltar una chispa…

¡CRAC!

Se oye de pronto un ensordecedor crujido de metal y cristal, un Jeep negro atraviesa violentamente las puertas del garaje y se detiene. Sentado al volante…

¡Está Saint!

Me embarga una sensación de alivio, que queda enseguida eclipsada por el miedo cuando Hugh abre fuego contra el vehículo.

—¡No te acerques! —grita, sin soltarle el cuello a Wren, y apunta el cañón de la pistola contra su cabeza—. ¡La mataré ahora mismo!

Saint se baja del coche con las manos en alto. Empuña su pistola con una de ellas, pero, al ver a Wren, la deja caer al suelo y la aleja de sí con una patada.

—Cálmate —le dice a Hugh con voz serena—. He oído los disparos y he pensado que eras tú el que estaba en apuros. Me envía tu padre a echarte una mano con estas dos. Y salta a la vista que llego justo a tiempo. —Deja escapar un resoplido desdeñoso—. ¿No puedes hacerte cargo de dos chicas tú solo? Joder, no me extraña que necesites una niñera.

Hugh se detiene, visiblemente confuso.

—No te creo —le dice, apuntándole con el arma, pero le tiembla la mano y se nota que está dándole vueltas a la cabeza.

Saint está mintiendo, sé que tiene un plan, pero ¿cuánto tiempo más le permitirá Hugh seguir hablando?

Miro a mi alrededor y sigo buscando un arma mientras Saint lo distrae, haciéndole mirar en la otra dirección.

—Estoy de tu lado —prosigue—. ¿Por qué si no te crees que he estado tan unido a Tessa? Tenía que averiguar a quién le habían contado lo del fraude de Ashford.

—Pero tu hermano dijo que…

—Robert no lo sabe todo. Esto le viene grande. Después de fastidiarla en el bosque, mis padres sabían que no podían seguir confiando en él. Por eso me llamaron a mí. Por fin. Deberías habérmelo contado antes —agrega Saint, y distingo entonces un brillo metálico debajo del coche de al lado. Una pesada llave inglesa.

Me arrastro hacia ella con el corazón a mil.

—La quieres —oigo decir a Hugh con indecisión—. La elegiste a ella.

—¿Elegirla por encima de un beneficio de mil millones de libras y todo el imperio Ashford? —responde Saint con una carcajada—. Venga, no hay coño que valga tanto, aunque sí que es verdad que folla como Dios.

Cierro la mano en torno a la empuñadura de la llave inglesa y, poco a poco, la arrastro hacia mí, rezando para que no se oiga el ruido por encima de sus voces.

—Ya me conoces —sigue diciendo Saint—. Una cosa es ser un poco rebelde, pero, tarde o temprano, iba a acabar cumpliendo con mi deber.

Me pongo en pie muy despacio. Se hallan a unos seis metros de distancia, Hugh de espaldas a mí, con la pistola en una mano y Wren aprisionada contra su cuerpo.

Me acerco en silencio, empuñando la llave inglesa.

Saint me ve por encima de sus hombros. Distingo un brillo fugaz en su mirada al verme, pero entonces sigue hablando, más alto esta vez, a fin de ahogar el sonido de mis pasos:

—¿Por qué no dejas de apuntarme con la pistola y nos ponemos manos a la obra para arreglar este lío? —prosigue Saint, y yo me obligo a poner un pie delante del otro. Acercándome cada vez más, con sigilo…—. Sabe Dios que ya nos estarán echando de menos en la ceremonia, pero podemos volver a Londres a tiempo para el banquete. Un brindis, ¿vale? Y una coartada sólida. Aunque no creo que nadie más repare en la desaparición de esas dos zorras. No son uno de los nuestros, ¿verdad?

Me resbala el pie con la gasolina, me tambaleo y trato de no perder el equilibrio. El sonido capta la atención de Hugh, que empieza a darse la vuelta.

—¡Aaahhh! —Me lanzo sobre él con todas mis fuerzas.

La llave inglesa impacta contra su hombro, y él dispara y hace pedazos un cristal cercano. Wren queda libre cuando Hugh se vuelve para mirarme y alza de nuevo el arma para disparar directo a…

¡PUM!

Saint se abalanza sobre mí y me tira al suelo. Veo la sangre brotar de su camisa, pero no vacila: se quita de encima y se lanza contra Hugh, lo derriba y le asesta un potente puñetazo en plena cara, una

y otra vez. Hugh balbucea, impotente, y afloja la presión sobre la pistola. Saint se la arrebata, se pone en pie sobre su cuerpo y le apunta con ella.

—¡Ni te muevas, cabrón! —le gruñe.

Se hace el silencio.

Yo recupero el aliento y me pongo en pie de nuevo con cierta dificultad. Estamos rodeados de cristales rotos y, en el rincón, veo las llamas; una bala perdida ha provocado un incendio, pero ahora mismo esa es la última de mis preocupaciones.

—¡Estás sangrando! —exclamo, pero Saint apenas se mira.

—Ha sido en el hombro. Me pondré bien.

—¿Wren? —me vuelvo y la veo tirada contra uno de los coches, mirándonos con los ojos como platos.

—Estoy… Estoy bien —tartamudea.

Me acerco a ella y la envuelvo en un fuerte abrazo.

—Gracias a Dios —respondo, rodeándola con firmeza—. Ni se te ocurra volver a poner en práctica una artimaña semejante.

—Pero ha funcionado, ¿a que sí? —Logra esbozar una sonrisa débil antes de apartarse.

Me acerco a Saint para examinarle la herida. Me dan ganas de gritar de alivio al comprobar que la bala ha atravesado el brazo limpiamente.

—¿Ves? No es grave —me asegura mientras cojo un trapo limpio que encuentro cerca y se lo anudo para frenar la hemorragia—. Estamos bien, cielo. Todo irá bien.

—¿Eso es lo que crees? —Desde el suelo, Hugh escupe sangre y se ríe—. ¿Qué vas a hacer? ¿Llamar a la policía para denunciarme? ¡Si a la poli la tenemos comprada! Y también a los tribunales y a los jueces… ¿No lo entendéis, imbéciles? Nadie se opondrá a nosotros si sabe lo que le conviene. ¡Somos intocables! —vocifera—. Somos…

¡PUM!

Hugh se desploma en el suelo y la sangre comienza a acumularse debajo de su cabeza.

Está muerto.

Dejo escapar un grito de asombro.

Wren está ahí de pie, empuñando la pistola de Saint, la que este había dejado caer. Se acerca más, hasta quedar de pie junto al cuerpo de Hugh. Y entonces vuelve a dispararle, esta vez en el pecho.

—¡Wren! —grito.

Por fin baja el arma, como si acabara de salir de un trance.

—Su fantasma me ha perseguido todas estas noches —murmura, medio aturdida—. Todas. Pero se acabó.

—Tessa… —La voz de Saint capta mi atención. Señala con la cabeza el fuego del rincón, que ha empezado a extenderse y, con sus llamas, va alimentándose de la gasolina derramada.

Joder.

—Tenemos que apagar el fuego —exclamo, mirando en torno a mí —. ¿Dónde está el extintor? O una manguera. Tu padre debe de tener una por aquí.

—No. —Saint me detiene—. Deja que arda.

—Pero… —Lo miro confundida—. La casa… Tu hogar.

Sacude la cabeza con gesto lúgubre.

—Wren tiene razón. Está llena de fantasmas que me persiguen. No hay manera de salvarla. Tenemos que reducirla a cenizas.

Nos miramos a los ojos y yo asiento al ver la determinación en su mirada. No está hablando solo de la casa. Se refiere a todo.

Al título Ashford, el legado de su familia, su derecho de nacimiento. Se ha construido con mentiras y crueldad que alcanzan generaciones enteras, corrompiendo todo lo que tocan. Pero Saint está dispuesto a acabar con todo y reducirlo a cenizas. Quiere ser libre.

Esta herencia envenenada termina esta misma noche.

—Wren, coge esa gasolina —le digo a mi hermana con el corazón acelerado—. Vamos.

Con un decidido gesto de cabeza, agarra un bidón de gasolina con cada mano y Saint y yo hacemos lo mismo. Él nos guía a través de la inmensa mansión, abriendo a su paso los quemadores del gas y vertiendo el líquido inflamable en cada rincón. Hacemos añicos la colección de licores de la biblioteca y lanzamos cerillas encendidas sobre las alfombras impregnadas de alcohol. No tarda en haber

fuegos activos en todas las estancias de la casa, alimentándose de las valiosas cortinas y devorando las paredes forradas de madera.

El humo se escapa formando remolinos densos por las ventanas mientras volvemos a salir de la casa.

—Es hora de irnos —anuncia Saint cuando empiezan a sonar las alarmas antiincendios, pero yo lo aparto de mí.

—Todavía no. Wren, pon en marcha el coche. ¡Enseguida vuelvo!

Corro de vuelta hacia las escaleras del sótano y, por supuesto, Saint me sigue.

—¡¿Dónde cojones vas?! —me grita cuando empiezo a bajar los peldaños y me adentro en la penumbra.

—Ya lo verás —respondo sin aliento, dirigiendo mis pasos de nuevo hacia la sala de control, que ha quedado hecha un desastre tras nuestro forcejeo desesperado con Hugh. Cojo los CD dispersos por la habitación—. Tenemos que llevarnos esto —le digo a Saint, que ha aparecido en el umbral.

Mira a su alrededor y evalúa de inmediato la escena.

—Aquí. —Agarra una papelera que hay junto al escritorio y empieza a meter dentro las fundas.

Yo me aseguro de meterlas todas antes de volver a subir corriendo las escaleras.

Wren está esperándonos frente a la casa, sentada al volante de uno de los Land Rover de la finca.

—¡Subid! —grita.

Las alarmas antiincendios de la casa han empezado a sonar con más fuerza, en todas las estancias, y las ventanas escupen densas columnas de humo negro. La mansión se ha convertido en una bola de fuego descontrolado.

En un infierno.

Nos montamos en el coche, Wren pisa el acelerador y enfila por el camino de acceso. Yo me aferro a Saint, que me rodea fuertemente con los brazos como si no fuera a soltarme nunca. Por fin estoy a salvo.

En el sitio donde debo estar.

Las llamas se elevan hacia el cielo. Por el espejo retrovisor, vemos cómo Ashford Manor va haciéndose más pequeña, hasta quedar

oculta detrás de los árboles; el humo se pierde en la oscuridad y nosotros nos adentramos veloces en la noche.

Capítulo 22

Tessa



Nos quedamos dormidos nada más llegar a casa de Saint en la ciudad, pero, al despertarme a la mañana siguiente, me duele todo el cuerpo.

Me giro con dificultad. Fuera, el sol ya está alto, de modo que debo de haber dormido hasta tarde. Respiro hondo, contemplo el dormitorio donde me encuentro y me llena de gratitud estar acurrucada bajo unas sábanas suaves, en vez de verme atrapada en una celda fría y mugrienta…, o algo peor.

Casi no puedo creerme todo lo que ha ocurrido. Se me dispara la adrenalina al recordar los acontecimientos de anoche, y me centro en la respiración para bloquear las imágenes.

«Se acabó», me repito una y otra vez. «Estás a salvo».

Poco a poco se me va calmando el corazón, pero hay una imagen que permanece conmigo, algo que sé que no conseguiré olvidar en un futuro próximo.

El cuerpo desplomado de Hugh, ensangrentado y tendido en el suelo del garaje, y la expresión serena de Wren, de pie frente a él.

Justicia.

—Aquí tienes, café, tostadas y zumo recién exprimido.

Me incorporo bostezando y veo entrar a Saint con una bandeja. Tiene el pelo húmedo y revuelto después de ducharse, y viste una suave camiseta de algodón y unos pantalones de chándal.

—Un momento, pero ¿qué estás haciendo? —protesto al caer en la cuenta—. ¡Si eres tú el que está herido!

—Un par de puntos nada más —responde tranquilo, encogiéndose de hombros—. ¿Estás bien? ¿Cómo te encuentras? —me pregunta mientras deja la bandeja y se sienta en la cama junto a mí. Me acaricia la mejilla con cariño—. ¿Sigues en *shock*?

—No —respondo de inmediato, pero me mira con escepticismo—. Vale —admito, reticente—. Estoy bastante dolorida.

Tengo moratones por todo el cuerpo a causa de mis desesperados forcejeos con Hugh, pero el peor de todos es un hematoma grande y morado que se extiende por mi vientre. Me lo toco con cautela y me estremezco de dolor.

—Vas a necesitar hielo —me aconseja Saint, y aprieta la mandíbula en un gesto de rabia protectora.

Se levanta para salir de la habitación, pero le agarro la mano y se la sujeto con fuerza.

—¿Te quedas un rato? —le pregunto, embargada por la emoción. Deseo aferrarme a él, asegurarme de que está a salvo, aquí conmigo.

Al verlo recibir el balazo en mi lugar, me dieron ganas de abrazarlo y no soltarlo jamás.

De inmediato, vuelve a sentarse y me abraza con cuidado para no hacerme daño en los moratones.

—¿Cómo está Wren? —le pregunto antes de dar un gratificante sorbo al café.

—Sigue durmiendo —me informa—. He llamado a su puerta para preguntarle qué quería desayunar, pero no ha habido respuesta.

—Me alegro —exhalo—. Necesita descansar.

—Las dos lo necesitáis —responde, dándome un beso en la frente.

—¿Hay alguna novedad sobre el asunto? —me aventuro a preguntar.

Lo último que vimos fue Ashford Manor envuelta en llamas. Imagino que el acontecimiento habrá tenido serias repercusiones, pese a que nadie conozca el verdadero motivo del incendio.

Todavía.

Saint sacude la cabeza.

—Ya hablaremos luego de eso. De momento, intenta relajarte.

—Eso significa que hay algo de lo que hablar —señalo.

—Mira que eres cabezona —me dice con una sonrisa.

—Y tú me estás dando largas —respondo, devolviéndole la sonrisa. Pese a tener el cuerpo magullado, después de todo lo que acabo de vivir, no puedo evitar sentirme radiante de felicidad.

Lo hemos conseguido. Juntos.

—El incendio ha salido en las noticias, pero hasta ahora no han mencionado nada sobre los posibles motivos —explica Saint—. La prensa amarilla está demasiado ocupada con cotilleos sobre la boda. Al parecer, un joven miembro de la realeza se puso como una cuba durante el banquete y empezó a bailar sobre las mesas cantando una canción de Kylie con un tipo del reparto de *EastEnders*.

—Me alegro. —Respiro tranquila.

Sé que todavía hay un montón de cabos sueltos que tenemos que atar, pero me tomaré un tiempo para relajarme antes de la batalla final. Miro a Saint, que parece perdido en sus pensamientos mientras me acaricia el pelo distraídamente.

—¿Y tú cómo estás? —me atrevo a preguntarle—. ¿Cómo te sientes?

—Ya te lo he dicho, el hombro está bien.

—No me refiero a eso —le digo con cariño.

Ayer me contó todo lo que sucedió con sus padres y con Robert durante la boda. No me imagino lo que debe de estar pasando tras descubrir que toda su familia formaba parte de esta retorcida conspiración.

Sin embargo, me mira con una calma sorprendente, habida cuenta de que acaba de reducir a cenizas toda su herencia.

—Me encuentro… bien —responde con un sucinto asentimiento de cabeza. Se inclina hacia mí y me da un beso suave y tierno—. Siempre me encuentro bien cuando estoy contigo.

—Saint… —Me aparto de él y lo miro preocupada—. ¿En serio?

—En serio —afirma con una sonrisa, y distingo en su rostro una expresión sincera y serena; sus ojos proyectan un brillo apacible—. Confieso que voy a tener que abordar ciertos temas en terapia —agrega con una mirada irónica—, pero saber que ya se ha acabado todo, que estás a salvo y que estamos juntos… —Se lleva mi mano a los labios y me besa los nudillos con ternura—. Eso es lo único que necesito. De verdad.

Suspiro aliviada… y feliz.

—Eso es lo único que necesito yo también —susurro—. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero. —Me besa de nuevo, con más pasión esta vez.

Es la clase de beso que me hace desear responderle «sí» a la pregunta que dejó caer ayer. Sí, en el mundo no hay nadie como tú. Sí, mi corazón es tuyo.

Sí, quiero estar así para siempre.

Finalmente me suelta y se pone en pie.

—Se te está enfriando el desayuno —bromea.

—Tienes razón —respondo mientras cojo la tostada y noto el rugir de mi estómago—. Se me olvidan mis prioridades.

Se ríe y me dice:

—Tengo que llamar por teléfono, en primer lugar a mis abogados, para asegurarme de que la policía no está haciendo demasiadas preguntas sobre el incendio. Después, haré las otras llamadas que acordamos —añade con semblante decidido.

—Enseguida bajo —le prometo—. Primero quiero darme la ducha más larga conocida por el hombre.

—Tómate tu tiempo —me dice, riéndose de nuevo—. No pienso ir a ninguna parte.

Sale del dormitorio y yo me dejo caer sobre las mullidas almohadas durante unos instantes, procesando aún lo acaecido los últimos días. Los últimos meses, de hecho. Después de todo lo que

hemos vivido, una pequeña parte de mí no termina de creerse las palabras de alivio de Saint; sigo esperando algún nuevo desastre, pero sé que esa sensación disminuirá con el tiempo.

Podemos hacer frente a cualquier cosa y salir airosos. Juntos.

Tras deleitarme bajo el agua caliente durante una buena media hora y utilizar prácticamente todos los productos disponibles en la repisa de la ducha, por fin me visto con un cómodo pantalón de chándal y uno de los jerséis extragrandes de Saint, mi favorito. Envuelta en su agradable aroma silvestre, dirijo mis pasos hacia la planta de abajo.

—¿Queda algo de agua caliente en el universo conocido? —me pregunta en broma Wren. Está acurrucada en el sofá con una taza de té; tiene aspecto cansado, pero presenta una mirada despejada y serena.

Saint no fue el único que acabó anoche con sus demonios.

Me dirijo hacia ella y la asfixio con un abrazo.

—¡Espera! ¡El té! —exclama riéndose mientras hace equilibrios para no derramarlo.

Me aparto y me acomodo a su lado en el sofá.

—¿Has dormido bien? —le pregunto, inspeccionando sus delicados rasgos.

—Del tirón toda la noche —confirma—. Sin pesadillas ni nada. —Sonríe—. Me siento una mujer renovada. No, mejor dicho, me siento viva otra vez.

—Me alegro. —Un nudo de emoción se me aloja en la garganta a causa del alivio que siento por volver a verla sonreír—. ¿Has comido algo? ¿Qué necesitas? ¿Tienes algún hematoma o…?

—Eh, tranquila, mamá —me responde con un gesto irónico—. Estoy bien. Tu novio se ha pasado la mañana atendiéndome. Has elegido uno bueno —agrega sonriendo—. Prepara unos sándwiches de beicon bestiales y además ha recibido un balazo por ti. Te aconsejo que te lo quedes.

—Esa es mi intención —le digo, devolviéndole la sonrisa, mientras el hombre en cuestión se reúne con nosotras.

Se sienta junto a mí en el sofá y, de inmediato, me acaricia la espalda, como si quisiera asegurarse de que verdaderamente estoy aquí.

Salta a la vista que no soy la única que desea aferrarse con fuerza y no soltarlo nunca.

—¿Y ahora qué? —pregunto, mirándolos alternativamente—. ¿Es hora de enviarles un mensaje a Ashford Pharma y a Lionel Ambrose?

—Y a Max, a Cyrus Lancaster —Saint comienza a enumerarlos con los dedos— y a cualquier otra persona a la que reclutaran para su vil conspiración.

—Miembros de la élite británica —bromeo—. Poca cosa.

Saint se ríe, pero Wren da un sorbo al té y baja la mirada. Siento pena por ella, pues se ve obligada a enfrentarse al objeto de sus pesadillas. Ha vivido un infierno, todo porque se topó con sus secretos… y renunció a su antigua vida para protegerme.

—¿Qué te parecería volver a casa? —le pregunto con suavidad.

Levanta entonces la cabeza y se le iluminan los ojos de emoción.

—¿Puedo? —nos pregunta con entusiasmo—. ¿Sería acaso posible?

—No veo por qué no —replica Saint—. Ahora estás a salvo. Vamos a hundir Ashford Pharma y a cualquier persona relacionada con esto, y, en cuestión de horas, ellos también lo sabrán. Ya no supones una amenaza para ellos. Ahora, nada nos impedirá destapar la verdad.

Wren emite un suspiro de puro anhelo.

—Estoy deseando volver a ver a mamá y a papá —me dice con una sonrisa—. Pero… —Se detiene y una sombra le cruza fugazmente el rostro.

—¿Qué sucede? —le pregunto.

—No sé si puedo seguir siendo Wren Peterson —responde lentamente—. Me refiero a recuperar mi vieja identidad. Surgirán muchas preguntas. Todo el mundo sabe que morí y, si tengo que andar explicando lo sucedido una y otra vez… —Menea la cabeza—. No me apetece. No creo que pueda soportarlo. Quiero empezar de cero, dejar todo esto atrás y seguir con mi vida.

—Podemos lograr que eso suceda —interviene Saint.

Ambas nos volvemos esperanzadas hacia él.

—¿Cómo? —pregunto.

—Como de costumbre —responde con una sonrisa irónica—. Dinero, poder, contactos… Podríamos usar todo eso para algo bueno, antes de que el apellido St. Clair quede mancillado sin remedio.

—No necesitaría gran cosa —explica Wren con entusiasmo—. Solo una nueva identidad para empezar de cero. Podría contarles la verdad a mamá y a papá, y luego… elegir una nueva ciudad, junto al océano. Quizá en algún lugar donde pueda dar clases o seguir con mis investigaciones. Me encantaría seguir trabajando en el problema del alzhéimer —añade—. Pese a que las teorías de la doctora DeJonge no funcionaran, sé que estamos a pocos años de encontrar una cura para las personas que más la necesitan.

Vuelven a llenárseme los ojos de lágrimas. Así es mi hermana, siempre pensando en los demás.

Saint me aprieta el hombro con cariño.

—Yo me encargaré —promete—. Te mereces recuperar tu vida después de todo lo que has tenido que sacrificar. ¿Sabes qué? Seguro que Charlie, la pirata informática, tiene algunos contactos para construir una nueva identidad —conjetura, poniéndose en pie —. Voy a llamarla ahora mismo.

Nos pasamos el resto de la mañana planificando la nueva vida de Wren, mientras Saint se pone en contacto con sus padres y concierta una reunión para vernos todos. Enseguida establecemos cuáles serán los detalles de la nueva vida de mi hermana, y a mí me encanta ver que se le ilumina el rostro por la emoción, mientras reflexiona sobre posibles ciudades y lugares a los que ir.

—En Carolina del Norte hay varias universidades con grupos de investigación que son fantásticas —comenta mientras comemos en la cocina—. Pero siempre he querido vivir en la Costa Oeste, cerca del océano…

—¿Vas a empezar a hacer surf? —bromeo—. ¿Me vas a dar consejos sobre el flujo de la tierra y sobre dejarme llevar?

Se ríe y me tira una patata frita.

—Puede ser. O puede que deje la medicina por completo y abra una librería y tetería en algún lugar de la costa. Así me pasaré los días horneando bollos.

—Y flirteando con pescadores fornidos —agrego.

—Me parece buen plan —responde sonriente—. Puedo hacer lo que sea —añade, asombrada, y me doy cuenta de que sigue barajando las opciones que se le plantean después de un año entero viviendo escondida y asustada, cuando todas las puertas parecían habérsele cerrado.

Me quedo callada unos instantes.

—¿Qué sucede? —Wren me conoce y sabe cuándo estoy dándole vueltas a algo en la cabeza.

No quiero echar a perder su alegría, pero hay algo que sigue afligiéndome.

Voy a la entrada y regreso con uno de los CD con las grabaciones que Saint y yo rescatamos del incendio. Es el vídeo de Wren, con los nombres garabateados con rotulador negro en la carátula.

Lo deposito entre ambas sobre la mesa.

—Dijiste que necesitabas ver qué es lo que te ocurrió —le digo lentamente, mirándola sin saber qué hacer—. Había pensado en destruirlo, pero… debería ser decisión tuya. Si quieres verlo o si…

Dejo la frase a medias, nerviosa.

Wren toma aliento, coge la carátula y la gira entre sus manos.

—Pensaba que necesitaba verlo —admite, pensativa—. Esos agujeros de mi memoria han estado volviéndome loca, y pensé que, a lo mejor, si conseguía rellenarlos, por fin sería libre. Pero lo que sucedió anoche con Hugh… Para mí ese es el final de la historia. El final se lo he puesto yo —agrega con ferocidad—. No me hace falta saber qué sucedió en esa celda, porque me he asegurado de que jamás vuelva a pasar. Ni a mí ni a nadie.

Respiro aliviada.

Wren abre un par de cajones hasta encontrar un encendedor. Es caro, de plata, grabado con la insignia de uno de los prestigiosos clubes de Saint, y me resulta apropiadamente ceremonioso cuando abre la carátula y saca el CD con el vídeo de la cámara de seguridad. Enciende el mechero y surge la llama. La acerca al disco y vemos cómo el fuego derrite el plástico, hasta dejarlo calcinado y retorcido. Wren lo deja caer al fregadero, echando humo.

—Ya está —anuncia con una sonrisa—. Se acabó.

—Ahora solo te esperan bollos recién horneados y pescadores fornidos.

Wren elige no venir con nosotros a la gran reunión en Ashford Pharma, no me extraña su decisión. Ahora está centrada en el futuro; Saint y yo podemos hacernos cargo del pasado. Conforme nos aproximamos al imponente edificio, le aprieto la mano, nerviosa de pronto.

—Vamos a decirles a muchas personas poderosas que están a punto de irse a la mierda —murmuro.

—Nadie volverá a tocarte un solo pelo —me asegura él con una mirada tranquilizadora—. Tendrán que disparar cien balas para lograr pasar por encima de mí.

—No eres invencible —señalo, aunque siento una inmensa alegría ante su sentimiento de protección incondicional.

Wren tiene razón: este hombre ha recibido un balazo para protegerme. Esa clase de amor es el mayor compromiso que una puede esperar.

—Pero, cuando estás a mi lado, siento que lo soy —responde con una sonrisa deslumbrante.

Me río, y ya me siento mejor cuando entramos en el amplio vestíbulo de mármol. El lugar sigue siendo un hervidero de actividad. Para cualquiera de los empleados, este es un día de trabajo como cualquier otro. Somos los únicos que sabemos que Ashford Pharma está a punto de quedar reducida a cenizas, como sucedió anoche con la mansión.

Conforme nos encaminamos al ascensor y subimos después hasta la planta de los ejecutivos, me invade un sentimiento de culpa por todas las personas a las que vamos a dejar sin empleo.

—No saben que están a punto de quedarse sin trabajo —murmuro, contemplando la oficina—. No saben qué va a ser de la empresa. Son inocentes.

—Y me aseguraré de que reciban ayuda para encontrar nuevos puestos —me promete Saint—. En empresas que de verdad marquen la diferencia, en lugar de contarles mentiras.

Recorremos el pasillo en dirección a la sala de reuniones. Esta parte de la oficina ha sido desalojada, observo al fijarme en los escritorios vacíos y en las zonas comunes desiertas. Está claro que nadie desea que esta reunión sea del dominio público. A medida que nos aproximamos, veo que están ya todos reunidos dentro: los padres de Saint, Lionel Ambrose y Cyrus Lancaster.

Les hemos dicho que vinieran solos, sin abogados ni personal, y han obedecido. No quieren que haya testigos de lo que estamos a punto de hablar.

—¿Preparada? —me pregunta Saint, enarcando una ceja.

—Preparada. —Asiento decidida con la cabeza.

Abrimos las puertas y entramos. Todos se vuelven para mirarnos, y yo siento la rabia de sus miradas como si fuera un bofetón. Sin embargo, no es solo rabia lo que distingo en sus privilegiados rostros aristocráticos.

También veo miedo.

Me alegro.

Saint me conduce hasta la cabecera de la mesa y se queda ahí de pie, contemplando la sala. Sus padres están pálidos, pero los otros fanfarronean y despotrican.

—No sé de qué va esto, pero yo no he tenido nada que ver —anuncia Cyrus Lancaster—. Y os demandaré sin dudar si decís algo que insinúe lo contrario.

—Mis abogados ya han solicitado un requerimiento —conviene Lionel—. Si os atrevéis a intentar relacionarnos con alguna… irregularidad que haya podido tener lugar en Ashford…

—Putos mentirosos —murmura furioso el padre de Saint—. Fuiste tú quien me dijo que guardara silencio, solo unos meses más.

—¡Cierra la boca! —vocifera Cyrus—. ¡Podrían estar grabándonos!

—¿Y de quién es la culpa? —interviene Lionel.

Su discusión se ve interrumpida cuando Saint golpea la mesa con la palma de la mano. Entonces, se quedan callados.

—¿De qué sirve tanta lealtad? —observa Saint con desdén—. Pensé que estabais todos unidos por el deber… y por el chantaje.

Les cambia la cara a todos.

—Ah, sí, sabemos lo de las mazmorras en Ashford Manor —declaro, furiosa—. Y todas las cosas enfermizas y retorcidas que habéis hecho. Así que será mejor que nos escuchéis, o nuestra próxima reunión será con los editores de *The Sun*, *The Mirror* y *The London Times*.

Eso capta su atención.

—Perfecto —dice Saint con frialdad—. Vale, en cuanto a Ashford Pharma y a nuestro medicamento milagroso contra el alzhéimer, hoy mismo redactarás una declaración, papá, anunciando que los ensayos fueron fraudulentos y que el medicamento no se lanzará al mercado.

Sus padres se quedan con la boca abierta.

—No hablarás en serio. ¡El precio de las acciones se desplomará!

—El dinero es el último de vuestros problemas —responde Saint, duro como el acero—. Ofreceréis una confesión completa, los dos. Respecto a todo. El medicamento, las mentiras… y la muerte de Valerie.

Su madre emite un sollozo.

—Lionel, tú te retirarás de la carrera electoral y renunciarás a tu escaño en el Parlamento —prosigue Saint—. La gente lo entenderá. Al fin y al cabo, tienes que estar con tu familia en estos momentos tan difíciles.

En el rostro de Lionel queda patente el miedo.

—¿A qué te refieres? ¿Dónde está Hugh? —pregunta, compungido —. Llevo toda la mañana llamándolo. Nadie lo ha visto.

—¿Te refieres a después de drogarme, secuestrarme e intentar matarnos a todos a instancias tuyas? —intervengo yo—. Murió en el incendio.

Lionel se desploma en su silla, perplejo.

—Fue un trágico accidente —continúo—. Al menos, eso es lo que vas a asegurarte de que diga el informe forense. Salvo que quieras que se haga público cierto vídeo de su juramento de lealtad… —Estoy tirándome un farol, por supuesto.

Ahora que Wren ha destruido el disco, no hay pruebas de los delitos de Hugh. Pero eso su padre no lo sabe. Se encoge en su asiento y empieza a sollozar.

No siento ninguna lástima por él. Es corrupto y perverso, igual que Hugh.

—¿Y qué pasa conmigo? —se aventura a preguntar Cyrus, visiblemente nervioso.

Lo miro con desdén. Se verá implicado en el fraude de Ashford, y también en el asesinato de Valerie. No me cabe duda de que fue él quien movió muchos de los hilos, junto con la madre de Saint. Pero con eso no basta. Su posición y su poder nos resultarán de utilidad en otros aspectos.

—Para empezar, ayudarás a encubrir la causa del incendio y te asegurarás de que nadie pregunte nada sobre la muerte de Hugh —le ordena Saint—. Tus periódicos publicarán la versión oficial y acabarán con cualquier investigación.

—Después te invadirá el espíritu caritativo —prosigo yo— y donarás tu inmensa fortuna a buenas causas.

—Por encima de mi cadáver. Esto es un abuso —declara Cyrus con un resoplido, mirándome con tal desprecio que me cuesta tragar saliva, pero Saint me aprieta el hombro para transmitirme su apoyo.

—Es curioso que hables de abusos —comenta Saint sacando de su chaqueta una carátula, que desliza sobre la mesa en dirección a Cyrus.

—Ese es el vídeo de Max —le recuerdo yo—. Una copia. También tenemos el tuyo. Los de todos —agrego, mirando a mi alrededor—. Así que, si intentáis resistiros u ocultar la verdad, el mundo verá qué clase de monstruos sois en realidad. De hecho, los primeros destinatarios de vuestra generosidad serán las víctimas de vuestros delitos —anuncio, lanzando a Cyrus una mirada de odio—. Vamos a localizarlas a todas y nos aseguraremos de que reciban compensación por lo que les hicisteis pasar. Una compensación muy generosa.

Wren, Saint y yo hemos estado debatiendo sobre qué hacer con el resto de vídeos. Saint deseaba entregárselos a las autoridades de inmediato, a fin de poder llevar a los responsables ante la justicia.

Pero Wren señaló sabiamente que esa decisión no nos correspondía a nosotros. Las víctimas de esas agresiones merecen poder decidir qué hacer a continuación. Puede que algunas de ellas

ni siquiera recuerden lo que les pasó, otras podrían haberse pasado la vida entera tratando de pasar página. Si entregáramos las cintas a las autoridades para iniciar un enjuiciamiento penal, las víctimas tampoco tendrían nada que decir. Se filtrarían sus nombres, aparecerían en los titulares de todo el mundo con un frenesí procaz.

Acordamos que llevaríamos el asunto en privado. Saint contratará a investigadores que localicen a todas las víctimas, de manera que ellas mismas puedan elegir qué quieren hacer. Y, si quisieran venganza…

Bueno, los accidentes ocurren. No hay más que preguntárselo a Hugh Ambrose.

—¿Algo más? —pregunta Cyrus, cogiendo el disco con la cara roja.

—Por el momento no —replica Saint con sequedad, y hace una pausa antes de darnos la vuelta para irnos—. Papá, recuerda que tienes hasta que acabe el día para emitir tu declaración. Después entregaremos los datos del ensayo clínico a las autoridades y dejaremos que se encarguen ellas.

—Anthony… Saint, por favor, ¡nos vas a arruinar a todos! —exclama Lillian, su madre, con un grito desgarrador. Se la ve afligida; su vida de lujo y privilegios se está desmoronando ante sus ojos—. Lo perderemos todo.

—Qué ironía, ¿verdad? —le responde él con frialdad—. Habéis vendido vuestra alma y al final no ha servido para nada.

—Has de entender que lo hicimos por ti —se justifica su padre—. Por el legado de Ashford. ¡Tu legado!

—¡Somos tu familia! —agrega su madre.

Saint se detiene en el umbral y les lanza una última mirada de furia.

—No lo sois. Ya no. Ahora, mi familia es Tessa. —Me estrecha la mano, salimos de allí y nos alejamos de Ashford por última vez.

Capítulo 23

Tessa



La luz del sol se cuela entre las hojas de las palmeras, una suave brisa acaricia mi piel desnuda y el único sonido que oigo es el suave vaivén de las olas al romper en la orilla.

El paraíso.

Dejo escapar un suspiro de satisfacción, recostada en un cenador de lujo junto al litoral. La playa está desierta, su arena blanca refulge bajo el sol del Pacífico Sur y no hay nadie a la vista; salvo por un discreto camarero que aparece con otra bebida helada en cuanto me termino la que estaba tomando.

—¿Desea algo más, señora? —me pregunta.

—No, gracias. Todo fenomenal.

El hombre asiente y vuelve a desaparecer. Me arrellano en la tumbona y mordisqueo un trozo de piña que lleva la copa en el borde. ¿Fenomenal? Más bien diría que estoy a las mil maravillas.

Saint me sorprendió con unas vacaciones después de que saltara todo por los aires en Inglaterra. El hundimiento de Ashford Pharma apareció en las portadas de los periódicos y, de la noche a la mañana, había reporteros acampados frente a su casa, buscando respuestas. Después de todo lo que habíamos vivido, dijo que necesitábamos un descanso. Yo me esperaba una escapada al campo, tal vez, o incluso un viaje por Europa, pero en su lugar me llevó volando en primera clase hasta el otro lado del globo, a uno de los complejos turísticos más exclusivos del mundo. Aquí no hay reporteros que sigan todos nuestros movimientos, tampoco abogados que se pasen el día quemándonos el teléfono, nada salvo kilómetros de arena blanca y aguas azul turquesa, además de privacidad absoluta.

Incluso la ropa es opcional.

Me suena el teléfono con un tono familiar, el único al que respondo últimamente. Descuelgo con una sonrisa.

—¡Wren!

—Doy por hecho que habéis llegado bien a la isla.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se te nota la sonrisa en la voz.

—Bueno, es casi imposible no sonreír —le digo riéndome— cuando estás rodeada de tanto lujo. Tenemos una casa enorme con piscina privada, justo en la playa, y ya llevamos aquí un día entero y todavía no he visto a ningún otro huésped.

—Ya te acostumbrarás —bromea Wren—. Dentro de poco vas a empezar a pedir caviar en todas tus comidas, y mirarás con desdén cualquier sábana que tenga menos de dos mil hilos.

—Créeme, no doy nada por sentado. Ni un solo día —respondo—. Es lo que tiene haber estado a punto de morir media docena de veces.

—Claro, te entiendo. Yo he adoptado la costumbre de comer helado todos los días —me informa mi hermana con una risita—. Hay un sitio estupendo en la calle de mi nuevo apartamento y me he propuesto probar todos los sabores de la lista. La vida es demasiado corta para prescindir del helado de doble chocolate con pepitas.

—¡Amén! —convengo, sonriente—. ¿Qué tal te adaptas a tu nueva casa?

—¡De maravilla! —exclama—. Por fin me han traído los muebles nuevos y el apartamento empieza a parecer un hogar. Deberías verlo. Es demasiado grande para mí, pero me encanta. El balcón tiene vistas al océano, e incluso estoy pensando en acoger un perro. El fin de semana pasado estaban dándolos en adopción en el mercado de agricultores y me enamoré de un cachorro de labrador *retriever.*

—¡Como Buster! —le digo, en alusión a nuestro perro de la infancia.

—Exacto. Pedí los detalles del sitio de adopción y esta semana me pasaré por allí para ver si conectamos.

—Tienes que enviarme todas las fotos —le ruego de inmediato, y ella se ríe.

—Yo te diría lo mismo, pero imagino que serán más picantes que los cachorros y los conos de helado.

—Es posible…

Nos reímos. Me encanta oírla tan feliz. Con el desorbitado «regalo» de Cyrus, ha decidido instalarse en la Costa Oeste, después de pasar por casa y reunirse con nuestros padres. Se quedaron de piedra al saber que había fingido su propia muerte y les surgieron un sinfín de preguntas, para las dos. Al final, su alegría por haber recuperado a Wren superó a la rabia y la confusión por lo sucedido. Sé que quizá tarden un tiempo en asimilarlo todo, pero ya han hecho planes para ir a visitarla esta semana y ayudarla a adecentar su nuevo hogar, yo estoy deseando llevar a Saint a conocerlos también.

Es un nuevo capítulo para todos.

—¿Y os llegan las noticias a vuestra isla paradisiaca? —me pregunta Wren.

—¿Te refieres a si he visto los últimos titulares? Pues sí. Pero no hay nada nuevo —agrego para tranquilizarla—. Solo hablan de los resultados falseados de los ensayos y del hundimiento de Ashford Pharma, que ha quedado reducida a cenizas.

—Literalmente —agrega Wren con un tono irónico en la voz.

La noticia del fraude con el medicamento puso como locos a la prensa y a los mercados. El precio de las acciones de la compañía cayó en picado de la noche a la mañana y se comenta que van directos a la bancarrota. Por no mencionar a la cárcel. Corren rumores de que habrá condenas por fraude para Alexander y Lillian St. Clair; y también para Robert, dado que su nombre figuraba en todos los papeles. La opinión pública nunca conocerá el alcance de su retorcida conspiración, pero me alegra que vayan a rendir cuentas ante la justicia al menos por esa parte de sus delitos.

—Solo por curiosidad, ¿cómo piensa el señor ricachón pagar vuestras vacaciones de lujo, ahora que prácticamente se ha quedado sin herencia? —me pregunta Wren.

—La rebelión de Saint contra su familia incluía también a la empresa —le explico con una sonrisa—. Me contó que, hace años, en cuanto tuvo acceso a su fondo fiduciario, sacó todo el dinero de Ashford y lo invirtió en otra parte.

En lugares lucrativos, como el fondo de cobertura de su amigo Sebastian Wolfe, que se ha disparado desde que Saint se incorporó como uno de los inversores originales. Lo que significa que sigue teniendo una cantidad de dinero exorbitante.

—Chico listo. —Wren parece encantada—. Confío en que tenga intención de seguir teniéndote a cuerpo de reina. —Se oye entonces el timbre de su puerta—. Es la comida que he pedido —me informa —. Aquí hay un restaurante tailandés que te va a encantar. Te llamo mañana. Te quiero.

—¡Y yo a ti!

Cuelgo justo cuando veo aproximarse a Saint, que emerge de los jardines tropicales ataviado solo con un bañador… y esa sonrisa sexi y voraz que tanto me gusta.

—Wren se está acostumbrando a su nueva casa —le cuento con alegría.

—Qué bien. —Se reúne conmigo en el cenador y se estira con un bostezo—. Acabo de hablar con Imogen.

—¿Las cosas en Londres siguen moviditas? —le pregunto.

Me lo confirma con un gesto de cabeza y dice:

—Los efectos en cadena del colapso de Ashford siguen abriéndose paso por la sociedad. Pero sí que me ha dado una noticia interesante —añade con una sonrisa misteriosa—. Annabelle ha dejado a Max. Lo mandó a hacer puñetas en cuanto se supo que iban a irse todos a la mierda. Ha solicitado la anulación matrimonial, y lo último que se supo de ella fue que iba a bordo de un yate rumbo a Brasil con un famoso futbolista.

—Me alegro por ella —respondo, satisfecha, y prorrumpo en carcajadas.

Annabelle trató de ayudarnos a Wren y a mí, a su manera, y me alegra que vaya a salir indemne.

—Me parece que te estás quemando un poco con el sol, cielo —me dice Saint mientras alcanza el bote de protector solar—. Deja que te ayude.

—Qué generoso —murmuro con voz coqueta—. Siempre cuidando de mí.

—Para mí es un placer.

Me he puesto protector hace media hora, pero aun así me tumbo bocabajo y me derrito bajo las caricias de sus manos mientras masajea cada centímetro de mi cuerpo. Ataviada como estoy con un diminuto bikini azul, hay mucha superficie para tocar. Las yemas de Saint acarician mi espalda lentamente, rozándome la cintura y las caderas hasta que prácticamente quedo reducida a un charco sobre la tumbona.

Se inclina sobre mí y me da un beso suave en la nuca.

—¿Estás feliz? —murmura.

Me giro para mirarlo, a tan solo unos centímetros de distancia.

—Mucho —susurro, dándole un beso en el cuello…, en la atractiva mandíbula cubierta de una barba de tres días…, en la boca…

Saint me aferra y me besa con pasión hasta dejarme laxa y sin respiración entre sus brazos. Desliza la lengua sobre la mía en una coreografía sensual, y noto su cuerpo endurecerse contra el mío cuando, por instinto, le rodeo la cintura con las piernas y lo acomodo entre mis muslos.

Emite un gemido contra mi boca cuando me restriego contra él.

—Joder…, cariño.

—¿Joder? Me parece una idea excelente —bromeo con una sonrisa pícara—. Han pasado ya… dos horas desde la última vez que estuviste dentro de mí.

—Qué descuido por mi parte —responde él con un brillo ardiente en la mirada.

Con un movimiento fluido, me retira la braga del bikini e introduce dos dedos en mis pliegues húmedos.

Ahogo un grito de sorpresa.

—Saint… —Se me arrebolan las mejillas y miro a mi alrededor, pero, claro, la playa está vacía y las cortinas de gasa del cenador ondean a nuestro alrededor, impidiendo que alguien pueda ver sus lascivos tocamientos.

—¿Eso significa «Sí, Saint»? ¿«Más, Saint»? —bromea, doblando los dedos para introducirlos más adentro, y empieza a bombear.

Gimo de placer y me hundo sobre las almohadas. La sensación de sus dedos es increíble, y la palma de su mano ejerce la presión justa sobre mi clítoris mientras me acaricia y bombea, pero enseguida quiero más.

Estiro el brazo hacia él y palpo el contorno duro de su polla a través del bañador antes de empezar a acariciársela al ritmo de sus movimientos. Se le acelera la respiración y sus caricias se vuelven más urgentes cuando nos miramos a los ojos; su expresión es un reflejo del deseo encendido que me invade.

—Más —gimo, bajándole el bañador mientras separo los muslos un poco más. Invitándolo—. Te necesito entero. Ahora.

—Dios, me encanta cuando me ruegas que te dé mi polla —murmura Saint cuando su miembro queda libre. Enhiesto.

Me coloca en su regazo, hasta dejarme sentada a horcajadas encima de él, y guía mis caderas hacia abajo, permitiendo que me siente sobre su polla y me meta hasta el último centímetro.

—Sí… —Echo la cabeza hacia atrás, llevada por el placer, y disfruto de la fricción profunda, de la dilatación que va provocando el grosor de su polla, llenándome entera.

Me arranca la parte de arriba del bikini, hunde la cara entre mis pechos y me los lame, succionando los pezones hasta hacerme gemir de felicidad.

Me incorporo y después vuelvo a dejarme caer, más profundo esta vez. Con más fuerza. Joder. Se me cae otro gemido de los labios y trato de tomar aire mientras lo cabalgo.

—Me encanta. Dios, me encanta sentir tu polla dentro de mí. Es perfecta.

—Tú sí que eres perfecta, cariño —me asegura Saint, mirándome con una expresión de deseo absoluto y reverencial—. Tu coño me vuelve loco. No me canso de él.

—Demuéstramelo —le digo con una sonrisa, y siento que me invade una placentera sensación de poder—. Demuéstrame lo mucho que te gusta.

En un abrir y cerrar de ojos, Saint nos gira, me tiende boca arriba y me da un empellón tan profundo que aúllo de placer.

—¡Sí! —Mi voz resuena extática entre las palmeras—. ¡Dios mío! Justo ahí. ¡Sí!

Me la mete otra vez, agarrándome una rodilla y presionándola contra mi cuerpo para poder gozar de un acceso aún más profundo. Más delicioso. Joder. Lleva un ritmo salvaje e incansable, y yo elevo las caderas para recibir cada embestida. No necesitamos palabras, nunca las necesitamos cuando nuestros cuerpos entablan una conversación perfecta como esta: entre jadeos y gemidos, perdidos en el delicioso éxtasis de la fricción, sudorosos, animales enredados. Me folla contra las almohadas, descontrolado y vehemente, y, Dios, a mí me encanta.

Le quiero.

—Se me ha olvidado decirte que he pedido algo de comer —murmura Saint mientras me aprisiona las muñecas por encima de la cabeza.

Lo miro confusa, nublada la mente por el deseo.

—Es una comida de tres platos, por lo general envían a un equipo completo de camareros para poner la mesa —agrega, embistiéndome una vez más, sujetándome mientras mete su polla hasta el fondo, hasta hacerme sollozar de placer sin poder evitarlo—. Podrían llegar en cualquier momento —me explica con una sonrisa cómplice, pícara—. De hecho, puede que ya estén ahí fuera, disfrutando del espectáculo.

Dios mío.

Mi cuerpo se ve inundado por un torrente de vergüenza excitante y erótica al pensarlo. Gente oyéndonos. Mirándonos.

—Saint. —Ahogo un grito de protesta, retorciéndome contra sus fuertes manos—. No podemos… Ah…

Mi queja se funde con otro gemido. Ya noto el clímax inminente, salvaje y descontrolado; es demasiado tarde para contenerlo, sobre todo cuando tengo el cuerpo rígido y palpitante, y Saint me folla una y otra vez con un ritmo insaciable que me hace olvidarme de todo, salvo la emoción del descubrimiento y la exquisita felicidad que siento cuando su polla me llena.

Me corro con un chillido, cegada por el placer hasta tal punto que juro que grito su nombre.

—¡Joder, Tessa! —Saint bombea más rápido con la polla, gimiendo, hasta que llega al orgasmo con un profundo estremecimiento mientras me aferro a él, tratando de recuperar el aliento.

—¡No puedes hacer eso! —exclamo, golpeándole el brazo de un modo juguetón cuando por fin vuelvo a la realidad.

Me asomo a través de las cortinas del cenador y me alivia comprobar que todavía no hay nadie por allí.

—¿Qué van a pensar de nosotros?

—¿Que eres una diosa sexual increíble y pervertida? —me sugiere Saint con la respiración entrecortada. Me da un beso sudoroso y después se quita de encima con un gesto arrogante de satisfacción —. Pero te ha encantado, ¿a que sí?

—¡Esa no es la cuestión! —le digo riéndome, sonrojada y radiante.

—La cuestión siempre es tu placer —me asegura, y el corazón se me derrite de amor.

¿Cómo he tenido la inmensa suerte de encontrarlo?

—Creo que necesitas refrescarte un poco antes de que vuelva a hacerte gritar —me dice, acariciando mi piel caliente.

—Buena idea —convengo incorporándome—. El primero en llegar al agua escoge el postre —lo desafío con una sonrisa pícara.

—Eso no es motivación suficiente —responde mientras retrocedo, hundiendo los pies descalzos en la arena cálida—. La golosa eres tú.

—No he dicho que tuviera que figurar en el menú —le digo con picardía.

Y, con esas últimas palabras, echo a correr hacia el agua. Pero apenas logro recorrer unos pocos metros antes de que Saint me tome en brazos, me eche sobre su hombro y me lleve así el resto del camino hasta el agua.

—¡La victoria es mía! —Me deja caer con un chapoteo y me sumerjo bajo el agua, refrescante sobre mi cuerpo desnudo.

Salgo a la superficie riéndome.

—No sé por qué, pero me da la impresión de que esta apuesta la voy a ganar yo —le digo, acercándome.

—Dejémoslo en empate.

Me rodea con los brazos y me da un beso lento y dulce. La marea nos envuelve y yo me dejo llevar por la alegría del momento, con él.

Siempre con él.

El corazón se me acelera de pronto en el pecho, y sé exactamente lo que debo hacer a continuación.

—Sí —le digo, apartándome.

—¿Sí qué? —me pregunta, confuso.

Me siento mareada, pero mi sonrisa nunca ha sido tan amplia como ahora, cuando le rodeo el cuello con los brazos y lo miro pletórica.

—Sí, me casaré contigo. Si la oferta sigue en pie —me río.

Saint se queda con la boca abierta.

—Claro que sí. Mil veces sí. —Me besa de nuevo, me levanta en brazos y me hace girar, salpicando agua por todas partes bajo la radiante luz del sol—. Hablo en serio, Tessa —añade, bajándome otra vez antes de rodearme la cara con las manos—. Te querré siempre.

—Siempre —convengo, sonrojada de felicidad.

¿Quién habría imaginado que un viaje que comenzó bajo los chapiteles sombríos de Oxford, impulsado por un sentimiento de rabia y venganza, acabaría llevándome hasta aquí? Hasta una playa desierta bajo los rayos de sol con este hombre increíble, compartiendo un amor lleno de confianza, ternura y, sí, una pasión que jamás creí posible.

Y el resto de nuestra vida no ha hecho más que empezar.

Agradecimientos

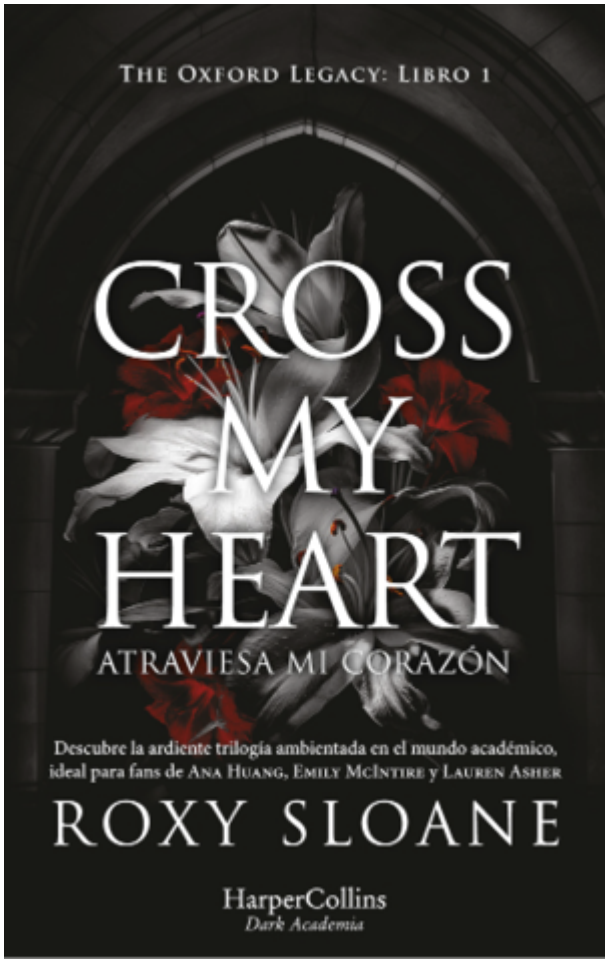
Muchas gracias a Alessandra Roche y a May Chen, y a todo el equipo de Avon. También a quienes siempre están al pie del cañón: Gary Ungar, Tanya Mallean, Anthony Colletti, Sue Carls y a la gente de CAA.

A mis animadoras y confidentes, Elizabeth L, Ava H, Ally C, Elisabeth D, Riann S, Ann M, Zach A.

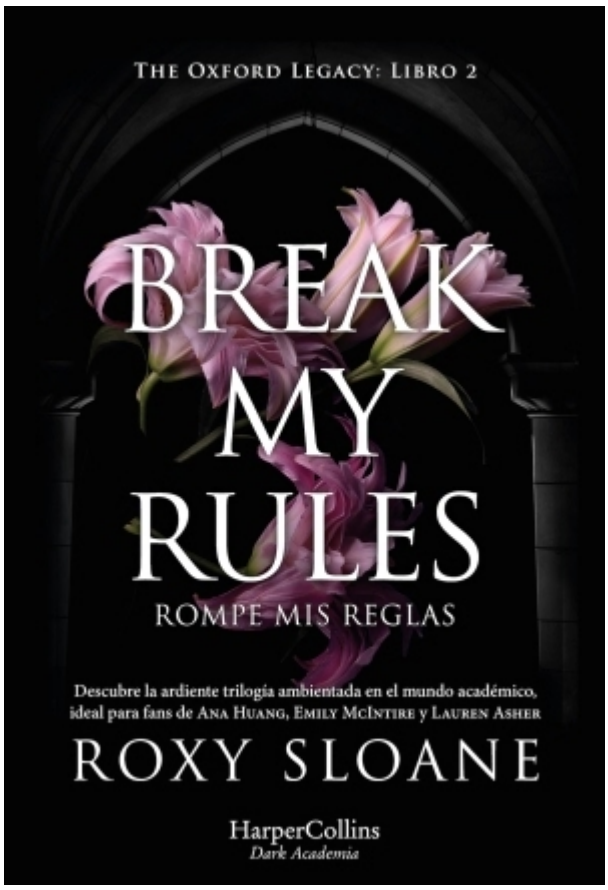
Y, por último, gracias a toda la comunidad BookTok por defender estos libros. Me encanta vuestra mente obscena.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Break my rules

Sloane, Roxy

9788410641167

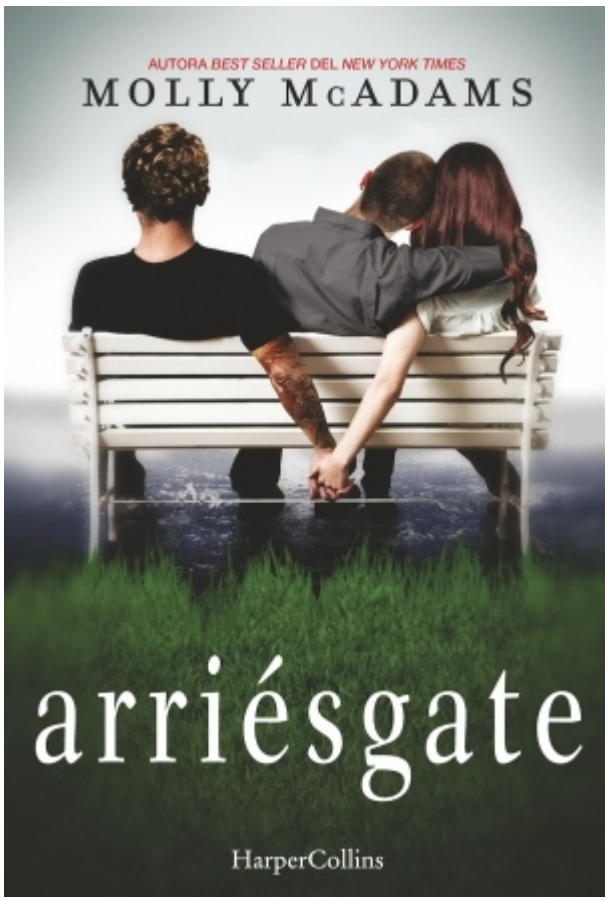
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

OXFORD, INGLATERRA. LA CIUDAD DE LOS CAPITELES DORMIDOS, DE LOS OSCUROS SECRETOS... Y DEL DESEO. El hombre en quien confiaba podría ser el monstruo que estaba buscando… Vine a Oxford para descubrir oscuros secretos, en su lugar encontré el

deseo. Anthony St. Clair. El futuro duque de Ashford. Me ha mostrado un placer sensual que jamás creí posible, pero ahora no sé en quién confiar. ¿Será Anthony el santo que me protegerá? ¿O un pecador que acabará conmigo? TRILOGÍA THE OXFORD LEGACY: CROSS MY HEART (Atraviesa mi corazón) BREAK MY RULES (Rompe mis reglas) SEAL MY FATE (Sella mi destino) Los lectores caen rendidos ante Break My Rules: "¡Qué buena secuela! M*****, no vi venir el final. DIOS, esta serie es tan buena que ya estoy devorando la última parte". "Literalmente me la terminé en una tarde. Ahora tengo que terminar la serie. Lo spicy en esta parte es demasiado bueno ". "¿Cómo puede alguien poner tanto erotismo, misterio, intriga y emoción a flor de piel en un libro?". "¡¡¡Había tanto erotismo, drama, tensión y acción que me enganché!!!Y Dios mío ese maldito final… NECESITO comenzar inmediatamente el último libro porque necesito respuestas AHORA". "Es incluso mejor que el primero. Una perfecta combinación de thriller con el romance más tórrido y una trama genial". "Me preocupaba que el segundo libro no fuera tan apasionante como el primero... ¡Estaba muy equivocada! La segunda entrega me mantuvo al borde de mi asiento, suspirando con las escenas más spicy y constantemente dudando sobre quién fue el culpable... ¡De lectura obligada!".

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Arriésgate

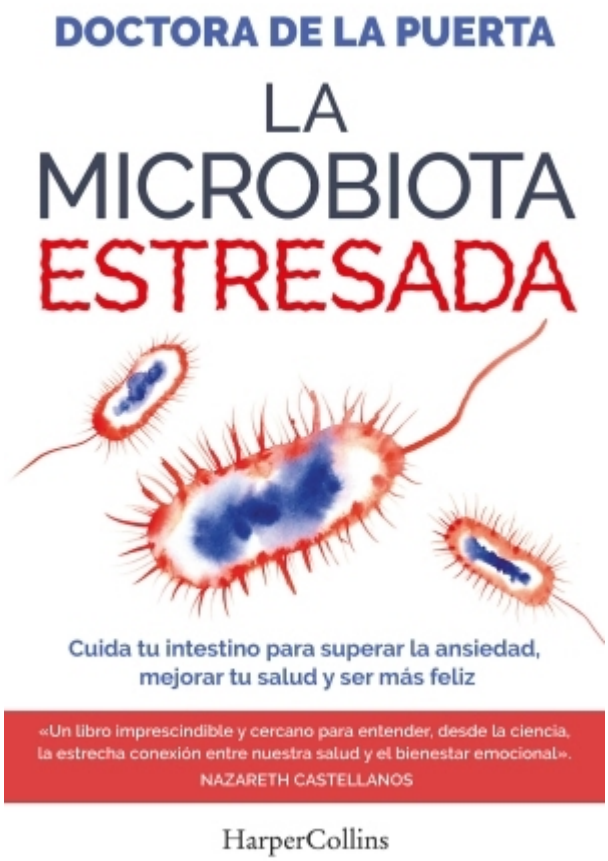
Mcadams, Molly
9788416502264
448 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Su primer año fuera de casa estaba siendo casi perfecto, pero el fin de semana en el que se entregó a la pasión lo cambiaría todo. A sus dieciocho años, Harper había crecido bajo la disciplina de su padre, marine de profesión. Decidida a vivir la vida a su manera y a

experimentar cosas de las que solo había oído hablar a los marines de la unidad de su padre, se marchó a estudiar a la Universidad de San Diego. Gracias a su nueva compañera de habitación, Harper conoció un mundo de fiestas, chicos guapos, familia y emociones. Pero se encontró en una encrucijada al enamorarse con rapidez de su nuevo novio, Brandon, y de Chase, el hermano de su compañera de piso. Pese a su aspecto y a su pasado peligroso, ambos adoraban a Harper y habrían hecho cualquier cosa por ella, incluso dar un paso atrás si así ella era feliz. "McAdams te mantiene enganchada hasta el final del libro. Tiene una manera exquisita de escribir y detallarte todo de una manera armoniosa que te quedas enganchado. Muchas veces, me paraba a despegar la vista del libro y me costaba horrores reconocer en que momento del día me encontraba." Domadores de palabras

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La microbiota estresada

Doctora de la Puerta
9788410641990
240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una mala relación de pareja, la muerte de un ser querido, situaciones laborales complicadas, momentos estresantes… ¿Sabías que las preocupaciones tienen un impacto directo en tu microbiota?,

¿que la inflamación es el carísimo precio del estrés y el origen de casi todas las enfermedades tanto físicas como emocionales? En su nuevo libro, la Dra. de la Puerta, una de las mayores expertas en microbiota, demuestra cómo todo lo que pasa por nuestra cabeza influye de manera inmediata en nuestro intestino. Basándose en sus años de investigación y en su dilatada experiencia clínica, la autora ofrece las claves fundamentales para mantener nuestro micromundo intestinal sano y fomentar la química de la felicidad. Una guía esencial para entender que el descanso, la alimentación, el deporte y la resiliencia son indispensables para evitar el estrés y la ansiedad. «Un libro imprescindible y cercano para entender, desde la ciencia, la estrecha conexión entre nuestra salud y el bienestar emocional». NAZARETH CASTELLANOS

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Adiós a la inflamación

Moñino, Sandra
9788410021242
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿SIENTES TU VIENTRE HINCHADO? ¿PESADEZ EN TU CUERPO? ¿TE NOTAS DE MAL HUMOR, ESTRESADO O MÁS CANSADO DE LO NORMAL? ¿SABÍAS QUE DETRÁS DE ELLO PODRÍA ESCONDERSE UN

PROBLEMA DE INFLAMACIÓN? Aumento de peso, problemas en la piel, dolores de cabeza o patologías como la diabetes, el hipotiroidismo, la esclerosis múltiple, el cáncer o la depresión podrían deberse a una inflamación crónica. En este libro descubrirás que una dieta adecuada, hábitos saludables y una buena gestión de las emociones son primordiales para desinflamarte y recuperar tu salud. La nutricionista Sandra Moñino, una de las mayores expertas en inflamación, nos da todas las claves y trucos para identificarla, prevenirla y combatirla. Además, te ofrece un completo menú antiinflamatorio con recetas ricas, fáciles, saciantes y muy saludables. UN MANUAL IMPRESCINDIBLE QUE MEJORARÁ TODOS LOS ASPECTOS DE TU SALUD Y CAMBIARÁ TU VIDA. Incluye gratis RETO 3 DÍAS antinflamatorio. «Descubrir el significado de la inflamación ha sido un antes y un después. Gracias a ello he conseguido en mis pacientes mucho más de lo que nunca me hubiera imaginado. Revertir enfermedades crónicas, conseguir reducir su medicación, eliminar síntomas de patologías, mejorar su calidad de vida, pérdidas de peso a largo plazo que parecían imposibles y un largo etcétera. Es increíble lo que se puede lograr al llevar una alimentación antiinflamatoria. Ojalá puedas leer este libro con detenimiento y abrir la mente hacia este cambio, porque te aseguro que la nutrición es la medicina del futuro. ¡Desinflámate conmigo!».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Kit de emergencia emocional

Casado, Elena
9788410641907
208 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una de las mejores terapias para sobrevivir al día a día es tomarte un café con amigas, arreglar el mundo juntas, compartir confidencias y sincerarte sobre aquello que te agobia. Esto es lo que sentirás cuando leas este libro, notarás que se alivia tu ansiedad y te

darás cuenta de que no estás sola. Hay alguien al otro lado que te escucha, te entiende y empatiza con tu dolor y tus cicatrices. Abre las páginas de este botiquín antiinflamatorio emocional que la doctora Elena Casado, @medicilio, te receta para hacerte reír. Y si toca llorar, ponerte una tirita en el alma, para seguir caminando. «Hay días como este que el mundo se me cae encima. Que sé que me entendéis, porque por desagracia somos muchas, muchísimas, las que vivimos con esta losa en la espalda. Y la cargamos como si fuera un saco de plumas a costa de la costumbre. En fin, queridas. No lo olvidemos. Esto también pasará. Pronto llegará mañana y, con un poco de suerte, saldrá el sol, y no nos dolerá nada».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)